

**TÍTULO: UN LARGO CAMINO. (Memorias de un niño soldado).**

**AÑO: 2007.**

**AUTOR: ISHMAEL BEAH.**

**TRADUCCIÓN: ESTHER ROIG.**



*En recuerdo de Nya Nje, Nya Keke, Nya Ndigge sia y Kayna. Su ànimo y su presencia dentro de mì me dan fuerzas para continuar.*

*A todos los niños y niñas de Sierra Leona a quienes robaron la infancia.*

*En recuerdo de Walter (Wally) Scheuer por su generosidad y compasión y por mostrar el honor de todo un caballero.*

### **NUEVA YORK, 1998**

Mis amigos del instituto han empezado a sospechar que no les he contado toda la historia de mi vida.

-¿Por què te marchaste de Sierra Leona?

-Porque està en guerra.

-¿Viste algùn combate?

-Todo el mundo los vio.

-¿Quieres decir que viste a gente armada corriendo y pegándose tiros unos a otros?

-Sì, continuamente.

-Què pasada.

Sonrìo un poquito.

-Algùn dìa tienes que contárnoslo.

-Sì, algùn dìa.

## 1.

Se contaban tales historias de la guerra que parecía que tuviera lugar en un país lejano y diferente. Hasta que los refugiados empezaron a atravesar el pueblo no nos dimos cuenta de que realmente se libraba en nuestro país. Familias que habían caminado centenares de kilómetros nos contaban cómo habían matado a sus parientes y quemado sus casas. La gente del pueblo se compadecía de ellos y les ofrecía un lugar donde quedarse, pero la mayoría lo rechazaban porque decían que tarde o temprano la guerra llegaría hasta aquí. Los niños se negaban a mirarnos y se sobresaltaban por el mero ruido que se hace al cortar leña o por una piedra que se tira con la honda cazando pájaros contra un techo de hojalata. Los adultos acababan quedando ensimismados al hablar con los ancianos del pueblo. Aparte de la fatiga y la malnutrición, era evidente que habían visto cosas que les infestaban la mente; cosas que cualquiera se negaría a aceptar si se las contaran. A veces pensaba que algunas de las historias que contaban los transeúntes eran inventadas. Las únicas guerras que conocía eran aquellas que había leído en los libros o había visto películas como Rambo: Acorralado, y la de la vecina Liberia, de la que había oído hablar en las noticias de la BBC. A los diez años no tenía capacidad para comprender qué había arrebatado la felicidad a los refugiados.

La primera vez que tuve contacto con la guerra fue a los doce años. Era enero de 1993. Salí de casa con Junior, mi hermano y nuestro amigo Talloi, ambos un año mayores que yo, en dirección a la ciudad de Mattru Jong, donde participaríamos en un concurso de talentos. Mohamed, mi mejor amigo, no pudo venir ese día porque él y su padre iban a reformar la cocina de su choza de techo de paja. Los cuatro habíamos montado un grupo de rap y baile cuando teníamos ocho años. Conocimos la música rap durante una de nuestras visitas a Mobimbi, el barrio donde vivían los extranjeros que trabajaban en la misma empresa estadounidense de mi padre. A menudo íbamos a Mobimbi a bañarnos en una piscina y a ver la tele en el enorme televisor en color y a los blancos que se reunían en la zona recreativa para visitantes. Una noche, pusieron en la tele un vídeo musical que consistía en una banda de chicos negros hablando a toda

velocidad. Los cuatro nos quedamos hipnotizados con la canción, intentando comprender lo que decían.

Al acabar el vídeo, salieron unas letras al pie de la pantalla. Decían: Sugarhill Gang, Rappers Delight. Junior se apresuró a anotarlo en un papel. Después volvíamos allí cada dos fines de semana para estudiar aquella música de la televisión. Entonces no sabíamos cómo se llamaba, pero me impresionó que los chicos negros supieran hablar inglés tan rápido y con ritmo. Más adelante, cuando Junior empezó la escuela secundaria, se hizo amigo de unos niños que le enseñaron más sobre música y bailes extranjeros. Durante las vacaciones, me trajo cintas y nos enseñó, a mis amigos y a mí, a bailar con una música que supimos que se llamaba hip-hop. Me encantó el baile, y sobre todo disfruté aprendiendo las letras, porque eran poéticas y mejoraban mi vocabulario. Una tarde, nuestro padre vino a casa mientras Junior, Mohamed, Tallo y yo estábamos aprendiendo la letra de I Know You Got Soul de Eric B & Rakim. Se quedó de pie junto a la puerta de nuestra casa de ladrillos y techo de uralita, se echó a reír, y preguntó:

-¿Entendéis algo de lo que decís?

Se marchó sin darle a Junior tiempo de contestar. Se sentó en una hamaca a la sombra de un mango, una guayaba y un naranjo y puso las noticias de la BBC, en la radio.

-Esto sí que es inglés que deberíais escuchar –gritó desde el patio.

Mientras nuestro padre escuchaba las noticias, Junior nos enseñó a mover los pies siguiendo el ritmo. Movíamos alternativamente primero el pie derecho y después el izquierdo, adelante y atrás, y simultáneamente hacíamos lo mismo con los brazos, sacudiendo el tronco y la cabeza.

-Este movimiento se llama “el hombre que camina” –dijo Junior.

Después, ensayamos imitando las canciones de rap que habíamos memorizado. Al marcharnos a cumplir nuestra tareas nocturnas de ir a buscar agua y limpiar las lámparas, nos decíamos “paz, tío” o “me abro”, frases que habíamos extraído de las letras del rap. Fuera, se iniciaba la música vespertina de pájaros y grillos.

La mañana que salimos a Matru Jong, nos llenamos la mochila con las libretas de las letras que estábamos componiendo, y los bolsillos de las cintas de

álbumes de rap. En aquellos días llevábamos vaqueros holgados, y debajo nos poníamos pantalones cortos de fútbol y pantalones de chándal para bailar. Bajo nuestras camisas de manga larga llevábamos camisetas sin mangas, camisetas de manga corta y camisetas de fútbol. Llevábamos tres pares de calcetines bajados hasta el tobillo, y doblados para que las deportivas parecieran hinchadas. Cuando el día se ponía demasiado caluroso, nos quitábamos parte de la ropa y la llevábamos al hombro. Era ropa de moda y no teníamos idea de que aquella forma insólita de vestir acabaría beneficiándonos. Como teníamos pensado volver al día siguiente, no nos despedimos ni le dijimos a nadie adónde íbamos. No sabíamos que estábamos marchando para no volver.

Para ahorrar, decidimos hacer caminando los veintiséis kilómetros hasta Mattru Jong. Hacía un día precioso de verano, el sol no calentaba excesivamente, y la caminata no se nos hizo muy larga porque íbamos charlando sobre toda clase de cosas y gastándonos bromas unos a otros. Llevábamos hondas que usábamos para cazar pájaros y fastidiar a los monos que intentaban cruzar la pista principal. Nos detuvimos varias veces para bañarnos en el río. En una ocasión, había un puente. Oímos un vehículo de pasajeros en la distancia y decidimos salir del agua e intentar que nos llevara gratis. Yo salí antes que Junior y Talloi, y crucé el puente corriendo con su ropa. Creyeron que podrían pillarme antes de que el vehículo llegara, pero al darse cuenta de que era imposible, echaron a correr otra vez hacia el río, y justo cuando estaban en medio del puente, el vehículo los alcanzó. Las chicas del autobús se rieron y el conductor tocó la bocina. Fue divertido, y el resto del viaje intentaron vengarse por lo que les había hecho, pero no se salieron con la suya.

Llegamos a Kabati, el pueblo de mi abuela, hacia las dos de la tarde. Mamie Kpana era el nombre con el que se conocía a mi abuela. Era alta y su cara, muy alargada, complementaba sus hermosos pómulos y sus ojos grandes y marrones. Siempre estaba con las manos en las caderas o en la cabeza. Al mirarla, me daba cuenta de dónde había sacado mi madre su preciosa piel oscura, sus dientes blanquísimos y los pliegues traslúcidos del cuello. Mi abuelo o kamor, maestro, como le llamaban todos, era especialista en árabe y curandero del pueblo y los alrededores.

En Kabati comimos, descansamos un poco y nos dispusimos a recorrer los últimos diez kilómetros. La abuela quería que nos quedáramos a pasar la noche, pero le dijimos que volveríamos al día siguiente.

-¿Cómo os trata últimamente vuestro padre? –preguntó con una voz dulce cargada de preocupación-. ¿Por qué vais a Mattru Jong, si no es para ir a la escuela? ¿Y por qué estáis tan flacos? –siguió preguntando.

Pero nosotros esquivamos sus preguntas. Nos siguió hasta las afueras del pueblo y nos vio descender la cuesta, pasándose el bastón a la mano izquierda y despidiéndonos con la derecha, una señal de buen augurio.

Llegamos a Mattru Jong un par de horas después, y nos encontramos con viejos amigos: Gibrilla, Kaloko y Khalilou. Esa noche fuimos a Bo Road, donde había puestos de comida hasta bien entrada la noche. Nos compramos cacahuetes hervidos y comimos mientras conversábamos sobre lo que haríamos al día siguiente y planeábamos ir a ver el espacio del concurso de cazatalentos y ensayar. Nos quedamos en la habitación del porche de la casa de Khalilou. Era una habitación pequeña con una cama diminuta, y los cuatro dormimos en la misma cama (Gibrilla y Kaloko volvieron a sus casas), atravesados y con las piernas colgando. Yo pude doblar las piernas un poco más porque era más bajito y pequeño que los otros.

Al día siguiente, Junior, Talloi y yo nos quedamos en casa de Khalilou y esperamos a que nuestros amigos volvieran de la escuela sobre las dos de la tarde. Pero volvieron temprano. Me estaba limpiando las deportivas y contando los abdominales por los que estaban compitiendo Junior y Talloi. Gibrilla y Kaloko entraron en el porche y se unieron a la competición. Talloi, respirando hondo y hablando lentamente, preguntó por qué habían vuelto. Gibrilla explicó que los profesores habían dicho que los rebeldes habían atacado Mogbwemo, nuestra casa. Se había cerrado la escuela hasta próximo aviso. Dejamos de hacer lo que estábamos haciendo.

Según los maestros, los rebeldes habían atacado las zonas mineras por la tarde. Las repentinas ráfagas de tiros habían impelido a la gente a correr en todas direcciones para salvar la vida. Los padres habían salido huyendo de sus lugares de trabajo y sólo habían encontrado casas vacías, sin ninguna pista de dónde habían ido sus familias. Las madres lloraban mientras corrían a la escuela,

al río, a las fuentes a recoger a sus hijos. Los niños corrieron a casa a buscar a sus padres que vagaban por las calles buscándolos a ellos. Y cuando el fuego se intensificò, la gente dejó de buscar a sus seres queridos y salió corriendo del pueblo.

-Esta ciudad será la próxima, según los maestros.

Gibrilla se incorporò del suelo de cemento. Junior, Talloi y yo cogimos las mochilas y fuimos al muelle con nuestros amigos. Estaba llegando gente de la zona minera. A algunos los conocíamos, pero no pudieron decirnos nada del paradero de nuestras familias. Dijeron que el ataque había sido tan repentino, tan caòtico, que todo el mundo había corrido en diferentes direcciones en una confusión total.

Durante màs de tres horas, nos quedamos en el muelle, esperando angustiados por si veíamos a alguien de la familia o podíamos hablar con alguien que los hubiera visto. Pero no se sabìa nada, y al cabo de un rato ya no conocíamos a nadie de los que cruzaban el río.

El día parecía curiosamente normal. El sol navegaba pacíficamente entre las nubes blancas, los pàjaros cantaban en las copas de los àrboles, las hojas se agitaban con la brisa suave. Todavía no podía creer que la guerra hubiera llegado realmente a nuestra casa. Pensaba que era imposible. Al salir de casa el día anterior, no había ningún indicio de que los rebeldes estuvieran cerca.

-¿Qué vais a hacer? –preguntò Gibrilla.

Estuvimos callados un buen rato, y después Talloi rompió el silencio:

-Debemos volver a buscar a nuestras familias antes de que sea demasiado tarde.

Junior y yo asentimos con la cabeza.

Sòlo tres días antes, había visto a mi padre caminando lentamente de vuelta del trabajo. Llevaba el casco bajo el brazo y la cara alargada le sudaba con el cálido sol de la tarde. Yo estaba sentado en el porche. Hacìa tiempo que no le veìa, porque otra madrastra había destrozado de nuevo nuestra relación. Pero esa mañana mi padre me sonriò al subir los escalones. Me mirò a la cara, y sus labios estaban a punto de decir algo cuando mi madrastra salió. Entonces volvió la cabeza y la mirò a ella, que hizo como que no me veìa. Entraron silenciosamente en el salòn. Me traguè las làgrimas, dejè el porche y fui a

reunirme con Junior en el cruce donde esperábamos al camión. Íbamos a ver a nuestra madre al pueblo de al lado, a unos cinco kilómetros. Cuando nuestro padre nos pagaba la escuela, la veíamos los fines de semana durante las vacaciones, cuando estábamos en casa. Desde que se negaba a pagarla, la visitábamos cada dos o tres días. Esa tarde nos encontramos con ella en el mercado y la acompañamos a comprar los ingredientes para hacernos algo de comer. Al principio su expresión era sombría, pero en cuanto nos abrazó, se iluminó. Nos dijo que Ibrahim, nuestro hermanito, estaba en la escuela y que lo recogeríamos después del mercado. Nos cogió de la mano para caminar, y de vez en cuando se volvía, comprobando que seguíamos con ella.

Mientras nos dirigíamos a la escuela de nuestro hermanito, nuestra madre se volvió y dijo:

-Siento no tener dinero para volver a mandaros a la escuela. Pero estoy en ello. –Se calló y después preguntó:-: ¿Cómo está vuestro padre?

-Parece que está bien. Lo he visto esta tarde –contesté. Junior no dijo nada.

-Vuestro padre es un buen hombre y os quiere mucho. Pero parece atraer a las peores madrastras que pudierais tener, chicos.

Cuando llegamos a la escuela, nuestro hermanito estaba en el patio jugando al fútbol con sus amigos. Tenía ocho años y era alto para su edad. En cuanto nos vio, se acercó corriendo y se lanzó sobre nosotros. Se midió conmigo para ver si ya era más alto que yo. Mamà se rió. La cara redonde de mi hermanito se iluminó y empezó a sudar por los pliegues del cuello, igual que mi madre.

Los cuatro fuimos caminando a casa de mi madre. Cogí a mi hermanito de la mano y me contó cosas de la escuela. Me desafió a jugar el fútbol aquella misma noche. Mi madre vivía sola y se dedicaba a cuidar de Ibrahim. Decía que el niño preguntaba a veces por su padre. Cuando Junior y yo íbamos a la escuela, iban los dos a vernos de vez en cuando, y siempre lloraba cuando mi padre abrazaba a Ibrahim, al ver lo contentos que estaban de verse. Mi madre parecía perdida en sus pensamientos, sonreía reviviendo esos momentos.

Dos días después de esa visita, estábamos lejos de casa. Esperando en el muelle de Mattru Jong, me imaginaba a mi padre con el casco en la mano y

corriendo camino de casa, y a mi madre, llorando y corriendo a la escuela en busca de mi hermanito. La tristeza empezaba a abrumarme.

Junior, Talloi y yo subimos a una canoa y nos despedimos tristemente de nuestros amigos al alejarnos de la costa de Mattru Jong. Al atracar al otro lado del río, iba llegando más gente apresurada. Echamos a andar, y una mujer que llevaba sus chancletas en la cabeza nos dijo sin volverse:

-Demasiada sangre se ha vertido donde vais vosotros. Incluso los buenos espíritus han abandonado el lugar.

Se alejó. En los matorrales, a lo largo del río, las mujeres gritaban con voz tensa: “Nguwor gbor mu ma oo”, Dios nos ayude, y los nombres de sus hijos: “Yusufu, Jabu, Foday...”. Vimos a niños caminando solos, sin camisa, en calzoncillos, siguiendo a la multitud. “Nya nje oo, nya keke oo”, mamá, papá, lloraban los niños. También había perros espantados entre la gente, que seguía corriendo aunque ya se hubiera alejado del peligro. Los perros olisqueaban el aire, buscando a sus dueños. Se me tensaron las venas.

Habíamos recorrido diez kilómetros y estábamos en Kabati, el pueblo de la abuela. Estaba desierto. Sólo quedaban huellas en la arena en dirección a la densa selva que se extendía detrás del pueblo.

Al caer la tarde, empezó a llegar gente de la zona minera. Sus susurros, los gritos de los niños buscando a los padres perdidos y cansados de caminar, y los aullidos de los bebés hambrientos, sustituirían los sonidos nocturnos de grillos y pájaros. Nos sentamos en el porche de la abuela, esperando y escuchando.

-¿Creéis que es buena idea volver a Mogbwemo, chicos? –preguntó Junior.

Pero antes de que ninguno tuviera ocasión de responder, una furgoneta Volkswagen rugió en la distancia y todas las personas que transitaban por los caminos corrieron a esconderse al monte cercano. Nosotros también corrimos pero no llegamos tan lejos. El corazón me latía acelerado y mi respiración se intensificó. El vehículo paró frente a la casa de mi abuela y desde donde estábamos, vimos que su ocupante iba armado. Cuando, junto con otros, salimos de los matorrales, vimos a un hombre que bajaba corriendo del asiento del conductor y se ponía a vomitar sangre. Le sangraba el brazo. Cuando dejó de vomitar, se echó a llorar. Era la primera vez que veía a un hombre mayor llorar



como un niño, y sentí una punzada en el corazón. Una mujer lo rodeò con los brazos y le instò a que se incorporara. Èl se puso en pie y caminò hacia la furgoneta. Cuando abrió la puerta del pasajero, una mujer que estaba apoyada en ella cayò al suelo. Le salía sangre por las orejas. Los mayores taparon los ojos a los niños.

En la parte trasera de la furgoneta había tres cadáveres màs. Dos chicas y un chico, y la sangre teñía los asientos y el techo de la furgoneta. Quería alejarme de lo que estaba viendo, pero no podía. Tenía los pies entumecidos y todo el cuerpo paralizado. Después supimos que aquel hombre había intentado escapar con su familia, y los rebeldes habían tiroteado su furgoneta y los habían matado. Lo único que le consolò, al menos unos segundos, fue lo que le dijo la mujer que lo había abrazado, y que ahora lloraba con èl, que al menos tendrían la posibilidad de enterrarlos. Siempre sabría dònde descansaban sus restos. Parecía saber màs de la guerra que el resto de nosotros.

El viento había parado y la luz del dìa parecía rendirse rápidamente a la noche. Al acercarse el ocaso, màs gente cruzò el pueblo. Un hombre cargaba con su hijo muerto. Creìa que su hijo seguía vivo. El padre iba cubierto por la sangre del niño, y mientras corrìa no cesaba de decir: Te llevarè al hospital, hijo, y todo se arreglarà. Tal vez era necesario que se aferrara a falsas esperanzas, porque al menos le hacían correr alejàndose del peligro. Un grupo de hombres y mujeres que habían sido alcanzados por las balas perdidas fueron los siguientes en pasar corriendo. La piel que les colgaba del cuerpo todavía contenía sangre fresca. Algunos de ellos ni siquiera se percataban de que estaban heridos hasta que se paraban y alguien les señalaba sus heridas. Otros se desmayaban o vomitaban. Me entraron nàuseas, la cabeza me daba vueltas. Sentía que el suelo se movìa, y las voces de la gente parecían resonar lejos de allí. Estaba temblando.

La última baja que vi aquella noche fue una mujer que llevaba un bebè a la espalda. Le resbalaba sangre por el vestido y salpicaba detrás de ella dejando un rastro. Su hijo había recibido un tiro mortal mientras corrían para salvarse. Por suerte para ella, la bala no le había atravesado el cuerpo. Cuando se parò donde estábamos nosotros, se sentò en el suelo y cogió al bebè. Era una niña, y sus ojos estaban abiertos con una sonrisa inocente congelada en el rostro. Se veían las balas sobresaliendo un poco del cuerpecito, que ya se estaba hinchando. La

mujer abrazò a la niña y la meciò. Estaba demasiado afligida e impactada para llorar.

Junior, Talloi y yo nos miramos y supimos que debíamos volver a Mattru Jong, porque habíamos comprobado que Mogbwemo no era un sitio que pudiéramos considerar ya un hogar, y que era imposible que nuestros padres siguieran allí. Algunas de estas personas heridas decían que Kabati era el siguiente en la lista de los rebeldes. No queríamos estar allí cuando los rebeldes llegaran. Incluso los que no podían caminar muy bien hacían lo que podían por seguir alejándose de Kabati. La imagen de esa mujer y su bebè me obsesionò mientras volvíamos a Mattru Jong. Apenas me fijè en el viaje, y cuando bebì agua no sentí ningún alivio, aunque me daba cuenta de que tenía sed. No quería volver al lugar de donde era esa mujer, estaba claro en los ojos del bebè que todo se había perdido.

“Te perdiste diecinueve años”. Eso era lo que solía decir mi padre cuando le preguntaba cómo era la vida en Sierra Leona tras la declaración de independencia de 1961. El país había sido colonia británica desde 1808. Sir Milton Margai fue su primer ministro y gobernó el país bajo la bandera política del Partido del Pueblo de Sierra Leona (SLPP) hasta su muerte en 1964. Su hermano, sir Albert Margai, lo sucedió hasta 1967, cuando Siaka Stevens, el dirigente del Partido del Congreso del Pueblo (APC), ganó las elecciones, a las que siguió un golpe militar. Siaka Stevens recuperò el poder en 1968, y varios años después declaró un partido único para el país, es decir, que el APC sería el único partido legal. Fue el comienzo de los políticos corruptos, según decía mi padre. Me preguntaba qué diría de la guerra de la que huía yo. Había oído decir a los adultos que era una guerra revolucionaria, una liberación del pueblo del gobierno corrupto. Pero, ¿qué movimiento de liberación mata a civiles, niños y bebès inocentes? No había nadie que pudiera responder a estas preguntas, y me pesaba la cabeza con todas las imágenes que contenía. Mientras caminábamos, fui cogiendo miedo al camino, a las montañas a lo lejos, a los matorrales a ambos lados del camino.

Llegamos a Mattru Jong de noche. Junior y Talloi explicaron a nuestros amigos lo que habíamos visto, y yo me quedè callado, intentando precisar si lo que había visto era real. Aquella noche, cuando por fin me adormecì, soñè que

me pegaban un tiro en un costado y que la gente pasaba de largo sin ayudarme, porque todos corrían para salvar la vida. Intentaba arrastrarme a un lugar seguro en el monte, pero de no sé dónde salía alguien que se cernía sobre mí con una pistola. No podía distinguirlo la cara porque estaba de espaldas al sol. Apuntó el arma al lugar donde me habían disparado y apretó el gatillo. Me desperté, y me toqué el costado, angustiado. Estaba asustado porque ya no distinguía entre sueño y realidad.

Cada mañana nos acercábamos al muelle de Matru Jong en busca de noticias de casa. Pero tras una semana, el río de refugiados procedente de esa dirección cesó, y se acabaron las noticias. Los soldados del gobierno desplegaron en Matru Jong, levantaron controles en el muelle y otros emplazamientos estratégicos por toda la ciudad. Los soldados estaban convencidos de que los rebeldes atacarían, que vendrían del otro lado del río, y montaron allí la artillería pesada y anunciaron un toque de queda a las siete de la tarde que llenó las noches de tensión porque no podíamos dormir y teníamos que encerrarnos en casa demasiado temprano. Durante el día, venían Gibrilla y Kaloko. Los seis nos sentábamos en el porche y hablábamos de lo que ocurría.

-No creo que esta locura dure –dijo Junior bajito.

Me miró como asegurándome que pronto estaríamos en casa.

-Seguramente sólo durará un mes o dos –dijo Talloi, mirando el techo.

-He oído que los soldados ya están en camino para echar a los rebeldes de las zonas mineras –trartamudeó Gibrilla.

Estábamos todos de acuerdo en que la guerra no era más que una etapa pasajera que no duraría más de tres meses.

Junior, Talloi y yo escuchábamos música rap e intentábamos memorizar la letra para no tener que pensar en la situación en la que nos encontrábamos. Naughty by Nature, LL Cool, Run DMC y Heavy D&The Boyz; habíamos salido de casa solo con esas cintas y la ropa que llevábamos puesta. Recuerdo estar sentado en el porche escuchando Now That We Found Love de Heavy D&The Boyz y contemplando el leve movimiento de los árboles de las afueras de la ciudad con la ligera brisa. Las palmeras de detrás estaban inmóviles, como si esperaran algo. Cerraba los ojos y por mi cabeza pasaban imágenes de Kabati.

Intentaba deshacerme de ellas evocando viejos recuerdos de Kabati antes de la guerra.

En el pueblo donde mi abuela vivía había una densa selva a un lado y plantaciones de café al otro. Un río discurría desde la selva hasta el borde del pueblo, cruzando palmerales hasta un pantano. Sobre el pantano, las plantaciones de bananas se extendían hasta el horizonte. La pista principal que cruzaba Kabati estaba plagada de hoyos y charcos donde los patos se bañaban durante el día, y en los patios de las casas los pájaros anidaban en los mangos.

Por la mañana, el sol se levantaba detrás de la selva. Primero, sus rayos penetraban entre las hojas, y gradualmente, con los cantos de los gallos y gorriones que proclamaban vigorosamente la luz del día, el dorado sol se aposentaba sobre el bosque. Por la noche, se veía a los monos en la selva saltando de árbol en árbol, volviendo a los lugares donde dormían. En los cafetales, las gallinas se ocupaban de esconder a sus pollitos de los halcones. Detrás de las plantaciones, las palmeras agitaban las frondas hacia el viento. A veces, al atardecer, se veía ascender a un cultivador de vino de palma.

La noche acababa con el ruido de las ramas quebradas en la selva y del arroz que era aplastado en los morteros. Los ecos resonaban por el pueblo, haciendo huir a los pájaros y provocando curiosos parloteos. Grillos, ranas, sapos y lechuzas los seguían, todos gritando a la noche al salir de sus escondites. De las cocinas de las chozas de techo de paja salía un humo rosado, y de las plantaciones llegaban trabajadores con lámparas, y, a veces, antorchas encendidas.

Debemos esforzarnos en ser como la luna. Un anciano de Kabati repetía esta frase a la gente que pasaba por su casa camino del río para coger agua, cazar, recoger vino de palma o iba camino de las plantaciones. Recuerdo haber preguntado a mi abuela qué quería decir el anciano. Me explicó que el dicho servía para recordar a la gente que debía comportarse bien y ser buena con los demás. Que las personas se quejan cuando hace demasiado sol y el calor se vuelve insoportable y también cuando llueve mucho o cuando hacer frío. Pero, dijo, nadie se queja cuando resplandece la luna. Todos se sienten felices y aprecian la luna, cada uno a su manera. Los niños observan las sombras y juegan aprovechando su luz, los mayores se reúnen en la plaza para contar historias y

bailar toda la noche. Suceden muchas cosas agradables cuando sale la luna. Estas son algunas razones para querer ser como la luna.

Y acabò la conversación diciendo:

-Pareces hambriento. Te prepararè un poco de yuca.

Desde que mi abuela me dijo por què deberíamos esforzarnos por ser como la luna, decidì firmemente intentarlo. Cada noche, cuando la luna aparecía en el cielo, yo me echaba en el suelo, fuera, y la observaba en silencio. Querìa descubrir por què era tan hermosa y atractiva. Me recreaba con las distintas formas que veìa en ella. Algunas noches veìa la cabeza de un hombre. Tenía media barba y llevaba una gorra de marinero. Otras veces veìa a un hombre con un hacha para cortar madera, y según còmo a una mujer dando el pecho a un bebè. Ahora, siempre que tengo ocasiòn de observarla, sigo viendo aquellas imágenes de cuando tenía seis años, y me complace saber que esa parte de mi infancia sigue incrustada dentro de mì.

## 2.

Voy empujando una carretilla oxidada en una ciudad donde el aire huele a sangre y a carne quemada. La brisa lleva los débiles gritos de los últimos alientos de los agonizantes mutilados. Paso por su lado. Les faltan brazos y piernas; les salen los intestinos por los agujeros de bala del estòmago; la masa cerebral les sale por la nariz y las orejas. Las moscas están tan excitadas e intoxicadas que caen en los charcos de sangre y mueren. Los ojos de los moribundos están màs rojos que la sangre que echan, y parece que los huesos les vayan a desgarrar la piel de las caras demacradas en cualquier momento. Vuelvo la cabeza hacia el suelo y me miro los pies. Mis destrozadas deportivas están empapadas de sangre que parece chorrear de mis pantalones cortos del ejército. No siento dolor, y por eso no estoy seguro de dònde me han herido. Noto el calor del cañòn de mi AK-47 en la espalda. No recuerdo la última vez que disparè. Siento como si me clavarán alfileres en la cabeza, y me cuesta saber si es de dìa o de noche. La carretilla que empujo contiene un cadáver envuelto en sàbanas blancas. No sè por què llevo este cadáver al cementerio.

Cuando llego al cementerio, lo levanto de la carretilla con mucho esfuerzo; es como si se resistiera. Lo llevo en brazos, buscando el lugar para dejarlo. El cuerpo me duele, y no puedo levantar un pie sin sentir una ola de dolor desde los dedos de los pies hasta la columna. Me desplomo en el suelo con el cadáver en mis brazos. Empiezan a aparecer manchas de sangre en las sábanas que lo envuelven. Dejo el cadáver en el suelo y lo destapo, empezando por los pies. Tiene agujeros de bala en todo el cuerpo, hasta el cuello. Una bala le ha partido la nuez de Adán y empujado el resto a la parte trasera del cuello. Levanto la ropa de la cara del cadáver. Es mi cara.

Me quedé unos minutos sudando frío en el suelo de madera donde había caído, hasta encender la luz para librarme por completo del mundo de los sueños. Un dolor punzante me recorrió la espalda. Contemplé la pared de ladrillos rojos de la habitación e intenté identificar la música rap que procedía de un coche que pasaba. Me estremecí de arriba abajo, e intenté pensar en mi nueva vida en Nueva York, donde llevaba viviendo más de un mes. Pero mi mente se iba al otro lado del océano Atlántico, a Sierra Leona. Me vi a mí mismo sosteniendo un AK-47 y cruzando la plantación de café con un pelotón que consistía en muchos niños y unos pocos adultos. Estábamos a punto de atacar un pueblo que tenía municiones y comida. En cuanto salimos de la plantación de café, chocamos con otro grupo armado en un campo de fútbol, junto a unas ruinas de lo que debió ser el pueblo. Abrimos fuego hasta que el último ser viviente cayó al suelo. Nos acercamos a los cadáveres, chocando las manos unos con otros. El grupo también consistía en niños como nosotros, pero no nos importó. Les quitamos la munición, nos sentamos sobre sus cadáveres y nos pusimos a comer lo que llevaban. Alrededor, la sangre fresca se filtraba por los agujeros de bala de sus cuerpos.

Me levanté del suelo, mojé una toalla blanca con un vaso de agua y me envolví la cabeza con ella. Me daba miedo dormirme, pero estar despierto también traía recuerdos dolorosos. Recuerdos que a veces habría querido borrar, aunque soy consciente de que son una parte importante de mi vida; de quien soy ahora. Me quedé despierto toda la noche, esperando con ansia la luz del día para volver por completo a mi nueva vida, redescubrir la felicidad que había

conocido de niño, la alegría que había permanecido viva dentro de mí durante el tiempo en que sólo permanecer vivo era un reto. En estos días vivo en tres mundos: mis sueños, y las experiencias de mi nueva vida, que desencadenan recuerdos del pasado.

### 3.

Estuvimos en Mattru Jong más tiempo del que pensábamos. No habíamos sabido nada de nuestras familias y no sabíamos qué hacer excepto esperar y confiar en que estuvieran bien.

Oímos que los rebeldes estaban apostados en Sumbuya, una ciudad a treinta kilómetros más o menos al noreste de Mattru Jong. Ese rumor pronto fue sustituido por cartas que llevaban algunos a quienes los rebeldes habían perdonado la vida durante la masacre de Sumbuya. Las cartas simplemente informaban a la gente de Mattru Jong de que los rebeldes se acercaban y querían ser bienvenidos, porque luchaban por nosotros. Uno de los mensajeros era joven. Le habían grabado las iniciales RUF (Frente Revolucionario Unido) en el cuerpo con una bayoneta al rojo vivo y le habían cortado los dedos de la mano excepto los pulgares. Los rebeldes llamaban a esta mutilación “un amor”. Antes de la guerra, la gente levantaba el pulgar para decirse “un amor” unos a otros, una expresión popularizada por el amor y la influencia de la música reggae.

Cuando la gente recibió el mensaje del infeliz portavoz, fue a esconderse a la selva esa misma noche. Pero la familia de Khalilou nos había pedido que nos quedáramos y nos reuniéramos con ellos más adelante con el resto de sus enseres si las cosas no mejoraban, así que no nos fuimos.

Esa noche, por primera vez en mi vida, me di cuenta de que es la presencia física de la gente y su espíritu lo que da vida a una ciudad. Con tanta gente ausente, la ciudad daba miedo, la noche era más oscura y el silencio insoportable. Normalmente, los grillos y los pájaros cantaban al anochecer, antes de que se pusiera el sol. Pero esta vez no lo hicieron y la oscuridad se

apostentó muy rápidamente. No había luna; el ambiente era tenso, como si la propia naturaleza tuviera miedo de lo que sucedía.

La mayoría de la población de la ciudad estuvo oculta una semana, y con la llegada de nuevos mensajeros, cada vez eran más los que corrían a ocultarse. Pero los rebeldes no llegaron el día que habían dicho y, en consecuencia, la gente empezó a volver a la ciudad. En cuanto todos estuvieron instalados de nuevo, mandaron a otro mensajero. Esta vez era un obispo católico muy conocido que estaba trabajando en una misión cuando tropezó con los rebeldes. No le hicieron nada excepto amenazarlo con que si no entregaba el mensaje irían a por él. En cuanto llegó la noticia, la gente se marchó otra vez de la ciudad y se dirigió a sus escondites de los matorrales o de la selva. Y volvieron a dejarnos atrás, esta vez no para trasladar sus enseres, porque ya los habíamos guardado en el escondite, sino para vigilar la casa y comprar algunos alimentos, como sal, pimienta, arroz y pescado, que llevamos a la familia de Khalilou en el monte.

La gente pasó diez días en el escondite, y los rebeldes no se presentaron. No había nada más que hacer aparte de concluir que no vendrían. La ciudad volvió a cobrar vida. Se reabrieron las escuelas, la gente retornó a su rutina. Pasaron cinco días en paz, e incluso los soldados de la ciudad se relajaron.

A veces iba yo solo a pasear al atardecer. La visión de las mujeres preparando la cena me recordaba las ocasiones en que veía cocinar a mi madre. A los niños no se les permitía entrar en la cocina, pero conmigo hacía una excepción diciendo: necesitas saber cocinar algo mientras seas un palampo (soltero). Se callaba, me daba un pedazo de pescado seco y seguía: quiero un nieto. O sea que no seas un palampo para siempre. Los ojos se me llenaban de lágrimas mientras seguía paseando por las diminutas calles de grava de Mattru Jong.

Cuando por fin llegaron los rebeldes, yo estaba cocinando. El arroz estaba hecho y la sopa de okra casi a punto cuando oí un tiro aislado que resonó por toda la ciudad. Junior, Talloi, Kaloko, Gibrilla y Khalilou, que estaban en la habitación, corrieron fuera.

-¿Habéis oído? –preguntaron.



Nos quedamos quietos intentando determinar si eran los soldados quienes habían disparado. Un minuto más tarde, se dispararon tres armas diferentes. Esta vez empezamos a preocuparnos.

-Son sólo los soldados probando sus armas –dijo uno de nuestros amigos para tranquilizarnos.

La ciudad quedó en silencio y no se oyeron más tiros durante quince minutos. Volví a la cocina y empecé a servir el arroz. En ese instante varias armas, que sonaron como truenos haciendo retumbar las casas de techo de hojalata, se oyeron por toda la ciudad. El sonido fue tan aterrador que confundió a todos. Nadie podía pensar con claridad. En cuestión de segundos, la gente se puso a gritar y a correr en diferentes direcciones, empujándose y tropezando con los que habían caído al suelo. No había tiempo de llevarse nada encima. Todos corrían sólo para salvar la vida. Las madres perdieron a sus hijos, cuyo llanto confundido y triste coincidió con los tiros. Las familias se separaron y dejaron atrás todo aquello por lo que habían trabajado toda su vida. El corazón me latía más rápido que nunca. Los tiros parecían acoplarse a los latidos de mi corazón.

Los rebeldes dispararon las armas hacia el cielo, mientras gritaban y bailaban alegremente abriéndose camino en la ciudad en formación de semicírculo. Hay dos formas de entrar en Mattru Jong. Una es por el camino, y la otra cruzando el río Jong. Los rebeldes atacaron y entraron en la ciudad por tierra, forzando a los civiles a correr hacia el río. Muchos estaban tan aterrados que simplemente corrieron al río, saltaron y fueron incapaces de nadar. Los soldados, que de algún modo habían previsto el ataque, y sabían que estaban en minoría, habían abandonado la ciudad antes de que llegaran los rebeldes. Esto fue una sorpresa para nosotros. Junior, Talloi, Khalilou, Gibrilla y Kaloko, porque nuestro instinto inicial fue correr hacia donde estaban apostados los soldados. Nos quedamos allí, frente a los sacos de arena amontonados, incapaces de decidir qué haríamos a continuación. Empezamos a correr otra vez hacia donde sonaban menos tiros.

Sólo había una ruta de huida de la ciudad. Todos corrieron hacia allí. Las madres gritaban los nombres de sus hijos, y los hijos perdidos gritaron en vano. Corrimos juntos, intentando no separarnos. Para llegar a la ruta de escape, tuvimos que cruzar un pantano húmedo y fangoso, situado junto a una diminuta

colina. Una vez en el pantano, dejamos atrás a quienes habían quedado atrapados en el barro, inválidos a quienes nadie podía ayudar porque pararse a hacerlo significaba arriesgar la propia vida.

Tras cruzar el pantano, empezaron los problemas de verdad, porque los rebeldes se pusieron a disparar sus armas a la gente en vez de apuntar hacia el cielo. No querían que nadie abandonara la ciudad porque necesitaban a los civiles como escudo contra los militares. Uno de los principales objetivos de los rebeldes cuando se apoderaban de una ciudad era forzar a los civiles a quedarse con ellos, especialmente a mujeres y niños. Así podían quedarse más tiempo, porque la intervención militar se retrasaba.

Estábamos ya en lo alto de una colina poblada de arbustos, justo detrás del pantano, en un claro a pocos metros de la ruta de escape. Al ver que los civiles estaban a punto de escapárseles, los rebeldes empezaron a tirar granadas propulsadas RPG, y a disparar ametralladoras AK-47, G3 y todas las armas de que disponían, directamente al claro. Así es que no había elección, teníamos que cruzar el claro porque, siendo unos niños, el riesgo de quedarse en la ciudad era mayor en nuestro caso que intentar la huida. A los niños se les reclutaba inmediatamente y se les grababa las iniciales RUF donde los rebeldes decidían, con una bayoneta al rojo vivo. Eso no sólo significaba que quedaras marcado de por vida, sino que nunca podrías escapar de ellos, escapar con las iniciales de los rebeldes grabadas era un suicidio, dado que los soldados te matarían sin preguntar, y los civiles armados harían lo mismo.

Avanzamos ocultándonos de matorral en matorral, y llegamos al otro lado. Pero eso fue sólo el principio de las muchas situaciones arriesgadas que nos esperaban. Inmediatamente después de una explosión, nos levantábamos y echábamos a correr todos a la vez, agachando la cabeza, saltando sobre los cadáveres y los árboles secos en llamas. Estábamos casi al final del claro cuando oímos que se acercaba el silbido de una granada propulsada. Aceleramos el paso y nos lanzamos bajo un matorral antes de que la granada tocara tierra. Le siguieron varias rondas de tiros de ametralladora. Quienes iban detrás de nosotros no tuvieron tanta suerte. La RPG los alcanzó. A uno de ellos lo alcanzaron fragmentos de la granada. Gritó muy fuerte diciendo que se había quedado ciego. Nadie se atrevió a salir a ayudarlo. Le detuvo otra

granada que explotò, y sus restos y sangre salpicaron como una lluvia las hojas y los matorrales cercanos. Todo sucedió muy deprisa.

En cuanto cruzamos el claro, los rebeldes mandaron a sus hombres a atrapar a los que habían llegado al amparo del monte. Empezaron a perseguirnos y a dispararnos. Estuvimos corriendo màs de una hora sin parar. Fue increíble lo deprisa y lo mucho que corrimos. No sudè ni me cansè. Junior y Talloi iban delante de mì. Cada pocos segundos, mi hermano gritaba mi nombre para asegurarse de que no me hubiera quedado atrás. Notaba la tristeza en su voz, y cada vez que le respondìa, la mà temblaba. Gibrilla, Kaloko y Khalilou iban detrás de mì. Respiraban pesadamente y uno de ellos siseaba intentando no llorar. Talloi era un gran corredor, desde que èramos pequeños. Pero aquella noche logramos mantener el ritmo. Tras una hora o màs corriendo, los rebeldes abandonaron la persecución y volvieron a Mattru Jong mientras nosotros continuamos con nuestra escapada.

#### 4.

Durante días anduvimos los seis por una senda que tendría unos treinta centímetros de ancho, con muros de densos arbustos a ambos lados. Junior caminaba delante de mì sin balancear las manos como solìa hacer al cruzar el jardín para ir a la escuela. Querìa saber en què pensaba, pero todos estaban tan callados que no sabìa còmo romper el silencio. Pensé en dònde estaría mi familia, si volverìa a verlos y deseè que estuvieran a salvo y no demasiado afligidos por Junior y por mì. Se me llenaron los ojos de làgrimas, pero tenía demasiada hambre para llorar.

Dormimos en pueblos abandonados, donde nos acostábamos en el suelo con la esperanza de encontrar al día siguiente algo màs para comer que yuca cruda. Habíamos pasado por un pueblo que tenía bananeros, naranjos y cocoteros. Khalilou, que sabìa trepar mejor que ninguno, subió e hizo caer toda la fruta que pudo. Las bananas estaban verdes, asì que las hervimos añadiendo leña a un fuego que todavía ardìa en una de las cocinas al aire libre. Alguien debìa de haber abandonado el pueblo al vernos llegar, porque el fuego era

reciente. Las bananas no tenían buen sabor porque no había sal ni ningún otro ingrediente, pero las devoramos por llevarnos algo al estómago. Después, comimos naranjas y cocos. No encontramos nada más sustancioso. Cada día estábamos más hambrientos, hasta el punto de que nos dolía el estómago y a veces se nos nublaba la vista. No teníamos más remedio que colarnos en Mattru Jong junto con otros que habíamos encontrado por el camino y coger un poco de dinero que habíamos dejado allí para comprar comida.

Al cruzar la ciudad silenciosa y casi desierta, que ahora nos parecía desconocida, vimos cazos con comida podrida abandonados, cadáveres, muebles, ropa y toda clase de enseres tirados por todas partes. En un porche había un anciano sentado en una silla como si durmiera. Tenía un agujero de bala en la frente. Bajo el pórtico yacían los cadáveres de dos hombres cuyos genitales, extremidades y manos habían sido cortados con un machete que estaba en el suelo junto al montón de las partes. Vomité e inmediatamente me sentí enfebrado, pero teníamos que seguir. Corrimos de puntillas lo más rápida y cautelosamente posible, evitando las calles principales. Nos apoyamos en las paredes de una casa e inspeccionamos las callejuelas de grava hasta pasar a la otra. Cuando hubimos cruzado la calle, oímos pasos. No había un sitio cercano donde ocultarse, de modo que tuvimos que subir corriendo a un porche y escondernos detrás de los ladrillos de cemento. Fisgamos a través de los agujeros y vimos a dos rebeldes con vaqueros holgados, chancletas y camisetas blancas. Llevaban bandas rojas alrededor de la cabeza y las armas colgadas a la espalda. Escoltaban a un grupo de chicas que cargaban cazos, sacos de arroz, morteros y manos de mortero. Los observamos hasta que desaparecieron y volvimos a movernos. Finalmente llegamos a casa de Khalilou. Todas las puertas estaban rotas y el interior patas arriba. La casa, como toda la ciudad, había sido saqueada. Había un agujero de bala en el marco y cristales rotos de botellas de cerveza Star, una marca corriente en el país, y paquetes vacíos de tabaco en el suelo del porche. No había nada útil dentro. La única comida que quedaba eran sacos de arroz demasiado pesados para cargar con ellos porque nos retrasarían. Pero, por suerte, el dinero seguía donde lo había dejado, en una bolsita de plástico debajo de una de las patas de la cama. Me la metí en la deportiva y nos dirigimos otra vez al pantano.

Los seis y quienes habían entrado en la ciudad con nosotros nos reunimos en el extremo del pantano tal como habíamos quedado y empezamos a cruzar el claro de tres en tres. Yo estaba en el segundo turno, con Talloi y otro. Empezamos a arrastrarnos a través del claro en cuanto el primer grupo que había llegado al otro lado nos hizo la señal. Cuando hubimos cruzado la mitad, nos indicaron que nos detuviéramos y en cuanto nos pegamos al suelo, que siguiéramos arrastrándonos. Había cadáveres por todas partes y las moscas se estaban dando el festín con la sangre coagulada. Cuando llegamos al otro lado, vimos que había rebeldes montando guardia en una torrecilla del muelle desde donde se divisaba todo el claro. El siguiente turno lo formaban Junior y otros dos más. Cuando empezaron a cruzar, algo cayó del bolsillo de uno de ellos sobre una sartén de aluminio abandonada en el claro. El ruido fue lo bastante fuerte para llamar la atención de los guardias rebeldes, que apuntaron sus armas hacia la procedencia del sonido. El corazón me latía dolorosamente viendo a mi hermano echado en el claro, fingiendo ser un cadáver. Se oyeron tiros en la ciudad, eso distrajo a los rebeldes y los hizo mirar hacia otro lado. Junior y los otros dos llegaron a nuestro lado. Mi hermano tenía la cara llena de polvo y residuos de barro entre los dientes. Respiraba penosamente y apretaba los puños. Un chico del último turno fue demasiado lento cruzando el claro porque arrastraba un saco enorme de cosas que había recogido. Por culpa de eso, los rebeldes que estaban de guardia en la torre lo vieron y abrieron fuego. Algunos de los rebeldes que había al pie de la torre empezaron a correr y a disparar hacia nosotros. Susurramos al chico:

-Vienen los rebeldes, venga, suelta el saco y apresúrate.

Pero él no nos escuchó. El saco le resbaló del hombro después de cruzar el claro y mientras corrimos, vi que había quedado atrapado entre unas raíces, haciéndole caer. Corrimos todo lo que pudimos hasta que perdimos de vista a los rebeldes. El sol se había puesto y caminamos en silencio hacia el gran resplandor rojizo y el cielo quieto que aguardaba la oscuridad. El chico que había alertado a los rebeldes no llegó al primer pueblo habitado por donde pasamos.

Esa noche nos sentimos temporalmente felices de tener un poco de dinero, y esperábamos comprar algo de arroz cocido con yuca o patata para cenar. Chocamos las manos unos con otros conforme nos acercábamos al

mercado y los estómagos protestaron ante el olor de aceite de palma que surgía de las cocinas al aire libre. Pero cuando llegamos a los puestos de comida, nos llevamos un chasco al ver que los que antes vendían yuca, sopa de okra y hojas de patata hechas con pescado seco y aceite de palma y con arroz, habían dejado de hacerlo. Algunos se guardaban la comida por si la situación empeoraba, y otros sencillamente no querían vender nada más por razones desconocidas.

Después de todos los problemas y los riesgos que habíamos corrido para conseguir el dinero, resultaba inútil. No tendríamos tanta hambre de habernos quedado en el pueblo en lugar de caminar tantos kilómetros de ida y de vuelta a Mattru Jong. Quería culpar a alguien por aquello, pero no había nadie. Habíamos tomado la decisión lógica y había salido así. Era algo propio de un país en guerra. Las cosas cambiaban rápidamente en cuestión de segundos y nadie controlaba nada. Teníamos que aprenderlo y aplicar tácticas de supervivencia, era de lo que se trataba. Estábamos tan hambrientos que robamos comida a la gente que dormía. Era la única forma de sobrevivir a la noche.

## 5.

Estábamos tan hambrientos que nos dolía el beber agua y teníamos calambres en las tripas. Era como si algo nos devorara el interior del estómago. Teníamos los labios secos y las articulaciones débiles y doloridas. Empecé a sentirme las costillas al palparme los costados. No sabíamos dónde conseguir comida. La yuca que saqueamos en una plantación no nos duró mucho. No veíamos animales, como pájaros o conejos, por ninguna parte. Nos volvimos irritables y nos sentábamos lejos unos de otros, como si estar juntos nos diera más hambre.

Una noche llegamos a perseguir a un niño que estaba comiéndose el solo dos mazorcas de maíz. Tendría cinco años y estaba disfrutando de sus mazorcas, una en cada mano, que mordía por turno. Nos abalanzamos sobre el niño todos a la vez, y antes de que se enterara de lo que pasaba, le habíamos quitado las mazorcas. Nos las partimos entre todos y comimos nuestra pequeña ración mientras el niño corría llorando a sus padres. Los padres del niño no nos echaron en cara el incidente. Supongo que se imaginaron que seis chicos no se

abalanzarían sobre su hijo por dos mazorcas si no estuviesen muertos de hambre. Más tarde, aquella noche, la madre del niño nos dio una mazorca a cada uno. Me sentí culpable unos minutos, pero en nuestra situación, el remordimiento no duraba mucho.

No sé cómo se se llamaba el pueblo donde estábamos y no me molesté en preguntarlo, porque estaba ocupado intentando sobrevivir a los obstáculos de cada día. No sabíamos el nombre de otras ciudades y pueblos ni cómo llegar. Así que el hambre nos llevó de nuevo a Matru Jong. Era peligroso, pero con el hambre no nos importaba demasiado. Estábamos en verano, la estación seca, y la hierba se había vuelto amarillenta. La selva verde se lo había tragado todo.

Caminábamos entre la hierba en fila india, con las camisas sobre los hombros o en la cabeza, cuando de repente salieron tres rebeldes de detrás de la hierba seca y apuntaron con sus armas a Gibrilla, que iba delante. Amartillaron las armas y uno de ellos le apretó la suya bajo la barbilla.

-Estás más asustado que un mono mojado –dijo el rebelde, riéndose.

Cuando los otros pasaron a mi lado, evité el contacto ocular bajando la cabeza. El rebelde más joven me levantó la cabeza con la bayoneta, todavía envainada. Mientras me miraba severamente, sacó la bayoneta de su funda y la introdujo en el cañón del arma. Yo temblaba tanto que me castañeteaban los dientes. Él sonrió sin emoción. Los rebeldes, ninguno de ellos mayor de veintiún años, nos hicieron volver al pueblo por donde ya habíamos pasado. Uno iba vestido con una camisa sin mangas del ejército, vaqueros y un paño rojo anudado a la cabeza. Los otros dos llevaban chaquetas y pantalones vaqueros, gorras de béisbol al revés y zapatillas deportivas de Adidas. Los tres lucían muchos relojes llamativos en ambas muñecas. Lo habían arrancado todo por la fuerza, o lo había saqueado de las casas o de las tiendas.

Los rebeldes hablaban conforme caminábamos. Lo que decían no sonaba amistoso. No oía sus palabras porque lo único en lo que podía pensar era en la muerte. Hacía esfuerzos por no desmayarme.

Al acercarnos al pueblo, dos de los rebeldes se adelantaron corriendo. Éramos seis y un rebelde, pensé para mis adentros. Pero él tenía un arma semiautomática y un largo cinturón de balas en el cuerpo. Nos hizo caminar en

dos filas de a tres, con las manos sobre la cabeza. Èl iba detrás apuntándonos a la nuca, y de repente, dijo:

-Si uno de vosotros intenta algo, os mataré a todos. Así que no respiréis demasiado fuerte, porque podría ser la última vez.

Se riò y su voz resonò en la selva lejana. Recè para que mis amigos y mi hermano no hicieran nada raro, para que ni siquiera se rascaran la cabeza si les picaba. Sentía còmo el calor se agolpaba en mi cabeza, como si esperara una bala en cualquier momento.

Cuando llegamos al pueblo, los dos rebeldes que se habían adelantado habían reunido a todos los que estaban allí. Había quince personas, casi todos niños, algunas niñas y unos pocos adultos. Nos hicieron esperar de pie en el recinto de la casa màs cercana al monte. Estaba oscureciendo. Los rebeldes sacaron grandes linternas y las colocaron sobre los morteros de moler arroz para vernos bien a todos. Mientras nos apuntaban con sus armas, un anciano que había escapado de Mattru Jong cruzò el puente colgante que conducía al pueblo. Mientras observábamos, el rebelde màs joven se acercò al anciano y lo esperò al pie del puente. Lo apuntaron con el arma en cuanto acabò de cruzar y lo trajeron con nosotros. El hombre tendría sesenta y tantos años, y parecía frágil. Tenía la cara arrugada de hambre y miedo. El rebelde empujó al anciano al suelo, le puso el arma en la cabeza y le ordenò que se levantara. Apoyándose en sus temblorosas rodillas, el anciano logró ponerse de pie. Los rebeldes se rieron y nos obligaron a reír con ellos apuntándonos con las armas. Yo reí muy fuerte, pero estaba llorando por dentro, y me temblaban las piernas y las manos. Apreté los puños, pero eso me hizo temblar aún màs. Todos los cautivos estaban de pie, inmovilizados a punta de pistola, observando còmo los rebeldes interrogaban al anciano.

-¿Por què te fuiste de Mattru Jong? –preguntò un rebelde, mientras examinaba su bayoneta. Midiò la longitud del cuchillo con los dedos y después lo apoyò contra el cuello del anciano-. Parece que va a la medida –dijo fingiendo cortárselo-. ¿Vas a contestar a mi pregunta?

La vena de la frente le sobresalía y miraba con ojos ferozmente enrojecidos la cara temblorosa del anciano, cuyos pàrpados temblaban incontrolados. Antes de la guerra, un joven jamás habría osado hablarle a un anciano de una forma tan grosera. Habíamos crecido en una cultura que exigía



un buen comportamiento con todos, y especialmente a los jóvenes. Los jóvenes solían respetar a los mayores y a todos los miembros de la comunidad.

-Me fui de la ciudad en busca de mi familia –dijo el anciano con voz asustada, mientras intentaba recuperar el aliento.

El rebelde de la ametralladora semiautomática, que estaba de pie apoyado contra un árbol fumando un cigarrillo, caminò furioso hacia el anciano y le apuntò con el arma entre las piernas.

-Te marchaste de Mattru Jong porque no te gustamos –apretò el arma contra la frente del hombre y continuò-: Te fuiste porque estàs en contra de nuestra causa como luchadores por la libertad, ¿verdad?

El anciano cerrò los ojos con fuerza y empezó a sollozar.

¿Què causa?, pensé yo. Entonces utilicè la única libertad que tenía el pensamiento. No podían verlo. Mientras seguía el interrogatorio, uno de los rebeldes pintò las siglas RUF en las paredes de las casas del pueblo. Era el pintor màs descuidado que he visto en mi vida, no creo que conociera el alfabeto. Es màs, sòlo sabìa escribir eso, R, U, F. cuando terminò de pintar, se acercò al anciano y le colocò el arma contra la cabeza.

-¿Tienes unas últimas palabras que decir?

En ese momento, el anciano era incapaz de hablar. Le temblaban los labios, pero no podía pronunciar una sola palabra. El rebelde apretò el gatillo, y como un relámpago, vi la chispa de fuego que salía del morro. Volvìa la cabeza hacia el suelo. Las rodillas me temblaron y el corazón se me acelerò y me latió con màs fuerza. Cuando volví a mirar, el anciano daba vueltas como un perro intentando morder una mosca en su cola. No dejaba de gritar:

-¡Mi cabeza, mi cerebro!

Finalmente se parò y levantò las manos lentamente hacia su cara como una persona que no se atreve a mirarse al espejo.

-¡Veo, oigo! –gritò y se desmayò.

Por lo visto los rebeldes habían disparado algo màs allà de su cabeza y se divertían mucho con la reacción del anciano.

A continuación los rebeldes nos miraron y anunciaron que iban a reclutar a algunos de nosotros, la única razón para nuestra captura. Ordenaron a todos que se pusieran en fila: hombres, mujeres, incluso niños màs pequeños que yo. Caminaron arriba y debajo de la fila intentando mantener contacto ocular con la

gente. Primero eligieron a Khalilou y después a mì y a unos pocos màs. Situaron a los seleccionados en otra fila, de cara a la primera. A Junior no le eligieron, y me quedè frente a èl al otro lado de la multitud, camino de convertirme en un rebelde. Lo mirè, pero èl evitò el contacto ocular bajando la cabeza. Era como si nuestros mundos fueran diferentes a partir de entonces y nuestra conexión se estuviera quebrando. Afortunadamente, los rebeldes decidieron hacer otra criba. Uno de ellos dijo que habían escogido mal, porque la mayoría estábamos temblando y eso significaba que èramos unos flojos.

-Queremos reclutas fuertes, no débiles.

El rebelde nos empujò al otro lado de la gente. Junior se situó a mi lado. Me dio un codazo. Lo mirè y èl asintió y me acariciò la cabeza.

-Quietos para la última selección –gritò uno de los rebeldes.

Junior dejó de acariciarme la cabeza. Durante la segunda tanda, fue seleccionado. A los demás no nos necesitaban, pero nos llevaron al rìo con los otros.

Gesticulando con un brazo en nuestra dirección, uno de los rebeldes anunció:

-Vamos a iniciaros a todos matando a quien tengáis enfrente. Hay que hacerlo para que veàis sangre y os hagáis fuertes. No volveréis a verlos nunca màs, a menos que creàis en la vida después de la muerte.

Se golpeò el pecho con el puño y se riò.

Me volví y mirè a Junior, cuyos ojos estaban rojos por el esfuerzo de contener las làgrimas. Apretò los puños para que no le temblaran las manos. Empecè a llorar en silencio y de repente me sentí mareado. Uno de los reclutados vomitò. Un rebelde lo empujò hacia nosotros pegándole en la cara con la culata del arma. Empezó a sangrar.

-No os preocupèis, chicos, la próxima matanza es vuestra –comentó un rebelde, riéndose.

En el rìo nos hicieron arrodillar y poner las manos detrás de la cabeza. De repente se oyò un fuerte tiroteo lejos del pueblo. Dos de los rebeldes corrieron a esconderse a los àrboles cercanos, los otros se echaron al suelo, apuntando el arma en dirección al sonido.

-Crees que son...

El rebelde del suelo fue interrumpido por más disparos. Ellos también empezaron a disparar. Todos se dispersaron corriendo hacia el bosque para salvar la vida. Corrí todo lo que pude por el bosque y me eché en el suelo detrás de un tronco. Oí el tiroteo cada vez más cerca, así que empecé a arrastrarme para adentrarme en la espesura todo lo que pudiera. Una bala alcanzó un árbol sobre mi cabeza y cayó al suelo a mi lado. Me sobresalté y contuve la respiración. Desde donde estaba, veía silbar las balas rojas entre los árboles y la noche. Oí latir mi corazón, y empecé a respirar pesadamente, así que me tapé la nariz para tratar de controlarlo.

Capturaron a algunos y oí que lloraban por el dolor que les estaban infligiendo. Los gritos agudos y estridentes de una mujer llenaron el bosque, y el miedo de su voz penetrando en mis venas, me produjo un sabor amargo en la boca. Me arrastré más adentro en el bosque y encontré un lugar bajo los árboles donde estuve horas sin moverme. Los rebeldes seguían en el pueblo, maldiciendo furiosamente y disparando sus armas. En cierto momento fingieron que se habían ido, y alguno que había escapado volvió al pueblo. Lo capturaron y oí cómo le pegaban. Unos minutos después, se oyeron tiros, seguidos de un humo denso que se alzó hacia el cielo. La selva se iluminó con el fuego que habían prendido al pueblo.

Había pasado casi una hora y los tiros de los rebeldes se habían amortiguado. Mientras estaba echado bajo el árbol pensando en lo que podía hacer, oí susurros detrás de mí. Al principio me asusté, pero después reconocí las voces. Eran Junior y sus amigos. Por casualidad habían corrido en la misma dirección que yo. Todavía me daba miedo llamarles, así que esperé a estar seguro. Oí que Junior susurraba:

-Creo que se han ido.

Entonces estuve tan seguro que la voz me salió involuntariamente:

-Junior, Talloi, Kaloko, Gibrilla, Khalilou, ¿sois vosotros? –dije rápidamente. Se quedaron callados.

-Junior, ¿me oyes? –repetí.

-Sí, estamos aquí, junto al tronco podrido –contestó.

Me guiaron hasta donde estaban. Después nos arrastramos acercándonos al pueblo para llegar al sendero. Cuando lo encontramos, nos dirigimos al

pueblo donde habíamos pasado todos nuestros días de hambre. Junior y yo intercambiamos una mirada, y me dedicò la sonrisa que había reprimido cuando me enfrentaba con la muerte.

El viaje de noche fue muy silencioso. Nadie hablò. Caminábamos, pero no sentía los pies en contacto con el suelo.

Cuando llegamos al pueblo, nos sentamos alrededor del fuego hasta el amanecer. No dijimos ni una palabra. Cada uno parecía estar en un mundo diferente o cavilando sobre algo. A la mañana siguiente, empezamos a hablar entre nosotros como si nos despertáramos de una pesadilla o un sueño que nos hubiera dado una visión diferente de la vida y la situación en que nos encontrábamos. Decidimos dejar el pueblo al día siguiente y buscar un sitio seguro, lejos de dònde estábamos. No teníamos ni idea de adònde iríamos, ni siquiera còmo llegar a un sitio seguro, pero estábamos decididos a encontrarlo. Ese día nos lavamos la ropa. No teníamos jabòn, así que la mojamos y la dejamos secar al sol mientras nos sentábamos desnudos en un bosquecillo cercano esperando a que estuviera lista. Habíamos decidido marcharnos a primera hora de la mañana.

## 6.

Ir en grupo de seis no nos beneficiaba mucho. Pero necesitábamos permanecer juntos porque teníamos màs posibilidades de superar los problemas cotidianos que encontrábamos. A la gente le daba terror los chicos de nuestra edad. Muchos habían oído rumores sobre chicos que eran obligados por los rebeldes a matar a su familia, y quemar sus pueblos. Esos niños patrullaban en unidades especiales, matando y mutilando civiles. Algunas personas habían sido víctimas de estas atrocidades y tenían cicatrices recientes que lo demostraban. Por eso, cuando la gente nos veìa, les recordábamos las masacres y se desencadenaba de nuevo el miedo en su corazón. Algunos intentaron hacernos daño para protegerse a sì mismos y a su familia, y su comunidad. Debido a esto, decidimos esquivar los pueblos dando un rodeo por el monte cercano. Así nos manteníamos a salvo y evitábamos provocar el caos. Èsa era una de las

consecuencias de la guerra civil: la gente dejaba de confiar y todos los forasteros eran considerados enemigos. Incluso los que te conocían se volvían muy cautelosos a la hora de relacionarse o de hablar contigo.

Un día, cuando acabábamos de salir de una zona boscosa de un pueblo que habíamos esquivado, un grupo de hombres gigantescos y musculosos se plantaron de repente en el camino, delante de nosotros. Levantando los machetes y los rifles de caza, nos ordenaron que nos detuviésemos. Los hombres eran los guardias voluntarios de aquel pueblo y el jefe les había pedido que nos llevaran frente a él.

Se había congregado una multitud en el recinto del jefe para recibirnos. Los hombretones nos hicieron caer al suelo frente a ellos y nos ataron los pies con cuerdas gruesas. Después nos ataron las manos atrás, con los codos tocándose y el pecho tirante. Se me saltaban las lágrimas por el dolor. Intenté darme la vuelta, pero fue peor.

El jefe dio un golpe con su vara en el suelo:

-¿Sois rebeldes o espías?

-No.

Nos temblaba la voz.

El jefe se enfadó.

-Si no me decís la verdad, diré a esos hombres que os aten piedras al cuerpo y os lancen al río –rugió.

Le dijimos que éramos estudiantes, lo que fue un gran error. La multitud rugió: ahogad a los rebeldes.

Los guardias entraron en el círculo, y nos registraron los bolsillos. Uno de ellos encontró la cinta de rap en mi bolsillo y se la entregó al jefe. Él pidió que la pusieran.

*You down with OPP (Yeah you know me)*

*You down with OPP (Yeah you know me)*

*You down with OPP (Yeah you know me)*

*Who,s down with OPP (Every last homie).*

El jefe paró la música. Se mesó la barba, pensando:

-Dime –dijo, volviéndose hacia mì-, ¿de dònde has sacado esta música extranjera?

Le contè que rapeàbamos. No sabìa què era la música rap y se lo expliquè como pude.

-Es algo parecido a contar parábolas, pero en el lenguaje del hombre blanco –conclui, explicándole también que èramos bailarines y tenìamos un grupo en Mattru Jong, donde ìbamos a la escuela.

-¿Mattru Jong?-preguntò, y llamò a un joven que era del pueblo.

Trajeron al chico frente al jefe, y èl le preguntò si nos conocía y si había oído que contáramos parábolas en el lenguaje del blanco. Sabìa mi nombre, el de mi hermano y los de mis amigos. Nos recordaba de algunas actuaciones que habíamos hecho. Nosotros no le conocíamos ni siquiera de vista, pero le sonreímos cálidamente como si también le reconociéramos. Nos salvò la vida.

Nos desataron y nos sirvieron yuca y pescado ahumado. Comimos, dimos las gracias a la gente del pueblo y nos preparamos para seguir. El jefe y algunos hombres que nos habían atado las manos y los pies nos ofrecieron un sitio para quedarnos allí. Sabíamos que los rebeldes acabarían por llegar al pueblo.

Lentamente, caminamos por el sendero adentrándonos en la selva espesa. Los àrboles se agitaban inciertos con el escaso viento. El cielo parecía lleno de humo, un humo gris interminable que apagaba la luz del sol. Hacia el atardecer llegamos a una aldea abandonada de seis chozas de barro. Nos sentamos en el porche de una de las chozas. Mirè a Junior, que tenía la cara sudada. Había estado muy silencioso últimamente. Me sonriò un momento hasta que volvió a ponerse serio. Se levantò y fue al patio. Sin moverse, mirò hacia el cielo hasta que el sol desapareció. Cuando volvió a sentarse en el porche, cogió una piedra y jugò con ella toda la velada. Yo lo observaba, esperando que estableciera contacto ocular conmigo y me dijera què le pasaba. Pero no levantò la cabeza. Sòlo jugaba con la piedra en la mano y contemplaba el suelo.

Un dìa Junior me enseñò a tirar piedras al rìo. Habíamos ido a buscar agua y me dijo que había aprendido un truco nuevo que le permitìa hacer caminar las piedras sobre el agua. Doblando el cuerpo a un lado, lanzò varias piedras y cada una rebotaba en el agua màs lejos que la anterior. Me dijo que lo intentara, pero no me salìa. Me prometió enseñarme el truco algún dìa. Mientras volvíamos a casa con los cubos de agua sobre la cabeza, resbalè y caì, y se me

vertió el agua. Junior me dio su cubo, cogió el mío vacío y volvió al río. Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue preguntarme si me había hecho daño. Le dije que estaba bien, pero me miró las rodillas y los codos de todos modos, y cuando acabó me hizo cosquillas. Mientras lo miraba aquella noche sentado en el porche de la casa de una aldea desconocida, deseaba que me preguntara lo mismo.

Gibrilla, Talloi, Kaloko y Khalilou miraban las copas de los árboles, que ocultaban el pueblo. Gibrilla estaba sentado con la barbilla apoyada en las rodillas, y, cuando exhalaba, todo su cuerpo se agitaba. Talloi no dejaba de golpear el suelo con el pie, como si intentara distraerse para no pensar en el presente. Kaloko estaba inquieto. No podía estar quieto y no paraba de cambiar de posición, suspirando cada vez que lo hacía. Khalilou no se movía. Su rostro no expresaba ninguna emoción y parecía haber abandonado su cuerpo. Yo quería saber qué sentía Junior, pero no encontraba el momento de romper el silencio de la velada. Ojalá lo hubiera hecho.

A la mañana siguiente, una gran grupo de gente cruzó la aldea. Entre los viajeros había una mujer que conocía a Gibrilla. Le dijo que su tía estaba en un pueblo a unos cincuenta kilómetros de allí. Nos indicó cómo llegar. Nos llenamos los bolsillos de naranjas verdes y amargas que no se podía ni comer, pero era lo único de lo que disponíamos.

Kamator estaba muy lejos de Mattru Jong, donde los rebeldes seguían manteniendo el control, pero los habitantes del pueblo estaban en guardia y a punto de marcharse en cualquier momento. A cambio de comida y un lugar donde dormir, nos nombraron a todos vigilantes. A cinco kilómetros del pueblo había una colina. Desde la cima, se podía ver hasta dos kilómetros del sendero que conducía al pueblo. Allí montábamos guardia desde primera hora de la mañana hasta el atardecer. Lo hicimos durante un mes más o menos y no pasó nada. Aunque conocíamos suficientemente bien a los rebeldes para saber si llegaban, nuestra vigilancia se fue relajando con el paso del tiempo.

La temporada de siembra se acercaba. Las primeras lluvias habían ablandado la tierra. Los pájaros empezaron a construir los nidos en los mangos. El rocío dejaba las hojas mojadas y empapaba el suelo. El olor del suelo mojado era irresistible a mediodía. Me daban ganas de rodar por él. Uno de mis tíos

solía bromear diciendo que le gustaría morir en esta época del año. El sol salía antes de lo normal y brillaba más que nunca en el cielo azul, y casi totalmente despejado. La hierba a los lados del sendero estaba medio seca y medio verde. Se veían hormigas en el suelo acarreando comida hacia sus agujeritos. A pesar de que intentamos disuadirlos, la gente del pueblo se convenció de que los rebeldes no aparecerían, y nos ordenaron que dejáramos el puesto de guardia, y ayudáramos en los campos. No fue fácil.

Yo siempre había sido un espectador de los trabajos del campo, y por eso nunca me había dado cuenta de lo duros que eran hasta aquellos meses de mi vida, en 1993, cuando tuve que ayudar a la siembra en el pueblo de Kamator. Los habitantes del pueblo eran todos campesinos, y por lo tanto no había forma de escapar.

Antes de la guerra, cuando visitaba a mi abuela durante la cosecha, lo único que me dejaba hacer era echar vino alrededor del campo antes de empezar, como parte de una ceremonia de agradecimiento a los antepasados y los dioses por proveer un suelo fértil, arroz y un año de buena cosecha.

La primera tarea que se nos asignó fue limpiar una enorme parcela de tierra de la medida de un campo de fútbol. Cuando fuimos a ver toda la maleza que debíamos arrancar, supe que se avecinaban tiempos difíciles. La maleza era densa y había muchas palmeras, cada una rodeada de árboles que se enredaban en las ramas. Era difícil sortearlas y talarlas. El suelo estaba cubierto de hojas podridas que habían cambiado del color marrón al casi negro. Se oía a las termitas moverse bajo las hojas podridas. Cada día nos encorbábamos y nos incorporábamos bajo la maleza, con machetes y hachas en ristre, talando árboles y palmeras a ras de suelo de modo que no crecieran rápidamente y echaran a perder la cosecha que se estaba a punto de plantar. A veces, cuando blandíamos los machetes y las hachas, su peso nos lanzaba volando sobre la maleza, donde nos quedábamos un momento frotándonos los hombros doloridos. El tío de Gibrilla habría meneado la cabeza diciendo: mocosos perezosos de ciudad.



El primer día que desbrozamos, el tío de Gibrilla nos asignò a cada uno una porción de maleza que arrancar. Tardamos tres días en limpiar nuestras respectivas porciones. Èl limpiò la suya en menos de tres horas.

Cuando cogì el alfanje con la mano para atacar la maleza, el tío de Gibrilla no pudo evitarlo: se echò a reír y me enseñò a cogerlo como era debido. Pasè horribles minutos lanzándolo contra los àrboles con todas mis fuerzas mientras èl los cortaba de un solo golpe.

Las dos primeras semanas fueron extremadamente penosas. Sufri dolores de espalda y musculares. Lo peor de todo era que tenía las manos desolladas, hinchadas y llenas de ampollas. No estaba acostumbrado a sostener un machete o un hacha. Cuando acabamos de limpiar, dejamos que se secara la maleza y cuando estuvo seca le prendimos fuego y observamos còmo ascendía el espeso humo hacia el cielo azul veraniego.

A continuación tuvimos que plantar yuca, cavando minihoyos en el suelo con azadas. Para descansar de esta tarea, que nos obligaba a doblar la espalda por la cintura durante horas, cogíamos tallos de yuca, los cortábamos en pequeñas piezas y los colocábamos sobre los hoyos. El único sonido que oíamos mientras trabajábamos era el tarareo de las melodías de los campesinos màs expertos, el aleteo ocasional de un pájaro, el estallido de las ramas quebradas en el monte cercano y los saludos de los vecinos que cruzaban el sendero para ir a los campos o al volver al pueblo. El terminar el día, a veces me sentaba en un tronco en la plaza del pueblo y observaba a los niños jugando a pelearse. Uno de ellos, de unos siete años, siempre empezaba las peleas, y su madre acababa tirándole de la oreja. Me identifiqué con èl. Yo también era un niño travieso y siempre me metìa en peleas en la escuela y en la orilla del río. A veces tiraba piedras a los niños a quienes no podía vencer. Como no teníamos a nuestra madre en casa, Junior y yo èramos los proscritos de la comunidad. La separación de nuestros padres nos dejó marcas que eran visibles hasta para el niño màs pequeño de nuestra ciudad. Èramos tema de cotilleo nocturno.

-Pobrecillos –decìa alguien.

-No tendrán una formación completa –decìa otro en tono preocupado al pasar.

Me indignaba tanto que nos compadecieran que a veces pegaba patadas a los niños en la escuela, sobre todo a los que nos miraban con expresión de “mis padres hablan mucho de vosotros”.

Estuvimos sembrando tres meses en Katamor y nunca me acostumbrè. Las pocas veces que lo disfrutaba era durante los descansos de la tarde, cuando íbamos a bañarnos al río. Me sentaba en el fondo arenoso y dejaba que la corriente me arrastrara río abajo, donde volvía a emerger, me ponía la ropa sucia y volvía al campo. Lo màs triste de aquel trabajo tan pesado fue que, al final, todo se echò a perder, porque los rebeldes acabaron por venir y todos huyeron, dejando que los campos se llenaran de malas hierbas y los animales los devoraran.

Durante el ataque al pueblo de Kamator mis amigos y yo nos separamos. Fue la última vez que vi a Junior, mi hermano mayor.

## 7.

El ataque se produjo inesperadamente de noche. Ni siquiera hubo rumores de que los rebeldes estuvieran a setenta kilómetros de Kamator. Entraron en el pueblo como surgiendo de la nada.

Eran las ocho de la noche, cuando la gente estaba ocupada con la última plegaria del día. El imàn ignoraba lo que estaba a punto de suceder; hasta que fue demasiado tarde. Estaba frente a la gente, mirando hacia oriente, recitando vigorosamente un largo sura. En cuanto èl empezaba la plegaria, nadie podía decir nada que no estuviera relacionado con ella.

No fui a la mezquita aquella noche, pero Kaloko sí. Dijo que tras saberse que los rebeldes estaban en el pueblo, todos habían salido rápida y silenciosamente, dejando solo al imàn dirigiendo la plegaria. Algunos intentaron avisarle en susurros, pero èl los ignorò. Los rebeldes lo capturaron y le exigieron que les dijera en què zonas de la selva se ocultaba la gente, pero el imàn se negó a decir nada. Le ataron las manos y los pies con alambres, lo colocaron sobre una plancha de hierro y le prendieron fuego. No lo quemaron por

completo, pero el fuego lo matò. Dejaron sus restos semiquemados en la plaza del pueblo. Kaloko dijo que lo había visto desde un matorral cerca donde se había escondido.

Durante el ataque, Junior estaba en el porche donde dormíamos todos. Yo estaba fuera, sentado en los peldaños. No tuve tiempo de ir a buscarlo, porque el ataque fue muy repentino, y tuve que esconderme solo en el bosque. Esa noche dormí solo, apoyado contra un árbol. Por la mañana encontrè a Kaloko, y juntos volvimos al pueblo. El cuerpo semiquemado del imàn, como lo había descrito Kaloko, estaba en la plaza. Vi el dolor que había sufrido por la forma como apretaba los dientes. Todas las casas estaban quemadas. No había indicios de vida por ninguna parte. Buscamos a Junior y a los demás, pero no los encontramos. Tropezamos con una familia que conocíamos y nos dejaron escondernos con ellos cerca del pantano. Estuvimos dos semanas que nos parecieron meses. Los días pasaban lentamente mientras me devanaba los sesos pensando las posibilidades de futuro. ¿Tendrìa final aquella locura y habría algún futuro para mì fuera de la selva? Pensé en Junior, Gibrilla, Talloi y Khalilou. ¿Habrían podido escapar al ataque? Estaba perdiendo a todo el mundo, mi familia y mis amigos. Recordè nuestro traslado a Mogbwemo. Mi padre celebrò una ceremonia para bendecir la nueva casa e invito a los vecinos. Durante la ceremonia, se levantò y dijo:

-Ruego a los dioses y a los antepasados que mi familia permanezca siempre junta.

Nos mirò, a mi madre con mi hermanito en brazos, y a Junior y a mì uno junto al otro, con un toffee en la boca.

Uno de los ancianos se puso en pie y añadió:

-Ruego a los dioses y a los antepasados que tu familia permanezca siempre junta, incluso cuando uno de vosotros cruce al mundo de los espíritus. Por la familia y por la comunidad.

El anciano levantò las manos abiertas al cielo. Mi padre se acercò a mi madre y nos indicò a Junior y a mì que nos acercáramos también. Lo hicimos y mi padre nos rodeò con los brazos. La gente aplaudió y un fotógrafo tomò algunas instantáneas.

Me apretè los pàrpados con los dedos para contener las làgrimas y deseè mantener a mi familia reunida.

Una vez cada tres días íbamos a Kamator a ver si la gente había vuelto, pero cada visita era en vano porque no había señales de seres vivos. El silencio del pueblo era aterrador. Tenía miedo cuando el viento soplabá, agitando los techos de paja, y sentía como si mi cuerpo estuviera vagando fuera de mí. No había huellas de pisadas. Ni siquiera los lagartos se atrevían a cruzar el pueblo. Los pájaros y los grillos no cantaban. Oía mis pasos más fuertes que los latidos de mi corazón. Durante esas visitas, nos llevábamos escobas para borrar nuestras huellas al volver al escondite, y así evitar que nos siguieran. La última vez que Kaloko y yo fuimos al pueblo, los perros se estaban dando un festín con los restos del imán. Un perro tenía un brazo y el otro una pierna. Encima, los buitres volaban en círculos, preparándose para descender también sobre el cadáver.

Vivir con miedo me llenaba de frustración. Me sentía como si estuviera siempre esperando que la muerte viniera a por mí, y decidí volver a alguna parte donde hubiera algo de paz. Kaloko tenía miedo a marcharse. Pensaba que salir de la selva sería como caminar hacia la muerte. Decidió quedarse en el pantano.

No tenía ninguna bolsa para llevar mis cosas, de modo que me llené los bolsillos con naranjas, me até los cordones de las deportivas destrozadas y me dispuse a irme. Dijo adiós a todo el mundo y me dirigí al oeste. En cuanto salí del escondite, y entré en el sendero, me sentí como si me envolviera una capa de pesar. Me cayó encima al instante. Me eché a llorar. No sabía por qué, tal vez porque temía lo que me esperaba. Me senté a un lado en el sendero un rato hasta que se me acabaron las lágrimas, y después continué.

Caminé todo el día y no tropecé con nadie en el sendero ni en los pueblos por donde pasé. No había huellas de pisadas y los únicos sonidos que oí fueron los de mi respiración y mis pasos.

Caminé cinco días, del amanecer al atardecer, y no entré en contacto con otro ser humano. Por la noche dormía en pueblos abandonados. Cada mañana decidía mi destino eligiendo en qué dirección iría. Mi objetivo era caminar en sentido contrario de donde venía. Se me acabaron las naranjas el primer día, pero recogí más en los pueblos donde dormía. A veces encontraba campos de yuca. Arrancaba un poco y me la comía cruda. El otro alimento que estaba a mi disposición en casi todos los pueblos eran cocos. No sabía trepar a un cocotero.

Lo habían intentado, pero era sencillamente imposible, hasta un día en que estaba hambriento y sediento. Llegué a un pueblo donde no había nada que comer excepto los cocos que estaban por encima de mi cabeza, y parecía como si se burlaran de mí, desafiándome a cogerlos. No sé explicar exactamente cómo ocurrió, pero de forma inesperada trepé al cocotero rápida y fácilmente. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, y pensé en mi inexperiencia, ya estaba en lo alto de la copa cogiendo cocos. Bajé igual de rápido y miré a mi alrededor buscando algo para abrirlos. Por suerte encontré un viejo machete y me puse a trabajar con las cortezas. Cuando acabé el tentempié, encontré una hamaca y descansé un rato.

Me levanté descansado y pensé que tenía suficiente energía para trepar y coger más cocos por el camino. Pero me fue imposible. Ni siquiera logré pasar de la mitad del tronco. Lo intenté una y otra vez, pero cada intento era más lastimoso que el anterior. Hacía tiempo que no me reía, pero aquello me hizo hacerlo desenfrenadamente. Podría haber escrito una redacción en clase sobre aquella experiencia.

El sexto día encontré seres humanos. Acababa de salir del pueblo donde había dormido aquella noche y estaba camino de encontrar otro cuando oí voces delante de mí, que subían y bajaban a merced del cambio de dirección del viento. Salí del sendero y caminé cuidadosamente, procurando no pisar las hojas secas del monte para no hacer ruido. Me quedé detrás de unos matorrales, observando a los que oía. Eran ocho, a la orilla del río, cuatro niños más o menos de mi edad, doce años, dos niñas, un hombre y una mujer. Se estaban bañando. Tras observarlos un rato, decidí bajar al río a bañarme también. Para no asustarlos, bajé un tramo del sendero y me dirigí de frente.

El hombre fue el primero que me vio.

-Kushe-oo. ¿Cómo está, señor? –lo saludé.

Sus ojos escrutaron mi cara sonriente. No dijo nada y yo pensé que quizá no hablaba krio. Así que le saludé en mende, la lengua de mi tribu.

-Bu-wah. Bi ga huin ye na.

Siguió sin responder. Me quitó la ropa y me metió en el río. Cuando salí a la superficie, habían dejado ya de bañarse, pero seguían en el agua. El hombre, que era el que estaba más lejos, me preguntó:

-¿De dònnde eres, y adònnde vas?

Era mende y entendía el krio perfectamente.

-Soy de Mattru Jong y no tengo ni idea de adònnde voy -me sequè el agua de la cara y continuè-: ¿Adònnde vas tù con tu familia?

Èl ignorò mi pregunta como si no me hubiera oído. Entonces le preguntè si sabìa còmo llegar rápidamente a Bonthe, una isla al sur de Sierra Leona y uno de los lugares seguros, según la voz popular. Me dijo que si seguía caminando hacia el mar, algún dìa encontrarìa a quien supiera indicarme còmo llegar a Bonthe. Estaba claro por el tono de su voz que no me querìa por allì y no confiaba en mì. Mirè los rostros curiosos y escépticos de los niños y de la mujer. Me alegraba de ver otras caras y al mismo tiempo estaba desilusionado porque la guerra había destruido el placer de la experiencia de conocer gente. Ya ni siquiera se podía confiar en un niño de doce años. Salì del agua, di las gracias al hombre y me puse en camino, en la direcciòn que me había indicado para llegar al mar.

Tristemente, no conozco los nombres de casi ninguno de los pueblos que me dieron refugio y alimento en aquella época. No había nadie a quien preguntar y en aquellas partes del país no había ròtulos que indicaran el nombre de las localidades.

## 8.

Caminè dos días seguidos sin dormir. Sòlo me detenía en los arroyos para beber agua. Me sentía como si me siguiera alguien. A menudo mi propia sombra me asustaba y me hacìa echar a correr durante kilòmetros. Todo me resultaba extrañamente brutal. Incluso el aire parecía querer atacarme y romperme el cuello. Tenía hambre, pero no me apetecía comer ni tenía fuerzas para buscar comida. Había pasado por pueblos quemados donde había cadáveres de hombres, mujeres y niños de todas las edades esparcidos como hojas por el suelo tras una tormenta. Sus ojos todavía expresaban miedo, como si la muerte no les hubiera librado de la locura que seguía desplegándose. Había visto cortar cabezas con machetes, ser aplastadas con ladrillos de cemento, y rìos llenos de tanta sangre que el agua había dejado de fluir. Cada vez que revivìa estas

escenas en mi cabeza, aceleraba el paso. A veces cerraba los ojos con fuerza para evitar pensar, pero el ojo de mi mente se negaba a cerrarse y seguía martirizándome con aquellas imágenes. El cuerpo se me estremecía de miedo y sufría mareos. Veía agitarse las hojas de los árboles, pero no notaba el viento.

Al tercer día, estaba en medio de una selva densa, debajo de árboles enormes cuyas hojas y ramas hacían difícil distinguir el cielo. No recordaba cómo había ido a parar allí. La noche se acercaba, así que busqué un árbol que no fuera demasiado alto para encaramarme; las ramas se enredaban unas con otras formando una especie de hamaca. Pasé la noche en brazos de esos árboles, entre la tierra y el cielo.

Al día siguiente estaba decidido a encontrar la salida de la selva, aunque me dolía mucho la espalda por haber dormido en los árboles. Caminando, tropecé con un manantial que caía de una roca gigantesca. Me senté a descansar, y allí vi una serpiente oscura y enorme que se retiró detrás de un matorral. Encontré una rama larga y fuerte para protegerme mientras jugaba con las hojas del suelo para evitar que me asaltaran los pensamientos que me llenaban la cabeza. Pero mi mente seguía atormentándome, y todos los esfuerzos por despejar esas ideas horribles eran en vano. Así que decidí caminar, marcando el paso con el palo en la mano. Caminé toda la mañana y toda la noche, pero al final me encontré en el mismo sitio donde había dormido la noche anterior. Entonces tuve que aceptar finalmente que me había perdido y que iba a tardar un tiempo en salir de allí. Decidí hacer un poco más cómodo mi nuevo hogar añadiendo hojas y ramas tejidas para fabricarme un lecho menos duro donde dormir.

Di un par de vueltas para familiarizarme con los alrededores. Mientras echaba un vistazo a mi nuevo hogar, lo despejé de hojas secas. Después cogí un palo y dibujé líneas en el suelo desde el lecho hasta el manantial donde había encontrado a mi vecina, la serpiente. Había otra bebiendo agua y se quedó inmóvil en cuanto me vio. Mientras yo iba a lo mío, oí que se alejaba. Tracé líneas separando las hojas del suelo. Esas líneas me ayudaban a no perderme entre el manantial y mi lecho. Cuando terminé de familiarizarme con la zona, me senté e intenté pensar cómo saldría de la selva. Pero no sirvió de mucho,

porque me daba miedo pensar. Acabè decidiendo que tal vez estaba mejor allí. Aunque estuviera perdido y solo, era un lugar seguro por el momento.

Cerca del manantial había varios árboles con una fruta madura que no había visto nunca. Cada mañana acudían pájaros a comer. Decidí probarla, ya que era lo único comestible que había por allí. O me arriesgaba y comía la fruta que podía envenenarme o me moría de hambre. Decidí comerme la fruta. Pensé que si los pájaros la comían y vivían, tal vez yo también. La fruta tenía forma de limón, con una capa exterior de colores, entre amarillo y rojo. La pulpa tenía una corteza, y era blanda, acuosa, con semillas. Oía como una mezcla de mango maduro, naranja y algo más que era irresistible, apetecible. Dudando, cogí una y le di un mordisco. No sabía tan bien como oía, pero estaba buena. Creo que me comí doce. Después, bebí un poco de agua, y me sentè a esperar el resultado.

Pensé en cuando Junior y yo visitábamos Kabati y paseábamos con nuestro abuelo por los senderos, alrededor de las plantaciones de café del pueblo. Él nos indicaba las plantas medicinales y los árboles cuya corteza servía para elaborar medicinas. En todas las visitas, el abuelo nos daba una medicina para aumentar la capacidad de absorber y retener el conocimiento. La preparaba escribiendo una plegaria árabe en una waleh (pizarra) con tinta que hacía con otra sustancia. Después limpiaba la pizarra y metía el agua, que él llamaba nessie, en una botella. Nos la llevábamos manteniéndolo en secreto, y la bebíamos cuando estudiábamos para los exámenes. Y daba resultado. Durante mis años de escuela primaria y parte de secundaria, fui capaz de retener permanentemente lo que aprendía. A veces funcionaba tan bien que durante los exámenes era capaz de visualizar mis apuntes y todo lo que había escrito en la página del libro de texto. Era como si los libros estuvieran impresos en mi cabeza. Esa maravilla fue una de tantas de mi infancia. Hasta hoy, tengo una memoria fotográfica excelente que me permite recordar detalles de momentos de mi vida cotidiana de forma indeleble.

Eché un vistazo a la selva buscando una de las plantas medicinales que el abuelo había dicho que eliminaban el veneno del cuerpo. Podría necesitarla si la fruta que había comido era venenosa. Pero no pude encontrarla.

Al cabo de dos horas sin que me pasara nada, decidí bañarme. Hacía tiempo que no me bañaba. Tenía la ropa sucia, las zapatillas destrozadas y el



cuerpo pegajoso de la suciedad. Cuando me echè agua sobre la piel, la sentí resbaladiza. No tenía jabòn, pero en la selva se encontraba una hierba que podía usarse como sustituto. Había aprendido a distinguirla en una de las visitas a mi abuela en verano. Apretando con fuerza un puñado, salía una espuma que dejaba el cuerpo con un aroma fresco. Cuando acabè de bañarme, me lavè la ropa o, mejor dicho, la mojè y la extendí sobre la hierba a secar. Me sentè desnudo, y me limpiè los dientes con hojas de salvia. Se acercò un ciervo y me mirò desconfiado, pero siguió con lo suyo. Conseguí no pensar escuchando el sonido de la selva, los cantos de los pàjaros que chocaban con los chillidos de los monos y el parloteo de los babuinos.

Al anochecer, mi ropa seguía húmeda, así que me la puse para que el calor del cuerpo la secara màs rápidamente antes de que cayera del todo la noche. Seguía vivo a pesar de haber comido la fruta desconocida, así que repetí para cenar. Al dìa siguiente, comì màs para desayunar y màs tarde para almorzar y cenar. La fruta sin nombre acabò siendo mi única fuente de alimento. La había en abundancia, pero tarde o temprano se acabaría. A veces tenía la sensación de que los pàjaros me miraban mal por comerme su comida.

La parte màs difícil de vivir en la selva era la soledad. Cada dìa era màs insoportable. Lo peor de estar solo es que piensas demasiado, especialmente si no tienes nada mejor que hacer. No me gustaba eso e intentè no pensar, pero no resultò. Decidì ignorar todos los pensamientos que me asaltaban, porque me ponìa demasiado triste. Aparte de comer y beber agua y darme un baño, me pasaba el dìa luchando mentalmente para evitar pensar en lo que había visto o preguntarme què sería de mi vida. Y dònde estarían la familia y los amigos. Cuanto màs me resistìa a pensar, màs largos se me hacían los días y tenía la sensación de que la cabeza me pesaba màs y màs. Estaba nervioso y me daba miedo dormirme por temor a que los pensamientos reprimidos aparecieran en mis sueños.

Cuando exploraba la selva en busca de màs comida y una salida, temìa encontrarme con animales salvajes, como leopardos, leones o jabalíes. Así que me quedaba cerca de los àrboles a los que podía trepar con facilidad para esconderme de los animales. Caminaba tan deprisa como podía, pero cuanto màs caminaba, màs parecía que me adentraba en la espesura de la selva.

Cuanto más intentaba salir, más grandes y altos se volvían los árboles. Eso era un problema, porque se me hizo cada vez más difícil encontrar un árbol fácil de trepar y que tuviera unas ramas donde pudiera dormir.

Una noche, mientras buscaba un árbol con una rama grande para dormir, oí unos gruñidos. No estaba muy seguro de qué animal podía ser, pero sonaron más fuertes y trepé a un árbol por si acaso. Mientras estaba allí, pasó corriendo una manada de jabalíes. Era la primera vez que veía jabalíes y éstos eran inmensos. Erguidos debían de ser más altos que yo. De la boca les salían unos colmillos torcidos. Cuando pasaron por debajo de mí, uno de los más grandes se paró y olisqueó el aire en todas direcciones. Debió de percibir mi presencia. Una vez estuvieron lejos, bajé del árbol y, de repente, un par de jabalíes enormes corrieron hacia mí. Me persiguieron durante un kilómetro mientras buscaba un árbol al que trepar. Por suerte, encontré uno y trepé de un salto. Los jabalíes se detuvieron y empezaron a dar cabezadas al tronco. Se pusieron a gruñir y el resto de la manada volvió y se pusieron todos a dar cabezazos al tronco y a morder el pie. Yo trepé más y más alto. Al cabo de un rato se rindieron, cuando un grillo señaló el comienzo de la noche.

Mi abuelo me contó una vez una historia de un cazador de jabalíes que, a base de magia, se transformaba en verraco, dirigía la manada a un claro de la selva, cambiaba a la forma humana y mataba a los jabalíes a tiros. Un día, mientras hacía su truco, un jabato lo vio morder de la planta que le permitía recuperar su naturaleza. El jabalí contó a sus compañeros lo que había visto. La manada exploró la selva en busca de la planta mágica del cazador y las destruyó todas. Al día siguiente, el cazador puso en práctica su truco y engañó a la manada para que fuera a un claro. Pero no pudo encontrar la planta para volver a ser humano. Los cerdos lo hicieron pedazos. Desde entonces, los jabalíes han desconfiado de los humanos, y siempre que ven a uno en la selva, creen que han ido a vengar al cazador.

Cuando los jabalíes se marcharon, y después de supervisar a fondo el terreno, bajé y seguí caminando. Quería estar lejos de la zona antes del amanecer, porque tenía miedo de tropezar con los jabalíes de nuevo si me quedaba a pasar la noche. Caminé en la oscuridad y seguí haciéndolo durante el día. Al caer la segunda noche, vi lechuzas que salían de sus escondites, girando

los ojos y estirándose para familiarizarse con el entorno. Yo caminaba muy deprisa, pero muy silenciosamente, hasta que sin querer me tropecé con la cola de una serpiente. Se puso a sisear y se precipitó hacia mí. Corrí mucho tiempo y muy deprisa. A los seis años, mi abuelo me había inoculado una medicina en la piel que me protegía de las mordeduras de las serpientes y me permitía controlarlas. Pero en cuanto fui a la escuela, empecé a dudar de su poder. Después, ya no fui capaz de detener a las serpientes en seco y pasar por su lado.

Cuando era muy pequeño, mi padre solía decir: si estás vivo, existe la esperanza de un día mejor y de que pase algo bueno. Si no queda nada bueno en el destino de alguien, morirá. Pensé en esas palabras durante mi caminata, y me ayudaron a avanzar a pesar de no saber adónde me dirigía. Esas palabras se convirtieron en mi vehículo que empujaba mi espíritu hacia delante y me mantuvo con vida.

Había pasado más de un mes en la selva cuando por fin volvía a encontrar a alguien. Los únicos seres vivos con los que me había cruzado eran monos, serpientes, jabalíes y ciervos, y con ninguno de ellos podía mantener una conversación. A veces contemplaba a los monos practicando saltos de árbol en árbol u observaba los ojos curiosos de un ciervo que había sentido mi presencia. Los sonidos de las ramas rompiéndose en los árboles se convirtieron en mi música. Había ciertos días en que los sonidos de las ramas al quebrarse adquirían un ritmo consistente que me encantaba, y su sonoridad resonaba un rato y se iba desvaneciendo en la profundidad de la selva.

Caminaba lentamente, tropezando por el hambre, el dolor de espalda y la fatiga, cuando di con unos niños de mi edad en una intersección de dos caminos que se fundían en uno. Yo llevaba unos pantalones que había encontrado hacia poco colgados de un palo en un pueblo abandonado. Eran muy grandes para mí y me los había tenido que atar con cuerdas para que no se me cayeran al caminar. Llegamos al cruce todos al mismo tiempo, y, al vernos, nos quedamos paralizados de miedo. Me quedé parado, incapaz de correr, pero reconocí algunas caras y sonreí para romper la tensión y la incertidumbre. Había seis niños y tres de ellos, Alhaji, Musa y Kanei, iban conmigo a la escuela secundaria Centennial de Matru Jong. No eran amigos íntimos, pero a los cuatro nos habían azotado una vez por ser respondones con el director. Después del

castigo, los cuatro estuvimos de acuerdo en que había sido totalmente innecesario. Nos estrechamos la mano.

Reconocía la tribu de cada uno por las marcas de las mejillas y sus rasgos. Alhaji y Saidu eran temne, y Kanei, Jumah, Musa y Moriba eran mende. Me dijeron que se dirigían a un pueblo llamado Yele, en el distrito de Bonthe, del que habían oído decir que era seguro porque estaba ocupado por las Fuerzas Armadas de Sierra Leona.

Los seguí en silencio mientras intentaba recordar todos sus nombres, especialmente los de quienes había reconocido. Caminé detrás, dejando un poco de distancia entre nosotros. Empecé a darme cuenta de lo incómodo que me sentía con la gente. Kanei, que era el mayor, tal vez de unos dieciséis años, me preguntó dónde había estado. Sonreí sin responder. Me dio un golpecito en el hombro como si supiera lo que había experimentado.

-Las circunstancias cambiarán y todo se arreglará, sólo tienes que aguantar un poco más –dijo, dándome otro golpecito.

Le respondí con una sonrisa.

De nuevo formaba parte de un grupo de chicos. Esta vez éramos siete. Seguramente sería un problema, pero no quería estar solo más tiempo. Nuestra inocencia se había tornado en miedo, y nos habíamos vuelto monstruos. No podíamos hacer nada por evitarlo. A veces corríamos detrás de alguien gritando que no éramos como ellos creían, pero aún se asustaban más. Deseábamos pedir indicaciones a alguien, pero era imposible.

Llevábamos más de seis días viajando cuando encontramos a un hombre muy anciano que apenas podía caminar. Estaba sentado en el porche de una casa, en medio de un pueblo. Tenía la cara tan arrugada que no parecía vivo, pero su piel oscura brillaba y hablaba con lentitud, masticando las palabras en la boca hasta soltarlas. Al hablar, las venas de la frente se le hacían más visibles a través de la piel.

-Todos se han marchado al enterarse de que los siete chicos vienen hacia aquí. Yo no podía correr y me han dejado. Nadie quería cargar conmigo y yo no quería ser una carga –dijo.

Le explicamos de dónde éramos y adónde queríamos ir. Nos pidió que nos quedáramos un rato y le hiciéramos compañía.

-Debèis de estar hambrientos. Tengo algunos ñames en esa choza. ¿Querèis cocinar algunos para vosotros y para mì? –preguntò educadamente.

Cuando acabamos de comer los ñames, dijo lentamente:

-Hijos, este país ha perdido el buen corazón. La gente ya no confía en nadie. Hace años, os habríamos recibido con los brazos abiertos en este pueblo. Espero que encontrèis un lugar seguro sin que la desconfianza y el miedo hagan mella en vosotros.

Dibujò un mapa en el suelo con el bastòn que llevaba.

-Por aquí llegarèis a Yele –dijo.

-¿Còmo se llama? –le preguntò Kanei.

Èl sonriò como si supiera que uno de nosotros iba a hacerle esa pregunta.

-No hay necesidad de saber mi nombre. Refierios a mì como el anciano que fue abandonado cuando lleguèis al próximo pueblo. –Nos mirò a la cara y hablò amablemente, sin tristeza en la voz-: No vivirè para ver el final de esta guerra. Así que, para que tengáis espacio en vuestros recuerdos para otras cosas, no os dirè mi nombre. Si sobrevivis a la guerra, recordadme como el anciano que conocisteis. Deberíais marcharos, chicos.

Señaló el camino que teníamos delante con el bastòn. Al alejarnos, borrò el mapa con el pie y nos saludò con la mano derecha y una inclinación de cabeza. Antes de que el pueblo desapareciera de nuestra vista, me volví para echar una última mirada al anciano. Tenía la cabeza baja y ambas manos sobre el bastòn. Estaba claro; sus días estaban contados y no se molestaba en temer por sí mismo. Pero temía por nosotros.

Se extendió un rumor sobre los siete chicos. Muchas veces a lo largo del viaje nos rodearon hombres fornidos con machetes que casi nos matan, sin darse cuenta de que no èramos màs que unos niños que huían de la guerra. A veces miraba las hojas de los machetes y pensaba cuànto debía de doler que te cortaran con aquello. Otras veces tenía tanta hambre y estaba tan cansado que me daba igual. En los pueblos llenos de gente donde nos paràbamos a pasar la noche, los hombres se quedaban despiertos vigilándonos. Cuando ibamos al río apra lavarnos la cara, las madres cogían a sus hijos y volvían corriendo a casa.

## 9.

Una mañana, inmediatamente después de cruzar un pueblo desierto, empezamos a oír algo así como el rugido de grandes motores, el roce de tambores de metal sobre una carretera de alquitrán, una explosión, un rodamiento tras otro. Todos esos ruidos llegaban a nuestros oídos simultáneamente. Nos desviamos a toda prisa del camino, nos escondimos en el monte y nos echamos al suelo. Nos miramos buscando una explicación a aquel extraño sonido. Incluso Kanei, que a veces tenía respuestas, no supo decirnos qué oíamos. Todos le miramos, pero su rostro expresaba confusión.

-Tenemos que descubrir lo que es o no podremos continuar hacia Yele – susurró Kanei.

Entonces empezó a arrastrarse hacia el sonido. Lo seguimos, deslizando silenciosamente el cuerpo sobre las hojas podridas. Al acercarnos, el sonido se intensificó y una brisa fuerte agitó los árboles que había sobre nosotros. Se veía claramente el cielo azul, pero nada más. Kanei se sentó dubitativamente sobre los talones e inspeccionó la zona.

-Es sólo agua, mucha agua, y arena, mucha arena.

Kanei seguía mirando.

-¿Y qué es ese ruido? –preguntó Alhaji.

-Lo único que veo es agua y arena –dijo Kanei, y después nos indicó con un gesto que nos acercáramos a mirar.

Nos pusimos en cuclillas un rato, mirando en diferentes direcciones, intentando localizar qué producía aquel sonido. Sin decirnos nada, Kanei salió del bosque y empezó a caminar sobre la arena, hacia el agua.

Era el océano Atlántico. Los sonidos que habíamos oído eran las olas al romper en la playa. Yo había visto el océano, pero no una playa tan grande. Se extendía más allá de la visión de mis ojos. El cielo estaba completamente azul y parecía curvarse y unirse con el mar en la distancia. Se me abrieron los ojos y formé una sonrisa. Incluso en medio de tanta locura existía aquella auténtica belleza natural, y al maravillarme con la visión aparté mis pensamientos de la situación presente.

Nos acercamos más y nos sentamos al borde de la arena mirando al océano, admirando la continua sucesión de las olas. Llegaban de tres en tres. La primera era pequeña, pero lo bastante fuerte para romperle la pierna a una persona. La segunda era más alta y más fuerte que la primera, y la tercera era todo un espectáculo. Rodaba y se alzaba más alta que la costa al avanzar. Nos alejamos de donde estábamos sentados. La ola golpeó tan fuerte contra la playa que mandó partículas de arena volando por el cielo. Cuando volvimos a mirar, las olas habían dejado desechos del océano, incluidos unos grandes cangrejos que no eran lo bastante fuertes para agarrarse al suelo pero que seguían vivos.

Fue un paseo tranquilo por la playa, porque no esperábamos tener problemas en esa parte del país. Nos perseguimos y peleamos sobre la arena, dimos volteretas e hicimos carreras. Incluso formamos un amasijo con una camisa vieja de Alhaji y lo atamos con la cuerda para jugar al fútbol. Jugamos un partido, y cada vez que uno metía un gol, lo celebrábamos con un baile soukous. Gritamos, reímos y cantamos las canciones de la escuela secundaria.

Empezamos a caminar por la playa arenosa a primera hora de la mañana y vimos la salida del sol. A mediodía vimos un grupito de chozas y apostamos a ver quién llegaba antes. Cuando llegamos, nos pusimos nerviosos de repente. No había nadie en el pueblo. Había morteros sobre la arena repletos de arroz; bidones de agua y hogueras encendidas en las cocinas al aire libre. Nuestra primera idea fue que los rebeldes habían llegado allí. Antes de que pudiéramos pensar otra cosa, salieron unos pescadores de detrás de las chozas con machetes, arpones y redes. Nos quedamos tan impactados por aquel repentino ataque que no fuimos capaces de correr. En lugar de eso, gritamos: Por favor, somos inofensivos, sólo pasábamos por aquí, en los dialectos que conocíamos. Los pescadores nos pincharon con sus armas y nos tiraron al suelo. Se sentaron encima, nos ataron las manos y nos llevaron ante su jefe.

Los aldeanos habían oído un rumor sobre unos chicos a los que se creía rebeldes y que se dirigían allí, y se habían armado y escondido para proteger a sus familias. Aquello no debería habernos sorprendido mucho, pero esperábamos que no nos sucedería allí, porque creíamos estar lejos del peligro. Nos preguntaron qué hacíamos allí, adónde íbamos y por qué íbamos en aquella dirección. Alhaji, el más alto de todos, y al que tomaron erróneamente por el mayor, intentó explicar al jefe que sólo íbamos de paso. Al final, el jefe ordenó

que nos quitaran las deportivas destrozadas y nos desataran, y nos echaron del pueblo blandiendo arpones y machetes y gritando detrás de nosotros.

No nos dimos cuenta del castigo hasta que dejamos de correr cuando nos hubimos alejado. El sol estaba más alto, estábamos a casi cincuenta grados e íbamos descalzos. La humedad era menor que en el interior, pero como no había árboles que nos dieran sombra, el sol penetraba directamente en la arena, que estaba caliente y suelta. Caminar descalzo sobre la arena era como caminar sobre una carretera ardiendo. La única huida de esa tortura era seguir avanzando y esperar que sucediera un milagro. No podíamos ir por el agua o por la arena mojada de la orilla del mar. Estaba muy hondo donde el agua golpeaba la tierra y las olas eran peligrosas. Después de llorar varias horas, los pies se me insensibilizaron. Seguí caminando, pero no sentía las plantas.

Caminamos por la arena ardiente hasta el ocaso. Nunca había anhelado que un día acabara tanto como aquel. Creí que la llegada del atardecer curaría mi dolor. Pero al caer el calor, desapareció también la anestesia. Cada vez que levantaba un pie, las venas se encogían y sentía las partículas de arena clavándose en las plantas. Los siguientes kilómetros fueron tan largos que creí no ser capaz de seguir. Sudaba y el cuerpo me temblaba de dolor. Finalmente, llegamos a una choza que había en medio de la arena. Ninguno de nosotros era capaz de hablar. Entramos y nos sentamos en unos troncos alrededor de una hoguera. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no podía llorar porque tenía demasiada sed para emitir un sonido. Eché un vistazo a las caras de mis compañeros de viaje. Ellos también lloraban sin hacer ruido. Inseguro, me miré los pies. Los tenía pelados y con coágulos de sangre y granos de arena pegados a los colgajos de piel. Parecía que alguien me hubiera cortado la carne de la planta de los pies, de los dedos al talón. Desanimado, miré al cielo a través de un diminuto agujero del techo de paja intentando no pensar en ello. Mientras estábamos sentados en silencio, volvió el dueño de la choza. Se paró en la puerta, y estaba a punto de salir corriendo cuando vio cuánto sufríamos. Su ojos se posaron en nuestras caras aterradas. Musa acababa de levantar un pie e intentaba separar la arena de la carne. El resto nos agarrábamos las rodillas para no tocar el suelo. El hombre hizo un gesto a Musa indicándole que no siguiera. Meneó la cabeza y se fue.



Volvió unos minutos después, con un cesto lleno de alguna especie de hierba. Encendió un fuego y calentò las hierbas y nos las colocò debajo de los pies, que habíamos levantado. El vapor nos envolvió las plantas y poco a poco nos aliviò el dolor. El hombre se marchò sin decir nada.

Volvió màs tarde con una sopa de pescado frito, arroz y un cubo de agua. Nos puso la comida delante y nos indicò que comiéramos. Volvió a desaparecer y regresò unos minutos después. Esta vez sonreía de oreja a oreja. Llevaba una red de pescar al hombro y sostenía un par de remos y una gran linterna.

-Ya siente pies mejor, ¿sì?

Y sin esperar a saber si los teníamos mejor o no, siguió diciendo que había esterillas para dormir y que èl salía a pescar y volvería por la mañana. Ni siquiera nos preguntò còmo nos llamábamos. Supongo que no creería que fuera necesario o importante en ese momento. También nos dejó un unguento para que nos lo pusiéramos en los pies e insistió en que lo hiciéramos antes de ir a dormir. Estuvimos muy callados aquella noche. Nadie dijo una sola palabra.

A la mañana siguiente nuestro invitado sin nombre volvió con comida y una sonrisa en la cara que decía que se alegraba de que estuviéramos bien. No podíamos caminar todavía, así que nos quedamos cerca de la choza y nos tomamos el pelo unos a otros para no aburrirnos.

Kanei se jactò de ser un excelente jugador de fútbol. Musa le lanzò una càscara de nuez; Kanei movió el pie para darle una patada, pero entonces se acordó de que le dolerìa, lo retirò bruscamente y se dio con una piedra. Empezó a soplar la planta dolorida.

-¿Què jugador de fútbol serías si te da miedo darle a una càscara de nuez?  
-se burlò Musa.

Y todos nos reimos.

Musa tenía la cara redonda, con las orejas pequeñas y redondas a juego con ella y era bajo y robusto. Tenía los ojos grandes y parecía que se le fueran a salir de la cara. Siempre que querìa convencernos de algo, se le ponían brillantes.

Kanei tenía una cara alargada y tranquila, y en contraste con Musa era flaco y tenía unos cabellos cortos y muy oscuros que peinaba cada mañana con gran esmero y siempre que paràbamos en un rìo o un arroyo. Se frotaba la cabeza con agua y se tomaba su tiempo para peinàrsele.

-¿Has quedado con una chica o què? –preguntaba Alhaji, riéndose.

Kanei, con su voz amable pero autoritaria, siempre parecía saber qué había que decir o cómo manejar las situaciones mejor que el resto de nosotros.

Siempre que Alhaji hablaba, gesticulaba elaboradamente. Era como si quisiera que sus manos, ya largas de por sí, se extendieran hacia la otra persona. Jumah y èl eran amigos. Caminaban al lado. Jumah asentía mucho con la cabeza, conviniendo con todo lo que le decía el desmadejado Alhaji. Jumah usaba la cabeza para gesticular más que las manos. Cuando hablaba, la giraba de izquierda a derecha. Casi siempre llevaba las manos cruzadas a la espalda, como un viejo.

Saidu y Moriba eran casi tan silenciosos como yo. Siempre se sentaban juntos, lejos del grupo. Saidu resoplaba al caminar. Tenía las orejas grandes, y cuando escuchaba, se le levantaban como las de un ciervo. Moriba le decía que tenía una capacidad auditiva especial. Moriba jugaba con sus manos, examinándose las líneas de las palmas y frotándose los dedos, susurrando para sí.

Yo casi nunca hablaba.

Conocía a Alhaji, a Kanei y a Musa. Habíamos ido a la misma escuela en Mattru Jong. No hablábamos mucho del pasado, y menos de nuestras familias. Las pocas conversaciones que teníamos hasta que volvíamos a callarnos que no estuvieran relacionadas con el viaje eran sobre todo de fútbol y de la escuela.

El dolor de pies disminuyó hacia la cuarta noche. Fuimos a dar un paseo alrededor de la choza, y durante el paseo descubrí que sólo estábamos a un kilómetro del pueblo principal; de noche veíamos las fogatas del pueblo.

Nos quedamos una semana en la choza. Nuestro anfitrión nos daba agua y comida por la mañana y por la noche. Tenía los dientes más blancos que había visto en mi vida, e iba descamisado. Cuando pasaba a vernos por la mañana masticaba hierbas de salvia. Un día le pregunté cómo se llamaba, y me dijo amablemente:

-No es necesario. Es más seguro así.

La noche siguiente, nuestro anfitrión decidió llevarnos al mar. Mientras caminábamos, se puso a charlar con nosotros. Nos enteramos de que era sherbro, una de las muchas tribus de Sierra Leona. Cuando le contamos que

habíamos llegado caminando desde Matru Jong, no se lo podía creer. Dijo que había oído hablar de la guerra, pero seguía costándole creer que las personas hicieran las cosas que había oído decir. Nuestro huésped había nacido en el pueblo y nunca había salido de él. Por allí pasaban comerciantes con ropa, arroz y otros ingredientes para cocinar, que intercambiaban por sal y pescado, de modo que no necesitaba ir a ninguna parte. Si me lo hubieran preguntado, habría dicho que tenía veinte y pocos años. Dijo que iba a casarse al mes siguiente y lo estaba deseando. Le pregunté por qué tenía la choza tan lejos del pueblo. Dijo que era su choza para pescar, donde guardaba las redes y otros artículos y secaba el pescado durante la estación lluviosa.

Cuando llegamos al océano, caminamos hacia una ensenada donde las olas no eran tan fuertes. Nos sentamos a la orilla.

-Poned pies en agua, mojar en agua salada.

Nos dijo que el agua salada era buena para curar el dolor y prevenir el tétanos. Nuestro anfitrión se sentó un poco apartado, observándonos, y cada vez que le mirábamos nos sonreía y notábamos el contraste entre sus blancos dientes y su cara negra. La brisa fresca del interior, acoplada al aire fresco del océano, era apaciguadora. Me moría por saber su nombre, pero me reprimí.

-Debèis venir cada noche para meter aquí pies en agua. Asì os curarèis en menos de una semana –dijo.

Mirò al cielo, donde las nubes, que se movían rápidamente, empezaban a tapar las estrellas.

-Tengo que ir a arreglar mi canoa. Pronto lloverà, será mejor que volvàis a la choza.

Echò a correr por la arena hacia el pueblo.

-Ojalà fuera este hombre. Es tan feliz y està tan contento con su vida... - dijo Alhaji.

-Ademàs es muy simpático. Me gustaría saber cómo se llama –dijo Kanei suavemente.

-Sì, sì.

Todos estuvimos de acuerdo con Kanei y nos quedamos ensimismados en nuestros pensamientos, que fueron interrumpidos por un chaparròn repentino. No habíamos hecho caso del consejo de nuestro anfitrión de marcharnos

cuando nos lo había dicho. Corrimos de vuelta a la choza. Allí nos sentamos alrededor del fuego para secarnos y comer pescado seco.

Habíamos estado dos semanas con nuestro anfitrión y nos sentíamos mejor, cuando una mañana muy temprano vino una mujer mayor a la choza. Nos despertó y nos dijo que nos marcháramos inmediatamente. Dijo que era la madre de nuestro anfitrión y que los del pueblo nos habían descubierto e iban a capturarnos. Por su forma de hablar, me di cuenta de que sabía que estábamos allí desde hacía tiempo. Nos trajo pescado seco y agua potable para que nos la lleváramos. No tuvimos tiempo de darle las gracias y decirle que se las diera a su hijo por su hospitalidad. Pero por lo que dijo, estaba claro que sabía que le estábamos agradecidos y que le preocupaba más nuestra seguridad que ninguna otra cosa.

-Hijos, debéis apresuraros, os doy mi bendición.

Su voz temblaba de tristeza y se frotaba la cara desconsolada. Después desapareció detrás de la choza y volvió al pueblo.

No fuimos lo bastante rápidos para escapar de los hombres que venían tras de nosotros. Doce de ellos nos persiguieron por la arena y nos inmovilizaron. Nos ataron las manos.

La verdad es que al darme cuenta de que me atraparían, había dejado de correr y les había ofrecido las manos para que me las ataran. El que me perseguía se quedó un poco desconcertado. Se acercó a mí con cautela y le indicó a otro que iba detrás de mí con un palo y un machete que estuviera atento. Mientras me ataba las manos, intercambiamos una mirada que duró unos segundos. Abrí mucho los ojos, intentando decirle que era sólo un niño de doce años. Pero algo en sus ojos me dijo que no le importaba mi seguridad sino la suya y la de su pueblo.

Nos llevaron al pueblo y nos hicieron sentar frente al jefe. Ya había pasado por eso antes, y me pregunté si sería una experiencia nueva para mis compañeros de viaje. Todos se esforzaban por reprimir las lágrimas. Empecé a preocuparme, porque la última vez había encontrado a alguien de mi pueblo que había ido a la escuela con nosotros y nos había salvado. Esta vez estábamos muy lejos de Mattru Jong. Muy lejos.

Los hombres no usaban camisa, pero el jefe iba elegantemente vestido. Llevaba ropa de algodón tradicional con dibujos intrincados en el cuello bordados con hilos amarillo y marrón y en zigzags verticales en el torso. Las sandalias marrones de piel parecían nuevas y llevaba una vara tallada con pájaros, canoas y toda clase de animales, y una cabeza de león en el mango. El jefe nos examinó un rato, y cuando me miró a los ojos, le dediqué media sonrisa, que él despreció escupiendo al suelo la nuez de cola que estaba masticando. Tenía la voz ronca.

-Chicos, os habéis convertido en demonios, pero os habéis equivocado de pueblo. –Utilizaba el bastón en lugar de las manos para gesticular-. Bien, éste es el final del camino para los demonios como vosotros. Allí, en el océano, ni siquiera los pillos sobreviven. Desvestidlos –ordenó a los hombres que nos habían capturado.

Yo temblaba de miedo, pero era incapaz de llorar. Alhaji, que tartamudeaba de terror, intentó decir algo, pero el jefe golpeó un costado del taburete donde estaba sentado y proclamó:

-No quiero oír una palabra más de un demonio.

Nuestro anfitrión sin nombre y su madre estaban entre la multitud. Su madre le apretaba la mano cada vez que el jefe nos llamaba demonios o gritaba. Mientras me desnudaban, se me cayeron las cintas de rap del bolsillo y el hombre que me había desvestido las recogió y se las dio al jefe. Él miró de cerca las carátulas. Examinó atentamente la cubierta de la cinta de Naughty by Nature una y otra vez, mirando la postura militar y la expresión de los chicos, de pie sobre unas rocas, con un poste de electricidad al fondo, desconcertado por su postura. Pidió que le llevaran un reproductor. Uno de ellos le dijo que la única explicación de que poseyéramos aquellas cintas extranjeras era que las hubiéramos robado o que fuéramos mercenarios. El jefe podría haberse creído la primera propuesta, pero se burló de la segunda porque era una absoluta estupidez.

-Estos chicos no son mercenarios, ¿no lo ves?

Volvió a inspeccionar las cintas. Me animó un poco que nos llamara chicos y se olvidara de la palabra demonio. Pero estaba incomodísimo sentado desnudo sobre la arena. No era una experiencia agradable. El mero pensamiento de lo que estaba sucediendo era suficiente para alterarme. Luché

mentalmente con todas mis fuerzas para que mi rostro se mostrara opuesto a lo que sentía. La carne de la cara se me crispò mientras esperaba que el jefe nos otorgara la vida o la muerte.

Cuando trajeron el reproductor, el jefe puso la cinta y apretò la tecla:

*OPP how can I explain it*

*I'll take you frame by frame it*

*To have y'all jumpin` shall we singin` it*

*O is for Other P is for People scratchin` temple...*

Todos escucharon atentamente, arqueando las cejas y ladeando las cabezas como si intentaran comprender què clase de música era aquella. El jefe interrumpió bruscamente la canción. Algunos de los aldeanos se apoyaron en sus cabañas circulares y otros se sentaron en el suelo o sobre los morteros. Los hombres enrollaron las perneras de sus pantalones de tafetán, las mujeres se ajustaron la ropa y los niños nos miraron, con las manos en los bolsillos o en las narices llenas de mocos.

-Levantadlos y traedlos aquí –ordenò el jefe.

Cuando me llevaron delante, me preguntò de dònde había sacado aquella música y por què la tenía. Le expliquè que se llamaba música rap y que mi hermano y mis amigos y yo –no los que estaban ahora conmigo- la escuchábamos e interpretábamos las canciones en los concursos de talentos. Me di cuenta de que le parecía interesante, porque su expresión se fue relajando. Pidiò a los hombres que me desataran y me devolvieran los pantalones.

-Ahora ensèñame còmo lo hacías tù, tu hermano y tus amigos –dijo el jefe.

Rebobinè la cinta y me puse a bailar el OPP descalzo sobre la arena. No disfrutè, y por primera vez en mi vida me puse a pensar en la letra de la canción, escuchando atentamente los instrumentos sutiles que marcaban el ritmo. Nunca lo había hecho antes, porque me sabìa la letra de memoria y sentí el ritmo. Esta vez no lo sentí. Mientras saltaba arriba y abajo, me agachaba y levantaba los brazos y las piernas al ritmo de la música, pensaba en que me lanzarían al océano, en lo difícil que sería saber si era inevitable morir. Las arrugas de la frente del jefe empezaron a suavizarse. No sonreía todavía, pero

soltò un suspiro que decía que yo no era màs que un niño. Al terminar la canción, se acarició la barba y dijo que mi baile le había impresionado y que la canción le parecía interesante. Pidió que le pusieran la otra cinta. Era de LL. Cool J. Cantè la canción I Need Love.

*When I`m alone in my room sometimes I stare at the wall  
And in the back of my mind I hear my conscience call*

El jefe volviò la cabeza de un lado a otro intentando comprender lo que decía. Lo observaba para ver si su expresión cambiaba a peor, pero de repente parecía divertido. Ordenò que desataran a todos mis amigos y les devolvieran la ropa. Luego explicó a su gente que había habido un malentendido y que sòlo èramos unos chicos que buscaban un lugar seguro. Querìa saber si habíamos estado en la cabaña por decisión propia o si el dueño lo sabìa. Le dije que habíamos estado solos y que no habíamos entrado en contacto con nadie hasta esa misma mañana. El jefe dijo que nos dejaba marchar, pero que teníamos que salir de la zona inmediatamente. Me devolvió las cintas y nos pusimos en marcha. Al echar a andar, nos examinamos las marcas de las cuerdas en las manos, y, por no llorar, nos reimos de lo que había pasado.

## 10.

Una de las cosas inquietantes mental, física y emocionalmente de mi viaje, era que no estaba seguro de cuàndo o dònde acabaría. No sabìa lo que iba a hacer con mi vida. Tenía la sensación de estar empezando una y otra vez. Siempre estaba en movimiento, siempre iba a alguna parte. Mientras caminábamos, a veces me quedaba rezagado pensándolo. Sobrevivir a cada dìa era mi único objetivo en la vida. En los pueblos donde encontrábamos cierta felicidad porque nos invitaban a comer o nos daban agua, sabìa que era algo temporal y que sòlo estábamos de paso. Así que no era capaz de ser feliz del todo. Era mucho màs fácil estar triste que fluctuar entre emociones encontradas, y esto me dio determinación que necesitaba para seguir avanzando. Nunca me sentía

desilusionado, porque siempre me esperaba lo peor. Había noches en que no podía dormir y miraba la noche oscura hasta que mis ojos se acostumbraban a ver. Pensaba en dònde estaría mi familia y si seguirìa viva.

Una noche, mientras estaba sentado en la plaza de un pueblo pensando en lo lejos que había llegado y lo que me esperaba todavía, mirè hacia el cielo y vi que unas gruesas nubes intentaban tapar la luna, pero èsta reaparecía una y otra vez e iluminaba la noche. De alguna forma mi viaje era como el de la luna, aunque a mì se me echaban encima màs nubarrones que oprimìan el espìritu. Recordè lo que había dicho Saidu una noche después de sobrevivir a otro ataque de hombres con arpones y hachas. Jumah, Morib y Musa dormían en el porche que ocupábamos. Alhaji, Kanei, Saidu y yo estábamos despiertos y escuchábamos tranquilamente la noche. La respiración pesada de Saidu hacìa nuestro silencio màs soportable. Al cabo de unas horas, Saidu dijo con una voz muy profunda, como si alguien hablara a través de èl:

-¿Cuàntas veces màs tendremos que desafiar a la muerte para encontrar un lugar seguro? –preguntò.

Esperò unos minutos, pero los otros tres no dijimos nada y èl siguió:

-Cada vez que alguien se nos echa encima con la intención de matarnos, cierro los ojos y espero la muerte. Aunque todavía sigo vivo, siento que cada vez que acepto la muerte, muere una parte de mì. Pronto morirè del todo, y lo único que quedará de mì será un cuerpo vacío caminando con vosotros. Serè entonces àun màs silencioso de lo que soy ahora.

Saidu se soplò las palmas de las manos para calentarlas y se echò en el suelo. Su respiración se hizo àun màs pesada y vi que se había dormido. A continuación, Kanei y Alhaji se durmieron también.

Yo me sentè en un banco de madera apoyado en la pared y pensè en las palabras de Saidu. Se me llenaron los ojos de làgrimas y la frente se me calentò de sòlo recordarlas. Intentè no creer que yo también me estaba muriendo, lentamente, en mi búsqueda de la seguridad. El único momento en que conseguí quedarme dormido aquella noche fue cuando la última brisa matinal, que contiene esa urgencia irresistible de dormir, salvò mi mente errante.

A pesar de que nuestro viaje era difícil, de vez en cuando podíamos hacer algo normal y sentirnos felices por un momento. Una mañana llegamos a un



pueblo donde los hombres se estaban preparando para salir a cazar. Nos invitaron a unirnos a ellos. Al final de la cacería, uno de los mayores gritó, señalándonos:

-Esta noche vamos a celebrarlo y los forasteros están invitados a quedarse.

Los demás aplaudieron y empezaron a caminar por el sendero hacia el pueblo. Nosotros les seguimos. Cantaban y cargaban a hombros las redes y los animales, la mayoría puercoespines y ciervos que habían cazado.

Al llegar al pueblo, las mujeres y los niños aplaudieron con el recibimiento. Era más de mediodía. El cielo estaba azul y se había levantado un poco de viento. Algunos de los hombres compartieron su carne con varios hogares, y el resto se lo dieron a las mujeres para que lo cocinaran para el festín. Nos quedamos en el pueblo y fuimos a buscar agua para las mujeres que preparaban la comida. Muchos hombres habían vuelto a trabajar en sus campos.

Di una vuelta por el pueblo solo, y encontré una hamaca en uno de los porches. Me eché, balanceándome lentamente mientras ponía en marcha mis pensamientos. Empecé a pensar en las visitas a mi abuela, y que me dormía en la hamaca en sus campos. Me acariciaba los cabellos para despertarme y veía sus ojos. Me hacía cosquillas y me daba un pepino para comer. Junior y yo nos peleábamos por la hamaca y, si se la quedaba él, yo lo fastidiaba aflojando las cuerdas para que se cayera cuando se sentara en ella. Eso lo desanimaba y se iba a dar una vuelta por el campo. Mi abuela conocía todos mis trucos y se reía de mí, llamándome carseloi, que significa araña. En muchas historias mende la araña es el personaje que engaña a otros animales para conseguir lo que quiere, pero sus trucos siempre se vuelven contra ella.

Mientras pensaba en todo eso, me caí de la hamaca. Me sentía demasiado perezoso para levantarme y me quedé sentado en el suelo pensando en mis dos hermanos, mi padre, mi abuela y mi madre. Deseé estar con ellos.

Apoyé la cabeza en las manos y me eché boca arriba, intentando retener los recuerdos de mi familia. Sus caras aparecían lejanas en algún rincón de mi cabeza, y para llegar a ellas tenía que sacar recuerdos dolorosos. Anhelé las manos suaves, brillantes y oscuras de mi abuela; el abrazo apretado de mi madre cuando iba a verla, como si me escondiera y protegiera de algo; la risa de mi padre cuando jugábamos al fútbol y cuando me perseguía por las noches con un cubo de agua fría para obligarme a ducharme; los brazos de mi hermano

mayor alrededor de mí cuando íbamos a la escuela caminando y cuando me daba un codazo para impedirme que dijera algo de lo que podría arrepentirme; y a mi hermano pequeño, que se parecía tanto a mí que le decía a la gente que se llamaba Ishmael cuando hacía algo malo. Me costaba evocar estos recuerdos, y cuando finalmente me aventuré a ellos, me puse tan triste que los huesos del cuerpo empezaron a dolerme. Me fui al río, me sumergí en el agua y me senté en el fondo, pero mis pensamientos siguieron acosándome.

Por la noche, cuando todos habían vuelto al pueblo, llevaron la comida a la plaza. La dividieron en bandejas y comimos de siete en siete en cada una. Después de la comida, los aldeanos se pusieron a tocar los tambores, y todos seguimos el ritmo dando palmas y bailando en círculos a la luz de la luna. Durante una pausa, después de varias canciones, un hombre anunció que cuando la gente estuviera agotada de bailar, fuera cuando fuese, dijo en tono de broma, los forasteros contarían historias de su tierra. Levantó las manos e hizo una señal para que siguieran los tambores. Durante los festejos pensé en la gran celebración que se hacía en mi ciudad a final de año. Las mujeres cantaban sobre los cotilleos, los dramas, las peleas y todo lo que había sucedido ese año.

¿Cuando acabara la guerra podrían cantar sobre todo lo que había sucedido?, me pregunté.

También pensé un momento en lo buenos que eran los aldeanos con nosotros, pero al cabo lo deseché porque me apetecía pasarlo bien. El baile no acababa aquella noche y al día siguiente teníamos que irnos, de modo que nos marchamos cuando casi todos dormían. Nos llevamos un recipiente con agua de dos litros y algo de carne ahumada que nos habían dado, y los ancianos que vimos sentados en los porches, esperando el calor del sol matinal, nos saludaban con la mano.

-Chicos, que el espíritu de vuestros antepasados os acompañe.

Cuando echamos a andar, me volví para ver el pueblo por última vez. Todavía no se había despertado. Un gallo cacareó para disipar los últimos restos de la noche y acallar los grillos que no se decidían a soltar la oscuridad. El sol ascendía lentamente, pero ya habían empezado a proyectar sombras entre las cabañas y las casas. Todavía oía el eco de los tambores de la noche anterior en mi cabeza, pero me negaba a ser feliz. Cuando di la espalda al pueblo, mis

compañeros de viaje danzaban en la arena, imitando a los bailarines que habían visto.

-Enséñanos lo que sabes –dijeron dando palmas y rodeándome con un círculo.

No me podía negar. Empecé a menear las caderas al ritmo de sus palmas y ellos me imitaron. Apoyamos las manos en los hombros del otro y avanzamos caminando, bailando con los sonidos que hacíamos con la boca. Yo llevaba la carne ahumada en una bolsita que balanceaba en el aire, aumentando la velocidad cuando dábamos patadas a un lado y otro. Bailamos y reímos toda la mañana. Pero fuimos parando poco a poco. Era como si todos supiéramos que sólo podíamos ser felices un ratito. No teníamos prisa, así que caminamos lentamente y en silencio después de parar de bailar. Al final del día nos habíamos bebido todo el agua que nos habíamos llevado.

Al llegar la noche llegamos a una aldea muy peculiar. Ni siquiera estoy seguro de que fuera una aldea. Tenía una casa grande y una cocina a menos de un kilómetro de la casa. Los cazos estaban mohosos y había un pequeño almacén. El lugar estaba situado en medio de la nada.

Dimos una vuelta intentando detectar la presencia de alguien. Había señales de que hacía poco que habían elaborado aceite de palma, porque quedaban semillas por todas partes. En el río flotaba una canoa vacía en donde crecían plantas de spirogyra. Volvimos a la casa grande y discutimos dónde dormir. Nos sentamos fuera, en unos troncos al pie del porche, y Musa se ofreció a contar una historia de Bra Araña.

-¡No! –protestamos, la conocíamos perfectamente.

Pero él siguió como si nada.

-Las historias de Bra Araña siempre están bien por muchas veces que las hayáis oído –dijo Musa-. Mi madre dice que siempre que se cuenta una historia merece la pena escucharla. Así que, escuchadme, por favor. La contaré rápidamente.

Tosió y empezó:

-Bra Araña vivía en un pueblo que estaba rodeado de muchos otros pueblos. Al final de la estación de recolección, todos ellos celebraban un banquete por las buenas cosechas. Había vino y comida en abundancia y la gente comía hasta que se veían reflejados en el estómago del otro.

-¿Qué? –exclamamos todos, impactados por aquel detalle adicional añadido a la historia.

-Yo cuento la historia y cuento mi versión. Esperad vuestro turno.

Se puso de pie. Escuchamos atentamente para ver si embellecía la historia con más detalles raros. Se sentò y continuò.

-Cada pueblo se especializaba en un plato. El pueblo de Bra Araña hacìa sopa de okra con aceite de palma y pescado. Mmmm... los demás pueblos preparaban hojas de yuca con carne, hojas de patata y cosas así. Cada pueblo se jactaba de lo buena que era su comida. Todos los pueblos invitaban a los demás a su festìn. Pero Bra Araña se lo tomò muy a pecho. Querìa estar en todos los banquetes. Necesitaba un plan. Muchos meses antes del banquete empezó a recoger cuerda en su pueblo y a tejerla. Mientras la gente acarreaba cestos de arroz y haces de leña a la plaza y las mujeres molian el arroz en los morteros, apartando la càscara de la semilla, Bra Araña tensaba las cuerdas en su porche y medìa la distancia. Cuando los hombres salian a cazar, èl se ocupaba de tender las cuerdas por los caminos, desde su pueblo a otros circundantes. Dio los extremos de las cuerdas a los jefes, que los ataron al árbol màs cercano a la plaza. “Di a tu gente que dè un tiròn a la cuerda cuando la comida estè lista”, dijo a cada uno con su voz nasal. Bra Araña ayunò una semana en previsiòn del banquete. Cuando por fin llegò el dìa, se levantò màs temprano que nadie. Se sentò en el porche y se atò las cuerdas a la cintura. Temblaba y le caìa la baba por los olores de carne ahumada, pescado seco y distintos guisos que salian de las cocinas.

Por desgracia, todos los banquetes empezaron al mismo tiempo y los jefes ordenaron tirar de la cuerda. Bra Araña se quedó suspendido en el aire sobre el pueblo, porque las cuerdas tiraban de èl en todas direcciones. Gritò pidiendo ayuda, pero los tambores y las canciones de la plaza de su pueblo ahogaron su voz. Veìa a las personas congregadas alrededor de las bandejas de comida, lamièndose los dedos. Los niños cruzaron el pueblo camino al rìo masticando pedazos de carne de pollo, cabra y ciervo estofado. Cada vez que Bra Araña intentaba aflojar las cuerdas, los aldeanos tiraban de ellas con màs fuerza, porque creian que era señaal de que estaba a punto de acudir al banquete. Al final de la celebraciòn, un chico lo vio y llamò a los ancianos. Ellos cortaron las cuerdas y lo bajaron de allí. Con una voz apenas audible exigiò que le dieran de

comer, pero no quedaba nada. Los banquetes se habían terminado en todos los pueblos. Bra Araña se quedó hambriento, y como habían tirado de él tanto rato, eso explica por qué las arañas tienen una cintura tan fina.

-Tanto oír hablar de comida me está dando hambre. Es un buen cuento, sin embargo. Nunca lo había oído contar así –dijo Alhaji, estirando la espalda.

Todos nos reímos porque se burlaba de Musa por añadir detalles.

En cuanto Musa terminó, la noche cayó sobre el pueblo. Fue como si el cielo se hubiera enrollado, cambiando el lado brillante por el oscuro, trayendo con ella el sueño para mis compañeros. Dejamos la carne ahumada y el recipiente del agua en la puerta de la habitación que ocupábamos. Me quedé en la habitación con mis amigos, aunque no me dormí hasta altas horas de la noche. Recordé las noches que habían pasado sentado junto al fuego con mi abuela.

-Estás creciendo tan deprisa... Parece que fue ayer cuando estuve en la ceremonia que te dio nombre.

Me miró, con la cara resplandeciente, y me contó la historia de la ceremonia que me dio nombre. Con los años, la abuela había estado en varias, pero siempre me contaba sólo la mía.

Todo el pueblo estaba presente. Antes de empezar, prepararon comida en abundancia entre todos. A primera hora de la mañana, los hombres mataron una oveja, la despellejaron y la repartieron entre las mejores cocineras, para que cada una pudiera cocinar su mejor plato para la ceremonia. Mientras las mujeres cocinaban, los hombres se quedaron alrededor del patio saludándose con firmes apretones de manos, riendo y aclarándose la garganta tan ruidosamente como podían antes de empezar a hablar. A los chicos que escuchaban las conversaciones de los hombres se les asignaban algunas tareas, como matar pollos detrás de las cocinas o cortar leña.

Cerca de las cocinas de techo de paja, las mujeres cantaban mientras molían arroz en los morteros. Hacían trucos con las manos de mortero. Las lanzaban al aire y aplaudían varias veces antes de recogerlas, y seguían moliendo y cantando. Las mujeres mayores y más experimentadas no sólo aplaudían varias veces antes de recoger la mano del mortero, sino que hacían gestos elaborados de gracias, todo al ritmo de lo que cantaban. Dentro de las chozas, las chicas se sentaban en el suelo atizando los carbones al rojo con una

abanico de bambù, un plato viejo o sencillamente soplando para encender un fuego bajo las grandes ollas.

A las nueve de la mañana la comida estaba lista. Todo el mundo llevaba su mejor ropa. Las mujeres estaban especialmente elegantes con sus preciosas faldas de algodón estampadas, vestidos, camisas y lappei, una gran tela de algodón que se enrolla en la cintura, y tocados extravagantes en la cabeza. Todos estaban muy contentos, y listos para iniciar la ceremonia, que debía durar hasta el mediodía.

-El imàn llegó tarde –decía mi abuela.

Dieron al imàn una gran bandeja de metal que contenía leweh (pasta de arroz), nueces de cola al lado y agua en una calabaza, y después de instalarse en un taburete en medio del patio, y enrollarse las mangas de la túnica blanca, mezclò el leweh y lo separò en varias porciones cuidadosamente moldeadas, cada una con una nuez en lo alto. Después procedió a leer varias suras del Coràn. Tras la plegaria rociò el suelo con agua para invitar a los espíritus de los antepasados.

El imàn saludò a mi madre, indicándole que me acercara. Era la primera vez que yo salía al aire libre. Mi madre se arrodillò frente al imàn, y me ofreció a èl. Èl me frotò la frente con un poco de agua de la calabaza y recitò màs plegarias, a las que siguió la proclamación de mi nombre.

-Se llamarà Ishmael –dijo, y todos aplaudieron.

Las mujeres se pusieron a bailar y a cantar. Mi madre me entregò a mi padre, que me levantò por encima de la multitud y después me paseò para todos los presentes pudieran cogerme. Ya era un miembro de la comunidad, pertenecía a todos y todos me cuidarían.

Llevaron la comida en bandejas inmensas. Los ancianos empezaron el festìn, comiendo todos de una. Los hombres hicieron lo mismo, después los chicos y luego las mujeres y las niñas. A continuación del banquete se cantò y bailò. Mientras seguían los festejos, me dejaron al cuidado de las mujeres mayores que ya no podían bailar. Me abrazaron y sonrieron y me llamaron maridito. Me contaron historias del pueblo. Siempre que les sonreía, ellas decían:

-Le gustan los cuentos. Està en el lugar adecuado.

Sonrei un poco, visualizando la cara feliz de mi abuela al final de la historia. Algunos de mis compañeros de viaje roncaban cuando la última brisa nocturna me cerrò los ojos.

Cuando me despertè al dìa siguiente, toda la carne ahumada había desaparecido. Nos echamos la culpa unos a otros. Kanei inspeccionò los labios de Musa. Musa se enfadò, y empezaron a pegarse. Iba a separarlos cuando Saidu señalò la bolsa destrozada en un extremo del porche.

-La bolsa es èsa, ¿no? –preguntò, señalando los bordes mordidos-. Eso no lo hemos hecho nosotros. Todavía està cerrada. –Nos la enseñò-. Se la habrá comido algún animal, y sea lo que sea sigue por aquí.

Cogió un palo y se puso a caminar hacia el bosque.

-¿Ves como no he sido yo? –exclamò Musa, apartando a Kanei de un empujòn y siguiendo a Saidu.

-Es algún animal –dijo Motiba, inspeccionando las huellas que las patas de la bestia habían dejado sobre el suelo.

Unos miramos por el pueblo y otros siguieron las huellas de la bestia por el sendero, hacia el rìo. Ìbamos a abandonar la búsqueda cuando Saidu gritò desde detrás de un almacén del pueblo:

-He encontrado al ladròn y està enfadado.

Corrimos para ver de què se trataba. Era un perro que estaba masticando el último pedacito de carne ahumada. Al vernos, empezó a ladrar y a proteger la carne con las patas.

Alhaji cogió el palo de Saidu y empezó a perseguir al perro.

-Perro malo. Eso es nuestro.

El perro seguía agarrado al último pedacito de carne mientras desaparecía por el bosque. Meneando la cabeza, Saidu cogió el depòsito de agua y echò a caminar por el sendero. Le seguimos. Alhaji con el palo en la mano.

Esa tarde empezamos a buscar por el bosque alguna fruta comestible. No conversamos demasiado mientras caminábamos.

Por la noche nos paramos a descansar en el sendero.

-Deberìa haber matado a ese perro –dijo Alhaji lentamente, colocándose boca arriba.

-¿Por què? –preguntè.

-Sì. ¿Por qué? ¿De què habrìa servido? –preguntò Moriba, sentándose.

-Querìa matarlo sòlo porque se ha comido la ùnica comida que tenìamos – contestò Alhaji, furioso.

-Podrìamos haberlo comido –dijo Musa.

-No lo creo. Ademàs, habrìa sido difìcil prepararlo, de todos modos . –Me volví a mirar a Musa, que estaba boca arriba a mi lado.

-Me dais asco pensando esas cosas, chicos –exclamò Jumah, asqueado.  
Musa se puso de pie.

-Bueno.

-Va a contarnos otro cuento –suspirò Alhaji.

Musa volvió a mirar a Alhaji.

-Sì, bueno, no es un cuento en realidad. –Callò y después continuò-. Mi padre trabajò un tiempo para los malasios, y me dijo que ellos comìan perros. Si Alhaji hubiera matado a ese perro, me habrìa gustado probarlo. Asì, cuando vuelva a ver a mi padre, le dirè que lo he probado. Y no se enfadarà conmigo, porque tendrè una buena excusa para haber comido perro –concluyò Musa.

Todos nos quedamos callados, pensando en nuestras familias. Musa había despertado en nosotros aquello que nos daba miedo pensar.

Musa estaba en casa con su padre, en Mattru Jong, cuando se produjo el ataque. Su madre había ido al mercado a comprar pescado para la cena. Èl y su padre habían corrido allí y la habían encontrado, pero mientras huìan de la ciudad, su madre había quedado atrás. Se dieron cuenta de que no estaba con ellos cuando se pararon a descansar en el primer pueblo que encontraron. Su padre gritò y dijo a Musa que se quedara allí mientras èl iba en busca de su esposa. Musa dijo a su padre que querìa ir con èl. No, hijo, quédate aquí y yo buscarè a tu madre. En cuando su padre se marchò, el pueblo fue atacado y Musa huyò. Desde entonces no para de correr.

Alhaji estaba en el rìo cogiendo agua cuando los rebeldes atacaron. Corrió a casa, pero la encontró vacìa y se quedó allí gritando el nombre de sus padres y sus hermanos y su hermana.

Kanei había escapado con sus padres, pero perdiò a sus dos hermanas y tres hermanos en el caos. Sus padres y èl subieron a un barco con muchos otros, y cruzaron el rìo Jong. Cuando el barco llegó al centro del rìo, los rebeldes empezaron a dispararles desde la costa, y la gente fue presa del pánico e hizo



volcar el barco. Kanei nadò hasta la otra orilla del río lo màs rápido que pudo. Cuando llegó allí vio que algunos se ahogaban en el agua, gritando mientras pugnaban por salir a flote. Los rebeldes se reían de los moribundos. Èl había llorado toda la noche mientras seguía a los supervivientes, que se dirigían a un pueblo río abajo. Allí le dijeron que sus padres habían cruzado. La esperanza de encontrar a su familia habían mantenido a Kanei en marcha durante esos meses.

Jumah y Moriba vivían en casas contiguas. Los rebeldes habían destruido sus casas durante el ataque. Habían corrido juntos al muelle en busca de sus padres, que eran comerciantes, pero no los vieron por ninguna parte. Corrieron a la selva, donde sus familias se habían escondido, pero tampoco estaban allí.

La familia de Saidu no pudo salir de la ciudad durante el ataque. Junto con sus padres y tres hermanas, una de diecinueve años, otra de diecisiete y otra de quince, se escondió debajo de la cama durante toda la noche. Por la mañana los rebeldes irrumpieron en la casa y encontraron a sus padres y a las tres hermanas. Saidu había subido a la buhardilla para bajar el arroz que les quedaba para el viaje, y estaba allí en ese momento. Saidu se quedó allí, conteniendo la respiración y escuchando los aullidos de sus hermanas mientras los rebeldes las violaban. Su padre les gritò que pararan, y uno de los rebeldes le golpeò con la culata del arma. La madre de Saidu gritò y se disculpò con sus hijas por haberlas traído al mundo para ser víctimas de aquella locura. Después de violar a sus hermanas una y otra vez, los rebeldes amontonaron las posesiones de la familia y obligaron a los padres a cargar con ellas. Se llevaron a las tres chicas también.

-Hasta hoy, cargo con el dolor que sufrieron mis hermanas y mis padres. Cuando bajè una vez se hubieron ido, no podía mantenerme en pie y las làgrimas me helaban los ojos. Sentía como si me estuvieran arrancando las venas del cuerpo. Todavía me siento así, porque no puedo dejar de pensar en ese día. ¿Què mal habían hecho mis hermanas? –dijo Saidu, tras contarnos la historia una noche en un pueblo abandonado.

Sentí un sabor amargo al escuchar su relato. Entonces comprendì por què estaba siempre tan silencioso.

-Deberíamos seguir caminando –dijo Kanei, en tono triste, sacudiéndose el polvo de los pantalones.

Habíamos decidido caminar de noche. De día buscaríamos comida y dormiríamos por turnos. De noche nos sentíamos como si camináramos con la luna, que nos seguía bajo las densas nubes y nos esperaba al otro extremo de los senderos oscuros de la selva. Desaparecería con el amanecer pero volvía, suspendida sobre nuestro camino, la noche siguiente. Su resplandor se fue amortiguando con el paso de las noches. Algunas noches llovían estrellas del cielo y rápidamente desaparecían en la oscuridad antes de que pudiéramos formular un deseo. Bajo esas mismas estrellas y ese cielo solía escuchar las historias, pero ahora parecía como si el cielo nos estuviera contando que las estrellas caían colisionando violentamente unas con otras. La luna se ocultaba tras las nubes para no ver aquello.

Durante el día el sol se negaba a ascender gradualmente, como hacía antes. Se volvía deslumbrante en cuanto aparecía por detrás de las nubes, y sus rayos dorados me cegaban. Las nubes navegaban violentamente en el cielo azul, empujándose unas a otras.

Una tarde, mientras buscábamos comida en un pueblo desierto, cayó un cuervo del cielo. No estaba muerto, pero no podía volar. Pensamos que aquello no era nada común, pero necesitábamos comida y en ese momento todo nos servía. Mientras desplumábamos el pájaro, Moriba preguntó qué día era. Todos pensamos en ello un rato, intentando recordar el nombre del último día en que nuestras vidas habían sido normales.

Kanei rompió el silencio.

-Es fiesta. –Se rió-. Podéis llamarlo como queráis.

-Pero no es sólo un día, es un día raro. Me da mala espina –dijo Musa-. Tal vez no deberíamos comernos este pájaro.

-Bueno –dijo Kanei-, no importa si la caída de este pájaro es una señal de mal agüero o de mala suerte, nos sobra de las dos. Por lo tanto pienso comérmelo todo. Tú puedes hacer lo que te dé la gana.

Se puso a canturrear.

Cuando dejó de hacerlo, el ambiente se volvió misteriosamente silencioso. La brisa y las nubes habían dejado de moverse, los árboles estaban quietos, como si todos esperaran algo inimaginable.

A veces la noche busca la forma de hablarnos, pero casi nunca la escuchamos. Al noche después de comernos el pájaro fue demasiado oscura. No había estrellas en el cielo, y al caminar parecía que la oscuridad se volviera más densa. No estábamos en una selva espesa, pero apenas podíamos vernos unos a otros. Íbamos cogidos de la mano. Seguíamos caminando porque no podíamos pararnos en medio de la nada, aunque fuera lo que deseábamos. Tras horas de andar llegamos a un puente hecho con palos. El río corría silenciosamente por debajo, como dormido. Cuando estábamos a punto de pisar el puente, oímos pasos que se dirigían hacia nosotros. Nos soltamos de la mano y nos escondimos tras los árboles. Yo estaba echado con Alhaji, Jumah y Saidu.

Eran tres personas. Llevaban camisetas blancas. Dos eran más o menos de la misma altura y el tercero era más bajo. Llevaban ropa bajo el brazo. También iban cogidos de la mano y cuando cruzaron el puente cerca de donde estábamos escondidos, se pararon como presintiendo nuestra presencia. Murmuraron algo. Era difícil oír lo que decían porque sus voces sonaban como abejas, como si algo les obstruyera la nariz. Cuando pararon de murmurar, los dos más altos tiraron del más bajo. Uno quería que continuaran, y el otro insistía en seguir en dirección contraria. Su discusión me aceleró el corazón, y meforcé por distinguir su cara, pero estaba demasiado oscuro. Un minuto después, decidieron seguir en la dirección por donde habían venido.

Aún esperamos un rato a salir de los matorrales. Respirábamos con dificultad y no podíamos hablar. Kanei empezó a susurrar nuestros nombres. Cuando pronunció el de Saidu, él no contestó. Lo buscamos entre la maleza. Estaba echado y en silencio. Le sacudimos, le llamamos por su nombre, pero permaneció en silencio. Alhaji y Jumah se echaron a llorar. Kanei y yo arrastramos a Saidu al camino y nos sentamos a su lado. Seguía echado en silencio. No podía controlar el temblor de mis manos mientras transcurría la noche callada. Me pesaba la cabeza pensando en lo que haríamos a continuación. No recuerdo quién fue el que susurró: a lo mejor ha sido el pájaro que hemos comido. Mis compañeros se echaron a llorar, pero yo no podía. Me quedé contemplando la noche fijamente como buscando algo.

Ya no se percibía el cambio gradual entre la noche y el día. La oscuridad desaparecía de golpe, dejando paso a la luz resplandeciente del día. Estábamos

todos sentados en medio del sendero. Saidu seguía callado. Tenía residuos de sudor en la frente y la boca ligeramente abierta. Le puse la mano bajo la nariz a ver si respiraba. Nos pusimos de pie, y cuando apartè la mano, todos me miraban, esperando que dijera algo.

-No lo sè –dije.

Los otros se llevaron las manos a la cabeza. Sus caras parecían esperar oír otra cosa, algo que era posible pero nos daba miedo aceptar.

-¿Què vamos a hacer? –preguntò Moriba.

-No podemos quedarnos aquí para siempre –observò Musa.

-Tendremos que llevarlo hasta el siguiente pueblo, por muy lejos que estè –dijo Kanei lentamente-. Ayudadme a levantarlo.

Levantamos a Saidu, y Kanei lo cargò a la espalda para cruzar el río. El tranquilo río empezó a fluir ruidosamente entre rocas y troncos de palmera. En cuanto acabamos de cruzarlo, Saidu tosió. Kanei lo sentò y lo rodeamos. Vomitó durante varios minutos y, después de secarse la boca, dijo:

-Lo de anoche eran fantasmas. Estoy seguro.

Le dimos la razón.

-Creo que me desmayè cuando empezaron a hablar. –Intentò levantarse y todos lo ayudamos. Nos empujò-. Estoy bien. Vamos.

Nos reímos y echamos a andar. Volvieron a temblarme las manos. Esta vez no sabìa por què. Fue un día deprimente y no paramos de preguntar a Saidu si estaba bien hasta que llegamos al siguiente pueblo.

Era màs de mediodía cuando llegamos a un pueblo lleno de gente. Nos impactò lo ruidoso que era en medio de la guerra. Era el pueblo màs grande en donde habíamos estado hasta entonces. Parecía un día de mercado: había gente tocando música y bailando, niños corriendo, y los buenos olores familiares de hojas de yuca cocida con aceite de palma.

Al cruzar el pueblo en busca de algún lugar donde instalarnos lejos de la gente, vimos algunas caras conocidas. Algunos nos saludaron dubitativamente. Encontramos un tronco bajo un mango y nos sentamos. Una mujer cuya cara nos era desconocida se acercò y se sentò frente a nosotros.

-Tù. –Me señalaba-. Te conozco.

Su cara no me sonaba, pero ella insistió en que conocía a mi familia y a mí. Me dijo que Junior había pasado por allí unas semanas antes buscándome y que también había visto a mi madre y a mi hermanito en el siguiente pueblo, que estaba a unos días de camino. Nos indicó la dirección y acabó diciendo:

-En ese pueblo hay mucha gente de Mattru Jong y de la zona minera de Sierra Rutila. Encontraréis a vuestras familias o tendréis noticias de ellos.

Se levantó y se puso a bailar al ritmo del soukous que tocaban y se marchó. Nosotros nos alegramos. Yo quería marcharme enseguida, pero decidimos pasar la noche en el pueblo. Además, queríamos que Saidu descansara, a pesar de que él insistía en que estaba perfectamente. Me hacía inmensamente feliz que mi madre, mi padre y mis dos hermanos se hubieran encontrado. Pensé que tal vez mi madre y mi padre se hubieran vuelto a unir.

Fuimos al río a bañarnos y jugamos al escondite y a nadar, corriendo por el borde del río gritando cocoo para empezar el juego. Todos sonreíamos.

Esa noche robamos una cacerola de arroz y hojas de yuca. Comimos bajo los cafetales del pueblo, limpiamos la cacerola y la devolvimos. No teníamos lugar donde dormir, así que elegimos el porche de una de las casas cuando sus ocupantes se hubieran encerrado dentro.

Aquella noche no dormí. Mis manos empezaron a temblar cuando mis amigos empezaron a roncar. Tenía la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo malo. Los perros aullaban de un extremo a otro del pueblo. Alhaji se despertó y se sentó a mi lado.

-Los perros me han despertado –dijo.

-Yo no podía dormir –contesté.

-Estarás ansioso por ver a tu familia. –Chasqueó la lengua-. Yo también.

Alhaji se levantó.

-¿No te parece rara la forma en que aúllan los perros?

Un perro se había acercado al porche donde estábamos sentados y aullaba a todo pulmón. Otros se unieron a él. Sus aullidos me perforaban los oídos.

-Sí. Parecen humanos –dije.

-Es lo mismo que estaba pensando –bostezó Alhaji-. Creo que los perros ven cosas que nosotros no vemos. Algo no va bien. –Se sentó.

Nos quedamos en silencio, mirando hacia la noche. Los perros aullaron toda la noche, y no pararon hasta que el cielo se aclaró por completo. Entonces

los bebès los sustituyeron por su llanto. La gente se levantò; teníamos que irnos de allí. Alhaji y yo despertamos a nuestros amigos. Cuando sacudimos a Saidu, estaba muy quieto.

-Levántate, tenemos que irnos ya.

Lo sacudimos màs fuerte al oír que la gente de la casa se disponía a salir.

Kanei lo acarició.

-Saidu, Saidu. Puede que se haya desmayado otra vez.

Salió un hombre y nos saludò. Llevaba un cubo pequeño de agua. Tenía una sonrisa en la cara que nos dio a entender que estaba al tanto de que eestábamos allí.

Salpicò a Saidu con el agua fría del cubo.

-Esto servirá.

Pero Saidu no se movió. Siguió echado boca abajo, con la cara enterrada en el polvo. Tenía las palmas de las manos hacia arriba y estaban muy pàlidas. El hombre le dio la vuelta y le buscò el pulso. A Saidu le sudaba la frente y la tenía arrugada, la boca ligeramente abierta y un surco de làgrimas secas en los rabillos de los ojos y por las mejillas.

-¿Conocèis a alguien en este pueblo? –preguntò el hombre.

Le dijimos que no, meneando la cabeza. Èl suspirò pesadamente, dejó el cubo en el suelo y se llevó ambas manos a la cabeza.

-¿Quièn es el mayor? –preguntò, mirando a Alhaji.

Kanei levantò la mano. Salieron los dos del porche y el otro le susurrò algo al oído. Kanei empezó a llorar apoyándose en èl. Entonces nos dimos cuenta de que Saidu nos había dejado. Todos lloraban, pero yo no podía. Estaba mareado y se me humedecían los ojos. Las manos empezaron a temblarme otra vez. Sentí calor en el estòmago, y mi corazón empezó a latir lentamente, pero a un ritmo pesado. El hombre y Kanei se alejaron, y, cuando volvieron, iban con otros dos, con una camilla de madera. Colocaron a Saidu en ella y nos pidieron que les siguiéramos.

Lavaron y prepararon el cadáver de Saidu para enterrarlo el mismo día. Lo envolvieron en tela blanca de algodón, y lo metieron en un ataúd de madera que colocaron sobre la mesa del salón del hombre del porche donde habíamos dormido.

-¿Alguno es pariente de èl? –preguntò un hombre alto, esbelto y musculoso.

Era el encargado de las ceremonias funerarias en el pueblo. Negamos con la cabeza. Me sentía como si estuviera rechazando a Saidu, nuestro amigo, nuestro compañero de viaje. Se había convertido en un familiar, pero el hombre quería un pariente de verdad que pudiera autorizar el entierro.

Nos mirò.

-¿Alguno de vosotros conoce a su familia?

-Yo. –Kanei levantò la mano.

El hombre se lo llevò aparte, al otro lado del ataùd. Se pusieron a hablar. Intentè adivinar lo que decían interpretando los elaborados gestos que hacía aquel hombre con la mano derecha. Tenìa la izquierda sobre el hombro de Kanei. Los labios de Kanei se movieron un rato, y después se dedicò a asentir con la cabeza hasta que la conversación terminò.

Kanei volvió y se sentò con nosotros en los taburetes que había preparados para el servicio funerario, al que sòlo asistiríamos nosotros, junto con el hombre en cuyo porche había muerto Saidu. El resto del pueblo permaneciò en silencio, sentado cada uno en su porche. Se levantaron cuando pasamos por delante camino del cementerio.

No lograba creermè que Saidu nos hubiera dejado de verdad. Me aferrè a la idea de que sòlo se había desmayado y pronto se levantaría. No me convencì de que no lo haría hasta que lo bajaron al hoyo, envuelto en el sudario, y los sepultureros empezaron a cubrirlo de tierra. Lo único que quedaba de èl era un recuerdo. Las glándulas de la garganta empezaban a dolerme. No podía respirar bien, así que abrí la boca. El hombre que había preguntado si èramos parientes de Saidu se puso a recitar suras. Fue entonces cuando empecè a llorar en silencio. Dejè que las làgrimas resbalaran hasta el suelo y el polvo del verano las absorbiera. Los que transportaban a Saidu colocaron piedras alrededor de la tumba para retener el montículo de tierra.

Tras el entierro, nos quedamos solos en el cementerio. Había montículos de tierra por todos lados. Unos pocos de ellos tenian postes con algo escrito, el resto eran anónimos. Saidu se había reunido con ellos. Nos quedamos horas en el cementerio, como si esperáramos algo. Pero èramos jóvenes –entonces teníamos trece años, menos Kanei, que era tres años mayor-, y no

controlábamos las emociones. No lograba comprender qué sentía ni cómo me sentía. Tal confusión me daba dolor de cabeza y me ponía tenso el estómago. Salimos del cementerio al caer la noche. El pueblo estaba en silencio. Nos sentamos fuera, en el tronco en que lo habíamos hecho al llegar al pueblo. Ninguno de nosotros pensó en ir a dormir a un porche. Kanei nos explicó que habían tenido que enterrar a Saidu porque la costumbre del lugar era que un muerto no podía dejarse sin sepultar toda la noche. O lo enterrábamos o lo sacábamos del pueblo. Nadie contestó a Kanei. Él se calló y los perros empezaron a aullar. No pararon en toda la noche, hasta que nos pusimos nerviosos.

Caminamos de un lado a otro del pueblo. Casi nadie dormía; los oíamos cuchichear cuando los perros callaban un momento o se iban a aullar a la otra punta del pueblo. Recordé que unas semanas atrás Saidu decía que iba muriendo poco a poco cada día que pasaba, a medida que avanzábamos en nuestro viaje. Tal vez murió aquella noche, cuando habló con aquella voz tan rara después de sobrevivir al ataque de los hombres con machetes, hachas y lanzas, pensé. Empezaron a temblarme manos y pies, y no pararon en toda la noche. Estaba preocupado y no dejé de llamar a mis amigos para que no se durmieran. A primera hora de la mañana, Kanei nos dijo que nos marcharíamos después del amanecer en dirección al pueblo siguiente.

-No soportaría otra noche escuchando a esos perros. Me aterran –dijo.

Aquella mañana dimos las gracias a los hombres que nos habían ayudado a enterrar a Saidu.

-Siempre sabréis dónde está enterrado –dijo uno de ellos.

Asentí con la cabeza, pero sabía que las posibilidades de volver a aquel pueblo eran mínimas, porque no controlábamos nuestro futuro. Sólo sabíamos sobrevivir.

Al salir del pueblo, todos se pusieron en fila para vernos marchar. Yo estaba asustado, porque recordaba cuando habíamos cruzado el pueblo con el cadáver de Saidu. Pasamos por el cementerio, que estaba en las afueras, junto al sendero que conducía al pueblo donde esperábamos reunirnos con nuestras familias. El sol penetraba en el camposanto, y mientras estábamos allí, sopló una ligera brisa, agitando graciosamente los árboles que rodeaban los montículos de tierra. Sentí un escalofrío en la nuca, como si alguien me soplara



suavemente. Se levantaba un hilo de humo en el pueblo, alzándose hacia el cielo. Lo observé hasta que desapareció. Allí dejábamos a nuestro amigo. Como habría dicho mi abuela: su viaje temporal por este mundo ha terminado. Pero nosotros debíamos continuar.

Cuando empezamos a alejarnos, nos pusimos a sollozar. Los cantos del gallo fueron desvaneciéndose, y nos hicieron más conscientes de nuestro silencio, el silencio que preguntaba: ¿cuál será el siguiente en dejarnos? Teníamos la pregunta en los ojos cuando nos mirábamos. Caminamos rápidamente como intentando mantenernos en el día, temerosos de que la caída de la noche volviera las páginas inciertas de nuestras vidas.

## 11.

Llevábamos caminando en silencio toda la noche cuando nos detuvimos al escuchar el canto de los pájaros matutinos rasgando el silencio del día. Al sentarnos a un lado del camino, Moriba empezó a sollozar. Estaba un poco apartado de nosotros, algo que normalmente hacía con Saidu. Jugaba con una ramita, intentando distraerse de lo que sentía. Todos menos yo empezaron a sollozar y se acercaron a Moriba, que ahora lloraba a pleno pulmón. Yo me quedé solo, tapándome la cara con las palmas de las manos para contener las lágrimas. Unos minutos después, mis amigos dejaron de llorar. Seguimos adelante sin decirnos nada. Todos sabíamos que, si queríamos sobrevivir, sólo podíamos lamentarnos un ratito muy breve.

-Me muero de ganas de llegar a ese pueblo. Le voy a dar un abrazo enorme a mi madre. -Alhaji sonrió y después continuó-: pero siempre se queja cuando la abrazo fuerte. Si me quieres, deja de apretar mis viejos huesos para que viva más tiempo. Es muy divertida.

Nos reímos.

-Tengo la sensación de que encontraremos a nuestras familias, o al menos tendremos noticias tuyas. -Kanei estiró las manos como si quisiera coger el sol. Miró a Alhaji, que sonreía desafortunadamente-. Me han dicho que tienes una hermana muy guapa. Seguimos siendo amigos, ¿no?

Nos reímos como locos. Alhaji saltò sobre Kanei por la espalda y lucharon sobre la hierba. Cuando terminaron, nos siguieron por el camino, cantando una de las canciones de S.E. Rogie: no me mires mal, no me fastidies así, no me señales con el dedo, guapa, te lo ruego... Nos unimos a èl y cantamos como si estuviéramos viviendo uno de los momentos màs gloriosos de nuestras vidas. Pero lentamente el silencio volvió a imponerse.

Un lado del cielo estaba azul y el otro lleno de quietas nubes. La silenciosa brisa hizo que una rama se quebrara en la selva. El eco resonò como un llanto, un gemido. No fui el único en notarlo, porque mis amigos se detuvieron un momento a escuchar atentamente. La brisa se animò. Las hojas de los àrboles empezaron a rozarse unas con otras, resistiendo al viento. Se quebraron màs ramas en la selva y los gemidos se intensificaron. Parecía que los àrboles estuvieran sufriendo. Se agitaban en todas direcciones y las ramas chocaban entre ellas. Las nubes rodaron por el cielo azul, y oscureció. Siguiò una fuerte lluvia, con rayos y truenos que duraron quince minutos. Màs tarde, el cielo recuperò su esplèndido color azul. Yo caminaba, perplejo, con la ropa empapada bajo el sol. Por la noche volvió a llover. Las rachas de lluvia caían brutalmente del cielo, azotàndonos. Caminamos casi toda la noche, apartàndonos el agua de la cara para poder ver. Llegò un punto en que era imposible seguir y nos sentamos bajo los enormes àrboles a esperar. Cuando un relámpago iluminaba la selva, veìa a los demás sentados. Todos teníamos las caras apoyadas en las rodillas y los brazos cruzados.

Las últimas horas de la noche fueron largas. Cuando dejó de llover, ya había luz. Temblábamos, y teníamos los dedos pàlidos y arrugados.

-Parecemos pollos mojados –dijo Musa, riendo, cuando salimos de debajo de los àrboles.

Encontramos un claro donde el sol había empezado a penetrar, escurrimos las camisas, las tendimos sobre los matorrales, y nos sentamos al sol para secarnos nosotros también.

Era casi mediodía cuando nos pusimos la ropa húmeda y seguimos camino. Unas horas después, oímos un gallo a lo lejos. Musa pegò un salto y nos reímos.

Finalmente, nos acercábamos a un pueblo donde cabía la posibilidad de que viéramos a nuestras familias. No podía dejar de sonreír. Los cafetales

empezaban a sustituir a la selva, y se veían huellas en el sendero. Oímos la molienda de arroz y los susurros que traía la brisa. Aceleramos el ritmo contentos con los sonidos que anunciaban vida. En el lado opuesto a los cafetales había una pequeña plantación de bananas, y allí encontramos a un hombre cortando manojos de bananas maduras. No le veíamos la cara, porque tenía la cabeza escondida entre las hojas.

-Buenas tardes –dijo Kanei.

El hombre nos echó un vistazo por detrás de una hoja de banana. Se secó el sudor de la frente y se acercó. Poco a poco, a medida que avanzaba entre las ruidosas hojas secas, la visión de su cara despertó mis recuerdos.

Se le había arrugado la cara y estaba mucho más flaco que cuando lo había visto por última vez. Se llamaba Gasemu, Ngor Gasemu. Era uno de los pocos hombres solteros de mi pueblo. Entonces todo el mundo cotilleaba sobre él por no haberse casado. Los ancianos decían: es bastante mayor y responsable para encontrar una buena esposa, pero le gusta estar solo, le gusta esa vida vana. Él nunca decía nada ni se enfadaba con aquello. Cocinaba él mismo, y cuando estaba demasiado cansado para cocinar, comía gari con miel. Hubo una época en que comió gari con miel toda una semana. Mi madre decidió prepararle un plato cada noche. Eso no te sentará bien, le dijo, y él sonrió frotándose la cabeza.

Cuando Gasemu llegó al sendero, se paró y nos miró. Sonrió y entonces fue cuando me convencí de que era el Gasemu que conocía, porque le faltaba un incisivo.

-¿Queréis ayudarme a llevar estas bananas al pueblo, chicos? –preguntó de esa manera que usan los adultos con los jóvenes danto a entender que no tienen otra alternativa-. Venga, chicos. –Nos indicó con un gesto que le siguiéramos a la plantación de bananas.

Echamos a caminar detrás de él, mientras gesticulaba con la mano como si tirara de una cuerda invisible. Cuando me acerqué a él, me puso una mano en el hombro y me acarició la cabeza.

-¿Todavía eres un niño tan conflictivo?

-No tengo tiempo para meterme en líos en este momento –dije.

-Ya veo que pareces muy triste. Cuando eras niño te brillaba siempre la frente. Tus padres y yo siempre comentábamos lo raro que era eso. Creíamos

que era porque siempre eras feliz. Tu madre decía que sonreías incluso durmiendo. Pero cuando empezaste a meterte en líos y enfadarte, la frente te brillaba aún más. Ya no teníamos explicación para el asunto y la relación con eso venía con tu carácter. Ahora veo que no te brilla. –Se callò un momento y me mirò.

Se apartò y empezó a dar òrdenes a mis compañeros de viaje para que recogieran un racimo de bananas y se lo cargaran al hombro en lugar de a la cabeza.

-Asì no los partiréis por la mitad –explicò.

Yo cogì un racimo de bananas y esperè a que Gasemu recogiera su jarra, su machete y el último manojo.

-¿Còmo conseguiste...? –empecè, pero me interrumpì.

-Tus padres y tus hermanos estaràn encantados de verte. Se acuerdan de ti todos los días y rezan para que sigas vivo. Tu madre llora, suplicando a los dioses y antepasados que te devuelvan a ella. Tu hermano mayor fue a buscarte, pero volviò hace una semana. Estaba muy triste a su regreso. Creo que se culpa de haberte perdido.

Dejè caer el racimo al oír la noticia. Èl siguiò andando, asì que recogì las bananas y le seguì.

-Se quedaràn pasmados al verte.

Caminàbamos lentamente. Respiraba deprisa y no podía pronunciar palabra. Deseaba tirar las bananas y correr lo más rápido que pudiera al pueblo. Me escocían los ojos, y sentía como si la brisa me estuviera atravesando el cerebro. Me estaba mareando. La excitación y la tristeza me hacían sentir como si el corazón fuera a explotarme si esperaba más, pero en aquel sendero tan estrecho no podía adelantarme.

A los pocos minutos llegamos a un río, y yo me sentí feliz, porque casi todos los pueblos tenían un río cerca, asì que pensé que estàbamos a punto de llegar. Pero todavía faltaba.

-El pueblo està en aquella colina –dijo Gasemu.

Era una colina alta, con piedras a lo largo del camino, algunas de ellas inamovibles, puestas a propósito, en medio. El sendero zigzagueaba hasta la cima, donde, cuando por fin llegamos, tuvimos que descansar unos minutos. Me indignò tener que hacerlo y me sentè en una gran piedra, apartado del grupo.

Mis ojos siguieron el polvoriento sendero que bajaba por la colina hasta la espesa selva, en la que distinguí algunos tejados de hojalata y otros de paja del pueblo. Parte de mí se iba hacia el pueblo, la otra esperaba impaciente en la colina. Gasemu nos pasó su jarra de agua, pero la rechazé. Cuando la recuperé, recogimos las bananas y empezamos el descenso. Yo me puse delante, para caminar más deprisa y llegar primero.

Mientras descendía, oí tiros. Y perros que ladraban. Y gente que gritaba y lloraba. Tiramos las bananas y empezamos a correr para salir del campo abierto. Del pueblo vimos ascender un denso humo. En lo alto, chispas y llamas se alzaban hacia el cielo.

Nos escondimos en el bosque y escuchamos los tiros y los gritos de hombres, mujeres y niños. Los niños gemían, los hombres soltaban gritos agudos que resonaban en la selva y tapaban los chillidos de las mujeres. Por fin cesaron los tiros y el mundo quedó en silencio, como a la escucha. Le dije a Gasemu que quería ir al pueblo. Él me retuvo, pero yo lo empujé hacia el bosque y me escapé por el sendero a todo correr. No sentía las piernas. Cuando llegué al pueblo, estaba ardiendo por completo y los casquillos de las balas cubrían el suelo como hojas de mango de madrugada. No sabía por dónde empezar a buscar a mi familia. Gasemu y mis amigos me habían seguido y nos quedamos mirando el pueblo en llamas. Yo sudaba por el calor, pero no tenía miedo de correr entre las casas. Los clavos salían disparados de los techos de hojalata, y aterrizaban entre los techos de paja, aumentando la furia de las llamas. Mientras mirábamos un techo de hojalata ardiendo que levantó el vuelo, oímos gritos y fuertes golpes unas casas más abajo. Corrimos por detrás de las casas y el borde de los cafetales y llegamos al lugar de donde procedían los gritos. Había gente encerrada. El fuego era demasiado fuerte. Salía por las ventanas y por el techo. Cogimos un mortero y abrimos la puerta a golpes, pero era demasiado tarde. Sólo salieron dos personas: una mujer y un niño. Estaban en llamas y corrieron por el pueblo golpeándose con todo lo que encontraban por el camino y volviendo atrás y haciendo lo mismo. La mujer cayó y dejó de moverse. El niño pegó un chillido y se sentó junto a un árbol. Cesó de moverse. Todo sucedió tan deprisa que nos quedamos quietos, paralizados. El aullido del

niño seguía resonando en mi cabeza, como si hubiera cobrado vida propia dentro de mí.

Gasemu se había alejado de donde yo estaba. Empezó a gritar desde el otro lado del pueblo. Corrimos a donde estaba. Había más de veinte personas boca abajo en el suelo. Estaban en fila, y todavía salía sangre de sus heridas de bala. Desde debajo de cada cadáver se abría camino un hilo de sangre, como si todos quisieran encontrarse en un punto. Los sollozos de Gasemu se hicieron más fuertes al ir dando la vuelta a cada uno. Algunos abrían los ojos y la boca en formas que mostraban el miedo experimentado mientras esperaban que les dispararan por detrás. Algunos habían inhalado polvo, tal vez al tomar su último aliento. Los cadáveres eran casi todos de hombres de veintitantos años. Otros eran más jóvenes.

En otras partes del pueblo había restos a medio quemar de los que habían peleado ferozmente para liberarse, para acabar muriendo fuera. Estaban en el suelo en diferentes posturas de dolor, algunos cogiéndose la cabeza, los huesos blancos de las mandíbulas a la vista, otros encogidos como bebés en el útero, inmóviles.

El fuego había acabado por ceder, y yo seguía corriendo por el pueblo buscando algo, algo que no deseaba ver. Indeciso, intenté distinguir los rostros de los cuerpos quemados, pero era imposible decir quiénes eran. Además había demasiados.

-Vivían en esa casa –dijo Gasemu, señalando hacia unas casas carbonizadas.

El fuego había consumido los marcos de las puertas y ventanas, el barro que había entre los palos se estaba desmoronando, dejando al descubierto las cuerdas, con las que el fuego seguía alimentándose.

Todo mi cuerpo entró en shock. Sólo movía los ojos, abriéndolos y cerrándolos lentamente. Intenté sacudir las piernas para que me corriera la sangre, pero caí al suelo, tapándome la cara con las manos. En el suelo sentí como si mis ojos fueran demasiado grandes para sus cuencas. Corrí hacia la casa. Sin ningún miedo, entré y miré por las habitaciones llenas de humo. El suelo estaba cubierto por montones de cenizas; dentro no había ninguna forma sólida identificable como un cuerpo. Grité a pleno pulmón y empecé a llorar o

màs fuerte que pude, pegando puñetazos y patadas con todas mis fuerzas a las endebles paredes, que seguían ardiendo. Había perdido el sentido del tacto. Golpeaba las paredes en llamas con manos y pies, pero no sentía nada. Gasemu y los chicos me arrastraron fuera de la casa. No dejè de patalear mientras me sacaban.

-Los he buscado por todas partes, pero no los he visto –dijo Gasemu.

Yo me sentè en el suelo con las piernas abiertas, sosteniéndome la cabeza con las manos. Estaba repleto de ira. Me hervía la sangre, y sentía el corazón como si me fuera a explotar. Al mismo tiempo, me sentía literalmente como si me hubieran metido algo en la cabeza, lo màs pesado que podía imaginar, y el cuello empezaba a dolerme.

Si no nos hubiéramos parado a descansar en la colina, si no hubiéramos encontrado a Gasemu, habría visto a mi familia, pensaba. La cabeza me ardía. Me tapè las orejas con las manos y las apretè en vano. No sabìa lo que me estaba sucediendo. Me levantè, caminè detrás de Gasemu y el apretè el cuello con los brazos. Le apretè tan fuerte como pude.

-No puedo respirar –dijo. Forcejeando.

Me apartò y caì junto a la mano del mortero. La cogì y le peguè a Gasemu. Èl cayò, y cuando se levantò, le sangraba la nariz. Mis amigos me retuvieron. Gasemu me mirò y me dijo con tristeza:

-Yo no sabìa que pasarìa esto.

Se acercò a un mango y se sentò, secàndose la sangre que le salía por la nariz.

Mis amigos me habían inmovilizado en el suelo, y discutían con vehemencia. Unos decían que era culpa de Gasemu que no hubiéramos llegado con nuestros padres. Otros, que no era culpa suya, y que de no haber sido por èl, estaríamos todos muertos. Me daba igual. Yo querìa ver a mi familia, aunque representara morir con ellos. Mis amigos empezaron a pelearse entre ellos, pataleando, pegando puñetazos, tirándose unos a otros al suelo. Alhaji empujò a Jumah contra una de las casas y el fuego prendió en sus pantalones. Gritò y rodò por el suelo para apagarlo. Cuando se levantò, cogió una piedra y se la tirò a Alhaji. Le dio en la parte de atrás de la cabeza. La sangre le resbalò por el cuello. Cuando Alhaji vio la sangre, se puso furioso y corrió hacia Jumah, pero Gasemu

intervino. Apartò a Alhaji y le vendò la cabeza con un pedazo de tela. Nos quedamos todos callados y furiosos en las ruinas del pueblo, donde parecía que nuestro viaje había terminado.

-Nada de esto es culpa de nadie –dijo Gasemu lentamente.

Sus palabras me enfurecieron y deseè volver a pegarle. Pero oimos unas fuertes voces que se acercaban al pueblo. Corrimos al cafetal màs cercano y nos echamos en el suelo, observando.

Un grupo de màs de diez rebeldes entrò en el pueblo. Se reian y entrechocaban las manos. Dos de ellos parecían algo mayores que yo. Tenian sangre en la ropa, y uno de ellos llevaba la cabeza de un hombre sujetándola por los cabellos. La cabeza parecía que todavía sintiera que le tiraran del pelo. Goteaba sangre del cuello. Otro rebelde llevaba una lata de gasolina y una gran caja de cerillas. Se sentaron en el suelo y se pusieron a jugar a las cartas, fumar marihuana y fanfarronear sobre lo que habían hecho ese día.

-Hoy hemos incendiado tres pueblos.

Un chico flaco, que parecía divertirse màs que ninguno, se riò.

Otro rebelde, el único vestido con uniforme militar, se sumò a èl.

-Sì, es impresionante, en una tarde, apenas en unas horas. –Se callò, jugando con su rifle G3-. Me he divertido especialmente incendiando este pueblo. Los hemos pillado a todos. No ha escapado nadie. Lo hemos hecho de maravilla. Hemos cumplido las òrdenes de ejecutarlos a todos. El comandante estarà contento cuando llegue. –Asintiò con la cabeza, mirando al resto de los rebeldes, que habían dejado de jugar y lo escuchaban.

Todos mostraron su conformidad asintiendo con la cabeza. Chocaron las manos y siguieron jugando.

-En los otros dos pueblos se nos escaparon algunos –dijo el otro rebelde que estaba de pie. Callò, frotándose la frente, como si sopesara lo que había ocurrido y después siguió-: Debieron de ver el humo de este pueblo y supieron que pasaba algo. Deberíamos cambiar de estrategia. La próxima vez deberíamos atacar todos los pueblos a la vez.

Los demás no le prestaron tanta atención como cuando había hablado el rebelde del uniforme militar. Siguieron jugando a las cartas y charlando, horas y horas, y sin ninguna razón aparente lanzaron unos tiros al aire. Alguien de mi grupo se moviò y las hojas secas de café hicieron ruido. Los rebeldes dejaron de



jugar y corrieron en todas direcciones para ponerse a cubierto. Dos caminaron hacia nosotros apuntando con el arma. Caminaron deprisa y después se agacharon. Como si lo tuviéramos planeado, nos levantamos y echamos a correr. Las balas nos siguieron por el cafetal, hasta la selva. Gasemu iba delante y sabía adònde se dirigía. Lo seguimos.

Cuando llegamos al borde de la selva, Gasemu se detuvo y esperò a que lo alcanzáramos.

-Seguid por el sendero –dijo.

Cuando lo alcancè tratò de sonreírme. No sè por què, pero me puso màs furioso. Le dejè atrás, y seguí por el estrecho sendero, donde había crecido la hierba. Iba detrás de Alhaji, que separaba la hierba como un buceador que se dirigiera hacia la superficie en busca de aire. Algunos matorrales me azotaron el rostro pero no me detuve. Los tiros se hicieron màs fuertes detrás de nosotros. Corrimos durante horas, adentrándonos en la selva. El sendero se había acabado pero seguimos corriendo hasta que el cielo se tragò al sol y dio a luz a la luna. Las balas seguían silbando detrás de nosotros, pero ahora se distinguía su rojez al penetrar entre los matorrales. Desapareció la luna y la sustituyeron las estrellas, haciendo llorar al cielo. Sus làgrimas nos salvaron de las balas rojas.

Pasamos la noche respirando pesadamente bajo los matorrales empapados de lluvia. La cacería había terminado. Gasemu se echò a llorar como un niño. Cuando sucedía algo así siempre me daba miedo. De niño había aprendido que los hombres sòlo lloraban cuando no tenían màs remedio. Gasemu rodò por el suelo quejándose de dolor. Cuando tuvimos el valor necesario para levantarlo, descubrimos por què lloraba. Lo habían alcanzado cuando corriamos. Sangraba por la pierna derecha y se le estaba hinchando. Se apretaba un costado y no quería apartar la mano. Alhaji se la levantò; también sangraba por el costado. Fue como si la mano hubiera impedido que la sangre saliera, porque escapò como un torrente. Se puso a sudar. Alhaji me pidió que contuviera la sangre. Lo hice, pero seguía filtrándose entre mis dedos. Me mirò y se le empezaro a hundir los ojos tristes en las cuencas. Logró levantar la mano derecha y cogirme la muñeca que tenía a su costado. Había dejado de sollozar, aunque le resbalaban las làgrimas por las mejillas, pero no tantas como la sangre que estaba perdiendo. Musa no soportò seguir viendo la sangre. Se desmayò. Alhaji y yo cogimos la camisa de Gasemu y le vendamos el costado

para detener la hemorragia. Los demás nos miraban con expresión tensa. Musa se despertó y se unió a ellos.

Entre jadeos, Gasemu nos dijo que había un wahlee cerca, y que si volvíamos hacia la plantación, nos enseñaría el sendero para llegar allí. Durante la noche habíamos cogido un desvío equivocado. Gasemu me pasó un brazo por el hombro y otro por el de Alhaji. Lo levantamos y empezamos a caminar lentamente por el bosque. Descansábamos cada pocos minutos y le secábamos la frente sudorosa.

Era más de mediodía cuando Gasemu empezó a vomitar y se puso a temblar por todo el cuerpo. Nos pidió que le dejáramos en el suelo. Se apretó el estómago y rodó de un lado a otro quejándose de dolor. Sus vómitos aumentaron, y dejó de rodar. Se quedó boca arriba, mirando al cielo. Mantenía los ojos fijos y las piernas le temblaban, pero luego pararon; lo mismo le pasó con las manos, y finalmente con los dedos, pero sus ojos permanecían abiertos, fijos en las copas de los árboles.

-Levantémoslo. -A Alhaji le temblaba la voz.

Me pasó el brazo de Gasemu por el cuello. Alhaji hizo lo mismo, y caminamos con él, arrastrándole los pies por el suelo. Tenía los brazos fríos. Seguía sudando y sangrando. No nos dijimos una palabra. Todos sabíamos lo que había pasado.

Cuando por fin llegamos al wahlee, los ojos de Gasemu seguían abiertos. Alhaji los cerró. Me senté a su lado. Tenía sangre en la palma de la mano y la muñeca. Me arrepentí de haberle pegado con la mano del mortero. Todavía tenía sangre seca en la nariz. Me eché a llorar silenciosamente. No podía llorar todo lo que quería. El sol se disponía a abandonar el cielo. Había salido para llevarse a Gasemu. Me quedé a su lado, incapaz de pensar. Se me tensó la cara. Cuando la brisa sopló, sentí que el cuerpo se me distendía disfrutando del frío. En toda la noche el sueño no me acogió. Se me humedecieron los ojos y se me secaron una y otra vez. No sabía qué decir. Por unos minutos intenté imaginar lo que habría sentido Gasemu cuando sus dedos vibraron con el último aliento que salió de su cuerpo.

## 12.

Llevàbamos caminando varios días, no lo recuerdo bien, cuando de repente dos hombres nos apuntaron con sus armas, y nos indicaron que nos acercáramos. Anduvimos entre dos hileras de hombres que llevaban ametralladoras, Ak-47, G3 y RPG. Tenían unas caras muy oscuras, como si se las hubieran frotado con carbón, y nos miraban intensamente, con unos ojos extremadamente rojos. Cuando llegamos al extremo de la fila, había cuatro hombres tirados en el suelo, con los uniformes empapados de sangre. Uno estaba boca abajo, y tenía los ojos muy abiertos y quietos; sus entrañas se arrastraban por el suelo. Me volví y posè los ojos sobre otro hombre con la cabeza aplastada. Su cerebro seguía palpitando y todavía respiraba. Me dio nàuseas. Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor. Uno de los soldados me miraba, masticando algo y sonriendo. Dio un trago a su botella de agua y me echò el resto a la cara.

-Ya te acostumbraràs, todos se acostumbran algùn dìa –manifestò.

Se oyeron tiros cerca, y los soldados se movieron, llevàndonos con ellos. Llegamos a un rìo donde los barcos de aluminio con motor se mecían suavemente con los soldados. Vimos cadàveres de niños de once y trece años con pantalones cortos del ejèrcito amontonados sobre la orilla. Apartamos la mirada. Los tiros sonaron màs fuertes. Al subir a los botes, saliò un cohete del bosque y explotò en la orilla. La superficie del rìo hervía. Un hombre con pantalones del ejèrcito llegó corriendo por el sendero hacia los botes, disparando a los soldados. Uno de los hombres de mi barco abrió fuego y abatiò al tirador. Los barcos se fueron rìo abajo, y nos hicieron bajar cerca de un afluente. Un soldado nos llevò a Yele, un pueblo que estaba ocupado por los militares. Era un gran pueblo de màs de diez casas. Los soldados las ocupaban casi todas. Habían cortado la maleza alrededor del pueblo excepto a la entrada del rìo por donde habíamos llegado. Nos explicaron que asì era màs difícil que atacara el enemigo.

Al principio nos pareció que por fin estaríamos a salvo en Yele. El pueblo siempre estaba animado con charlas y risas. Los adultos, los civiles y los soldados hablaban del tiempo, plantaban, cazaban, y no oíamos hablar de la guerra. Al principio no comprendíamos por què la gente se comportaba asì.

Pero gradualmente las sonrisas de los rostros nos tranquilizaron y creímos que no había motivo de preocupación. Lo único que oscurecía el ambiente del pueblo era la visión de los niños huérfanos. Había unos treinta de entre siete y dieciséis años. Yo era uno de ellos. Aparte de esto, no había indicios de que nuestra infancia estuviera amenazada, y menos aún que fueran a robarnosla.

Nos instalamos en una gran casa de ladrillo si terminar con otros niños. Una gran tela asfáltica servía de techo y dormíamos sobre el cemento con finas mantas compartidas entre dos. Los soldados montaron su guarnición en otra casa de ladrillo sin terminar, y allí se reunían, separados de los civiles. Por la noche veían películas, escuchaban música, reían y fumaban marihuana. Su aroma empapaba todo el pueblo. De día se mezclaban con los civiles, y nosotros los ayudábamos en la cocina. Kanei y yo íbamos a buscar agua y fregábamos los platos. Los demás ayudaban a cortar berenjenas, cebollas, carne y otras cosas en la cocina. Me gustaba estar ocupado todo el día, yendo y viniendo del río y lavando platos sin parar. Era la única forma que tenía de distraerme de mis pensamientos, que me daban graves dolores de cabeza. Pero a mediodía ya había terminado mis tareas; la cena estaba preparada y sólo quedaba comérsela. Nos sentábamos en los porches de las casas mirando la plaza del pueblo. Los padres despiojaban a sus hijos, las chicas jugaban cantando y batiendo palmas, y algunos soldados jóvenes jugaban al fútbol con los chicos. Su alegría y sus aplausos podían oírse hasta el río. La vida podía vivirse con miedo durante el día en aquel pueblo.

Los partidos de fútbol me recordaban las ligas que celebrábamos cuando mi familia se trasladó al pueblo minero de Mogbwemo. En particular, me acordaba del partido final que ganó mi equipo, en el que jugaban Junior y algunos amigos. Mi padre y mi madre asistieron al partido, y al final, mi madre aplaudió y sonrió feliz, con la cara iluminada por el orgullo. Mi padre se acercó a mí y me acarició la cabeza, y me cogió la mano y la levantó, declarándome campeón. Hizo lo mismo con Junior. Mi madre nos dio un vaso de agua y mientras bebíamos nos abanicó con su pañuelo. La excitación hizo que mi corazón latiera más deprisa y empecé a sudar profusamente. Notaba el sabor salado que me bajaba de la frente a los labios. Allí, con mi familia, me sentí ligero, como si me dispusiera a volar. Quería prolongar ese momento, no sólo para celebrar nuestra victoria, sino porque la sonrisa de mis padres aquella

noche me hizo tan feliz que sentía que todos mis nervios se había despertado y se mecían con la suave brisa que soplaba dentro de mí.

Me mantenía a distancia de los partidos del pueblo y me sentaba detrás de las casas, mirando a la nada hasta que las jaquecas remitían temporalmente. No le conté a nadie lo que me sucedía. Mis síntomas no se mencionaban por la mañana cuando el sargento médico –como lo llamaban los civiles- ponía en fila a los niños y a sus padres para visitarlos. El sargento médico buscaba fiebre, resfriados y otras enfermedades, pero nunca preguntaba a nadie si tenía pesadillas o jaquecas.

Por la noche, Alhaji, Jumah, Moriba y Kanei jugaban a las canicas sobre el suelo de cemento, a la luz de la luna que entraba por las ventanas sin cristales. Musa se había hecho popular entre los chicos y siempre acababa la noche contando una historia diferente. Yo me sentaba en un rincón en silencio apretando los dientes, porque no quería que mis amigos supieran el dolor que me producía la cabeza. Veía chispas, llamas, fragmentos de escenas que había presenciado, y revivía las voces agonizantes de niños y mujeres. Lloraba en silencio mientras la cabeza me latía como una campana. Cuando la migraña cesaba, me dormía un rato, pero me despertaban las pesadillas. Una noche soñé que me disparaban a la cabeza. Estaba echado sobre mi sangre y la gente corría pasando por mi lado. Pasó un perro y me lamió la sangre ferozmente. Enseñaba los dientes excitado. Quería ahuyentarlo, pero era incapaz de moverme. Me desperté antes de que empezara a hacer algo que me daba miedo pensar. Estaba sudado y aquella noche ya no pude dormir más.

De repente, una mañana, el ambiente del pueblo se volvió tenso. No estaba claro qué había causado aquel cambio, pero estaba a punto de suceder algo. Los soldados se reunieron en la plaza del pueblo, vestidos de uniforme, cargando las armas y las municiones en mochilas y cinturones. Las bayonetas les colgaban junto a la pernera del pantalón militar, mientras se mantenían inmóviles con los cascos bajo el brazo. Atención. Descansen. Atención. Descansen. Oí la voz del instructor mientras me dirigía hacia el río con Alhaji a buscar agua. Cuando volvimos, el instructor había dejado de dar órdenes a los soldados. El teniente Jabati estaba frente a ellos, con las manos cruzadas a la espalda. Les hizo un discurso que duró horas hasta que los dejó marchar a almorzar. Mientras el

teniente hablaba a sus hombres, nosotros seguíamos con nuestras tareas y al mismo tiempo intentábamos oír lo que decía, pero para captarlo tendríamos que habernos acercado más, poniéndonos en fila con los soldados, y eso era impensable. Estuvimos especulando todo el día sobre lo que podía haberles dicho el teniente a sus hombres.

Por la noche los soldados limpiaron sus armas, y de vez en cuando disparaban algún tiro al aire. Esos tiros repentinos nos hacían que los más pequeños se escondieran entre las piernas de sus padres. Los soldados fumaban tabaco y marihuana, y algunos estaban solos, mientras otros apostaban y bromeaban toda la noche entre ellos. Otros veían una película en una de las tiendas grandes.

El teniente Jabati se sentó en el porche de su casa y leyó un libro. No levantó la cabeza, ni siquiera cuando sus hombres silbaron escandalosamente ante el tamaño y la sofisticación de un arma que apareció en una película de guerra que estaban viendo. Sólo levantó la cabeza cuando reinó el silencio. Me pilló mirándolo y me llamó para que me sentara con él. Era un hombre alto, sin apenas cabellos. Tenía unos ojos grandes y a juego con unos pómulos protuberantes; parecía que llevara algo en la boca. Era una persona silenciosa, pero su silencio le otorgaba una autoridad imponente que todos sus hombres temían y respetaban. Su cara era tan oscura que había que tener valor para mirarle a los ojos.

-¿Comes lo suficiente? –preguntó.

-Sí –contesté yo, mientras intentaba ver lo que estaba leyendo.

-Es Shakespeare. –Me mostró la cubierta-. Julio César. ¿Lo conoces?

-Leí Julio César en la escuela –dije.

-¿Te acuerdas de algo? –preguntó.

-Los cobardes mueren mucho antes de su muerte... -empecé, y él recitó conmigo todo el fragmento.

Cuando terminamos, su cara se tornó severa. Me ignoró y pareció sumirse en la lectura. Observé cómo las venas de su frente se volvían transparentes a través de su carne y desaparecían mientras absorbía el contenido del libro, el pensamiento o lo que le pasara por la cabeza. Me alejé de puntillas mientras el cielo cambiaba la luz del sol por la oscuridad.

Cuando yo tenía siete años, solía ir a la plaza del pueblo a recitar monólogos de las obras de Shakespeare a los mayores. Al final de cada semana, los hombres se reunían para hablar de los asuntos del pueblo. Se sentaban en bancos largos de madera, y al final de sus discusiones me pedían que recitara a Shakespeare. Mi padre tosía fuerte para avisar a los demás adultos de que se callaran para que yo pudiera empezar. Se sentaba delante, con los brazos cruzados y una gran sonrisa en la cara que parecía que no pudiera desvanecerse en muchos años. Yo me subía a un banco con un palo en la mano a modo de espada. Entonces empezaba con Julio Cèsar. “Amigos, romanos, campesinos, prestad atención...”. Siempre recitaba fragmentos de Macbeth y Julio Cèsar, porque eran los preferidos de los mayores. Me ilusionaba recitar para ellos, me hacía sentir que hablaba bien el inglés.

Estaba despierto cuando los soldados se marcharon en plena noche. El eco de su marcha dejó un ambiente fantasmal en el pueblo, que se prolongò hasta el amanecer y el resto del día. Dejaron diez soldados para proteger el pueblo, que estuvieron en sus puestos todo el día. Cuando la tarde decía adiós con la mano, señalando la llegada de la noche, los soldados emitieron un toque de queda disparando tiros al aire y ordenando a todos que entraran en las casas y se echaran al suelo. Aquella noche Musa no contó cuentos, y Moriba no jugò a las canicas con los demás. Nos sentamos en silencio, apoyados contra la pared, escuchando las ráfagas de los disparos a lo lejos. Durante las últimas horas de la noche, la luna apareció entre las nubes, mostrando la cara a través de la ventana abierta de la casa, hasta que la despidió el gallo.

La mañana no llegó sólo con el amanecer, también trajo soldados, los pocos que consiguieron volver al pueblo. Llevaban las botas llenas de polvo y se sentaban separados, aferrando con fuerza sus armas, como si fueran lo único que pudiera consolarlos. Un soldado que estaba sentado en un ladrillo de la cocina se cogía la cabeza con las manos y balanceaba el cuerpo. Se levantò, caminò por el pueblo y volvió a sentarse en el ladrillo. Lo hizo así una y otra vez durante todo el día. El teniente Jabati estaba con la radio, en cierto momento la lanzó contra la pared y se paseò por la habitación. Ese día los civiles no hablamos entre nosotros. Sólo observamos la locura de que eran víctimas algunos soldados.

A mediodía llegó al pueblo un grupo de más de veinte soldados. El teniente se sorprendió y se alegró de verlos, pero rápidamente disimuló su emoción. Los soldados se prepararon para librar batalla. No podíamos seguir ocultándolo; la guerra estaba cerca. En cuanto los soldados se marcharon, empezamos a oír tiros cerca del pueblo. Los soldados que custodiaban el pueblo ordenaron a todo el mundo que se encerrara en su casa. El tiroteo siguió hasta bien entrada la noche, interrumpiendo los cantos de los pájaros y los grillos. Por la noche volvieron corriendo al pueblo en busca de munición y un momento de respiro. A los soldados heridos los llevaron atrás para morir a la luz de los faros de la enfermería. Los soldados no traían a sus colegas muertos. A los prisioneros los pusieron en fila y les pegaron un tiro en la cabeza.

Aquello duró varios días, y cada vez que los soldados se iban al frente, volvían menos. Los que quedaban estaban inquietos, y empezaron a disparar contra los civiles que iban a las letrinas de noche. El teniente pidió a sus hombres que nos reunieran a todos en la plaza.

-En la selva hay hombres esperando a destruir nuestras vidas. Los hemos combatido lo mejor que hemos podido, pero son demasiados. Están rodeando el pueblo. -Dibujó un círculo imaginario con las manos-. No pararán hasta que capturen este pueblo. Quieren comida y munición. -Se calló y siguió lentamente-. Algunos de vosotros estáis aquí porque han matado a vuestros padres o familias, otros porque éste es un lugar seguro. Pues ya no lo es. Por eso necesitamos hombres y chicos fuertes que nos ayuden a combatir a estos hombres, para mantener la seguridad del pueblo. Si no queréis luchar o combatir, no pasa nada. Pero no tendréis raciones ni podréis quedaros en el pueblo. Podéis marcharos, porque sólo queremos personas que ayuden a cocinar, preparar la munición y combatir. Hay suficientes mujeres en la cocina, así que necesitamos chicos y hombres capaces de luchar contra los rebeldes. Éste es el momento de vengar las muertes de vuestras familias y procurar que más niños no pierdan las suyas. -Respiró hondo-. Mañana por la mañana debéis poneros en fila, y os seleccionaremos para las distintas tareas que deben realizarse.

Salió de la plaza, seguido por sus hombres.

Estuvimos un rato en silencio y después caminamos lentamente hacia nuestros hogares respectivos para pasar la noche, porque el toque de queda se



acercaba. Dentro de casa, Jumah, Alhaji, Kanei, Moriba, Musa y yo hablamos cautelosamente de lo que íbamos a hacer.

-Los rebeldes matarán a cualquiera que consideren enemigo, espía o del bando contrario, según el sargento –dijo Alhaji, explicando el dilema en el que nos encontrábamos.

El resto, que estábamos echados en las mantas, nos levantamos y lo escuchamos atentamente.

-Es mejor quedarse por ahora –suspirò.

No teníamos alternativa. Marcharse del pueblo era lo mismo que estar muerto.

Al día siguiente me sentè con mis amigos cerca de la ventana de la cocina. Sus caras eran inexpresivas; no mostraban emoción, pero tenían los ojos pàlidos de pesar. Intentè mirarlos, pero ellos desviaron la cabeza. Intentè comerme el desayuno, pero el miedo me había quitado el apetito. Luego llegó el aviso.

-Atención. Èsta es una orden del teniente. Todo el mundo debe acudir a la plaza de inmediato. –Un soldado hablaba por el megáfono.

Antes de pronunciar la última palabra, la plaza estaba atiborrada. Todos esperaban que decidieran en ese momento lo que iban a hacer para nuestra seguridad.

Mientras nos situábamos en la última fila de la multitud, se oyeron tiros a lo lejos, y después cayò un silencio aún màs insoportable que los combates.

El teniente se subió a unos ladrillos para que todos pudiéramos verlo. Dejò que el silencio se calara, y después hizo un gesto a unos soldados y ellos trajeron los cadáveres de un hombre y un niño que habían vivido en el pueblo. La sangre que empapaba su ropa todavía estaba fresca y tenían los ojos abiertos. La gente apartò la vista, y los niños y los bebès se echaron a llorar. El teniente se aclarò la gargante y empezó a hablar entre los llantos, que finalmente cesaron.

-Siento mostraros estos cadáveres terribles, especialmente con niños delante. Pero la verdad es que todos nosotros hemos visto muertos o nos hemos acercado a la muerte. –Dio la vuelta a los cadáveres y siguió màs suavemente-: Este niño y este hombre decidieron marcharse esta mañana a pesar de que los avisè de que era peligroso. El hombre insistió en que no quería

formar parte de la guerra, y lo dejè marchar. Ya veis lo que ha pasado. Los rebeldes los mataron a tiros en el claro. Mis hombres los han traído de vuelta y he decidido enseñàroslos, para que comprendàis plenamente la situación en la que nos encontramos.

El teniente siguió hablando casi una hora, describiendo còmo los rebeldes cortaban las cabezas de las víctimas para mostrárselas a sus familiares, quemaban pueblos enteros con sus habitantes, obligaban a los hijos a tener relaciones sexuales con sus madres, partían a los recién nacidos por la mitad si lloraban demasiado, abrían los vientres de las mujeres embarazadas, les arrancaban los bebès y los mataban... El teniente escupió en el suelo y siguió hablando, hasta asegurarse de haber mencionado todas las formas que tenían los rebeldes de hacer daño.

-Han perdido lo que los hacía humanos. No merecen vivir. Por eso tenemos que matarlos. Pensad en ello como en matar a un demonio. Es el mayor servicio que podèis hacer a vuestro país. –Sacò su pistola y disparò dos tiros al aire. La gente gritò-. Tenemos que matarlos a todos. Tenemos que asegurarnos de que no pisen esta tierra nunca màs.

Todos odiábamos a los rebeldes, y estábamos completamente decididos a impedir que capturaran el pueblo. Las caras se había vuelto tristes y tensas. El ambiente del pueblo cambiò rápidamente después del discurso. El sol matutino había desaparecido y el día se volvió triste. Parecía que el cielo fuera a romperse y caer sobre la tierra. Estaba furioso y asustado, y mis amigos también. Jumah miraba hacia la selva con las manos a la espalda. Moriba se cogía la cabeza. Kanei miraba al suelo. Musa se abrazaba a sè mismo. Alhaji se tapaba los ojos con la mano izquierda y yo estaba en jarras para que no me temblaran las piernas. Se ordenò a las mujeres y a las chicas que fueran a la cocina; a los hombres y los chicos, al depòsito de munición, donde los soldados miraban películas y fumaban marihuana.

Cuando nos acercábamos al edificio, saliò un soldado con un G3 y se plantò en la puerta. Nos sonriò, levantò el arma y disparò varias rondas al aire. Nos caímos al suelo y èl se riò de nosotros y volvió a entrar. Cruzamos la puerta y entramos en las tiendas que había dentro. El edificio no tenía techo, excepto una lona impermeable que cubría las cajas de munición y los rifles almacenados contra la pared, y en el único espacio común, un televisor enorme sobre un

tambor destrozado. Unos metros más allá de la televisión había un generador, junto con bidones de gasolina. Los soldados salieron de sus tiendas y el sargento nos acompañó a la parte trasera, donde ninguno de nosotros había estado. Allí había más de treinta chicos; dos de ellos, Sheku y Josiah, tenían siete y once años. Los demás teníamos todos trece años, excepto Kanei, que tenía diecisiete.

Un soldado con ropa civil y un silbato colgado en el cuello se acercó a un montón de AK-47 y nos dio uno a cada uno. Cuando se plantó delante de mí, evité mirarle a los ojos, pero él me levantó la cabeza hasta que le miré. Me dio el arma. La sostuve con mano temblorosa. Después me dio el cargador y temblé aún más.

-Parece que todos vosotros tenéis algo en común –dijo tras evaluarnos-. Os da miedo mirar a un hombre a los ojos y os da miedo coger un arma. Os tiemblan las manos como si el arma os apuntara a la cabeza. –Caminó arriba y debajo de la fila un momento y luego continuó:- Este rifle –levantó el AK-47- pronto os pertenecerá, así que más vale que aprendáis a no tenerle miedo. Por hoy eso es todo.

Esa noche me quedé en la entrada de mi tienda un rato, esperando a que mis amigos salieran a charlar, pero no vino ninguno. Alhaji salió y miró en mi dirección unos minutos, pero después se volvió y miró al suelo. Iba a acercarme, cuando entró de nuevo en la tienda. Inhalé la fría brisa nocturna, que traía consigo el aroma de la marihuana. Suspiré, volví a mi tienda, y me senté en la lona toda la noche, sin pensar en nada. Fue la primera noche que estaba despierto sin tener jaqueca. Mientras pensaba en esto, cantó un gallo, aunque todavía estaba oscuro fuera. El confundido gallo cacareó toda la noche hasta que por fin se hizo de día.

Mis dos compañeros de tienda, Sheku y Josiah, los dos niños más pequeños, seguían durmiendo cuando la campana sonó a las seis de la mañana para la instrucción.

-Venga, vamos.

Intenté despertarlos con suavidad, pero se dieron la vuelta y siguieron durmiendo. Tuve que tirarles de la piernas y abofetearlos hasta que se despertaron. Los soldados ya pasaban de tienda en tienda sacando fuera los que todavía dormían y echándoles cubos de agua.

Nos reunimos en la zona de instrucción y nos distribuyeron zapatillas de deporte, pantalones cortos y camisetas militares de todos los colores. Algunos recibieron Adidas y otros Nike. A mí me tocaron unas Reebok Pump negras y me alegré tanto con mis deportivas nuevas que con nada de lo que estaba pasando. Después de calzarnos, nos pusimos en fila con las piernas separadas, y las manos rectas a los lados. Mientras esperábamos, algunos soldados volvieron del frente y cargaron las armas y los cinturones con munición. Algunos tenían sangre en la cara y en los uniformes, que no parecían notar o sencillamente ignoraban. Desayunaron rápidamente y se fueron a un lugar de donde parecía que no tuvieran ningún deseo de regresar. Se apoyaban contra la pared, respiraban hondo con los ojos cerrados y apretaban el arma con fuerza; luego echaban a correr otra vez hacia el claro.

Sheku y Josiah se quedaron conmigo como si compartir la tienda con ellos significara que me hubiera convertido en su hermano mayor. Me observaron durante el ejercicio y copiaron todo lo que hacía en lugar de lo que hacía el soldado que se había presentado como el cabo Gadafi. Era un chico joven, más joven que el teniente y el sargento, pero calvo, y su forma de comportarse le hacía parecer mayor. Tenía una expresión intensa como si, incluso sonriendo, estuviera masticando algo amargo.

Primero corrimos alrededor del edificio unos minutos, y después empezamos a aprender cómo arrastrarnos por el monte cercano. El cabo Gadafi levantaba el puño, y cuando lo bajaba, nos tirábamos al suelo y nos arrastrábamos rápidamente, sin hacer demasiado ruido, hasta que llegábamos a un sitio determinado. Entonces nos levantábamos enseguida, y nos agachábamos para ponernos a cubierto detrás de los árboles. Después, volvíamos corriendo a la zona de instrucción. El cabo no dijo casi nada durante la etapa inicial. Sólo decía: “no está mal”, “espantoso” y “más rápido”. Básicamente utilizaba gestos, diciendo que era lo único que podríamos usar una vez allí, y señalaba el claro, donde “las palabras os costarán una bala en la cabeza”. Entonces sonreía secamente, y abría mucho los ojos para que nos riéramos con él. Después de correr, arrastrarnos y agacharnos muchas veces, nos permitieron comer pan y natillas. El cabo nos concedió un minuto para coger la comida y comer. Lo que no nos habíamos comido nos lo quitaron al

cabo de sesenta segundos. El primer día ninguno fue capaz de terminarlo todo, pero al cabo de una semana éramos capaces de comer lo que fuera en un minuto. Fue la única norma que llegamos a dominar.

Tras aquel desayuno tardío, nos pusimos en fila de cara al cabo, que nos dio un AK-47 a cada uno. Cuando me tocò, me mirò con intensidad, como diciéndome que me estaba dando algo muy valioso. Me tocò el pecho con el dedo y caminò a mi alrededor. Cuando volvió al frente, me mirò un poco más, con los ojos rojos y la cara espasmódica oscura. Apretò los dientes como si fuera a atacar y las piernas me temblaron; èl sonriò. Cuando iba a devolverle la sonrisa, èl dejó de hacerlo, y las venas de la frente le sobresalían. Sin dejar de mirarme a los ojos, metió la mano en una caja de madera y sacò un rifle. Le vaciò el cargador y me dio el AK con las dos manos. Dudè un momento, pero èl me apretò el arma contra el pecho. Con manos temblorosas, cogí el arma, le saludè y volví a la fila, con el arma en la mano, pero sin atreverme a mirarla. Nunca había tenido un arma en la mano tanto tiempo y me asustaba. Lo más parecido había sido una pistola de juguete hecha con cañas que tuve a los siete años. Mis compañeros de juego y yo las construíamos y jugábamos a la guerra en los cafetales y las casas en construcción del pueblo de mi abuela. “Pum pum”, decíamos y el primero que disparaba anunciaba al resto que los había matado.

Seguimos los ejercicios de adiestramiento que habíamos hecho por la mañana, pero esta vez llevábamos encima el AK-47 sin munición. Nos arrastramos a veces con los rifles a la espalda, otras en la mano, o corrimos alrededor del edificio con ellos. Las armas eran un poco pesadas para Sheku y Josiah, que las dejaban caer y las recogían sin parar. Paramos un minuto a almorzar y empezamos un ejercicio diferente. Nos llevaron a la plantación de bananas, donde practicamos pinchando los bananeros con las bayonetas.

-Visualizad la banana como el enemigo, los rebeldes que mataron a vuestros padres y vuestras familias, porque son responsables de cuanto os ha sucedido –gritò el cabo-. ¿Es así como apuñaláis a alguien que ha matado a vuestra familia? –preguntò-. Así es como lo haría yo.

Sacò la bayoneta y empezó a gritar y a acribillar el árbol de la banana.

-Primero le acribillo el estòmago, después el cuello, después el corazón y se lo arranco, se lo enseño y después le arranco los ojos. Recordad: probablemente matò a vuestros padres de una forma peor. Seguid.

Limpiò la hoja con hojas de banana. Tras oír esto, todos nos enfadamos y clavamos las hojas en los àrboles una y otra vez, hasta que los hicimos caer al suelo.

-Bien –dijo, asintiendo y evaluando algo que le hizo sonreír màs de lo normal.

Una y otra vez durante el entrenamiento repetía la misma frase: visualizad al enemigo, los rebeldes que mataron a vuestros padres y familia, porque son los responsables de cuanto os ha sucedido.

Aquella tarde aprendimos a meter el cargador en el rifle y otras cosas básicas. Olvidaos del seguro, decían, sòlo os retrasarà. Esa noche aprendimos a disparar apuntando a unos tabloncillos de contrachapado colgados de las ramas de unos àrboles enclenques al borde de la selva. Sheku y Josiah no podían sostener sus armas y el cabo les dio a cada uno un taburete para que las apoyaran y no se les cayeran. Al final del ejercicio de tiro, aprendimos a desmontar el arma y engrasarla, porque los AK-47 eran tan viejos que se disparaban sin màs ni màs o dejaban de funcionar de golpe. Aquella noche, en cuanto entramos en la tienda, mis compañeros se quedaron dormidos. En lugar de sonreír en sueños, Sheku decía: Pum pum pum pum, y Josiah: uno, dos, tres, los números que habíamos recitado acribillando los àrboles de banana. Pero yo, a pesar de estar exhausto, no pude dormir. Me silbaban los oídos del ruido de las armas, me dolía el cuerpo y tenía el dedo índice resentido. En todo el dìa no había tenido tiempo de pensar, pero ahora lo hacía, me enfadaba, empezaba a imaginar escenarios donde tirotearía o apuñalaría a los rebeldes. “Los rebeldes son los culpables de todo lo que os ha sucedido”. Me imaginè capturando a varios rebeldes de golpe, encerràndolos dentro de una casa, rociàndola de gasolina y encendiendo una cerilla. Veìamos còmo ardìa y nos reìamos.

Me distrajo el canturreo de un chico llamado Lansana. Estaba a tres tiendas de la mìa y a veces canturreaba melodías de canciones que yo nunca había oído, hasta que se dormía. Empezó a hacerlo después del primer ejercicio de tiro. Su voz resonaba en la oscura selva, y cuando se callaba, la noche se volvía màs silenciosa.

### 13.

Debía de ser un domingo por la mañana cuando el cabo nos dijo que teníamos el día libre. Se golpeó la palma de la mano con la parte plana de la bayoneta.

-Si sois religiosos, es decir, cristianos, honrad a vuestro Señor hoy, porque podríais no tener otra oportunidad. Romped filas.

Fuimos a la plaza con los pantalones cortos militares y las deportivas que nos habían dado. Iniciamos un partido de fútbol, y mientras jugábamos, el teniente fue a sentarse al porche de su casa. Paramos de jugar y los saludamos.

-Seguid con el partido. Ahora mismo quiero ver a mis soldados jugando al fútbol.

Se sentó en el banco y se puso a leer Julio César.

Cuando terminamos de jugar al fútbol, decidimos ir al río a bañarnos.

Era un día soleado, y al bajar hacia el río, sentí la fresca brisa secando el sudor de mi cuerpo. Jugamos en el agua unos minutos y después nos dividimos en dos equipos para jugar al escondite. El primer grupo que capturara a los miembros del otro ganaba.

-Vamos, soldados, la fiesta ha terminado –gritó el cabo desde la orilla.

Dejamos de jugar y lo seguimos al pueblo. Trotamos siguiendo el ritmo, y nos empujamos a los matorrales y tropezamos unos con otros juguetonamente.

En el pueblo nos ordenaron que montáramos nuestros AK-47. Mientras limpiábamos las armas, nos distribuyeron mochilas y cinturones. Sacaron dos cajas de munición, una que contenía cartuchos cargados y la otra balas sueltas. El cabo nos ordenó coger toda la munición que pudiéramos llevar encima.

-Pero no cojáis demasiada. Es mejor que podáis correr deprisa.

Mientras llenaba la mochila y el cinturón, miré a los demás y vi que los soldados hacían lo mismo. La mano empezó a temblarme, y el corazón a latirme con más fuerza. Los chicos, excepto Alhaji, se estaban divirtiendo, creyendo que iban a hacer más ejercicios de tiro, pero yo sabía que no íbamos a entrenarnos, y Alhaji se apoyaba en la pared del edificio agarrando el rifle como una madre a su bebé. Él también lo sabía.

-De pie, soldados –dijo el cabo.

Nos había dejado un momento para ir a cambiarse. Iba con el uniforme y llevaba una mochila y un cinturón llenos de munición. Sostenía un G3 y su casco bajo el brazo. Nos pusimos en fila para la inspección. Nosotros llevábamos

pantalones cortos militares y camisetas verdes. El cabo nos dio bandas verdes para la cabeza y dijo:

-Si veis a alguien sin esa banda de este color o un casco como el mío, disparadle.

Gritò la última palabra. Estaba claro que no íbamos a entrenarnos. Mientras nos atàbamos las bandas a la cabeza, Sheku, a mi lado, se cayò de espaldas. Había cogido demasiada munición. El cabo vaciò cartuchos de su mochila y lo puso de pie. A Sheku le sudaba la frente y le temblaban los labios. El cabo le acariciò la cabeza y siguió hablando:

-Los demás hombres –señalò a los soldados- llevaràn cajas de municiones, así que no os sobrecarguéis. Ahora relajaos, nos pondremos en marcha en unos minutos.

El cabo se alejò. Nosotros nos sentamos en el suelo y todos parecían sumidos en sus pensamientos. Los trinos de los pàjaros no se oían, sofocados por los disparos de los veteranos, que se estaban preparando. Sheku y Josiah estaban sentados a mi lado con los ojos húmedos e inexpresivos. Lo único que podía hacer era acariciarles la cabeza y decirles que todo irìa bien. Me levantè y me acerquè a Alhaji y mis amigos. Hicimos un pacto de que, pasara lo que pasara, intentaríamos seguir juntos.

Se acercò un joven soldado con una bolsa de plástico llena de tabletas. Parecían càpsulas, pero eran completamente blancas. Nos las repartió con un vaso de agua.

-El cabo dice que os darán energía –explicò con una sonrisa disimulada.

En cuanto tomamos las tabletas, fue hora de marcharnos. Los veteranos abrìan la marcha. Algunos llevaban cajas de munición a cuestas, largas como dos ladrillos, entre dos, y otros ametralladoras semiautomáticas y cohetes. Yo llevaba el AK-47 en la mano derecha con la boca apuntando al suelo. Había pegado un cartucho adicional con cinta en la parte interior del arma. Llevaba la bayoneta en la cadera izquierda y algunos cartuchos y balas sueltas en una bolsa al costado. En la mochila cargaba con màs cartuchos y balas sueltas. Josiah y Sheku arrastraban sus armas, porque no eran lo bastante fuertes para llevarlas y eran màs altas que ellos. Se suponía que regresaríamos por la noche, de modo que no llevàbamos ni comida ni agua.

-Hay muchos riachuelos en la selva –habìa dicho el teniente.



El cabo completò la instrucción.

-Es mejor llevar màs munición que comida y agua. Porque con màs munición podremos encontrar comida y agua, pero con màs agua y comida no llegaríamos al final del día –explicò el cabo.

Las mujeres y los hombres mayores del pueblo se situaron en los porches y nos vieron pasar detrás de los veteranos hacia el claro del borde de la selva. Un bebè lloraba desconsoladamente en brazos de su madre, como si supiera lo que nos esperaba. La brillante luz del sol pintaba nuestras sombras en el suelo.

Nunca en mi vida había estado màs asustado de ir a algún sitio como ese día. Incluso la huida precipitada de un lagarto me producía un terror infinito. Soplaban una ligera brisa, que penetrò en mi cerebro con una aguda arremetida, y me hizo rechinar los dientes dolorosamente. Se me habían formado làgrimas en los ojos pero me esforcé por ocultarlas y apretè fuerte el arma para consolarme.

Nos adentramos en la selva, agarrando las armas como si fueran lo único que nos diera fuerzas. Respirábamos silenciosamente, temerosos de que nuestro aliento pudiera causarnos la muerte. El teniente encabezaba mi fila. Levantò el puño y nos detuvimos. Después lo bajò lentamente y nosotros nos pusimos en cuclillas, vigilando la selva. Deseaba volverme para ver la cara de mis amigos, pero no podía. Empezamos a avanzar rápidamente entre los matorrales hasta que llegamos al borde de una marisma, donde formamos una emboscada, apuntando con las armas al pantano. Nos echamos boca abajo y esperamos. Yo estaba al lado de Josiah. Estaban también Sheku y un soldado adulto entre Jumah, Musa y yo. Mirè a mi alrededor para establecer contacto visual con ellos, pero estaban concentrados en el objetivo visible del pantano. Empezaron a dolerme los ojos y el dolor ascendió hasta mi cabeza. Las orejas se me calentaron y las làgrimas me resbalaban por las mejillas, aunque no estaba llorando. Las venas de los brazos se destacaban y me latían como respirando por propia voluntad. Esperamos en silencio, como cazadores, con los dedos a punto sobre el gatillo. El silencio me atormentaba.

Los àrboles bajos de la marisma empezaron a temblar en cuanto los rebeldes se movieron entre ellos. Todavía no los veíamos, pero el teniente había pasado la orden en un susurro que se transmitió en efecto dominò:

-Disparad cuando yo lo ordene.

Mientras observábamos, salió un grupo de hombres vestidos con ropa de paisanos de debajo de los matorrales. Agitaron las manos y salieron más combatientes. Algunos eran niños, tan jóvenes como nosotros. Se sentaron en fila, agitando las manos y planificando una estrategia. El teniente ordenó disparar un cohete, pero el jefe de los rebeldes lo oyó cuando salió de golpe por encima de la selva.

-¡Retirada! –ordenó a sus hombres.

La explosión de la granada sólo alcanzó a algunos de ellos, cuyos cuerpos destrozados volaron por los aires.

La explosión fue seguida por un intercambio de tiros por ambos bandos. Me quedé con el arma apuntando delante, incapaz de disparar. Tenía el índice entumecido. La selva me daba vueltas. Me sentía como si la tierra estuviera del revés, y yo fuera a caer, así que me agarré al tronco de un árbol. No podía pensar, pero oía el sonido de las armas a lo lejos y los gritos de los que agonizaban dolorosamente. Había empezado a caer en la pesadilla. Un chorro de sangre me manchó la cara, y vi al soldado del que procedía. Le salía sangre por los agujeros de bala como agua que corre hacia nuevos afluentes. Tenía los ojos muy abiertos; todavía sostenía el arma. Me quedé mirándolo cuando oí gritar a Josiah. Llamaba a su madre con una vocecita más penetrante y conmovedora que había oído en mi vida. Me vibró en la cabeza hasta el punto de que me sentí como si el cerebro se me hubiera soltado de raíz.

El sol se reflejaba las puntas de las armas y las balas que silbaban hacia nosotros. Los cadáveres empezaban a amontonarse unos encima de otros cerca de una palmera baja, cuyas hojas chorreaban sangre. Busqué a Josiah con la mirada. Una granada lo había levantado del suelo y lo había lanzado sobre un tronco caído. Agitó las piernas hasta que sus gritos fueron calmándose gradualmente. Había sangre por todas partes. Parecía como si las balas cayeran en la selva desde todos los ángulos. Me arrastré hacia él y lo miré a los ojos. Tenía lágrimas y los labios le temblaban, pero no podía hablar. Mientras lo miraba, las lágrimas fueron sustituidas por sangre que tiñeron sus ojos marrones de rojo. Me cogió el hombro como si quisiera apoyarse e incorporarse. Pero a medio camino, dejó de moverse. Dejé de oír los tiros, y fue como si mi corazón se hubiera detenido y todo el mundo estuviera inmóvil. Le

tapè los ojos con los dedos y lo erguí. Tenía la espalda hecha pedazos. Lo dejè en el suelo y cogì mi arma. No me di cuenta de que me había levantado. Sentí que alguien me tiraba de la pierna. Era el cabo; decía algo que no lleguè a entender. Movìa la boca y parecía aterrorizado. Me tirò al suelo y al caer, sentí que el cerebro se me movìa del cràneo y que la sordera desaparecía.

-Al suelo –gritaba-. Dispara –dijo, alejàndose de mì a rastras para recuperar su posición.

Mirando hacia donde estaba èl, vi a Musa con la cabeza cubierta de sangre. Sus manos parecían demasiado relajadas. Me volví hacia el pantano, donde había tiradores corriendo, intentando cruzar. Llevaba la cara, las manos, la camisa y el arma cubiertas de sangre. Levantè el rifle y apretè el gatillo, y matè a un hombre. De repente, como si alguien estuviera disparando desde mi cabeza, todas las masacres que había presenciado desde el día en que nos afectò la guerra volvieron en tromba a mì. Cada vez que dejaba de disparar para cambiar el cartucho, y veìa a mis dos amigos sin vida, apuntaba con furia el arma al pantano y mataba. Disparè a todo lo que se movìa, hasta que nos ordenaron retirada por un cambio de estrategia.

Cogimos las armas y la munición de los cadáveres de mis amigos y los dejamos en la selva, que había cobrado vida propia, como si hubiera atrapado las almas que se habían separado de los difuntos. Era como si las ramas de los àrboles se tomaran de la mano e inclinaran la cabeza para rezar. Nos agachamos y formamos otra emboscada a unos metros de distancia de nuestra posición inicial. De nuevo, esperamos. Era entre la tarde y la noche. Un grillo solitario intentò ponerse a cantar, pero ningún otro lo secundò, así que se rindió y dejó que el silencio llevara a la noche. Yo estaba junto al cabo, que tenía los ojos màs rojos de lo normal. Èl no me mirò. Oìmos pasos sobre la hierba seca y apuntamos inmediatamente. Un grupo de tiradores y niños salió de entre los matorrales, a gatas, y buscò cobijo detrás de los àrboles. Al acercarse, abrimos fuego y abatimos a los de la primera fila. Al resto lo hicimos correr hacia el pantano, donde los perdimos. Allì, los cangrejos habían iniciado un festín con los ojos de los muertos. Extremidades y cràneos fracturados se esparcían sobre el lodo y el agua del pantano se había tornado en sangre. Dimos la vuelta a los cadáveres y les arrebatamos la munición y las armas.

No me daban miedo esos cuerpos sin vida. Los despreciaba, y les daba patadas para darles la vuelta. Encontrè un G3, munición y una pistola que se quedó el cabo. Me fijè que la mayoría de los tiradores y los niños muertos llevaban muchas joyas al cuello y en las muñecas. Algunos tenían màs de cinco relojes de oro en una muñeca. Un niño, con los cabellos despeinados, empapados en sangre, llevaba una camiseta Tupac Shakur que decía: todos me miran. Perdimos a algunos veteranos de nuestro bando y a mis amigos Musa y Josiah. Musa, el narrador, había muerto. Ya no quedaba nadie que contara historias y nos hiciera reír en momentos de necesidad. Y Josiah..., tal vez si le hubiera dejado seguir durmiendo el primer día de instrucción no habría ido al frente a morir.

Llegamos al pueblo de noche y nos sentamos apoyados en la pared de la armerìa. Todo estaba tranquilo y como si nos diera miedo tanto silencio, empezamos a limpiar la sangre de nuestras armas y de las que habíamos recogido y engrasamos la recàmara. Disparamos al aire para probar su funcionamiento. Intentè cenar aquella noche, pero fui incapaz de comer. Sòlo bebì agua. Al volver a la tienda, tropecé con la pared de cemento. Me sangrò la rodilla, pero no sentí nada. Me tumbè boca arriba en la tienda con el AK-47 sobre el pecho y el G3 que había recogido, apoyado en el palo de la tienda. No me pasaba nada por la cabeza. Estaba vacío y me quedè contemplando el techo de la tienda hasta que fui milagrosamente capaz de dormirme. Soñè que bajaba a Josiah del tronco y un tirador me apuntaba desde arriba. Me apretaba el arma contra la frente. Me despertè inmediatamente y empecè a disparar dentro de la tienda hasta que se me acabaron las treinta balas del cargador. El cabo y el teniente vinieron y me sacaron fuera. Yo estaba sudando y me echaron agua en la cara y me dieron càpsulas blancas. Me quedè despierto toda la noche, y pasè una semana sin dormir. Aquella semana salimos dos noches màs y no tuve problemas en disparar.

## 14.

Los agudos dolores de cabeza, o lo que màs tarde supe que eran migrañas, cesaron en cuanto sustituí las actividades diarias por tareas militares. De día, en lugar de jugar al fútbol en la plaza, cubrìa turnos de puestos de guardia alrededor del pueblo, fumando marihuana y esnifando Brown Brown, cocaína mezclada con pólvora, que había siempre esparcida por la mesa, y por supuesto, tomando càpsulas blancas, a las que me había vuelto adicto. Me daban mucha energía. La primera vez que tomè todas aquellas drogas al mismo tiempo, me puse a sudar tanto que me quitè la ropa. El cuerpo me temblaba, se me nublò la vista y perdí el sentido del oído durante varios minutos. Caminè por el pueblo sin rumbo, porque estaba inquieto, y a la vez tenía una cantidad enorme de energía y me sentía entumecido. Pero tras varias dosis de estas drogas, sòlo sentía entumecimiento, a pesar de tener tanta energía que me pasaba semanas sin dormir. De noche veíamos películas. Películas de guerra: rambo: acorralado; rambo II, Comando, etc, con ayuda del generador. Todos queríamos ser como Rambo, no podíamos esperar a aplicar sus técnicas.

Cuando nos quedamos sin comida, drogas, munición y gasolina, saqueamos los campamentos rebeldes, en ciudades y pueblos y en la selva. También atacamos pueblos rebeldes para conseguir reclutas y todo lo que encontrábamos.

-Tenemos buenas noticias de nuestros informadores. Salimos dentro de cinco minutos para matar a los rebeldes y conseguir suministros, que en realidad nos pertenecen –decìa el teniente.

Su cara emanaba seguridad; su sonrisa desaparecía al instante de dibujarla. Nos atàbamos las bandas verdes que nos distinguían de los rebeldes a la cabeza, y los niños abrimos el camino. No había mapas ni se hacían preguntas. Simplemente nos decían que siguiéramos un sendero hasta recibir instrucciones de lo que deberíamos hacer a continuación.

Caminàbamos muchas horas y sòlo nos deteníamos a comer sardinas y carne enlatada con gari, esnifar cocaína y Brown Brown, y tomar màs càpsulas blancas. La combinación de estas drogas nos daba mucha energía y nos volvìa feroces. La idea de la muerte no se nos pasaba por la cabeza y matar se había vuelto tan fácil como beber agua. Mi mente no sòlo había cambiado desde la

primera matanza, también había dejado de tener remordimientos, o lo parecía. Después de comer y drogarnos, custodiábamos la zona mientras los mayores descansaban un rato. Yo compartía mi puesto con Alhaji, y cronometrábamos a qué velocidad sacábamos un cartucho y cargábamos uno nuevo.

-Algùn día capturarè un pueblo yo solo, como Rambo –decìa Alhaji, sonriendo ante el nuevo objetivo que se había impuesto.

-Me gustaría tener unas bazucas como las de Comando. Sería estupendo – dije, riéndome.

Cuando nos acercábamos a un pueblo rebelde, nos desviábamos del sendero y nos adentrábamos en la selva. Una vez teníamos el sendero a la vista, lo rodeábamos y esperábamos las órdenes de mi teniente. Los rebeldes se paseaban, alguno se sentaba apoyado en una pared, otros dormitaban, y otros, niños como yo, montaban guardia fumando marihuana. Siempre que miraba a los rebeldes durante los ataques, me ponía furioso, porque se parecían a los que jugaban a las cartas en las ruinas del pueblo donde había perdido a mi familia. Así que cuando el teniente daba las órdenes, mataba a todos los que podía, pero no me sentía mejor. Después del tiroteo entrábamos en el campamento rebelde y acabábamos con los heridos. A continuación, registrábamos las casas y recogíamos latas de gasolina, enormes cantidades de marihuana y cocaína, hatillos de ropa, deportivas, relojes, arroz, pescado seco, sal, gari y muchas otras cosas. Agrupábamos a los civiles –hombres, mujeres, chicos y chicas- que se escondían en las cabañas y las casas, y les obligábamos a transportar el botín a la base.

En uno de los ataques, habíamos capturado a algunos rebeldes tras un largo combate y muchas bajas civiles. Desnudamos a los presos y los atamos hasta que tuvieron tersos los pechos como tambores.

-¿De dònde habéis sacado la munición? –preguntò el cabo a uno de los presos, un hombre con una barba casi en tirabuzones.

Èl escupió al cabo a la cara y èste inmediatamente le pegò un tiro a quemarropa. El hombre cayò al suelo y empezó a manarle sangre lentamente de la cabeza. Vitoreamos admirados la ferocidad del cabo y lo saludamos al pasar. De repente, Lansana, uno de los chicos, recibió en la cabeza y el pecho los disparos de un rebelde escondido entre los matorrales. Nos dispersamos alrededor del pueblo buscando al tirador. Cuando capturamos al musculoso

joven, el teniente le cortò el cuello con la bayoneta. El rebelde corriò arriba y abajo hasta que cayò al suelo y dejò de moverse. Volvimos a vitorear, levantando las armas, disparando y silbando.

-Si alguien hace alguna tonterìa, disparad.

El teniente mirò a los prisioneros. Prendimos fuego a los techos de paja y nos fuimos, llevándonoslos. Las llamas nos despidieron danzando en la brisa de la tarde, balanceándose en una especie de agonía.

-Nosotros –el teniente nos señaló- estamos aquí para protegeros y haremos lo que podamos para que no os suceda nada. –Señalò a los civiles-. Nuestra misión es muy importante y contamos con soldados bien preparados que harán lo que sea por defender a su país. No somos como los rebeldes, esa chusma que mata sin razón. Nosotros lo hacemos por el bien y la mejora del país. Así que respetad a estos hombres –volviò a señalarnos- por ofreceros sus servicios.

El teniente siguió con su discurso, que era una combinación de intentar inculcar a los civiles la idea de que hacíamos lo correcto y hacer propaganda de la moral de sus hombres, incluidos nosotros, los chicos. Yo estaba allí, con mi arma, y me sentía tan especial porque formaba parte de algo que me tomaba en serio y como decía siempre el cabo: esta arma es vuestro poder en estos momentos. Os protegerà y os ofrecerà todo lo que necesitèis, si sabèis usarla bien.

No recuerdo què impulsò al teniente a pronunciar este discurso. Se hacían muchas cosas sin razón ni explicación. A veces nos ordenaban ir a combatir en medio de una película. Volvìamos al cabo del tiempo después de una masacre y seguíamos viendo la película como si de un intermedio se tratara. Siempre estábamos en combate, viendo una película de guerra o drogándonos. No había tiempo para estar solo o de pensar. Cuando conversábamos, sòlo hablábamos de las películas de guerra y de lo impresionados que estábamos por la forma como el teniente, el cabo o uno de nosotros había matado a alguien. Era como si no existiera nada fuera de nuestra realidad.

La mañana después del discurso del teniente, estuvimos practicando còmo matar prisioneros de la misma forma que èl. Había cinco prisioneros y muchos participantes àvidos. Así que el cabo tuvo que elegir a unos cuantos. Eligió a

Kanei, a tres chicos más y a mí para la exhibición. Pusieron a los cinco hombres en fila frente a nosotros, en la zona de instrucción, con las manos atadas. Debíamos cortarles el cuello cuando el cabo lo ordenara. Aquel cuyo prisionero muriera más rápidamente ganaría el concurso. Teníamos las bayonetas en la mano y se suponía que debíamos mirar al prisionero a la cara al sacarlo de este mundo. Yo ya había empezado a mirar al mío. Tenía la cara hinchada por la paliza que había recibido y miraba más allá de mí. La mandíbula era lo único tenso en su rostro, por lo demás parecía en calma. No sentía nada por él, no me parecía mal lo que estaba a punto de hacer. Sólo esperaba la orden del cabo. El prisionero no era más que otro rebelde culpable de la muerte de mi familia, como había acabado por creer. El cabo dio una señal con un tiro de pistola y yo cogí al hombre por la cabeza y lo degollé con un movimiento rápido. Abrí camino con el afilado cuchillo en el bocado de Adán, y marqué el filo de la bayoneta en zigzag al sacarla. Puso los ojos en blanco y me miró directamente, configurando una expresión horripilante, como si lo pillara por sorpresa. Dejó caer su peso sobre mí exhalando su último suspiro. Lo dejé caer al suelo y limpié la bayoneta con su ropa. Me presenté ante el cabo, que sostenía un cronómetro. Los demás prisioneros forcejearon en brazos de los otros chicos, y algunos siguieron temblando en el suelo un rato. Fui proclamado vencedor, y Kanei quedó segundo. Los chicos y los soldados que formaban el público aplaudieron como si hubiera realizado la mejor de las gestas. Me concedieron el rango de teniente junior y a Kanei lo ascendieron a sargento junior. Celebramos el logro de aquel día con más drogas y más películas de guerra.

Tenía una tienda para mí solo, donde no dormía porque no tenía sueño. A veces, a última hora de la noche, el viento suave me traía el canturreo de Lansana. Era como si los árboles susurrasen las melodías que cantaban. Lo escuchaba un rato y después disparaba unas hondas en plena noche y ahuyentaba el canturreo.



## 15.

Los pueblos que capturábamos y convertíamos en base al avanzar y la selva donde dormíamos eran nuestro hogar. El pelotón era mi familia, el arma, mi forma de vida y protección, y la norma era matar o morir. La extensión de mis pensamientos no iba mucho más allá. Llevábamos más de dos años combatiendo y matar se había convertido en una actividad diaria. No sentía compasión por nadie. Mi infancia se había desvanecido sin enterarme, y era como si mi corazón se hubiera congelado. Sabía que el día y la noche venían, por la presencia de la luna y el sol, pero no tenía ni idea de si era domingo o viernes.

Pensaba que mi vida era normal. Pero todo empezó a cambiar las últimas semanas de enero de 1996. Tenía quince años.

Salí una mañana con veinte miembros de mi pelotón hacia Bauya, una ciudad pequeña camino al sur de donde estábamos, para conseguir munición. También iban mis amigos Kanei y Alhaji. Estábamos ilusionados porque veríamos a Jumah, que estaba allí acantonado. Queríamos oír sus anécdotas sobre la guerra, saber a cuántos había matado. También me apetecía ver al teniente. Esperaba que tuviéramos tiempo para hablar de Shakespeare.

Caminamos en dos hileras a los lados del sendero polvoriento, mirando hacia los espesos matorrales con los ojos inyectados en sangre. Llegamos a las afueras de Bauya al atardecer y esperamos en la maleza a que el jefe se adelantara para que nuestro colegas no nos dispararan. Nos apoyamos en los árboles y observamos el sendero.

El comandante volvió unos minutos después y nos indicó que fuéramos a la ciudad. Me guardé la pistola en su funda y caminé con Kanei y Alhaji hacia la base. Las casas de cemento de la ciudad eran más grandes que las que habíamos visto en otros pueblos, y por todas partes sólo veíamos caras desconocidas. Saludamos con la cabeza a unos soldados al pasar y buscamos a Jumah. Lo encontramos sentado en una hamaca en el porche de una casa de cemento que daba a la selva. Tenía un arma semiautomática al lado y parecía sumido en sus pensamientos. Nos acercamos lentamente, pero, antes de que pudiéramos asustarlo, oyó nuestros pasos y se volvió. Su rostro parecía haber

envejecido y ya no asentía con la cabeza cuando hablaba. Le estrechamos la mano y examinamos su arma.

-Veo que vas por ahí con armas pesadas –bromeò Alhaji.

-Bueno, ya veis, he superado los AK –contestò èl, y nos reímos.

Le dijimos que volveríamos a estar con èl al cabo de unos minutos y fuimos a cargar las bolsas de munición y comida. Mientras estábamos en el arsenal, el comandante nos dijo que el teniente había ordenado pasar allí la noche y que la cena estaba preparada. Yo no tenía hambre, así que volví yo solo a ver a Jumah mientras Kanei y Alhaji iban a comer.

Nos quedamos un rato en silencio al principio.

-Mañana por la mañana slago a una incursión y es posible que no volvamos a vernos antes de irnos. –Callò, rozò con el dedo la ametralladora y siguió-: Matè al dueño de este arma en nuestra última incursión. Abatió a muchos de los nuestros hasta que lo matamos a èl. Desde entonces la he usado para hacer bastante daño.

Chasqueò la lengua, chocamos las manos y reímos.

Inmediatamente después, nos ordenaron presentarnos a la reunión nocturna en el patio del centro de la ciudad. Era un acto social donde los jefes se mezclaban con los demás. Jumah cogió su arma y me rodeò los hombros con el brazo mientras nos dirigíamos al patio. Alhaji y Kanei estaban ya allí y habían empezado a fumar. El teniente Jabati también estaba y aquella noche se le veía jovial. Casi todos sus colegas, el sargento Mansaray y el cabo Gadafi habían muerto. Pero milagrosamente èl había logrado sobrevivir y había sustituido a sus colegas muertos por otros hombres feroces y disciplinados. Deseaba hablar con el teniente sobre Shakespeare, pero estaba muy ocupado atendiendo la reunión y saludando. Cuando finalmente se puso delante de mì, me estrechò la mano con fuerza y me dijo:

-Macbeth no será vencido hasta que el bosque de Birnam no llegue a lo alto de Dunsinane.

Me saludò con la cabeza y dijo en voz alta:

-Debo dejarles, caballeros.

Inclinò la cabeza y se marchò.

Levantamos las armas y vitoreamos. Cuando el teniente se hubo ido, empezamos a cantar el himno nacional “High we exalt thee, realm of the free,

great is the love we have for thee...” en marcha, y fumamos y esnifamos cocaína y Brown Brown, que corrían en abundancia en Bauya. Charlamos toda la noche, sobre todo de lo buenas que eran las drogas.

Antes del amanecer, Jumah y algunos más salieron a la incursión. Alhaji, Kanei y yo le estrechamos la mano y prometimos ponernos al día en la siguiente visita. Jumah sonrió, apretó la ametralladora y se fue corriendo hacia la oscuridad.

Unas horas después llegó un camión al pueblo. Bajaron de él cuatro hombres vestidos con vaqueros azules y camisetas blancas limpias con el logotipo de UNICEF en grandes letras. Uno de ellos era blanco y otro también era claro de piel, tal vez libanés. Los otros dos eran compatriotas, uno con marcas tribales en las mejillas, otro con marcas en las manos como las que me había hecho mi abuelo para protegerme de las serpientes. Iban demasiado aseados para haber estado en guerra. Los llevaron a la casa del teniente. Él los estaba esperando. Mientras hablaban en el porche, los observamos desde debajo del mango, donde nos sentamos a limpiar las armas. Al cabo de un rato, el teniente les estrechó la mano a los dos desconocidos y llamó al soldado que custodiaba la reunión. Este último se nos acercó y nos dijo que nos pusiéramos en fila. Fue por todo el pueblo convocando a los chicos y exclamando:

-¡Por orden del teniente!

Estábamos acostumbrados a cumplir órdenes y hacíamos lo que nos ordenaban. Formamos una fila horizontal y esperamos.

El teniente se situó frente a nosotros y lo saludamos, esperando que nos ordenara atacar algún campamento rebelde.

-Descansad, chicos –dijo.

Paseó arriba y debajo de la fila seguido por los visitantes, sonriendo.

-Cuando os señale, adelantaos y formad una fila junto al soldado, ¿entendido? –ordenó desde un extremo de la fila.

-Sí, señor –gritamos.

Las sonrisas de los visitantes se esfumaron.

-Tù, tù... -señaló el teniente, caminando frente a la fila.

Cuando me eligió a mí, lo miré a la cara, pero me ignoró y siguió con su proceso de selección. También escogió a Alhaji, pero a Kanei no, tal vez porque era mayor. Al llegar a quince, nos ordenó:

-Sacad los cartuchos, poned el seguro al arma y dejadla en el suelo.

Dejamos las armas, y los visitantes, sobre todo los dos extranjeros, volvieron a sonreír.

-Atención. Marchen –ordenò un soldado.

Seguimos al teniente hacia el camión en el que habían llegado los visitantes. El teniente se volvió y nos dio la cara. Nos detuvimos.

-Habèis sido grandes soldados y todos sabèis que formàis parte de esta hermandad. Me siento orgulloso de haber servido a mi patria a vuestro lado, chicos. Pero vuestro trabajo aquí ha terminado, y debo mandaros fuera. Estos hombres os llevaràn a una escuela y os daràn otra vida.

Eso fue todo lo que dijo; pidiò a los soldados que nos quitaran el equipo militar, sonriò y se marchò. Escondì la bayoneta en los pantalones y una granada en el bolsillo. Cuando uno de los soldados me registrò, lo empujè y le dije que si me tocaba lo matarìa. Se apartò y registrò al que estaba a mi lado en lugar de a mì.

¿Què sucedìa? Seguimos con la mirada la figura del teniente dirigiéndose a su casa. ¿Por què había decidido entregarnos a los civiles? Creìamos que formaríamos parte de la guerra hasta el final. El pelotón había sido nuestra familia. Y nos alejaban de èl, sin màs, sin ninguna explicación. Unos soldados recogieron nuestras armas y otros las custodiaron, advirtièndonos que no intentàramos recuperarlas. Cuando nos hicieron entrar en el camión, mirè al porche donde el teniente estaba de pie, mirando en otra dirección, hacia la selva, con las manos en la espalda. Todavía no sabìa lo que pasaba, pero empezaba a enfadarme, y a ponerme nervioso. No me había separado del arma desde el dìa en que me había hecho soldado.

En el camión había tres MP, soldados urbanos. Se veìa por lo limpios que tenian el uniforme y el arma. Llevaban los pantalones metidos por dentro de las botas y las camisas dentro de los pantalones. Sus rostros no parecían endurecidos y sus armas estaban tan limpias que me dio la sensación de que no se habían disparado nunca. Llevaban el seguro puesto. Los MP bajaron del camión y nos indicaron que subièramos. En el camión nos dividimos entre dos largos bancos que había frente a frente, y dos de los hombres, el de las marcas en las mejillas y el extranjero de aspecto libanès, subieron detrás con nosotros.

A continuación los tres MP se colgaron de la puerta trasera, con un pie dentro del camión y otro por fuera, colgando.

En cuanto el camión empezó a alejarse de la base, comencé a hervir de furia, porque no entendía nada de lo que sucedía. Alhaji me mirò con expresión desconcertada. Mirè las armas de los MP con envidia. Los hombres que habían venido a buscarnos nos sonrieron mientras el camión cogía velocidad por el camino de tierra, levantando una nube de polvo parduzco que cubría la maleza a cada lado. No tenía ni idea de adònde ibamos.

Estuvimos horas circulando. Me había acostumbrado a ir andando a todas partes, y hacía tiempo que no me sentaba en un camión ni en ningún sitio sin hacer nada. Pensé en secuestrar el camión y volver con èl a Bauya. Pero cada vez que estaba a punto de arrebatarse el arma a uno de los MP, el camión se paraba en un control y los soldados bajaban. Había olvidado que llevaba una granada en el bolsillo de los pantalones militares. Estuve inquieto todo el viaje y me entretuve intentando adivinar dònnde habría un control (eran muchos, demasiados) para no aburrirme tanto. Estuvimos en silencio, menos cuando le guiñè el ojo a Alhaji esperando el momento adecuado de arrebatarse las armas a los MP y empujarlos fuera del camión.

El último control que pasamos aquel día estaba al mando de soldados con equipo militar completo. Las làminas de madera marròn pulida de los AK estaban relucientes y nuevas. Eran soldados urbanos que, como los MP que iban en el camión con nosotros, no habían visto la guerra. No tenían ni idea, pensé, de lo que sucedía en realidad en la selva en todo el país.

Pasamos el control, salimos del camino de tierra y entramos en una calle asfaltada con mucho tràfico. Por todas partes veía coches que venían en nuestra dirección y en dirección contraria. Nunca había visto tantos coches, camiones y autobuses en toda mi vida. Mercedes, Toyotas, Mazdas, Chevrolets... Tocaban la bocina y dejaban salir música a todo trapo. Todavía no sabía adònde ibamos, pero estaba seguro de que estábamos en Freetown, la capital de Sierra Leona. No sabía para què.

Fuera estaba oscureciendo. El camión avanzaba lentamente por la calle embotellada, y las farolas se encendieron. Las tiendas y los puestos también

estaban iluminados. Me asombrò la cantidad de luces que había sin que se oyera el ruido de un generador. Me estaba maravillando con el centelleante paisaje urbano cuando el camión se desvió por una calle y empezó a trotar tan fuerte que todos temblamos como si nos hubieran metido en una màquina vibratoria. Seguimos así un rato y nos paramos. Los MP nos ordenaron bajar del camión y seguir a los cuatro hombres sonrientes con las camisetas de UNICEF.

Entramos en un recinto cerrado donde había varias hileras de casas. Había luces en las casas y chicos de nuestra edad, de quince años y màs, sentados en los porches y escalones. Nos ignoraron, como si ellos tampoco tuvieran muy claro dònde estaban.

El extranjero de aspecto libanès nos indicó que lo siguiéramos a la casa, con cara de satisfacción. Era una gran sala y había dos hileras de camas dobles. Ilusionado, nos mostrò nuestra cama y unos armarios que contenían jabòn, pasta de dientes y un cepillo, una toalla, una camisa y camisetas. Las camas tenían almohada, sàbanas limpias y mantas. Ninguno de nosotros estaba tan interesado en lo que nos mostraba como parecía estarlo èl.

-Tendrèis deportivas nuevas. Mañana os buscaremos el número.

Nos dejó en la sala y salió fuera silbando. Nosotros nos quedamos junto a las camas como si fuera la primera vez que veíamos una.

-Venid a la cocina a comer –dijo el hombre de Sierra Leona con marcas tribales.

Lo seguimos acompañados por las miradas curiosas de los que habían llegado antes que nosotros. Tenían los ojos rojos como nosotros, y aunque llevaban ropa normal, parecían sucios y tenían nuestra misma expresión intensa. Olía la selva en ellos.

En la cocina nos sentamos a un lado de una mesa larga. El hombre entrò en una salita del final de la cocina, donde canturreò una canción conocida, sirvió arroz en cuencos y nos los trajo en una bandeja. Cada uno lo cogió y se puso a comer. El hombre fue a buscar su propio cuenco y cuando regresò a la mesa para comer con nosotros, ya habíamos terminado. Se quedó pasmado, y mirò alrededor para ver què habíamos hecho con la comida. Se resignò y cuando iba a meterse una cucharada en la boca, entraron en el comedor los dos extranjeros de cara feliz y le pidieron que les acompañara. Èl cogió el cuenco de arroz y siguió a los extranjeros, que ya salían de allí. Nos quedamos un minuto en

silencio hasta que Alhaji preguntò si alguien llevaba marihuana o cocaína. Uno de los chicos tenía algo de marihuana y la pasó, pero no era suficiente.

-¿Dònde podremos conseguir drogas aquí? –preguntò uno de los chicos.

Mientras sopesábamos la pregunta, el hombre que nos había llevado allí volvió con otro grupo de chicos, màs de veinte.

-Èstos acaban de llegar –nos dijo. Volviéndose a los chicos nuevos-: Os traerè algo de comer, pero por favor, hacedlo despacio. No hay ninguna prisa.

Los chicos se sentaron al otro lado de la mesa del comedor y comieron igual de rápido que nosotros. El hombre oliò el aire y preguntò:

-¿Quièn ha estado fumando marihuana?

Pero nadie le hizo caso y èl se sentò sin decir nada. Nosotros mirábamos a los chicos nuevos y ellos a nosotros.

Alhaji rompió el silencio.

-¿De dònde sois, chicos? –preguntò.

Los chicos abrieron los ojos asombrados y miraron a Alhaji como si hubiera hecho una pregunta ofensiva. Uno de ellos, que parecía un poco mayor y no tenía un solo pelo, se levantò apretando el puño.

-¿Quièn coño eres? ¿Te crees que estamos aquí para contestar las preguntas de un cabròn como tù?

Se inclinò por encima de la mesa y mirò a Alhaji desde arriba.

Alhaji se levantò y le empujó. El chico cayò, y cuando se levantò, sacò una bayoneta y saltò sobre la mesa hacia Alhaji. Los demás nos levantamos, dispuestos a luchar. El hombre gritò:

-¡Basta, chicos!

Pero nadie le escuchò. Yo saqué mi granada y metì los dedos en la anilla.

-¿Querèis que sea vuestra última comida o preferís responder a la pregunta? –los amenacè.

-Somos del distrito de Kono –dijo el de la bayoneta.

-¡Ah, la zona de los diamantes! –exclamò Alhaji.

Yo todavía tenía la granada en la mano.

-¿Luchasteis con el ejército o con los rebeldes? –preguntè severamente.

-¿Te parezco un rebelde o què? –dijo èl-. Luchamos con el ejército. Los rebeldes incendiaron mi pueblo y mataron a mis padres, y tù pareces uno de ellos.

-O sea que todos hemos luchado en el mismo bando –dijo Alhaji.

Volvimos a sentarnos mirándonos con furia.

Tras saber que habíamos luchado para el ejército en diferentes partes del país, nos calmamos y hablamos de las bases donde habíamos estado. Nadie había oído hablar de los pelotones de los demás ni de los tenientes que los mandaban. Expliqué a los otros que habíamos llegado apenas unos minutos antes que ellos. Nos contaron que los habían elegido al azar, y que su jefe les había ordenado seguir a unos hombres que había ido a la base. Nadie sabía por qué nos habían dejado marchar. Éramos excelentes combatientes y estábamos dispuestos a luchar hasta el final de la guerra. Uno dijo que creía que habían dado dinero por nosotros. Nadie supo qué decir. Yo seguía con la granada en la mano mientras conversábamos. En cierto momento me volví a mirar al hombre que nos había acompañado a la cocina. Estaba sentado a un extremo de la mesa, temblando. Sudaba copiosamente.

-¿Sabes por qué nos han entregado a esos civiles maricas? –le pregunté, apuntándole con la granada.

Él se apresuró a esconder la cabeza bajo la mesa como temiendo que se la lanzara. Estaba demasiado nervioso para responderme.

-Él también es uno de ellos. Vamos a preguntar a los otros –propuso el que había sacado la bayoneta.

Se llamaba Mambu, y después nos haríamos amigos. Dejamos al hombre, todavía debajo de la mesa, y salimos al porche.

Al subir las escaleras, vimos a los tres MP sentados a la entrada del recinto, hablando. Nos ignoraron. Los dos extranjeros se habían ido. Nos acercamos a los chicos sentados en silencio en el porche.

-¿Vosotros sabéis por qué nos han entregado a estos civiles? –preguntó Alhaji.

Ellos se levantaron, con la cara airada, mirando sin decir nada.

-¿Estáis sordos o qué? –siguió Alhaji. Se volvió hacia mí:- Éstos no saben nada.

-No queremos que nos molesten –comentó uno de voz grave-. Y no vamos a contestar ninguna pregunta de un civil.



-No somos civiles –dijo Mambu, furioso, acercándose a él-. Si alguien es civil aquí sois vosotros. Lleváis ropa de civil. ¿Qué soldado lleva ropa de civil? ¿Esos civiles maricas os hacen llevar esta ropa? Entonces sois unos débiles.

-Combatimos con el RUF; el ejército es nuestro enemigo. Hemos luchado por la libertad, y el ejército mató a mi familia y destruyó mi pueblo. Mataré a esos cabrones del ejército una vez tenga oportunidad de hacerlo.

El chico se quitó la camiseta para pelear con Mambu; en el brazo llevaba el tatuaje del RUF.

-Son rebeldes –gritó Mambu, y antes de que pudiera coger la bayoneta, el chico le pegó un puñetazo en la cara.

Mambu cayó y cuando se levantó sangraba por la nariz. Los rebeldes sacaron las pocas bayonetas que tenían y se abalanzaron sobre nosotros. Era la guerra otra vez. Tal vez los ingenuos extranjeros creyeran que apartándonos de la guerra disminuyera nuestro odio contra el RUF. No se les había ocurrido que un cambio de ambiente no nos convertiría inmediatamente en chicos normales; éramos peligrosos y nos habían lavado el cerebro para matar. Acababan de iniciar el proceso de rehabilitación y aquella sería la primera lección que tenían que aprender.

Cuando los chicos se abalanzaron sobre nosotros, lancé la granada sobre ellos, pero no explotó. Salimos de debajo de los escalones donde nos habíamos refugiado, corrimos hacia el patio y empezamos la pelea. Algunos tenían bayonetas y otros no. Un chico sin bayoneta me agarró del cuello por detrás. Apretaba con mucha fuerza, así que le pegué un codazo con todas mis fuerzas hasta que me soltó el cuello. Se sostenía el estómago cuando me volví. Lo apuñalé en el pie. La bayoneta se atascó y la arranqué por la fuerza. Él cayó y empezó a darme patadas en la cara. Cuando iba a darle la puñalada final, alguien vino por detrás y me cortó en la mano con un cuchillo. Era un rebelde, y estaba a punto de rematarme cuando cayó de bruces. Alhaji lo había apuñalado por la espalda. Arrancó el cuchillo y seguimos pegando patadas al otro hasta que dejó de moverse. No sabía si estaba inconsciente o muerto. Me daba igual. Nadie gritó ni lloró durante la pelea. Al fin y al cabo todos llevábamos años luchando y todavía estábamos bajo los efectos de las drogas.

Los tres MP y los dos hombres de Sierra Leona que nos habían traído al centro salieron corriendo al patio unos minutos después de que empezáramos la pelea.

-Basta, basta –gritaban, separando a los chicos y llevándose a los heridos.

Fue una mala idea. Atacamos a los MP, los tiramos al suelo y les quitamos las armas. Nosotros cogimos a uno; los rebeldes, a otro. El otro MP huyó antes de que algún grupo pudiera cogerlo.

Mambu tenía una de las armas, y antes de que el rebelde que tenía la otra pudiera quitar el seguro, disparò. El otro cayò y dejó caer el arma. Otros rebeldes intentaron cogerla, pero Mambu disparò a cuantos lo intentaron. Matò a alguno e hirió a otros. Pero los rebeldes eran persistentes, y finalmente uno de ellos se hizo con el arma y disparò a dos de los nuestros. Uno de ellos, a quien le habían disparado a bocajarro, apuñalò al rebelde en el estòmagο mientras caía. El rebelde dejó caer el arma y también cayò al suelo.

Se acercaban más MP a la verja, dispuestos para la batalla. Llevábamos casi veinte minutos peleando, apuñalándonos y apuñalando a quienes intentaban separarnos. Los MP dispararon algunos tiros al aire para que nos detuviéramos, pero seguimos peleando, así que tuvieron que separarnos por la fuerza. A algunos nos apuntaron con las armas y a otros los separaron a patadas. Habían muerto seis: dos de nuestro bando y cuatro del bando rebelde. Y había varios heridos, incluidos dos de los hombres que nos habían traído. Llegaron ambulancias militares con las sirenas sonando en la noche recién caída y se llevaron a los muertos y los heridos. Sus luces estroboscópicas me produjeron mareo. Tenía una herida en la mano. La escondí, era una herida pequeña y no quería que me llevaran al hospital. Me limpiè la sangre, me puse sal y la envolví con un trozo de tela. Durante la pelea, Mambu había dejado ciego a un chico vaciándole el ojo con la bayoneta. Después nos enteramos de que se lo habían llevado a operar a otro país, y que le había sustituido el ojo por otro de gato o algo así. Después de la noche de la pelea, felicitamos a Mambu por su comportamiento. Pensé que me habría gustado tenerlo en mi pelotón.

Mientras los MP montaban guardia para que no iniciáramos otra pelea, los chicos del ejército fuimos a la cocina a buscar comida. Comimos y comentamos la pelea. Mambu nos dijo que, al sacarle el ojo, el rebelde habían intentado darle un puñetazo, pero como no le veía se dio contra la pared y se golpeò la

cabeza con tanta fuerza que se desvaneció. Nos reímos y levantamos a Mambu en volandas. Necesitábamos la violencia para animarnos tras todo un día de aburrimiento viajando y preguntándonos por qué nos habían dejado marchar.

El júbilo se acabó cuando entró un grupo de MP en la cocina y nos ordenaron que les siguiéramos. Nos apuntaban con las armas, pero nos reímos de ellos, salimos fuera y nos dirigimos hacia los vehículos militares que esperaban para llevarnos a alguna parte. Estábamos tan contentos de habernos enfrentado a los rebeldes que no se nos ocurrió atacar a los MP. Además había demasiados. Por lo visto habían entendido que no éramos niños con quienes se pudiera jugar. Había algunos de pie junto al vehículo apuntándonos firmemente con el arma y vigilándonos con cuidado.

-A lo mejor nos devuelven al frente –dijo Alhaji, y por alguna razón todos nos pusimos a cantar el himno nacional, marchando hacia el vehículo.

Pero no nos llevaron al frente, sino a Benin Home, otro centro de rehabilitación de Kissy Town, en la parte oriental de Freetown, un barrio apartado del resto de la población. Benin Home había sido un correccional juvenil. Los MP nos registraron a conciencia antes de entrar. Aún llevábamos la sangre de nuestras víctimas fresca en los brazos y la ropa. Las palabras del teniente resonaban en mi cabeza: A partir de ahora, mataremos a todos los rebeldes que veamos, no haremos prisioneros. Sonreí un poco, feliz de haber peleado con los chicos rebeldes, pero volví a preguntarme por qué nos habrían llevado allí. Aquella noche nos sentamos en los porches de las salas y los MP nos vigilaron. Yo sólo podía pensar en qué sería de mi G3 y qué película estaría viendo el pelotón aquella noche, cuánta marihuana y cocaína tendrían a su disposición.

-Eh, tíos, ¿tenéis marihuana para nosotros? –preguntó Mambu a los MP, que no le hicieron caso.

Yo empezaba a sufrir temblores. Las drogas de las noches anteriores, antes de que nos llevaran a la ciudad, habían empezado a desaparecer de mi organismo. Caminé arriba y abajo del porche, inquieto con mi nuevo destino. Empezaba a dolerme la cabeza.

## 16.

Era desesperante recibir órdenes de civiles. Sus voces, incluso cuando nos llamaban para desayunar, me ponían tan furioso que daba puñetazos a la pared, a mi armario, a cualquier cosa que tuviera a mano. Unos días antes, éramos nosotros quienes decidíamos quièn vivirìa. Por eso, nos negábamos a hacer todo lo que nos pedían, excepto a comer. Nos daban pan y tè para desayunar, y arroz y sopa para almorzar y cenar. El surtido de sopas consistìa en hojas de yuca, hojas de patata, okra y cosas así. Nos sentíamos desgraciados porque necesitábamos nuestras armas y nuestra droga.

Al final de cada comida, las enfermeras y los miembros del personal venían a hablar con nosotros para que asistiéramos a las revisiones mèdicas programadas en el minihospital de Benin Home y a las sesiones individuales de asesoramiento en el centro de tratamiento psicosocial, algo que nos resultaba odioso. En cuanto empezaban a hablar, les lanzábamos lo cuencos, las cucharas, la comida y los bancos. Los perseguíamos hasta echarlos del comedor y les pegábamos. Una tarde, después de perseguir a enfermeras y miembros del personal, le tapamos la cabeza al cocinero con un cubo y le pegamos empujones por la cocina hasta que se quemò la mano con una olla de agua hirviendo y aceptò poner màs leche en el tè. Por ello, nos dejaron vagar sin rumbo por el nuevo recinto la primera semana. El efecto de las drogas empezó a esfumarse. Deseaba tanto tomar cocaína y marihuana que enrollè una hoja de papel y me la fumè. A veces registraba los bolsillos de mis pantalones militares, que todavía llevaba, buscando migajas de marihuana y cocaína. Una vez asaltamos el minihospital, y robamos algunos analgésicos –tabletas blancas y blancuzcas- y unas càpsulas rojas y amarillas. Vaciamos las càpsulas, machacamos las tabletas y lo mezclamos todo. Pero la mezcla no surtió el efecto deseado. Cada dìa estábamos màs angustiados y, en consecuencia, recurriamos a màs violencia. Por la mañana, nos metíamos con la gente del vecindario que iba a buscar agua a un surtidor cercano. Si no los atrapábamos, les tirábamos piedras. Ellos soltaban los cubos y salían corriendo. Nos reíamos mientras destruíamos sus cubos. Luego dejaron de pasar cerca del centro, porque alguno de ellos tuvo que ir al hospital. Los miembros del personal nos evitaban cuando podían. Empezamos a pelear entre nosotros dìa y noche.

Peleábamos durante las horas entre comidas sin ningún motivo en particular. Destrozamos casi todos los muebles y tiramos los colchones al patio. Dejamos de lavarnos la sangre de los labios, los brazos y las piernas cuando la campana nos llamaba a comer. De noche, cuando nos habíamos cansado de pelear, sacábamos los colchones al patio y nos quedábamos en silencio hasta que llegaba la mañana y era la hora de desayunar. Cuando volvíamos de desayunar, los colchones que habíamos sacado durante la noche anterior volvían a estar sobre sus camas. Los sacábamos otra vez al patio, maldiciendo a quien los hubiera puesto dentro.

Una noche, mientras estábamos sentados fuera en los colchones, empezó a llover. Nos quedamos bajo la lluvia que nos azotaba la cara, escuchando el ruido que había al golpear sobre el techo de hojalata y los chorros que caían sobre la tierra. Llovió una hora entera, pero cuando parò, seguimos sentados fuera toda la noche sobre las esponjas empapadas que habían sido nuestros colchones.

A la mañana siguiente, cuando volvimos de desayunar, los colchones seguían fuera. No hacía un día muy soleado, y al llegar la noche no estaban secos. Nos pusimos furiosos y fuimos a buscar a Poppay, el encargado de los suministros. Era un ex militar con un ojo estrábico. Cuando lo encontramos, el exigimos colchones secos.

-Tendréis que esperar a que se sequen los que dejasteis fuera –dijo.

-No podemos permitir que un civil nos hable de este modo –dijo alguien, y todos gritamos enfurecidos y nos lanzamos sobre Poppay.

Le pegamos y uno de los chicos le apuñalò en un pie y èl cayò. Se tapò la cabeza con las manos mientras le dábamos patadas incansablemente y lo dejamos tirado en el suelo sangrando e inconsciente. Gritábamos excitados al volver al porche. Poco a poco, nos fuimos calmando. Yo estaba enfadado, porque echaba de menos al pelotón y necesitaba màs violencia.

Un guardia de seguridad que vigilaba el centro se llevò a Poppay al hospital. Unos días después, volvió a la hora del almuerzo, cojeando, pero con una sonrisa en el rostro.

-No es culpa vuestra –dijo, paseando por el comedor.

Eso nos puso furiosos, porque queríamos que los civiles, como nos referíamos al personal, nos respetaran como soldados capaces de hacerles

daño. Casi todos los miembros del personal eran así; volvían sonriendo después de hacerles daño. Era como si se hubieran comprometido a no rendirse con nosotros. Sus sonrisas nos hacían odiarlos aún más.

Las manos empezaron a temblarme descontroladamente y las jaquecas habían vuelto con furia. Era como si un herrero golpeará un yunque en mi cabeza. Oía y sentía el martilleo del metal y aquellos ruidos agudos e insoportables me sensibilizaban dolorosamente las venas y los músculos. Me encogía y rodaba por el suelo junto a la cama o a veces en el porche. Nadie me hacía caso, porque todos estaban ocupados soportando el mono a su manera. Alhaji, por ejemplo, dio puñetazos a una columna de cemento de uno de los edificios hasta que los nudillos le sangraron y empezó a vérsese el hueso. Lo llevaron al minihospital y lo hicieron dormir varios días para que no se autolesionara.

Un día decidimos romper los cristales de las ventanas de las aulas. No recuerdo por qué, pero en lugar de buscar piedras para romper los cristales como todo el mundo, le pegué un puñetazo al cristal. Logré romper varios hasta que la mano me quedó atrapada en uno. La saqué y empecé a sangrar sin control. Tuve que ir al hospital. Mi plan era robar un equipo de primeros auxilios para curarme por mi cuenta, pero la enfermera estaba allí. Me hizo sentar en una camilla mientras me iba quitando los cristales uno a uno. Hacía una mueca cada vez que arrancaba uno que se había clavado hondo. Pero cuando me miraba, yo mantenía el rostro inexpresivo. Buscaba en mi cara indicios de dolor. Estaba desorientada, pero siguió con aquello suavemente. No sentí nada. Sólo quería dejar de sangrar.

-Esto te va a doler –dijo al limpiarme los cortes-. ¿Cómo te llamas? – preguntó mientras me vendaba la mano.

No le contesté.

-Vuelve mañana y te cambiaré de nuevo el vendaje, ¿de acuerdo?

Me acarició la cabeza, pero yo le aparté la mano y me marché.

Al día siguiente, no volví al hospital pero me desmayé por una jaqueca cuando estaba sentado en el porche. La enfermera me mojaba la frente con una toallita empapada. Le cogí la mano y la aparté, y me marché otra vez. Me senté al sol, balanceándome. Me dolía todo el cuerpo, tenía la garganta seca y ganas de vomitar. Vomité algo verde y pegajoso, y volví a desmayarme. Cuando me

despertè varias horas después, la enfermera estaba allí. Me dio un vaso de agua.

-Puedes irte si quieres, pero te aconsejo que te quedes en cama esta noche –dijo, apuntándome con el dedo como hablaría una madre a un hijo terco.

Cogí el agua y me la bebí, y después tiré el vaso contra la pared. La enfermera saltó de la silla. Intenté levantarme y marcharme, pero no fui capaz ni de sentarme en la cama. Ella sonrió, se acercó a mi cama y me puso una inyección. Me tapó con una manta y se puso a recoger los cristales rotos. Yo quise apartar la manta, pero no podía mover las manos. Me sentía débil y los párpados me pesaban cada vez más.

Me despertè con los susurros de la enfermera y alguien más. Estaba desorientado, porque no sabía qué día o qué hora era. La cabeza me latía un poco.

-¿Cuánto tiempo llevo aquí? –preguntè a la enfermera, golpeándome la cabeza contra un costado de la cama para llamar su atención.

-Mira quièn se ha despertado. Cuidado con la mano –indicò.

Cuando pude sentarme, vi que había un soldado en la habitación. Por un momento pensé que iba a llevarme al frente. Pero cuando volvía a mirarlo, me di cuenta de que estaba allí por otra razón. Estaba claro que era un soldado urbano, bien vestido y sin pistola. Era teniente e iba a comprobar si nos trataban bien mèdica y psicológicamente, pero parecía más interesado en la enfermera. Yo era teniente, pensé, teniente junior, para ser más exactos.

Como teniente junior tenía a mi cargo una pequeña unidad compuesta por niños para llevar a cabo misiones rápidas. Alhaji, Kanei, Jumah, Moriba y yo formábamos la unidad y estábamos juntos de nuevo. Pero entonces ya no huíamos de la guerra. Participábamos en ella y salíamos en búsqueda de pueblos que pudieran tener comida, drogas, munición, gasolina y otras cosas que necesitábamos. Informaba de nuestros hallazgos al cabo, y a continuación, la patrulla atacaba el pueblo que habíamos espiado, matando a todo el mundo para seguir con vida.

En una de nuestras expediciones de espionaje, encontramos un pueblo por casualidad. Creíamos que estábamos a más de tres kilómetros de distancia, pero al cabo de un día y medio de caminar, empezamos a oler el aroma del aceite de palma caliente en el ambiente. Era un día hermoso de verano que nos regalaba los últimos rayos de sol. Salimos enseguida del sendero y caminamos entre la maleza hacia el pueblo. Cuando vislumbramos los tejados de paja, nos agachamos hasta que estuvimos más cerca para ver lo que hacían. Algunos hombres armados ganduleaban por allí. Había montones de bultos frente a las casas. Parecía que los rebeldes se disponían a irse. Si volvíamos a la base para avisar al resto del pelotón, perderíamos la oportunidad de capturar el suministro. Así que decidimos atacar. Ordené a los demás que se desplegasen alrededor del pueblo en posiciones estratégicas desde donde pudieran ver todo el lugar. Alhaji y yo dimos unos minutos a los otros para que se situaran en posición y nos acercamos a las casas a lo largo del sendero, uno a cada lado. Teníamos dos bultos de cohetes y cinco granadas a propulsión. Nos habíamos acercado lo suficiente y estaba apuntando al grupo con el arma cuando Alhaji me tocó el hombro. Me susurró que quería practicar los movimientos de Rambo antes de empezar a disparar. Sin darme tiempo a hablar, ya se estaba frotando la cara con barro, utilizando una combinación de saliva y agua. Se cargó la mochila a la espalda y sacó la bayoneta, frotando con el dedo la parte plana y sosteniéndola frente a la cara. Empezó a arrastrarse lentamente bajo el sol de mediodía que iluminaba el pueblo por última vez hasta que llegara la oscuridad.

Cuando se perdió de vista, apunté con el lanzacohetes hacia donde estaban sentados los hombres para cubrirlo. Unos minutos después, le vi arrastrándose y agachándose entre las casas. Se escondía rápidamente entre las paredes para evitar ser visto. Se arrastró poco a poco por detrás de un guardia perezoso que tomaba el sol con el arma en el regazo. Lo agarré por la boca y le corté el cuello con la bayoneta. Hizo lo mismo con unos cuantos más. Pero había cometido un error: no esconder los cadáveres. Estaba disfrutando con su maniobra cuando uno de los guardias, tras volver a su puesto, vio el cadáver de su colega, y volvió corriendo a avisar a los demás. No podía permitirlo, de modo que le disparé con el G3 y rápidamente lancé un cohete contra los hombres armados.



Intercambiamos disparos. No sabía dónde estaba Alhaji, pero mientras yo disparaba, se acercó arrastrándose. Casi le pego un tiro, pero reconocí su cara sucia de Rambo. Nos pusimos manos a la obra, matando a todo aquel que nos encontrábamos. No desperdiciamos una sola bala. Habíamos mejorado mucho en puntería y nuestra estatura nos daba ventaja, porque nos escondíamos detrás de los matorrales más pequeños y matábamos sin que se supiera de dónde llegaban las balas. Para controlar por completo el pueblo, Alhaji y yo lanzamos el resto de los cohetes y luego bajamos.

Dimos una vuelta al pueblo y matamos a todos los que salieron de sus casas y cabañas. Después nos dimos cuenta de que no quedaba nadie para transportar los bultos. Los habíamos matado a todos. Así que mandé a Kanei y a Moriba a la base a pedir ayuda. Se marcharon llevándose la munición de los cadáveres; algunos todavía agarraban su arma. Los otros tres nos quedamos en el pueblo. En lugar de instalarnos entre los cadáveres, los bultos de comida, las cajas de munición y las bolsas de drogas, nos escondimos en el bosque cercano, y custodiamos el pueblo. Además, montamos turnos para bajar a coger comida y drogas. Nos sentamos en silencio bajo los árboles y esperamos.

Dos días después, Kanei y Moriba volvieron con el cabo y algunos soldados y civiles que transportaron los bultos de comida, droga y munición a la base.

-Tenemos suficiente de todo para varios meses. Buen trabajo, soldados – nos felicitó el cabo.

Lo saludamos y seguimos. Gracias a esta incursión, a Alhaji le pusieron el nombre de pequeño Rambo, y él hizo todo lo que pudo en las siguientes para estar a la altura. A mí me apodaban Serpiente Verde porque me situaba en las posiciones más peligrosas y difíciles y me apoderaba de todo un poblado desde detrás de un matorral diminuto sin que se enteraran. El teniente me puso el apodo, diciendo: No pareces peligroso, pero lo eres, y cuando quieres, te fundes con la naturaleza como una serpiente verde, engañosa y mortal. Me gustaba mi nombre, y en todas las incursiones procuré hacer lo que requería.

Había una grieta en el techo blanco de la sala, y oía débilmente la voz grave del teniente urbano y las risas de la enfermera. Volví la cabeza y miré en su dirección. La enfermera tenía una gran sonrisa en la cara y parecía interesada por las bromas del teniente. Me levanté y me fui hacia la puerta del hospital.

-Bebe mucha agua y te pondrás bien. Vuelve mañana por la noche para una revisión –gritó la enfermera.

-¿Te gusta estar aquí? –preguntó el teniente.

Lo miré asqueado y escupí en el suelo. Él se encogió de hombros. Otro soldado urbano marica, pensé mientras salía. Cuando llegué a mi sala, dos chicos jugaban al tenis en el porche. Todos parecían interesados en ello. Había pasado un mes y algunos habíamos superado la etapa del mono, aunque todavía sufríamos vómitos y desmayos sin más ni más. Los ataques terminaron, para casi todos, al final del segundo mes. Pero todavía estábamos traumatizados, y ahora que tenemos tiempo para pensar, el tupido velo de nuestros recuerdos de la guerra empezó a destaparse lentamente.

Cada vez que abría el grifo del agua, veía sangre a borbotones. Me quedaba mirándola hasta que volvía a parecer agua y bebía o me duchaba. A veces un chico salía corriendo de la sala aullando: que vienen los rebeldes. Otras veces, los más jóvenes se sentaban llorando junto a unas piedras y nos decían que eran sus parientes muertos. Recuerdo los momentos en que acechábamos a los miembros del personal, los atábamos y les preguntábamos dónde estaba su pelotón y dónde habían conseguido los suministros de armas y munición, drogas y comida. En esa época nos dieron material escolar –libros, lápices y bolígrafos- diciéndonos que tendríamos clase de diez a doce en días laborables. Hicimos una hoguera con ellos, y a la mañana siguiente nos dieron más. Volvimos a quemarlos. Los miembros del personal repusieron el material escolar aunque esta vez sin decirnos no es culpa vuestra, como era habitual siempre que hacíamos cosas que consideraban mal hechas o infantiles.

Una tarde, después de que el personal dejara material escolar en el porche, Mambu propuso que lo vendiéramos.

-¿Quién lo va a comprar? Nos tienen miedo –se preguntó uno de los chicos.

-Ya encontraremos a alguien que quiera hacer negocio –aseguró Mambu.

Miramos el material envuelto en plástico, y seis de nosotros fuimos al mercado más cercano, donde se lo vendimos a un tendero. El hombre se emocionó y dijo que nos compraría todo lo que tuviéramos.

-Me da igual que lo hayáis robado; yo tengo el dinero y vosotros la mercancía, y haremos negocio –nos dijo, mientras entregaba un fajo de billetes a Mambu.

Mambu contó los billetes con una gran sonrisa y los blandió bajo nuestras narices para que los oliéramos.

-Este dinero es bueno. Se nota –dijo.

Después volvimos corriendo al centro para llegar a tiempo a la hora de almorzar. En cuanto terminamos de comer, Mambu repartió el dinero entre los chicos. Las salas se llenaron de ruido porque todos comentaban lo que harían con él. Aquello era más divertido que quemar el material.

Algunos chicos se compraron Coca-Colas, toffees y otras chucherías, pero Mambu, Alhaji y yo planeamos un viaje a Freetown. Había un transporte público hasta el centro de la ciudad.

Aquella mañana engullimos el desayuno y salimos del comedor uno a uno. Fingí ir a hacerme una revisión médica al minihospital. Mambu fue a la cocina como si quisiera más comida y Alhaji se fue a la letrina. No queríamos que los demás lo supieran, porque no deseábamos que nos siguieran y el personal se alarmara. Los tres nos encontramos en el cruce, fuera del centro y nos pusimos en la cola del autobús para esperar.

-¿Habéis estado alguna vez en la ciudad? –nos preguntó Alhaji.

-No –contesté.

-Yo tenía que ir a la escuela en Freetown, pero estalló la guerra. Me han dicho que es una ciudad muy bonita –dijo Alhaji.

-Bueno, lo averiguaremos enseguida. El autobús está aquí –anunció Mambu.

Dentro del autobús sonaba música soukous y la gente hablaba en voz alta, como en un mercado. Nos sentamos atrás y contemplamos las casas y los puestos. Un hombre sentado en el pasillo se puso a bailar con la música. Después se le unieron algunos pasajeros, incluido Mambu. Nos reímos y batimos palmas al compás.

Bajamos del autobús en Kissy Street, una zona con mucho tráfico cercana al centro de la ciudad. La gente se ocupaba con sus quehaceres como si no hubiera guerra en el país. Había grandes tiendas a ambos lados de la calle y los

vendedores llenaban las estrechas aceras. Nuestros ojos disfrutaban con todo lo que veíamos y pronto nos sentimos abrumados.

-Ya os dije que sería estupendo –dijo Mambu pegando saltos.

-Fijaos que edificio más alto. –Lo señalé.

-Y ese es más alto aún –gritó Alhaji.

-¿Cómo sube la gente allá arriba? –preguntó Mambu.

Caminamos lentamente, admirando la cantidad de coches y las tiendas libanesas repletas de toda clase de alimentos. Me dolía el cuello de mirar los altos edificios. Había minimercados por todas partes donde vendían ropa, comida, casetes, estéreos y muchas otras cosas. La ciudad era demasiado ruidosa, como si todo el mundo estuviera discutiendo a la vez. Deambulamos todo el camino hasta Cotton Tree, el símbolo de Sierra Leona y el monumento más importante de la ciudad. Contemplamos boquiabiertos un enorme árbol que se veía al dorso de los billetes. Ahora estábamos bajo él, en la intersección de Siaka Stevens Street y Pademba Road, el centro de la ciudad. Sus hojas eran verdes, pero la corteza parecía muy vieja.

-Nadie nos creerá cuando lo contemos –dijo Alhaji al alejarnos.

Nos pasamos todo el día comprando helados y bebidas Vimto. El helado era difícil de disfrutar porque se derretía demasiado rápido bajo el ardiente sol. Me dedicaba a lamer todo el rato los residuos pegajosos de los codos y los dedos en lugar del cucurucho. Caminamos por el centro de la ciudad, cada vez había más gente y más coches. No conocíamos a nadie y todos parecían tener prisa. Mambu y Alhaji siempre caminaban detrás de mí y me consultaban sobre la dirección que debíamos tomar, cuando parar... Era como si todavía estuviéramos en el frente, y yo fuera el jefe del pelotón.

Era casi de noche y teníamos que volver al centro a tiempo para la cena. Cuando volvíamos a coger el autobús, nos dimos cuenta de que no teníamos dinero suficiente para pagar el billete.

-Podemos sentarnos delante y cuando llegemos a la parada, bajamos y salimos corriendo –dijo Mambu.

Nos sentamos en silencio en el autobús, vigilando al conductor, que cobraba el billete antes de cada parada. Cuando el autobús estaba a punto de llegar a nuestro destino, el conductor pidió que levantara la mano todo el que se iba a bajar. Bajó por el pasillo cobrando el billete. Luego el autobús paró y el

conductor se quedó a la puerta para que no bajara nadie que no hubiera pagado. Me dirigí a él con la mano en el bolsillo, como si fuera a sacar el dinero. Entonces le empujé y nos alejamos corriendo y riendo. Él nos persiguió un poco, pero se rindió enseguida. Aquella noche hablamos a los chicos de los edificios altos de la ciudad, del ruido, de los coches y los mercados. Se emocionaron y desearon ir ellos también, nada más oírlo. El personal no tuvo más remedio que organizar viajes al centro de la ciudad los fines de semana para que no fuéramos solos. Pero para algunos no era suficiente, queríamos ir más de una vez por semana.

No sé qué pasó, pero dejaron de comprarnos el material escolar. Aunque lo ofreciéramos por menos dinero, no encontrábamos comprador. Como no teníamos otro medio de obtener dinero, ya no podíamos ir solos al centro, o tan a menudo como quisiéramos. Además, ir a las clases se convirtió en un requisito de los viajes de fin de semana a la ciudad. Por eso, empezamos a asistir.

Era una escuela informal. En matemáticas, aprendíamos sumas, restas, multiplicaciones y divisiones largas. En inglés, leíamos pasajes de libros, aprendíamos a deletrear palabras y el profesor nos leía historias en voz alta que nosotros describíamos en el cuaderno. Era sólo un intento de refrescar la memoria, según él. No prestábamos mucha atención. Sólo queríamos estar presentes para no perdernos los viajes a la ciudad. Nos peleábamos durante las clases, a veces le clavábamos el lápiz en la mano a alguien. El profesor seguía a lo suyo y acabábamos por dejar de pelear. Entonces nos poníamos a hablar de barcos que habíamos visto en Kuro Bay, o del helicóptero que pasó volando por Lightfoot Boston Street, y al terminar la clase el profesor decía:

-No es culpa vuestra no poder estaros quietos. Ya lo estaréis más adelante. Nos enfadábamos y le tirábamos lápices mientras salía del aula.

Después almorzábamos, y al acabar nos divertíamos jugando al ping-pong o al fútbol. Pero de noche algunos nos despertábamos con pesadillas, sudando, gritando y pegándonos golpes en la cabeza para ahuyentar las imágenes que seguían atormentándonos incluso despiertos. Otros niños intentaban ahogar al que tenían al lado; cuando los separaban, salían corriendo fuera. El personal siempre estaba alerta para controlar estos ataques esporádicos. De todos

modos, cada mañana encontraban a alguno de nosotros escondido entre la hierba del campo de fútbol. Nunca recordábamos cómo habíamos llegado allí.

Tardè varias semanas en volver a dormir otra vez sin medicinas. Pero cuando finalmente lo lograba, me despertaba en menos de una hora. Soñaba que un hombre sin rostro, armado, me ataba y empezaba a cortarme el cuello en zigzag con la hoja de la bayoneta. Sentía el dolor que me producía el cuchillo mientras me rebanaba el cuello. Me despertaba sudando y lanzando puñetazos al aire. Corría al campo de fútbol y allí me balanceaba, abrazándome las piernas con los brazos. Intentaba con todas mis fuerzas pensar en mi infancia, pero no podía. Los recuerdos de la guerra habían formado una barrera que debería romper pensando en algún momento de mi vida anterior.

La estación de lluvias en Sierra Leona dura entre mayo y octubre, y las lluvias más fuertes caen en julio, agosto y septiembre. Mi pelotón había perdido la base donde me había entrenado y durante el tiroteo Moriba murió. Lo dejamos sentado contra la pared, con la sangre saliéndole por la boca, y después no pensamos mucho en él. El luto por los difuntos no formaba parte de la tarea de matar e intentar seguir con vida. Después de eso, vagamos por la selva buscando una nueva base antes de que llegara la estación de las lluvias. Pero no encontramos una a tiempo. La mayoría de los pueblos eran inadecuados porque los habíamos incendiado o porque otro grupo de combatientes los había destruido en algún momento. El teniente estaba muy preocupado, así que anunció que no pararíamos de caminar hasta encontrar una base.

Al principio empezó a llover a ratos. Después se puso a llover continuamente. Nos adentramos en la selva más espesa e intentamos esquivar la lluvia torrencial refugiándonos bajo los árboles grandes, pero llovía tanto que las hojas no contenían el agua. Pasamos semanas caminando por la selva empapada.

Una mañana estaba lloviendo muy fuerte y, de repente, nos vimos en pleno tiroteo. El lanzacohetes que teníamos no explotó al disparar y tuvimos que retirarnos. Los atacantes nos siguieron mucho rato, así que nos reagrupamos de nuevo y el teniente nos dijo que teníamos que contraatacar inmediatamente.

-Nos llevaràn hasta su base –dijo.

Asì que avanzamos hacia ellos. Luchamos todo el dìa, bajo la lluvia. La selva estaba empapada y el agua limpiaba la sangre de las hojas como lavando la superficie, pero los cadáveres se quedaban entre la maleza y la sangre que salìa se quedaba sobre la tierra mojada como si el suelo no deseara absorber màs ese dìa.

Hacia al anochecer, los atacantes empezaron a retirarse. Dejaron a uno de los heridos atrás. Nos lanzamos sobre èl y el teniente le preguntò dònde estaba la base. No contestò y entonces alguien lo arrastrò con una cuerda alrededor del cuello, mientras perseguíamos a los atacantes. No sobrevivió al arrastre. De noche los atacantes dejaron de retroceder. Habían llegado a las afueras de su base y luchaban ferozmente sin rendirse.

-Táctica de atacar y correr kalo kalo –ordenò el teniente.

Formamos dos grupos y lanzamos el ataque. El primer grupo abrìa fuego y fingía retirada. Los atacantes los perseguían, sobrepasando la emboscada formada por el segundo grupo. Nos levantamos silenciosamente y corrimos detrás de los rebeldes, disparándoles por la espalda. Repetimos la táctica toda la noche y los debilitamos gravemente. Por la mañana entramos en el pueblo y matamos al resto de los combatientes, que no habían querido irse. Capturamos a ocho hombres, les atamos las manos y los pies y los dejamos bajo la lluvia.

Había hogueras por el pueblo y mucha leña y comida. Los rebeldes habían hecho acopio para la estación de lluvias, pero ahora èramos nosotros los beneficiarios de la comida y las provisiones. Nos pusimos ropa seca que pudimos encontrar y nos sentamos junto a la hoguera, calentándonos y secándonos los zapatos. Apreté mi rifle y sonreì un segundo, feliz de haber encontrado cobijo. Alargué los pies hacia el fuego para calentarlos y vi que estaban pàlidos y que empezaban a pudrirse.

Llevábamos en el pueblo sòlo unos minutos cuando los rebeldes atacaron de nuevo. No querían ceder tan fácilmente. Nos miramos por encima del fuego y salimos a librarnos de los atacantes para siempre. Luchamos toda la noche y el dìa siguiente. Ningùn bando quería ceder el pueblo al otro, pero al final los matamos a casi todos y capturamos a algunos. Los demás huyeron hacia la selva fría y lluviosa. Estábamos tan enfadados con los prisioneros que no les disparamos sino que decidimos castigarlos severamente.

-Dispararles sería desperdiciar las balas –dijo el teniente.

Así que les dimos palas y a punta de pistola los obligamos a cavar su propia tumba. Nos sentamos dentro de las cabañas fumando marihuana y viéndolos cavar bajo la lluvia. Cada vez que bajaban el ritmo, pegábamos tiros alrededor y volvían a cavar con brío. Cuando terminaron, los atamos y les apuñalamos las piernas con las bayonetas. Algunos gritaron, y nosotros nos reímos y les dimos patadas para que se callaran. Después tiramos uno a uno a cada hoyo, y lo tapamos con barro. Ellos estaban aterrados e intentaron incorporarse y salir del hoyo mientras les echábamos el barro encima, pero cuando vieron las armas apuntando al hoyo, se quedaron quietos mirándonos con sus ojos tristes y pálidos. Forcejearon debajo del barro con todas sus fuerzas. Los oía gruñir debajo, luchando por respirar. Poco a poco se fueron rindiendo y nosotros nos alejamos.

-Al menos están enterrados –dijo uno de los soldados y todos nos reímos.

Yo volví a sonreír cuando regresamos a la hoguera para calentarnos.

Junto al fuego, me di cuenta de que tenía heridas en los brazos, la espalda y los pies. Alhaji me ayudó a curarme con medicinas y vendas que habían dejado los rebeldes. Pero las balas apenas me había rozado la carne. Estaba demasiado drogado y traumatizado para darme cuenta del peligro que había corrido. Me reí mientras Alhaji contaba las heridas que tenía en mi cuerpo.

Por la mañana notaba que algún miembro del personal me envolvía en una manta y me decía:

-No es culpa tuya. Lo superarás.

Después me levantaba y me llevaba de vuelta a la sala.

## 17.

No había estado en el hospital desde hacía meses, cuando la enfermera charlaba con el teniente urbano marica, y ella había dejado de insistir en que volviera a hacerme una revisión. Pero una tarde, durante un partido de pingpon en el que estaba presente todo el personal, sentí que me tocaban el hombro.



Era la enfermera con el uniforme blanco y cofia. Era la primera vez que la miraba directamente. Sus dientes blancos contrastaban con su piel oscura y reluciente, y cuando sonreía la cara no sólo se volvía más hermosa, sino que brillaba por puro encanto. Era alta y tenía unos ojos marrones grandes, amables y comprensivos. Me dio una botella de Coca-Cola.

-Ven a verme cuando te apetezca –dijo, sonriendo, y se marchò.

La botella de Coca-Cola estaba fría y me estremecì. Dejè la sala de juegos con Alhaji y salì fuera sentarme en una piedra a beber el refresco.

-Le gustas –dijo Alhaji, bromeando.

No dije nada.

-¿A ti te gusta o què? –preguntò.

-No lo sè. Es mayor y es nuestra enfermera –dije.

-Eso es que te dan miedo las mujeres –contestò Alhaji.

-No creo que le guste de la manera que piensas. –Mirè a Alhaji, que se reìa.

Cuanto terminamos la botella, Alhaji se fue y yo decidì ir al hospital. Cuando lleguè a la entrada, mirè dentro y vi a la enfermera al teléfono. Me indicò con un gesto que entrara y me sentara. Me sonriò para que viera que se había dado cuenta de mi presencia a pesar de hablar por teléfono. Mirè alrededor y vi un gràfico en la pared con los nombres de los chicos del centro. En recuadros junto a sus nombres había una marca que indicaba que habíamos asistido al menos a una sesión. No había nada junto a mi nombre. La enfermera cogió el gràfico y lo guardò en un cajòn mientras colgaba el teléfono. Acercò la silla a mì y pensé que iba a preguntarme algo sobre la guerra, pero me preguntò tranquilamente:

-¿Còmo te llamas?

Me cogió por sorpresa, porque estaba convencido de que sabìa mi nombre.

-Ya sabes còmo me llamo –dije de mala manera.

-Puede que sì, pero quiero que me lo digas tù –insistiò, abriendo mucho los ojos.

-Vale, vale, Ishmael –dije.

-Un buen nombre. –Y continuò:- Yo me llamo Esther y deberíamos ser amigos.

-¿Estàs segura de que quieres ser amiga mía? –preguntè.

Se lo pensó y después dijo:

-¿Por què no?

Me quedè callado porque no sabìa què decir, pero tampoco confiaba en nadie en ese momento de mi vida. Había aprendido a sobrevivir y cuidar de mi mismo. Había hecho lo mismo casi toda mi corta vida, sin nadie en quien confiar, y francamente, me gustaba estar solo, porque así era más fácil sobrevivir. Personas como el teniente, a quien había obedecido y en quien había confiado, me habían hecho desconfiado, sobre todo de los mayores. Desconfiaba de la intención de la gente. Había llegado a creer que las personas sólo trababan amistad para explotarse mutuamente. Así que no le hice caso y empecè a mirar por la ventana.

-Soy tu enfermera y basta. Si quieres ser mi amigo, tendràs que pedírmelo y primero tendrè que confiar en ti. –dijo. Yo sonreì porque estaba pensando lo mismo. Se quedó perpleja al principio por mi sonrisa. Pero después continuò:- Tienes una sonrisa preciosa, deberías sonreír más a menudo.

Inmediatamente dejè de sonreír y me puse tenso.

-¿Quieres que te traiga algo de la ciudad? –preguntò.

Pero yo no contestè.

-Es todo por hoy –dijo.

Unos días después de la conversación, la enfermera me dio un regalo. Los chicos estaban colocando una red de voleibol en el patio. Alhaji volvió de su sesión en el hospital y me dijo que la enfermera Esther quería que fuera a verla. Yo quería ver el partido, pero Alhaji se puso a tirar de mi y no parò hasta que llegamos a la puerta. Después me empujó dentro, y se fue soltando risitas. Tirado por el suelo, vi a Esther sentada en la mesa, sonriendo.

-Alhaji me dijo que querías verme –dije, poniéndome en pie.

Ella me lanzó un paquete. Lo cogí, preguntándome què sería y por què me lo daba. Ella me miraba, esperando que lo abriera. Cuando lo desenvolví, peguè un salto y la abracè, pero inmediatamente disimulé mi alegría y preguntè severamente:

-¿Por què me das un walkman y una cinta si no somos amigos? ¿Y cómo sabías que me gusta la música rap?

-Siéntate, por favor –dijo, cogiéndome el paquete.

Metió la pila y la cinta en el walkman y me lo devolvió.

Me puse los auriculares y escuché a Run DMC: “it`s like that, and that`s the way it is...” Empecé a balancear la cabeza, y Esther me apartó los auriculares de las orejas y dijo:

-Tengo que examinarte mientras escuchas tu música.

Acepté y me quité la camiseta, subí a una balanza y ella me miró la lengua y usó una linterna para examinarme los ojos... No me importó porque la canción me había transportado y escuchaba atentamente todas las palabras. Pero cuando empezó a examinarme las piernas, y vio las cicatrices de la espinilla, me quitó otra vez los auriculares y me preguntó:

-¿Cómo te hiciste estas cicatrices?

-Heridas de bala –dije como si nada.

Su cara se llenó de pesar y su voz tembló al decir:

-Tienes que contarme lo que pasó para que pueda prescribirte tratamiento.

Al principio me sentía reticente, pero ella me dijo que sólo podría tratarme como es debido si le contaba lo sucedido, especialmente cómo me había curado las heridas de bala. Así que se lo conté no porque me apeteciera, sino porque pensé que si le explicaba algo terrible tendría miedo y no haría más preguntas. Ella escuchó atentamente desde que empecé a hablar. Tenía los ojos fijos en mí y yo bajé la cabeza sumergiéndome en mi pasado reciente.

Durante la segunda estación de lluvias de mis años de guerra, el suministro de munición y alimentos disminuyó. Así que, como de costumbre, decidimos atacar. Primero, fui con mi pelotón a espiar un pueblo. Lo vigilamos durante todo el día vimos que eran más que nosotros y que estaban bien pertrechados y con armamento más nuevo. No estoy seguro de que fueran rebeldes, porque tenían menos niños que otros que habíamos atacado. La mitad llevaba uniformes militares, y la otra mitad, ropa normal. Volvimos a la base e informé al teniente de los hallazgos del pelotón. Salimos inmediatamente hacia el pueblo, que estaba a unos tres días a pie. El plan era asegurar el pueblo, quedarse allí y constituir una nueva base en lugar de llevarse los suministros.

Dejamos a dos hombres atrás custodiando la base. Salimos del pueblo cuando ya había oscurecido, alternando el paso rápido con la carrera toda la noche. Durante aquellos tres días, paramos una vez al día a comer, beber y tomar drogas. Llevábamos encima todas las municiones, armas y ametralladoras semiautomáticas. Cada uno tenía dos armas, una atada a la espalda y la otra en la mano. La mañana del tercer día, el teniente nos hizo descansar más que en los días anteriores. Después, caminamos todo el día y parte del anochecer hasta que vislumbramos el pueblo.

Había mangos, naranjos y guayabos, y parecía que hubiera sido una plantación. Lo rodeamos y esperamos la orden del teniente. Mientras estábamos emboscados, empezamos a darnos cuenta de que el lugar estaba vacío. Yo estaba echado junto al teniente, que me miró con expresión desconcertada. Le susurré que el pueblo estaba lleno de hombres armados hacía sólo unos días, aunque pareciera desierto. Seguimos observando, y un perro cruzó el pueblo por el sendero ladrando. Una hora después, cinco hombres armados entraron en el pueblo. Cogieron cubos del porche de una de las casas y se fueron al río. Empezábamos a sospechar que algo no iba bien cuando dispararon un tiro por detrás. Ya estaba claro: nos habían tendido una trampa. Los atacantes querían empujarnos hacia el pueblo para tenernos a campo abierto.

Intercambiamos tiros toda la noche hasta que rompió el día, momento en el que no tuvimos otro remedio que refugiarnos en el pueblo tal como ellos querían. Ya habíamos perdido cinco hombres, y los rebeldes ponían en peligro al resto. Estaban apostados en los mangos, los naranjos y los guayabos, preparados para lanzar una lluvia de balas sobre nosotros. Mi pelotón se dispersó, corriendo de un extremo a otro del pueblo, agachándose detrás de las casas. Teníamos que salir de allí antes de que fuera demasiado tarde, pero primero había que deshacerse de los tiradores de los árboles, y lo hicimos rociando las ramas de balas para hacer caer a los rebeldes. A los que no murieron inmediatamente los rematamos antes de que cayeran al suelo. Para evitar el campo abierto y reagruparnos en la selva, teníamos que abrir un claro para cruzar. Había demasiado riesgo de fuego alrededor. Así que concentramos el nuestro en una zona hasta que los matamos a todos. En cuanto tuvimos tiempo de reagruparnos, el teniente volvió a hacer un pequeño discurso sobre

la importancia de luchar ferozmente para capturar un pueblo, o nos veríamos obligados a deambular por la selva para buscar una base.

Algunos estaban heridos, pero no tan gravemente que no pudieran combatir; otros, como yo, tenían muchas heridas de bala, pero las ignoraban. Nuestro primer contraataque tenía el objetivo de apoderarse de la munición de los muertos. A continuación, lanzamos un segundo ataque brutal para obtener el control del pueblo. Durante más de veinticuatro horas nos retiramos y atacamos, utilizando las armas y la munición de los que habíamos matado. Por fin, nos pareció que habíamos vencido a nuestros rivales. No se oían tiros. Los matorrales detrás de los mangos estaban inmóviles. Parecía que el pueblo fuera nuestro.

Estaba llenando mi mochila de munición de una cabaña cuando empezaron a llover balas otra vez sobre el pueblo. Me dieron tres veces en el pie izquierdo. Las primeras dos balas entraron y salieron, y la última se quedó dentro. No podía caminar, de modo que me eché al suelo y disparé contra la maleza de donde habían salido los tiros. Disparé todo el cargador en aquella zona. Recuerdo que sentí un cosquilleo en la columna, pero estaba demasiado drogado para sentir dolor, aunque el pie ya había empezado a hincharse. El sargento médico del pelotón me arrastró dentro de una de las casas e intentó extraerme la bala. Cada vez que levantaba las manos sobre mi herida, veía correr la sangre entre sus dedos. De vez en cuando me frotaba la frente con un trapo mojado. Empezaba a sentir los ojos pesados y me desmayé.

No sé qué ocurrió, pero cuando me desperté al día siguiente me sentía como si tuviera clavos en los huesos del pie y me hubieran cincelado las venas. Tenía tanto dolor que no era capaz de gritar, sólo se me saltaban las lágrimas. Veía borroso el techo de la cabaña en que estaba. Me esforcé por enfocar mi entorno. El tiroteo había cesado y el pueblo estaba en silencio, así que di por supuesto que habían ahuyentado definitivamente a los atacantes. Por un momento me sentí aliviado, pero el dolor en el pie volvió, tensándome todas las venas del cuerpo. Apreté los labios, cerré los pesados párpados y me agarré con fuerza al borde de la cama de madera. Oí pasos que entraban en la casa. Se colocaron junto a mi cama, y en cuanto empezaron a hablar reconocí sus voces.

-El chico sufre, pero no tengo medicinas para aliviarle el dolor. Lo tengo todo en la otra base. –El sargento mèdico suspirò y continuò-: Si mandamos a alguien tardarà seis días en ir y volver. Ya habrá muerto de dolor para entonces.

-Entonces tenemos que mandarlo a la otra base. De todos modos, necesitamos provisiones de allí. Haz lo que puedas para que el chico siga con vida –dijo el teniente y se marchò.

-Sì, señor –dijo el sargento mèdico y suspirò aùn màs.

Abri los ojos lentamente, y esta vez lo vi con claridad. Le mirè la cara sudorosa e intentè sonreír un poco. Tras oír lo que había dicho, me jurè a mì mismo que lucharìa con todas mis fuerzas y haría lo que fuera por mi pelotón cuando el pie se me hubiera curado.

-Te aliviaremos, chico. Aguanta un poco y sè fuerte –dijo el sargento mèdico amablemente, sentándose en mi cama para examinarme la pierna.

-Sì, señor –dije, e intentè levatar la mano para saludarle, pero èl me la bajò suavemente.

Entraron dos soldados en la casa, y dijeron al sargento que el teniente los había mandado para ayudar a trasladarme a la antigua base. Me levantaron de la cama, me colocaron en una litera y me llevaron fuera. Al principio el sol me cegò y cuando me sacaban del pueblo las copas de los àrboles empezaron a dar vueltas. Me pareció que el viaje duraba un mes. Me desmayè y me despertè muchas veces, y cada vez que abría los ojos, parecía que las voces de los que me transportaban se desvanecieran en la distancia.

Finalmente, llegamos a la base y el sargento mèdico se puso manos a la obra conmigo. Me inyectaron algo. No tenía ni idea que de tuviéramos inyecciones en la base, pero en mi estado no podía preguntar què estaba ocurriendo. Me dieron cocaína, que estaba pidiendo desesperadamente. El mèdico se puso a operarme en cuanto las drogas hicieron efecto. Los demás soldados me cogieron de las manos y me metieron un trapo en la boca. El mèdico metió unas tijeras de aspecto tortuoso en la herida y hurgò buscando la bala. Sentía el metal dentro de mì. Todo mi cuerpo estaba tenso por el dolor. Los huesos me dolían. Justo cuando pensaba que no podía màs, el mèdico sacò la bala de golpe. Un dolor punzante me recorrió la columna desde la cintura a la nuca y me desmayè.

Cuando recuperè la conciencia, era la mañana del día siguiente y las drogas habían hecho efecto. Mirè alrededor, y vi en la mesa unos instrumentos que habían usado para mi operación. Junto a ellos había un trapo empapado en sangre y me preguntè cuánta habría perdido. Alarguè las manos hacia el pie y palpè el vendaje, me levantè y salì cojeando fuera, donde algunos soldados y el sargento estaban sentados.

-¿Dònde està mi arma? –preguntè.

El sargento me dio la G3, que estaba sobre el mortero, y me puse a limpiarlo. Disparè un par de rondas sentado contra una pared, sin hacer caso del vendaje del pie ni de nadie. Fumè marihuana, comì y esnifè cocaína y Brown Brown. Eso fue lo único que hice durante tres días hasta que nos marchamos hasta la nueva base que habíamos capturado. Antes de marcharnos, rociamos los techos de las casas con queroseno, les prendimos fuego con cerillas y disparamos un par de cohetes contra las paredes. Siempre destruìamos las bases que abandonábamos para que otras patrullas no pudieran aprovecharlas. Dos soldados me transportaron en la hamaca, pero esta vez tenía mi arma y miraba a izquierda y derecha mientras cruzábamos la selva por el sendero.

En la nueva base, descansè tres semanas y nombrè a Alhaji jefe de mi pelotón expedicionario. Matè el tiempo drogándome y limpiando el arma. El sargento mèdico me curaba las heridas y me decía:

-Eres afortunado.

En aquel entonces, no me sentía afortunado. Creìa que era fuerte y que sabìa luchar. Poco sabìa que sobrevivir a una guerra como aquella o a cualquier otra no es cuestión de estar bien entrenado o ser valiente. Pero aquello me hacìa sentirme inmune a la muerte.

Pasadas las tres semanas, llegó el grupo de atacantes; el teniente sabìa que vendrían. Me apretè el vendaje sobre el pie, cogì mi arma y seguì a mi pelotón para emboscar a los atacantes antes de que se acercaran al pueblo. Los matamos a casi todos y capturamos a algunos que llevamos a la base.

-Èstos son los responsables de tus heridas. Ahora nos aseguraremos de que no vuelvan a disparar, ni a ti ni a tus compañeros.

El teniente apuntò a los prisioneros. No estaba seguro de que alguno de aquellos cautivos fuera el tirador, pero en aquel momento cualquiera me servìa. Estaban todos en fila, eran seis, con las manos atadas. Les disparè a los pies y los

vi sufrir un día entero hasta que los rematè de un tiro en la cabeza para que dejaran de gritar. Al apuntar a cada uno, lo mirè y vi còmo sus ojos abandonaban toda esperanza y se calmaban hasta que apretaba el gatillo. Sus ojos sombrìos me irritaban.

Cuando terminè de contàselo a Esther, ella tenía làgrimas en los ojos y dudaba entre acariciarme la cabeza o darme un abrazo. Al final no hizo nada, pero dijo:

-Nada de lo que sucedió fue culpa tuya. Sòlo eras un niño, y siempre que quieras contarme algo, estoy dispuesta a escucharte.

Se quedó mirándome, intentando establecer contacto conmigo para convencerme de lo que había dicho. Me enfadè y me arrepentí de haber hablado con un civil de mi experiencia. Odiaba lo de “no es culpa tuya” que todo el personal repetía cada vez que alguien hablaba de la guerra.

Me levantè, y mientras salía del hospital, Esther dijo:

-Te concertarè una visita al hospital de Connaught –callò un momento, y continuò-: Dèjame el walkman. No quiero que los demás tengan envidia y te lo roben. Estarè aquí todos los días, así que puedes venir a escucharlo cuando quieras.

Le lancè el walkman y me marchè, tapándome los oídos con los dedos para no oírle decir: no fue culpa tuya.

Aquella noche, sentado en el porche escuchando a los chicos que comentaban el partido de voleibol que me había perdido, intentè pensar en los días de mi infancia, pero me fue imposible, porque me venían imágenes de la primera vez que cortè la garganta a un hombre. La escena se empeñaba en salir a la superficie de mi memoria como un relámpago en una noche lluviosa y oscura, y cada vez que me sucedìa, sentía un dolor punzante en la cabeza que me dejaba la columna resentida.

Entrè y me sentè en la cama mirando la pared para intentar dejar de pensar, pero aquella noche tuve una jaqueca muy fuerte. Me frotè la cabeza contra el suelo frìo de cemento, pero no dio resultado. Fui a las duchas y la puse bajo el agua fría, pero tampoco sirvió de nada. El dolor se hizo tan intenso que no podía ni caminar. Empecè a gritar. Llamaron a la enfermera de noche. Me dio



unas pastillas para dormir, pero no pude conciliar el sueño, ni siquiera cuando se me pasó la jaqueca. No era capaz de afrontar las pesadillas que tendría.

Esther me hizo contarle alguno de mis sueños. Se limitaba a escucharme en silencio. Si quería decir algo, primero preguntaba:

-¿Quieres que diga algo?

Generalmente le decía que no y le pedía el walkman.

Una tarde que no le tocaba trabajar, Esther se presentó en el centro con una falda vaquera en lugar del uniforme blanco habitual. Vino en un Toyota blanco con dos hombres. Uno era el chófer y el otro un trabajador de campo de Children Associated with the War (CAW), una organización católica que trabajaba con UNICEF y algunas ONG que fundaban centros como el nuestro.

-Vamos al hospital para que te examinen y después daremos un paseo por la ciudad –dijo ilusionada-. ¿Qué te parece? –me preguntó.

-Bien –acepté. Siempre me apetecía ir a la ciudad-. ¿Puede venir también mi amigo Alhaji? –pregunté.

-Claro –dijo, como si ya supiera lo que le pediría.

De camino a Freetown, el trabajador de campo se presentó.

-Me llamo Leslie y es un placer conoceros.

Se volvió y nos estrechó la mano. Volvió a acomodarse y nos miró por el retrovisor. Esther iba sentada entre Alhaji y yo, en el asiento trasero. Nos hizo cosquillas y de vez en cuando nos echaba el brazo por el hombro. Yo me resistía a sus muestras de afecto y entonces ella seguía sólo con Alhaji. Yo apartaba la mirada, pero ella me daba un pequeño codazo y volvía a pasarme el brazo por encima.

En el centro de la ciudad, nos indicó dónde estaban la oficina de correos, tiendas, la sede de Naciones Unidas y el Cotton Tree. En Wallace Johnson Street, los tenderos ponían la música alta y tocaban campanas para atraer a los clientes. Niños y niñas transportaban neveras sobre la cabeza gritando: Hielo, hielo..., cerveza fría... La ciudad me asombraba siempre, con tanta gente atareada de un lado a otro y los ruidosos tenderos con su peculiar sonido. Estaba mirando a uno que tocaba la campana y lanzaba por los aires ropa de segunda mano para atraer a los transeúntes, cuando el coche se detuvo en el hospital donde iban a examinarme.

El doctor me preguntaba continuamente: ¿te duele?, y mientras me tocaba y apretaba las heridas. Empezaba a angustiarme cuando dijo que había terminado. Me vestí y fui a la sala donde Esther, Leslie y Alhaji me esperaban. Sonreían y Esther se levantó y me tiró de la nariz para animarme. Fuimos paseando al mercado por el que habíamos pasado en coche. Me pasé casi todo el rato mirando una fila de cintas en un puesto. Esther y Alhaji miraban camisetas de fútbol, y ella le compró una. Leslie me compró una cinta de Bob Marley. Era el álbum Exodus. Yo había crecido con la música reggae, pero hacía tiempo que no la oía. Mirando la cinta e intentando recordar las letras, empecé a dolerme la cabeza. Esther debió notar lo que me sucedía, porque me quitó la cinta y se la guardó en el bolso.

-¿Quièn quiere una Coca-Cola? –preguntò.

Yo estaba emocionado y corrí al puesto. Nos compró una para cada uno. Estaba fría y me hizo cosquillas en los dientes. La saboreé de camino al centro. Estuve animado y sonriente todo el rato.

Leslie aprovechó la ocasión para decirme que lo habían asignado para ocuparse de mí y algunos chicos más. Se iba a ocupar de encontrarme un lugar donde vivir cuando hubiera terminado la rehabilitación.

-Si alguna vez necesitas hablar conmigo, ve al despacho de Esther y ella me llamarà, ¿entendido?

Asentí con la cabeza, con la Coca-Cola en la boca.

Antes de irse a casa en el coche aquella noche, Esther me llevó aparte y se agachó, mirándome a los ojos. Yo evité su mirada, pero ella no se desanimó y dijo:

-Te guardaré la cinta de Bob Marley y te la traeré mañana. Ven a escucharla.

Subió al coche y se despidió con la mano. Alhaji ya se había puesto la camiseta y corría como si jugara al fútbol. Cuando llegamos al porche, todos se maravillaron con la camiseta nueva de Alhaji. Era verde, blanca y azul, los colores de la bandera nacional, y llevaba el número 11 a la espalda. Alhaji se paseó por el porche pavoneándose. Por fin se detuvo y anunció:

-Conozco la ciudad como la palma de mi mano. Sé dónde conseguir cosas.

Llevó la camiseta casi una semana sin quitársela salvo para ducharse, porque sabía que alguien intentaría robársela. Empezó a hacer negocio con ella.

La prestaba a los chicos por unas horas a cambio de pasta de dientes, jabòn, comida del almuerzo y cosas así. Al final de la semana, tenía pasta de dientes en abundancia, y otros artículos que vendió en el mercado que había cerca del centro.

El día después de la visita a la ciudad, fui al hospital inmediatamente después de clase y esperè a Esther. Se sorprendió al verme esperándola en los escalones. Me acarició la cabeza y dijo:

-Tengo buenas noticias. Han llegado los resultados de las pruebas. El mèdico dice que no tienes nada grave. Sòlo tienes que procurar tomar unas medicinas y dentro de unos meses te harán una revisión.

Abrió la puerta y la seguì sin decir palabra. Ya sabìa lo que querìa. Me dio la cinta de Bob Marley y el walkman, junto con un cuadernoy un bolígrafo muy bonitos.

-Apunta la letra de las canciones que te gusten en el cuaderno y aprenderemos a cantarlas juntos, si te apetece.

Se fue a hablar por teléfono.

¿Còmo sabìa que me gustaba apuntar la letra de las canciones? Pensé, pero no lo preguntè. Tras terminar la rehabilitación, supe que Esther sabìa todo eso a través de la informal escolarización del centro. En las breves clases a las que asistíamos, nos habían hecho rellenar cuestionarios a modo de exámenes. Las preguntas eran generales al principio. No provocaban duros recuerdos. ¿Què clase de música te gusta? ¿Te gusta la música reggae? En caso afirmativo, ¿quien te gusta? ¿Por què escuchas música? Èsta era la clase de preguntas de las que hablábamos en clase o a las que respondíamos brevemente por escrito. Después daban nuestras respuestas a las enfermeras o a quien estuviera a cargo de las sesiones individuales de asesoramiento.

Empecè a esperar con anhelo la llegada de Esther por la tarde. Le cantaba los fragmentos de las canciones que había memorizado aquel día. Memorizar letras me dejaba poco tiempo para pensar en lo que había pasado durante la guerra. A medida que tomaba confianza con Esther, le hablè sobre todo de las letras de Bob Marley y de Run DMC. Ella básicamente escuchaba. Dos veces a la semana venìa Leslie y repasaba las letras conmigo. Le encantaba contarme la historia del rastafarianismo. A mì me chiflaba la historia de Etiopìa y el

encuentro entre la reina de Saba y el rey Salomòn. Me sentía identificado con la larga distancia que habían recorrido y su determinación para llegar a su destino. Deseaba que mi viaje hubiera estado tan lleno de contenido y alegría como el suyo.

Sucedió una noche después de dormirme leyendo la letra de una canción. Hacía meses que no dormía bien, y hasta entonces había logrado evitar las pesadillas manteniéndome ocupado día y noche a base de escuchar y escribir letras de las canciones de Bob Marley. Pero aquella noche tuve una pesadilla diferente de las anteriores. Empezaba bañándome en un río, en Mattru Jong, con mi hermano Junior. Nos zambullíamos hasta el fondo y sacábamos ostras. Las colocábamos sobre una roca y volvíamos a zambullirnos hasta el fondo. Competíamos entre nosotros. Al final Junior había sacado más ostras que yo. Volvimos corriendo a casa para cenar, echando una carrera.

Cuando llegamos, la comida estaba en los cazos, pero no había nadie. Me volvía a preguntarle a mi hermano qué pasaba, pero se había ido. Me encontraba solo y estaba oscuro. Busqué una lámpara y la encontré, pero tenía miedo. Me sudaba la frente. Llevé la lámpara a la sala, donde había una caja de cerillas sobre la mesa. Encendí la lámpara, y en cuanto la habitación se iluminaba, veía hombres de pie por todas partes. Me habían rodeado en la oscuridad. Les veía el cuerpo, pero no la cara, que era más oscura, como si fueran seres andantes sin cabeza. Algunos iban descalzos, y otros llevaban botas del ejército. Todos llevaban pistolas y cuchillos. Empezaron a disparar, acuchillar y cortarse el cuello unos a otros. Se levantaban y se volvían a matar. Su sangre empezó a llenar la habitación, subiendo como una rápida marea. Gemían, provocándome una inmensa angustia. Me tapé los oídos para no oírlos, pero empezaba a sentir su dolor. Cada vez que se acuchillaba a uno, lo sentía más intensamente; vi que la sangre brotaba de mi cuerpo como del de la víctima. Me eché a llorar viendo cómo la habitación se llenaba de sangre. Los hombres desaparecieron y la puerta se abrió inmediatamente, dejando salir la sangre como un torrente. Salí fuera con la sangre alrededor, y vi a mi madre, mi padre, mi hermano mayor y mi hermano pequeño. Me sonreían como si nada hubiera ocurrido, como si hubiéramos estado juntos todo el tiempo.

-Siéntate, liante –decía mi padre.

-No le hagas caso –dijo mi madre.

Me sentè mirando a mi padre, pero no podía comer con ellos. Tenía el cuerpo entumecido y mi familia no parecía darse cuenta de que estaba cubierto de sangre. Empezaba a llover y mi familia corría a refugiarse en casa, y me dejaba solo fuera. Me quedaba un rato bajo la lluvia, dejando que el agua me enjugara la frente. Me levantaba para entrar en casa, pero ya no estaba. Había desaparecido.

Estaba mirando desorientado a mi alrededor cuando me despertè del sueño.

Me había caído de la cama.

Me levantè, salí fuera y me sentè en el porche mirando la noche. Seguía desorientado porque no sabía a ciencia cierta si había estado soñando. Era la primera vez que soñaba con mi familia desde que había empezado a huir de la guerra.

La tarde siguiente fui a ver a Esther y ella se dio cuenta de que algo me preocupaba.

-¿Quieres echarte? –me preguntò casi en un susurro.

-He tenido un sueño esta noche. No sè còmo interpretarlo –dije, sin mirarla.

Se acercò, se sentò a mi lado y preguntò:

-¿Te apetece contármelo?

No le contestè.

-Puedes hablar en voz alta como si yo no estuviera. No dirè nada. Sòlo si me lo pides.

Se quedó en silencio a mi lado. El silencio durò un buen rato, pero por alguna razón empecè a contarle el sueño.

Al principio, se limitò a escucharme, y después empezó a hacerme preguntas para hacerme hablar de la vida que llevaba antes y durante la guerra.

-Nada de eso es culpa tuya –decía siempre con firmeza al final de todas las conversaciones.

A pesar de que había oído esa frase a todos los miembros del personal –y francamente la odiaba- aquel día empecè a creèrmela. Era el tono de sinceridad de Esther lo que hizo que penetrara por fin en mi cabeza y mi corazón. Eso no

me hizo inmune a la culpa que sentía por todo lo que había hecho. Sin embargo, aliviaba la carga de mis recuerdos y me daba fuerzas para pensar en las cosas. Cuanto más hablaba de mis experiencias con Esther, más me angustiaban los detalles horribles, aunque procurara disimularlo. No confiaba por completo en ella. Me gustaba hablarle porque no me juzgaba por lo que había hecho. Me miraba con los mismos ojos comprensivos y la misma sonrisa amable que me decía que era sólo un niño.

Una noche me llevó a su casa y me preparó la cena. Después de cenar fuimos a dar un paseo por la ciudad. Fuimos al muelle, al final de Rawdon Street. Aquella noche había luna y nos sentamos en el malecón y la contemplamos. Le hablé a Esther de las formas que solía ver en ella cuando era pequeño. Se quedó fascinada. La contemplamos y nos describimos las formas que veíamos. Vi a la mujer acunando a su bebé, como siempre. De vuelta a casa, dejé de mirar las luces de la ciudad. Miré al cielo y sentí que la luna nos seguía.

Cuando era niño, mi abuela me dijo que el cielo habla a los que miran y escuchan.

-En el cielo siempre hay respuestas y explicaciones para todo: cada dolor, cada sufrimiento, alegría y confusión –dijo.

Aquella noche deseaba que el cielo me hablara.

## 18.

Un día del primer mes en Benin Home, estaba sentado sobre una piedra detrás del aula cuando vi llegar a Esther. Se sentó a mi lado sin decir palabra. Llevaba mi cuaderno de letras de canciones en la mano.

-Me siento como si no tuviera nada por lo que vivir –dije lentamente-. No tengo familia. Estoy solo. Nadie podrá contarme historias de mi infancia. –Sorbí por la nariz.

Esther me rodeó con el brazo y me acercó a ella. Me sacudió un poco para llamar mi atención antes de hablar.

-Piensa en mí como tu familia, como una hermana.

-Pero yo no tenía hermanas –contesté.

-Bueno, pues ahora tienes una. Mira, eso es lo bonito de empezar una nueva familia. Puedes tener parientes diferentes. –Me mirò directamente, esperando que dijera algo.

-Vale, seràs mi hermana, temporalmente. –Puse énfasis en la última palabra.

-Me parece muy bien. Ven a ver a tu hermana temporal mañana, por favor. –Se tapò la cara como si fuera a ponerse triste si le dijera que no.

-Vale, vale, no te pongas triste –dije, y los dos nos reimos.

La risa de Esther siempre me recordaba a Abigail, una chica que había frecuentado durante mis dos primeros semestres de la escuela secundaria de Bo Town. A veces deseaba que Esther fuera Abigail, para poder hablar sobre los viejos tiempos de antes de la guerra. Querìa reirme con ella a carcajadas, sin preocupaciones, como con Abigail, y ya no era capaz. Al final de cada rsa siempre me quedaba una sensación de tristeza que no podía eludir.

A veces miraba a Esther mientras se ocupaba del papeleo. Siempre que notaba mis ojos escrutándole la cara, me lanzaba un papel arrugado, sin mirarme. Yo sonreía, y me lo guardaba en el bolsillo, como si fuera una nota que me hubiera escrito.

Aquella tarde, cuando se fue, se volvió varias veces para despedirse con la mano, hasta que desapareció detrás de una de las salas. Le sonreì y olvidè mi soledad durante un buen rato.

Al día siguiente, Esther me dijo que vendrían visitantes al centro. El personal había pedido a los chicos que hicieran una función. Básicamente cada uno debía hacer algo en lo que fuera bueno.

-Tù puedes cantar canciones reggae –me propuso Esther.

-¿Què te parece un monòlogo de Shakespeare? –preguntè.

-De acuerdo, pero sigo pensando que deberias hacer algo de música. –Me rodeò con los brazos.

Le había tomado mucho cariño a Esther, pero me negaba a demostrarlo.

Cada vez que me abrazaba, me apartaba. Sin embargo, cuando se marchaba, la seguía con la mirada. Tenía una forma de caminar única y elegante. Era como si navegara por la tierra. Siempre iba a verla después de

clase y le contaba cómo me había ido el día. Mis amigos Mambu y Alhaji se reían de mí.

-Tu novia ha llegado, Ishmael. ¿Te veremos en algún momento esta tarde?

Una tarde llegaron al centro unos visitantes de la Unión Europea, las Naciones Unidas, UNICEF y varias ONG en un convoy de coches. Llevaban traje y corbata y se estrecharon la mano; luego se pusieron a pasear por el centro. Algunos chicos les siguieron, pero yo me senté en el porche con Mambu. Los visitantes sonreían, a veces se ajustaban la corbata o tomaban notas en los sujetapapeles que llevaban. Algunos miraron donde dormíamos, y otros se quitaron la americana y jugaron un partido de lucha o a tirar de la cuerda con los chicos. Después fueron acompañados al comedor, que se había preparado para la función. El señor Kamara, el director del centro, dio un pequeño discurso, y los chicos empezaron a narrar historias de arañas y monstruos y a ejecutar danzas tribales. Yo leí un monólogo de Julio César e interpreté una pieza de hip-hop sobre la redención de un niño soldado, que había escrito con la ayuda de Esther.

Después de esto, me hice famoso en el centro. El señor Kamara me llamó a su despacho una mañana y dijo:

-Tus amigos y tú causasteis una gran impresión a los visitantes. Ahora saben que vuestra rehabilitación es posible.

Yo simplemente era feliz de haber podido volver a interpretar en paz, pero el señor Kamara estaba eufórico.

-¿Te gustaría ser el portavoz del centro? –preguntó.

-¡Vaya! ¿Qué tendría que hacer o decir? –contesté dudoso.

Empezaba a pensar que el asunto estaba tomando una importancia desproporcionada.

-Bien, para empezar, si hay algún acto sobre el tema de los niños soldados, te escribiremos algo para que lo leas. Cuando tengas un poco de práctica, te dedicarás a escribir tú mismo los discursos o lo que tú quieras.

La expresión seria del señor Kamara me dio a entender que no bromeaba. No más de una semana después, ya hablaba en reuniones en Freetown sobre los niños soldados y la importancia de ponerle fin a su reclutamiento.

-Podemos rehabilitarnos –decía yo, y me ponía a mí mismo como ejemplo.



Siempre decía que creía que los niños tenían la capacidad de superar el sufrimiento si se les daba una oportunidad.

Estábamos llegando al final de los seis meses cuando mi amigo de la infancia Mohamed llegó al centro. La última vez que lo había visto fue al irme de Mogbwemo con Talloi y Junior para actuar en Mattru Jong.

Aquel día no pudo venir con nosotros, se quedó ayudando a su padre en la cocina. A menudo me había preguntado qué habría sido de él, pero nunca pensé que volvería a verlo. Yo volvía de una reunión en la escuela secundaria de St. Edwards aquella noche cuando vi a un chico de piel clara y delgado, con los pómulos marcados, sentado solo en el porche. Me sonaba, pero no estaba seguro de conocerlo. Al acercarme, se levantó de un salto.

-¡Eh!, ¿no te acuerdas de mí? –exclamó, y empezó a saltar y cantar Here Comes the Hammer.

Me uní a él e hicimos algunos pasos que habíamos aprendido juntos para bailar en grupo aquella canción. Chocamos las manos y nos abrazamos. Seguía siendo más alto que yo. Nos sentamos en el porche y comentamos un rato los recuerdos de la infancia.

-A veces pienso en los buenos tiempos que pasamos bailando en los concursos, ensayando bailes nuevos, jugando a fútbol hasta que no veíamos el balón... Ahora parece que todo eso pasó hace muchísimo tiempo. Es raro –dijo, sin mirarme.

-Ya, sí que lo es –dije.

-Tú eras un liante –me recordó.

-Ya, es verdad –dije.

Al principio de mi séptimo mes en el centro de rehabilitación, Leslie vino a hablar conmigo. Me llevaron a una habitación del hospital donde me estaba esperando. Cuando entré en la sala, se levantó para saludarme. Su rostro mostraba al mismo tiempo pena y alegría. No pude evitar preguntarle qué pasaba.

-¿Te encuentras bien?. –Lo miré fijamente.

-Sí. –Se rascó la cabeza y murmuró algo para sí-. Siento volver a sacar el tema. Sé que te angustia, pero tengo que ser sincero contigo –dijo. Se puso a

pasear por la habitación y empezó-: No hemos podido localizar a ningún familiar tuyo cercano, así que tendremos que buscarte una familia de acogida en la ciudad. Espero que te parezca bien. Me encargaré de ver cómo te va en tu nueva vida. –Se sentó y sin dejar de mirarme, preguntó-: Bueno, ¿tienes algo que decir?

-Sí, creo que sí –dije.

Le expliqué que antes de la guerra mi padre me hablaba de un tío que vivía en la ciudad. No sabía ni cómo era, y mucho menos dónde vivía.

-¿Cómo se llama? –preguntó Leslie.

-Se llama Tommy y mi padre me dijo que era carpintero –contesté.

Leslie apuntó el nombre de mi misterioso tío en el cuaderno. Cuando terminó de escribir, dijo:

-No prometo nada, pero lo investigaré. Pronto te diré algo. –Calló, me dio una palmadita en el hombro y continuó-: Me han dicho que te va de maravilla. Sigue así.

Salió de la habitación. No contaba con que pudieran localizar a mi tío en una ciudad tan grande, y menos con la poca información que le había dado. Salí y fui a ver a Esther al otro extremo del edificio. Estaba ocupada guardando los nuevos suministros de vendas y medicinas en los armarios. En cuanto notó que estaba en el umbral, sonrió, pero siguió haciendo su trabajo. Me senté y esperé a que terminara.

-¿Cómo ha ido la reunión con Leslie? –preguntó mientras colocaba la última caja de medicinas.

Le conté todo lo que me había dicho, y acabé comunicándole mi escepticismo de que Leslie fuera capaz de localizar a mi tío. Me escuchó con atención y me dijo:

-Nunca se sabe. Podría ser que lo encontrara.

Un sábado por la tarde, mientras hablaba con Esther y Mohamed, entró Leslie, sonriendo de oreja a oreja. Me imaginé que me había encontrado un hogar de acogida y estaba a punto de ser repatriado, el término utilizado para describir el proceso de reunificación de los ex niños soldados con sus comunidades de origen.

-¿Cuál es la buena noticia? –preguntó Esther.

Leslie notò mi cara de curiosidad y después volvió atrás y abrió la puerta. Entrò un hombre alto que sonreía de una forma generosa y sincera, como un niño. Sus manos eran largas y me mirò directamente, sonriendo. No tenía la piel clara como mi padre.

-Èste es tu tìo –anunciò Leslie, encantado.

-¿Còmo estàs, Ishmael? –dijo el hombre, y se acercò a donde yo estaba sentado.

Se inclinò y me abrazò con fuerza un buen rato. Dejè los brazos inertes a los lados.

¿Y si es sòlo un hombre que finge ser mi tìo?, pensé. El hombre me soltò. Lloraba, y entonces empecè a creerme que fuera de la familia, porque su llanto era sincero y los hombres de mi cultura casi nunca lloran.

Se puso en cuclillas a mi lado y dijo:

-Siento no haber venido a verte en estos años. Me gustaría haberte conocido antes. Pero ya no podemos volver atrás. Debemos empezar desde aquí. Siento mucho tu pèrdida. Leslie me lo ha contado todo. –Mirò a Leslie con agradecimiento y continuò-: En cuanto termines aquí, puedes venir a vivir conmigo. Eres mi hijo. No tengo mucho, pero te darè un lugar donde dormir, comida y afecto. –Me rodeò con los brazos.

Nadie me llamaba hijo desde hacìa mucho tiempo. No supe què decir. Parecìa que todos esperaban mi respuesta. Me volví hacia mi tìo, le sonreì y le dije:

-Gracias por venir a verme. Te agradezco mucho que me ofrezcas vivir contigo, pero ni siquiera te conozco. –Bajè la cabeza.

-Como he dicho, no podemos volver atrás. Pero podemos empezar a partir de aquí. Soy tu familia y eso es suficiente para que empecemos a gustarnos –contestò, acariciándome la cabeza y riendo.

Me levantè y abracè a mi tìo, y èl me abrazò con màs fuerza que la primera vez y me besò en la frente. Estuvimos un momento en silencio hasta que hablò de nuevo.

-No puedo quedarme mucho rato, tengo que terminar un trabajo al otro lado de la ciudad. Pero a partir de ahora, te visitarè todos los fines de semana. Y si te parece bien, me gustaría que vinieras a casa conmigo algùn dìa, pera que veas donde vivo y para conocer a mi esposa y mis hijos, a tu familia.

A mi tío le temblaba la voz e intentaba contener los sollozos. Me acariciò la cabeza con una mano y estrechò la de Leslie con la otra.

-Señor, a partir de ahora, le informaremos de còmo le van las cosas a este jovencito –dijo Leslie.

-Gracias –contestò mi tío.

Me cogió de la mano y fuimos hacia la furgoneta en que habían venido. Antes de subir, me abrazò de nuevo y dijo:

-Te pareces a tu padre, y me recuerdas a èl a tu edad. Espero que no seas tan terco. –Se riò y yo también.

Esther, Mohamed y yo lo despedimos con la mano.

-Parece simpático –dijo Esther cuando la furgoneta desapareció de nuestra vista.

-Felicidades, chico, tienes un familiar en la ciudad, lejos de la locura –dijo Mohamed.

-Supongo –dije.

Pero no sabìa què hacer con mi alegría. Todavía no era capaz de soltarme, porque seguía creyendo que la felicidad era frágil.

-Venga, chico, alégrate.

Mohamed me tirò de las orejas y èl y Esther me levantaron y me llevaron en volandas hasta el hospital, riendo.

En el hospital Esther puso la cinta de Bob Marley en el reproductor, y empezamos a seguir la música de Three Little Birds. “Don` t worry about a thing –cantàbamos-, `Cause every Little thing gonna be all right...”

Esa noche me sentè en el porche con Mambu, Alhaji y Mohamed. Estàbamos callados, como siempre. El sonido de la ambulancia, en algùn punto de la ciudad, llenò el silencio de la noche. Empecè a preguntarme què estaría haciendo mi tío en ese momento. Lo imaginè reuniendo a su familia para hablarles de mì. Lo veìa hablando entre sollozos y a su familia uniéndose gradualmente al llanto. Por un lado querìa que lloraran todo lo que pudieran antes de conocerlos, porque siempre me sentía incòmodo cuando la gente lloraba por lo que yo había tenido que pasar. Mirè a Alhaji y a Mambu, que contemplaban la noche. Querìa hablarles del descubrimiento de mi tío, pero me sentía culpable, porque ellos no habían localizado a nadie de su familia.

Tampoco deseaba quebrar el silencio que había vuelto al desvanecerse el gemido de la ambulancia.

Tal como había prometido, mi tìo vino a visitarme cada fin de semana.

-Ha venido mi tìo. Lo he visto en el camino, junto al mango –dije a Esther el primer fin de semana después de la visita inicial.

-Pareces contento. –Dejò el bolígrafo. Me mirò a la cara un rato y después dijo-: Te dije que parecía buena persona.

Mi tìo cruzò la puerta, se secò la frente sudorosa con el pañuelo y me abrazò. Saludò a Esther. En cuanto nos separamos, se puso a sonreír con tanto entusiasmo que se me relajò la cara y sonreì también. Dejó la bolsa en el suelo y sacò unas galletas y una botella de cerveza fría.

-He pensado que necesitarías combustible para nuestro paseo –dijo, y me dio los regalos.

-Podrìais tomar el camino de grava que sube a la colina –propuso Esther.

Mi tìo y yo asentimos.

-No estarè aquí cuando vuelvas. Me alegro de volver a verlo, señor –dijo, mirando a mi tìo. Se volvió hacia mì-: Nos veremos mañana.

Mi tìo y yo salimos del hospital y caminamos en la dirección que había propuesto Esther. Al principio lo hicimos en silencio. Yo escuchaba nuestros pasos en el camino polvoriento. Los lagartos cruzaban el camino y subían al mango. Sentía los ojos de mi tìo sobre mì.

-¿Còmo va, te tratan bien aquí? –me preguntò.

-Todo va muy bien –contestè.

-Espero que no seas tan callado como tu padre. –Se secò la frente otra vez y preguntò-: ¿Te hablò tu padre alguna vez de su casa?

-A veces, aunque no tanto como me habría gustado.

Levantè la cabeza y mi tìo me miraba con ojos cariñosos y acogedores. El camino de grava se hacía màs estrecho al acercarnos al pie de la colina. Le dije que mi padre lo había mencionado en una de las anécdotas de su turbulenta infancia. Le expliquè que me había contado la vez que fueron al bosque a buscar leña y golpearon accidentalmente una colmena. Las abejas los persiguieron. Como mi padre era màs bajo, casi todas las abejas se concentraron en mi tìo. Corrieron y se zambulleron en el rìo, pero las abejas volaron en círculos sobre el

agua esperando a que salieran a la superficie. Como tenían que tomar aire, salieron del agua, y volvieron al pueblo con las abejas detrás.

-Sí que me acuerdo. Todos se enfadaron con nosotros por llevar las abejas al pueblo, porque picaron a los viejos que no podían correr y a algunos niños pequeños. Tu padre y yo cerramos la puerta, nos escondimos debajo de la cama y nos pusimos a reír por todo el jaleo. –Mi tío se reía y yo no pude evitar imitarlo. Cuando paramos de reír, suspirò y dijo:- Ah, tu padre y yo nos metíamos en líos continuamente. Si eres tan travieso como nosotros, te darè un poco de libertad, porque no sería justo que me pusiera duro contigo. –Me rodeò el hombro con el brazo.

-Creo que mis días de travesuras han quedado atrás –dije con tristeza.

-Ah, todavía eres un chico y tienes tiempo de meterte en muchos líos –dijo mi tío.

Nos quedamos en silencio, y escuchamos el viento vespertino soplando entre los árboles.

Me encantaba pasear con mi tío, porque esos paseos me daban la oportunidad de hablar de mi infancia, de cuando crecí con mi padre y mi hermano mayor. Necesitaba hablar de los buenos tiempos antes de la guerra. Pero cuanto más hablaba de mi padre, más echaba de menos a mi madre y a mi hermanito. No había crecido con ellos. Sentía como si hubiera perdido esa oportunidad para siempre y me entristecía. Le hablé de ello a mi tío, pero se limitò a escucharme, porque no los conocía. Así que, para equilibrar las cosas, me hizo hablar de la época en que mi familia vivía en Mattru Jong, cuando mis padres estaban juntos. Incluso entonces, no tuve mucho que decir porque mis padres se separaron siendo yo muy pequeño.

Llegué a conocer muy bien a mi tío en esos paseos, y empecè a esperar con ansia su llegada los fines de semana. Siempre me traía algún regalo y me contaba lo que había hecho durante la semana. Me hablaba del techo que había construido para una casa, la hermosa mesa que iba a pulir al día siguiente, lo bien que les iba a mis primos en la escuela. Me saludaba de parte de su esposa. Yo le hablaba de la mesa de ping-pong y de los torneos de fútbol en que participaba, de la función que habíamos hecho para los visitantes, si habíamos

tenido esa semana. Paseamos tantas veces por el mismo camino de grava que podría haberlo recorrido con los ojos cerrados evitando las piedras grandes.

Un fin de semana mi tìo me llevò a conocer a su familia. Era sàbado y el sol brillaba tanto que no veìamos nuestra sombra en el suelo. Vivìa en New England Ville, una zona montañosa de la parte occidental de Freetown. Mi tìo vino màs temprano de lo normal a Benin Home a recogerme. Tomamos una furgoneta ruidosa hasta el centro de la ciudad. Mi tìo y yo estuvimos un tiempo callados, pero pronto nos reìmos, porque dos hombres sentados al lado discutìan sobre què vino de palma era mejor, uno extraído de una palmera viva u otro de un àrbol caído. Cuando bajamos, los dos hombres seguían discutiendo. Caminamos despacio hacia la casa de mi tìo, y todo el tiempo mantuvo la mano en mi hombro. Me sentía a gusto con èl, pero me preocupaba que su familia no me aceptara tan bien, que empezara a preguntar sobre mis años de guerra.

Mientras subìamos la colina, cerca de la casa, mi tìo me llevò a un lado y me dijo:

-Le he hablado a mi mujer de tu pasado de soldado. No se lo he dicho a mis hijos. No creo que pudieran entenderlo tan bien como ella. Espero que te parezca bien.

Asentì aliviado y seguimos andando.

Inmediatamente después de una curva y una cuesta por el camino de grava llegamos frente a la casa de mi tìo. Desde allì se divisaba la ciudad y desde el porche se veìan los barcos de la bahía. Era una hermosa vista de la ciudad, ese lugar iba a ser mi hogar. La casa no tenía electricidad ni agua corriente, y la cocina estaba fuera de la casa, hecha totalmente de cinc. Bajo un àrbol de mango, a unos pocos metros del patio, había una letrina y el kule, una ducha al aire libre. Me recordó a Mattru Jong.

Cuando entramos en el porche, salió la esposa de mi tìo, con la cara reluciente como si le sacara brillo todos los días. Se quedó en el umbral y se apretò en la tela que la envolvía, luego me abrazò con tanta fuerza que me aplastò la nariz y los labios contra sus brazos. Me soltò, retrocedió y me pellizcò las mejillas.

-Bienvenido, hijo mío –dijo.

Era bajita y tenía la piel muy oscura, los pómulos redondos y los ojos brillantes. Mi tìo no tenía hijos propios, y criaba a los miembros menores de la

familia como si fueran suyos. Eran cuatro: Allie era el mayor, y luego estaban Matilda, Kona y Sombo, la menor, que tenía seis años. Todos dejaron de hacer sus tareas y vinieron al porche a abrazar a su hermano, como les había explicado mi tío mi relación con ellos.

-Es agradable tener otro chico en la familia –dijo Allie, abrazándome.

Èl y mi tío se rieron y yo sonreí. Estuve muy callado aquella tarde. Tras las presentaciones, cada uno volvió a sus quehaceres. Me dejaron con mis tíos, y nos sentamos en el porche. Me encantò la vista desde la casa, y me entretuve contemplando la ciudad. Cada vez que me volvía a mirar a mi tío, estaba sonriendo feliz. Mi tía nos traía continuamente bandejas de arroz, pescado, estofado y plátanos. Me hizo comer tanto que se me hinchò el estòmago. Al terminar de comer, mi tío me enseñò sus herramientas de carpintero y su mesa de trabajo, que estaba fuera y ocupaba casi todo el patio.

-Si te interesa la carpintería, me encantará que seas mi aprendiz. Pero conociendo a tu padre, puedo imaginarme que querrás ir a la escuela –dijo mi tío.

Sonreí, pero no dije nada. Vino Allie y preguntò al tío si podía ir conmigo a un partido de fútbol. Mi tío dijo que sí, si me apetecía. Bajè con Allie por una calle hasta el campo de un barrio llamado Brookfields.

-Me alegro de que te quedes con nosotros, podemos compartir habitación –dijo Allie mientras esperábamos que empezara el partido.

Era mayor que yo y había terminado la escuela secundaria. Era jovial y disciplinado. Se le veía en los modales: se expresaba bien y con claridad. Antes de empezar el partido, una chica nos saludò desde el otro extremo del campo. Tenía una sonrisa franca y preciosa, y se reía mucho. Estaba a punto de preguntar quièn era cuando Allie dijo:

-Es nuestra prima, pero vive en la misma calle con una familia de acogida. Se llama Aminata. La conoceràs.

Aminata era hija del segundo hermano de mi padre, que tenía una madre diferente. Màs adelante intimaría màs con ella y con Allie que con ningún otro de los hijos de mi nueva familia.

Durante mis muchos paseos con mi tío, aprendí que mi abuelo había tenido muchas esposas y que mi padre tenía hermanos de quienes nunca hablaba. Mi padre era el único hermano por parte de madre.



Durante el partido de fútbol, sólo podía pensar en que había descubierto una familia que ni siquiera sabía que existía. Estaba contento, pero no me había acostumbrado a demostrarlo. Allie se rió durante todo el partido pero yo no conseguí ni siquiera sonreír. Cuando volvimos, mi tío estaba en el porche, esperándome para acompañarme al centro. Me llevó de la mano a la estación de autobuses. Estuve callado todo el trayecto. No hablé. Sólo le di las gracias a mi tío cuando me dio el dinero para el transporte por si decidía visitarlos por mi cuenta. A la entrada del centro, me abrazó, y al despedirse, se volvió y dijo:

-Nos veremos pronto, hijo.

## 19.

Dos semanas antes, Leslie me había dicho que iban a repatriarme y rehabilitarme en la sociedad normal. Iba a vivir con mi tío. Esas dos semanas se me hicieron más largas que los ocho meses que había pasado en Benin Home. Me preocupaba vivir con una familia. Llevaba años solo y ocupándome de mí mismo sin la tutela de nadie. Me asustaba parecer desagradecido a mi tío, que no tenía ninguna obligación de acogerme, si me distanciaba de la unidad familiar. Me angustiaba no saber qué hacer cuando me asaltaran las pesadillas y las jaquecas. ¿Cómo iba a explicar mi tristeza, que soy incapaz de ocultar, porque se me nota en la cara, a mi nueva familia, sobre todo a los pequeños? No tenía respuesta a esas preguntas, y cuando se lo conté a Esther, ella dijo que todo se arreglaría, pero no me tranquilizó mucho.

Me quedé en la cama noche tras noche contemplando el techo y pensando. ¿Por qué había sobrevivido a la guerra? ¿Por qué era la última persona viva de mi familia? No lo sabía. Dejé de jugar al fútbol y al ping-pong. Pero iba a ver a Esther cada día, la saludaba y le preguntaba cómo estaba y después me sumía en mis pensamientos sobre cómo sería la vida después del centro. A veces Esther tenía que chasquear los dedos delante de mí para hacerme volver a la realidad. Por la noche, me quedaba quieto en el porche con Mohamed, Alhaji y Mambu. Ni siquiera me daba cuenta de que se levantaban del banco en que nos sentábamos.

Cuando por fin llegó el día de mi repatriación, empaqué mis escasas pertenencias en una bolsa de plástico. Tenía un par de zapatillas deportivas, cuatro camisetas, tres pantalones cortos, pasta y un cepillo de dientes, una botella de vaselina, un walkman y algunas cintas, dos camisas de manga larga y dos pantalones y una corbata que me habían comprado para dar mis discursos en las conferencias. Esperé, con el corazón acelerado, tal como había hecho cuando mi madre me dejó por primera vez en el internado. Oí la furgoneta entrando por el camino de grava hacia el centro. Recogí la bolsa de plástico y fui al ala del hospital donde tenía que esperarla. Mohamed, Alhaji y Mambu estaban sentados en los escalones, y Esther salió corriendo. La furgoneta giró y paró a un lado del camino. Era última hora de la tarde, el cielo seguía azul, pero el sol estaba apagado, escondido detrás de una única nube. Leslie estaba sentado en el asiento delantero, esperando a que me subiera para llevarme a mi nueva casa.

-Tengo que irme –dije a todos con voz temblorosa.

Alargué la mano, pero en lugar de estrechámela, Mohamed se adelantó y me abrazó. Mambu hizo lo mismo mientras Mohamed aún me apretaba. Me apretó fuerte, como si supiera que era un adiós para siempre. (Después de que me marchara del centro, Mambu volvió al frente, porque su familia se negó a acogerle). Al terminar el abrazo, Alhaji me estrechó la mano. Nos apretamos las manos y nos miramos a los ojos, recordando todo lo que habíamos pasado. Le di unos golpecitos en el hombro y él sonrió, porque entendió que estaba diciendo que todo se arreglaría. No volví a verlo, porque no paró de cambiar de una casa a otra de acogida. Al final, Alhaji retrocedió, me saludó y susurró:

-Adiós, jefe de patrulla.

Volví a darle un golpecito en el hombro; no pude devolverle el saludo. Esther se me acercó con los ojos húmedos. Me abrazó más fuerte que nunca. No le devolví bien el abrazo, porque no podía contener las lágrimas. Cuando me soltó, me dio un papelito.

-Es mi dirección. Ven cuando quieras –dijo.

Fui a casa de Esther unas semanas después. No acerté en la hora, porque estaba a punto de irse a trabajar. Me abrazó y aquella vez le respondí. Aquello la hizo reír. Me miró directamente a los ojos.

-Ven a verme la semana que viene con más tiempo para ponernos al día, ¿de acuerdo?

Llevaba el uniforme blanco y se iba a cuidar a niños traumatizados. Debía ser duro vivir con tantas historias de guerra. Yo sólo vivía una, la mía, y era difícil, y las pesadillas de todo aquello seguían atormentándome. ¿Cómo se las arregla? ¿Cómo serán todos ellos?, pensaba yo cuando nos separamos. Fue la última vez que la vi. La quería, pero nunca se lo dije.

Mi tío me abrazó en cuanto bajé de la furgoneta y me llevó al porche.

-Te doy la bienvenida como a un jefe. Tus pies van a tocar el suelo donde empieza tu mandato –dijo mi tío riendo, al soltarme.

Sonreí pero estaba nervioso. Mis cuatro primos –Allie y las tres niñas, Matilda, Kona y Sombo- me abrazaron por turno con las caras sonrientes.

-Debes de estar hambriento. Te he cocinado un sackie thomboi casero de bienvenida –dijo mi tía.

Había cocinado hojas de yuca con pollo. Que prepararan pollo para recibir a alguien era algo raro y se consideraba un honor. La gente sólo comía pollo en las fiestas como Navidad y Fin de Año. La tía Sallay me cogió de la mano y me hizo sentar en un banco junto a mi tío. Sacó la comida fuera y mi tío y yo comimos de la misma bandeja con las manos. Estaba bueno y yo me lamí los dedos disfrutando del delicioso aceite de palma. Mi tío me miró riendo y le dijo a su esposa:

-Sallay, lo has conseguido. Éste ya no se va.

Después de lavarnos las manos, mi primo Allie, de veintiún años, vino al porche y me dijo que me enseñaría dónde iba a dormir. Cogí la bolsa de plástico y lo seguí a otra casa que había detrás de donde estaba el dormitorio de mi tío. El pasillo era como un sendero de piedras colocadas cuidadosamente a cada lado del camino.

Allie me sostuvo la mano para entrar en la limpia y organizada habitación. La cama estaba hecha, la ropa colgada de un perchero, planchada, los zapatos alineados en un estante, y el suelo de losa marrón reluciente. Sacó un colchón de debajo de la cama y me explicó que yo dormiría en el suelo, porque su compañero de habitación y él compartían la cama. Por las mañanas tenía que doblar el colchón y guardarlo debajo de la cama. Me explicó cómo contribuir a

mantener la habitación limpia y ordenada. Volví al porche y me senté con mi tío. Me rodeó con un brazo y me tiró de la nariz.

-¿Conoces bien la ciudad? –me preguntó.

-La verdad es que no.

-Allie te llevará a dar una vuelta, si te apetece. O puedes explorar por tu cuenta, perderte y descubrirla. Es una buena forma de conocerla. –Chasqueó la lengua.

Oímos una llamada a la plegaria que resonó por toda la ciudad.

-Tengo que ir a rezar. Si necesitas algo, pídelo a tus hermanos –dijo.

Cogió un hervidor del porche e hizo unas abluciones. Cuando terminó, bajó por el camino hasta la mezquita más próxima. Mi tía salió de la habitación atándose una tela a la cabeza y fue tras él.

Suspiré, sentado en el porche. Ya no estaba nervioso, pero echaba de menos Benin Home. Aquella noche, cuando mis tíos volvieron de los rezos, toda mi nueva familia se reunió en el porche alrededor de un reproductor de casetes para escuchar historias. Mi tío se frotó las manos, apretó la tecla de play y un famoso narrador llamado Leleh Gbomba empezó a contar una historia sobre un hombre que había olvidado el corazón en casa y se fue de viaje alrededor del mundo. Yo había oído la historia en el pueblo de mi abuelo cuando era pequeño. Mi nueva familia rió mucho oyéndola. Yo sólo sonreí y estuve callado toda la noche, como estaría durante algún tiempo. Pero poco a poco me acostumbré a estar rodeado de personas felices.

Un par de días después de empezar a vivir con mi tío, Allie me dio mi primer par de zapatos de vestir, un cinturón y una camisa elegante.

-Si quieres ser un caballero, debes vestirme como tal. –Se rió. Estaba a punto de preguntarle por qué me daba esa ropa, cuando me explicó:- Es un secreto. Esta noche quiero llevarte a un baile para que te diviertas un poco. Nos iremos cuando el tío se meta en la cama.

Aquella noche nos escabullimos y fuimos a bailar al pub. Mientras Allie y yo caminábamos, recordé cuando iba a bailar con mis amigos durante la escuela secundaria. Parecía que había pasado mucho tiempo, pero todavía me acordaba de los distintos nombres de las noches de baile: Vuelta a la escuela, Lápices fuera, Noche Bob Marley, y muchos más. Bailábamos hasta que cantaba el gallo,

y entonces nos quitábamos las camisas sudadas, disfrutando de la fresca brisa matinal, hasta volver a nuestros dormitorios. Entonces era totalmente feliz.

-Ya hemos llegado –dijo Allie, estrechándome la mano y chasqueando los dedos.

Había muchos jóvenes en fila esperando a entrar en el pub. Los chicos iban bien vestidos, con los pantalones planchados y las camisas por dentro. Las chicas llevaban bonitos vestidos estampados y tacones altos que las hacían parecer más altas que los que las acompañaban. También llevaban los labios pintados de colores brillantes. Allie estaba excitado y hablaba con los chicos que había antes que nosotros. Yo estaba callado, mirando las luces de colores colgadas a la entrada. Había una gran luz que volvía azules las camisas de los chicos y las hacía parecer especialmente hermosas. Por fin llegamos a la entrada y Allie pagó por los dos. La música era extremadamente fuerte dentro, pero la verdad es que yo hacía muchos años que no entraba en un pub. Seguí a Allie hasta la barra, donde encontramos una mesa y nos sentamos en dos taburetes altos.

-Me voy a la pista –anunció Allie, gritando para que le oyera.

Desapareció entre la gente. Me quedé un rato sentado echando un vistazo al local, y poco a poco empecé a bailar solo en un rincón de la pista de baile. De repente una chica muy oscura cuya sonrisa iluminaba la pista tiró de mí y me arrastró hasta el centro, antes de que pudiera resistirme. Se puso a bailar muy cerca de mí. Miré a Allie, que estaba de pie en la barra. Levantó los pulgares animándome, y yo empecé a moverme lentamente hasta que el ritmo se apoderó de mí. Bailamos una pieza raggamorph y después pusieron una pieza lenta. La chica tiró de mí hacia sí y sostuvo la mano delicadamente mientras nos balanceábamos al compás. Sentía los latidos de su corazón. Intentó mirarme a los ojos, pero la evité. A media canción, un chico mayor me la arrebató. Ella se despidió con la mano mientras la arrastraban entre la gente hacia la puerta.

Allie estaba a mi lado.

-Te enrollas bien, tío. Lo he visto.

Se fue hacia la barra y yo le seguí. Nos apoyamos allí, mirando la pista. Él no dejaba de sonreír.

-Yo no he hecho nada. Quería bailar conmigo y no podía negarme –dije.

-Exacto, no haces nada para atraer a las mujeres y ellas acuden a ti – bromeò.

No querìa seguir hablando. Empezaba a asaltarme el recuerdo del pueblo que habíamos atacado durante una clase de baile. Oìa los gritos aterrados de los profesores y sus alumnos, veìa la sangre sobre la pista de baile. Allie me tocò el hombro y me devolvió al presente. Le sonreì, pero estuve tremendamente triste el resto de la velada. Bailamos toda la noche y volvimos a casa antes de que el tío se despertara.

Unas noches después, volví solo al pub y vi a la misma chica. Me dijo que se llamaba Zainab.

-Siento lo del otro día –dijo-. Mi hermano querìa volver a casa y yo tenìa que irme con èl, o mis padres se habrìan preocupado.

Como yo, estaba sola aquella noche.

Salì con ella durante tres semanas, pero entonces empezó a hacer demasiadas preguntas. ¿De dònde era? ¿Còmo se crecía en el campo? No estaba dispuesto a contarle nada, así que cortò conmigo. Èsa fue la historia de mis relaciones con chicas en Freetown. Ellas querìan saber cosas sobre mì, y yo no podía contárselas. No me importaba. Me gustaba estar solo.

Leslie vino a verme. Me preguntò còmo me iba y què había hecho. Querìa decirle que había tenido una grave jaqueca cuando se cruzaron por mi mente la imagen de un pueblo en llamas y el sonido de unos gemidos de muchas voces, que había sentido la nuca rìgida y la cabeza pesada, como si me hubieran puesto una roca dentro. Pero sòlo le dije que todo iba bien. Leslie sacò un cuaderno y escribió algo. Cuando terminò, se volvió a mirarme y dijo:

-Quiero proponerte algo. Es importante.

-Tù siempre traes noticias, ¿no? –bromeè.

-Esto es importante. –Mirò el cuaderno y levantò una mano, luego continuò:- Van a hacer entrevistas para encontrar a dos chicos que vayan a las Naciones Unidas en Nueva York, en Estados Unidos, para hablar de la vida de los niños en Sierra Leona y lo que se puede hacer por ellos. El señor Kamara, el director de tu antiguo centro de rehabilitación, ha recomendado que te presentes. Èsta es la dirección si te interesa. –Arrancò una hoja y me la dio.

Mientras yo la miraba, continuò:- Si quieres que te acompañe, pasa por la oficina. Vístete bien para la entrevista, ¿de acuerdo?

Me mirò esperando una respuesta. No dije nada. Después, se marchò sonriendo de una manera que quería decir que sabía que me presentaría.

El día de la entrevista llegó por fin. Me vestí de manera informal, con deportivas, unos pantalones negros bonitos y una camisa verde de manga larga. Me metí la camisa dentro de los pantalones mientras bajaba por Siaka Stevens Street hacia la dirección que Leslie me había dado. No dije a nadie dónde iba. Quería hablar de ello con Allie, pero dudaba, porque si se lo decía, tendría que contarle de mí más de lo que mi tío le había querido explicar.

Era casi mediodía, pero el camino asfaltado estaba muy caliente. Mirè una bolsa de plástico que iba volando caer al suelo y empezar a derretirse. Pasaron toda toda (taxis colectivos) con los aprendices gritando los nombres de su destino para atraer clientes. Unos metros más adelante un vehículo se había parado a un lado de la calle, y el conductor echaba agua de una lata en el motor recalentado.

-Este coche bebe más agua que una vaca –gruñò.

Yo caminaba despacio, pero tenía la camiseta mojada de sudor.

Cuando lleguè al lugar, me quedè frente al enorme edificio y me maravillè de su altura antes de entrar. En el vestíbulo había unos veinte chicos, todos mejor vestidos que yo. Sus padres les estaban dando los últimos consejos para la entrevista. Yo examiné las grandes columnas de cemento del edificio. Me gustaba pensar en cómo se las habrían arreglado para crear y levantar aquellos enormes pilares. Estaba ocupado examinándolos cuando un hombre me tocò el hombro y me preguntò si iba a la entrevista. Asentí, y me indicó una caja de metal donde se habían metido todos los chicos. Dudando, me metí también allí y los chicos se rieron de mí, porque me quedè quieto sin saber que tenía que apretar un botón para ponernos en marcha. Nunca había estado en una caja como èsta. ¿Adónde nos llevaba? Un chico de camisa azul me apartò como pudo y apretò el botón número cinco. Se encendió y la caja se cerrò. Mirè a mi alrededor y vi que todos estaban muy tranquilos, arreglándose la corbata o la camisa. La caja empezó a moverse. Cuando se abrió la puerta, fui el último en salir a una gran sala con sofàs de piel marrones. Había un hombre sentado a una

mesa en la pared lejana que me indicó que me sentara. Los otros ya se habían acomodado. Me sentè apartado y echè un vistazo a la sala. A través de la ventana veìa los techos de los otros edificios y decidì levantarme a mirar a què altura estábamos del suelo. Mientras me dirigía a la ventana, pronunciaron mi nombre.

Un hombre de piel muy clara (no supe distinguir si era de Sierra Leona), sentado en una gran butaca de piel negra, dijo en inglès:

-Siéntate un momento y enseguida te atiende.

Se puso a revolver unos papeles, cogió el teléfono y marcò un número. Cuando le contestaron, sòlo dijo:

-Adelante. –Y colgó.

Se volvió hacia mì y me mirò un momento hasta que empezó a hacerme preguntas, hablando muy lentamente en inglès.

-¿Còmo te llamas? –preguntò, mirando una lista de nombres que tenía sobre la mesa.

-Ishmaeil –dije, y èl buscò mi nombre antes de que le dijera mi apellido.

-¿Por què crees que tendrías que ir a las Naciones Unidas a presentar la situación que afecta a los niños de este país?

Apartò la cabeza de la lista y me mirò.

-Bueno, soy de una parte del país donde no sòlo he sufrido la guerra sino que también he participado en ella y he pasado por rehabilitación. Por eso lo entiendo mejor, basándome en mi experiencia de la situación, que ninguno de los chicos de ciudad. ¿Què van a decir una vez allí? No saben nada de la guerra excepto por las noticias que han oído.

Mirè al hombre, que sonreía, y eso me puso furioso.

-¿Què màs tienes que decir? –preguntò.

Me recostè sobre el respaldo de la silla.

-Nada, pero me gustaría saber por què sonrías.

-Ya puedes irte –dijo, todavía sonriendo.

Me levantè y salí de la habitación, dejando la puerta abierta. Me acerquè al ascensor y me quedè allí. Estuve esperando unos minutos, pero no pasò nada. No sabìa còmo subìa la caja. Los chicos que esperaban para la entrevista se echaron a reír. Entonces el hombre que estaba sentado a la mesa se acercò a mì y apretò un botón en la pared. Las puertas se abrieron inmediatamente y yo



entrè. El hombre apretò el botón número uno y me despidió con la mano al cerrarse. Busquè algo donde agarrarme, pero la caja ya estaba al nivel de la calle. Salì del edificio y me quedè fuera mirando la estructura. Tenía que explicarle a Mohamed lo del interior de aquel maravilloso edificio cuando lo viera, pensé.

Aquella tarde volví a casa caminando lentamente y mirando los coches que pasaban. No pensé mucho en la entrevista aunque no entendía por què el hombre que me había entrevistado sonriò en aquel momento. Yo había hablado en serio y no había dicho nada gracioso. Durante el trayecto, pasò un convoy de coches militares y varios Mercedes-Benz adornados con las banderas nacionales. Las ventanas eran opacas y no pude ver quièn iba dentro, aunque de todos modos corrían demasiado. Cuando lleguè a casa, preguntè a Allie si conocía a algùn hombre poderoso que desfilara así por la ciudad. Me dijo que era Tejan Kabbah, el nuevo presidente, que había ganado las elecciones bajo la bandera del Partido del Pueblo de Sierra Leona (SLPP) en marzo de 1996, ocho meses antes. Nunca había oído hablar de èl.

Aquella noche, mi tìo trajo a casa una bolsa de cacahuètes. La tìa Sallay los hirvió y los puso en una gran bandeja. Todos nosotros, mi tìo y su mujer, Allie, Kona, Matilda, Sombo y yo, nos sentamos alrededor de la bandeja y nos los comimos escuchando otra cinta de Leleh Cbomba`s. Contaba una historia sobre còmo trabò amistad con un chico antes de nacer. Sus madres eran vecinas y estaban embarazadas al mismo tiempo, así que los dos se encontraban cuando todavía estaban en la barriga de su madre. El narrador describía vivamente el panorama de su vida pre-bebè: cazaban, jugaban, escuchaban nuestro mundo... Era una historia divertida que tomaba giros imprevisibles y nos tenía en vilo. Mi tìo, mi tìa y mis primos rieron sin parar durante horas, incluso después de terminar la narración. Yo también empecè a reirme, porque mi tìo intentaba decir algo, pero se reía tanto que no podía acabar ni una sola palabra sin que le diera otro ataque de hilaridad.

-Deberíamos repetirlo. Reírse así es bueno para el alma –dijo, todavía riendo.

Nos deseamos buenas noches y cada uno se fue a su cama.

Una mañana, el señor Kamara se presentó en casa de mi tío con la furgoneta de Children Associated with the War (WAC). Unos días antes me había dicho que me habían elegido para ir a las Naciones Unidas, pero yo sólo se lo había dicho a Mohamed, porque no creía que fuera a viajar realmente a Nueva York. El señor Kamara llegó antes mediodía y mi tío ya se había marchado a trabajar. Mi tía estaba en la cocina; su expresión me indicó que mi tío se enteraría de la visita del señor Kamara. Tendría que hablarle del viaje.

-Buenos días –dijo el señor Kamara, mirando el reloj para asegurarse de que todavía era por la mañana.

-Buenos días –contesté yo.

-¿Estás a punto para ir a la ciudad y empezar los preparativos para el viaje?  
–preguntó en inglés.

Desde que se hubo enterado de que me habían elegido para ir a las Naciones Unidas, sólo hablaba conmigo en inglés.

Me despedí de mi tía, subí a la furgoneta y fuimos a sacarme el pasaporte. Parecía que toda la ciudad hubiera decidido sacarse el pasaporte ese día, tal vez preparándose para salir del país. Por suerte, el señor Kamara tenía cita y no tuvimos que hacer cola. En el mostrador presenté mi foto, los formularios necesarios y realicé el pago. Un hombre de cara redonda examinó cuidadosamente todos los documentos y me pidió la partida de nacimiento.

Me puse muy nervioso y casi le di una bofetada porque él insistía en que debía presentar pruebas de mi nacimiento en Sierra Leona y yo le decía que nadie podía reunir esa clase de documentos en estado de guerra. Se mostraba insensible ante la realidad que intentaba explicarle. El señor Kamara me llevó aparte y me pidió amablemente que me sentara en un banco mientras él hablaba con el hombre. Por fin me pidió que fuera a ver a su jefe. Tras horas de espera, encontraron por fin una copia de mi partida de nacimiento y le dijeron al señor Kamara que podía volver a recoger el pasaporte al cabo de cuatro días.

-El primer paso está hecho. Ahora tenemos que conseguir el visado –dijo el señor Kamara mientras salíamos de la oficina de los pasaportes.

No contesté porque todavía estaba enfadado y agotado, y sólo quería irme a casa.

Mi tío estaba en casa cuando me dejaron allí por la tarde. Cuando lo saludé, tenía una sonrisa en la cara que decía: cuéntame lo que está pasando. Le

dije que tenía que ir a las Naciones Unidas en Nueva York y hablar de la guerra y los niños. Mi tío no me creyó.

-La gente siempre miente con promesas como esa. No te hagas ilusiones, hijo –dijo.

Cada mañana, antes de marcharse a trabajar, me decía en broma:

-¿Qué toca hoy para el viaje a América?

El señor Kamara me llevó de compras. Me compró una maleta y un poco de ropa, básicamente camisas de manga larga, pantalones de vestir y trajes de algodón de colores tradicionales con bordados intrincados en el cuello, las mangas, y el borde de los pantalones. Se lo enseñé a mi tío, pero siguió sin creer que me fuera de viaje.

-Puede que quieran darte una nueva imagen, una imagen africana, en lugar de esos pantalones holgados que llevas siempre –dijo alegremente.

A veces mi tío y yo salíamos a pasear después del trabajo. Me preguntaba cómo estaba y yo siempre le decía que perfectamente. Él me abrazaba. Me daba la sensación de que sabía que quería contarle cosas pero no encontraba las palabras justas. No le había dicho que siempre que iba al bosque con mis primos a buscar leña, mi cabeza empezaba a dar vueltas a lo que había visto o hecho en el pasado. Un árbol con salvia roja me traía recuerdos de las muchas veces que había ejecutado a hombres atándolos a los árboles y disparándoles. Su sangre manchaba los árboles y no se iba nunca, ni siquiera en la estación lluviosa. No había contado a nadie que a menudo, al observar las actividades diarias de la familia, un niño abrazado a su padre, agarrado a la tela del vestido de su madre o cogido de la mano de ambos, balanceándose en el aire, me acordaba de lo que me había perdido. Me hacía desear volver al principio y cambiarlo todo.

Me habían dicho que el lunes por la mañana fuera a ver a un tal doctor Tamba, de la embajada estadounidense. Mientras andaba hacia allí, escuché el despertar gradual de la ciudad. La llamada a la plegaria desde la mezquita central resonó por toda la ciudad, los podas podas llenaron las calles con los ayudantes colgados de las puertas abiertas y gritando los nombres de sus destinos: “Lumley, Lumley” o “Congo Town...”. Era muy temprano cuando llegué a la embajada, pero ya había una larga cola de gente esperando en la puerta.

Iban con caras tristes, y llenas de incertidumbre, como a la espera de que un juicio determinara si iban a morir o a seguir con vida. No sabía qué hacer, así que me puse a la cola. Al cabo de una hora más o menos, llegó el doctor Tamba con otro chico y me pidió que le siguiera. Parecía un hombre muy digno, así que imaginé que no tendríamos que hacer cola. El otro chico, que también era un antiguo niño-soldado, se presentó a sí mismo.

-Me llamo Bah. Me alegro de ir de viaje contigo –dijo, estrechándome la mano.

Pensé en lo que habría respondido mi tío: No te hagas demasiadas ilusiones, jovencito.

Nos sentamos en uno de los pocos bancos en buen estado de una pequeña zona abierta de la embajada y esperamos turno para la entrevista. Había una mujer blanca detrás de una ventana de cristal transparente y su voz nos llegaba a través de unos altavoces.

-¿Cuál es el objeto de su visita a los Estados Unidos? –preguntaba, sin dejar de mirar los papeles que tenía enfrente.

Cuando nos tocó el turno, la mujer detrás del cristal ya tenía nuestros pasaportes. No me miró, sino que fue pasando páginas de mi pasaporte nuevo. Me desorientaba mucho que la ventana estuviera montada de modo que impedía el contacto entre el entrevistado y la entrevistadora.

-Habla al micrófono –dijo ella, y continuó -: ¿Cuál es el objeto de su visita a Estados Unidos?

-Voy por una conferencia –dije.

-¿De qué trata la conferencia?

-Trata de temas que afectan a los niños de todo el mundo –expliqué.

-¿Y dónde es la conferencia?

-En las Naciones Unidas, en Nueva York.

-¿Tienes alguna garantía de que volverás a tu país?

No sabía qué contestar, cuando ella continuó:

-¿Tienes alguna propiedad o una cuenta bancaria que garantice tu regreso?

Fruncí el ceño. ¿Sabes algo de la vida de las personas en este país?, quise preguntarle. Si me hubiera mirado a la cara una sola vez, tal vez no habría hecho las dos últimas preguntas. Nadie de mi edad en este país tiene una cuenta

bancaria o soñaba siquiera con tenerla, y mucho menos propiedades que declarar. El señor Tamba le dijo que era el acompañante de la CAW en el viaje y que se aseguraría de que regresáramos a Sierra Leona al terminar la conferencia.

La mujer hizo la última pregunta:

-¿Conoces a alguien en los Estados Unidos?

-No, nunca he salido de este país, y de hecho èsta es la primera vez que estoy en esta ciudad –dije.

Ella cerrò mi pasaporte y lo dejó a un lado.

-Vuelve a las cuatro y media.

Fuera, el doctor Tamba nos dijo que ya teníamos los visados y que èl recogería los pasaportes y los guardaría hasta el día del viaje. Empezaba a tener la sensación de que viajaríamos, a pesar de que sòlo había visto el pasaporte por encima.

Sostenía la maleta con la mano derecha y llevaba pantalones tradicionales con dibujos de hilo en zigzag por debajo y una camiseta. Mi tìo estaba sentado en el porche cuando salì de la habitación de Allie.

-Me voy al aeropuerto –dije, sonriendo, sabiendo que èl diría algo sarcástico.

-Por supuesto. Llámame cuando regreses de América. Bueno, no tengo teléfono, así que llama a casa de Aminata y ella me avisarà. –Mi tìo soltò una risita.

-De acuerdo, llamarè –dije, riéndome también.

-Ah, niños, venid a despediros de vuestro hermano. No sè adònde va, pero necesita nuestra bendición –dijo mi tìo.

Matilda, Kono y Sombo vinieron al porche con cubos en la mano. Estaban a punto de ir a buscar agua. Me abrazaron y me desearon buen viaje. Mi tìa saliò de la cocina oliendo a humo y me abrazò.

-Vayas donde vayas, tienes que oler como tu casa. Èste es mi perfume para ti. –Se riò y se apartò.

Mi tìo se levantò y me abrazò, me rodeò con un brazo y dijo:

-Te deseo lo mejor. Así que te verè durante la cena.

Fue a sentarse en su silla en el porche.

## 20.

Mi idea de Nueva York procedía de la música rap. Me lo imaginaba como un lugar donde la gente se pegaba tiros en la calle y salía impune, y donde no había nadie caminando por las aceras, sino conduciendo coches deportivos buscando bares y violencia. No me apetecía demasiado visitar un lugar tan salvaje. Ya había tenido bastante locura en casa.

Estaba oscuro cuando aterrizamos en el aeropuerto internacional John F. Kennedy. Eran las cuatro y media de la tarde. Le pregunté al doctor Tamba por qué estaba oscuro tan temprano en este país.

-Porque es invierno –dijo.

-¡Oh! –exclamé, pero no acababa de encontrarle sentido.

Conocía la palabra invierno por los textos de Shakespeare, y pensé que buscaría su significado otra vez.

El doctor Tamba nos cogió los pasaportes y habló con los oficiales de inmigración. Recogimos el equipaje y cruzamos las puertas automáticas. Tal vez no deberíamos aventurarnos por las calles de aquella manera, pensé, pero el doctor Tamba ya estaba fuera. Cuando Bah y yo cruzamos las puertas, nos recibió un viento extramadamente frío. Noté que la piel se me ponía tensa, no me sentía la cara y parecía que se me hubieran caído las orejas; me dolían los dedos y me castañeaban los dientes. El viento penetraba a través de mis pantalones de verano y mi camiseta, y me sentía como si no llevara nada. Estaba temblando cuando volvía a entrar corriendo en la terminal. Nunca en mi vida había experimentado aquel frío. ¿Cómo podían sobrevivir en aquel país?, pensé, frotándome las manos y saltando para entrar un poco en calor. Bah se quedó fuera con el doctor Tamba, abrazándose con las manos y temblando sin control. Por algún motivo, el doctor Tamba llevaba chaqueta, pero Bah y yo no. Esperé dentro de la terminal mientras el doctor Tamba paraba un taxi, y entonces corrí y me metí dentro, cerrando la puerta rápidamente. Caían del cielo unas cositas blancas que parecían acumularse en el suelo. ¿Qué es eso blanco que cae del cielo?, pensé para mis adentros. El doctor Tamba dio la dirección de nuestro destino al taxista leyéndola en un papel que tenía en la mano.

-¿Es la primera vez que estais en la ciudad, chicos? ¿Os gusta esta hermosa nevada? –preguntò el taxista.

-Sì, es la primera vez que vienen a la ciudad –contestò el doctor Tamba, guardando el papel.

Nunca había oído la palabra nieve. No es precisamente algo de lo que se hable en Sierra Leona. Pero había visto películas navideñas y aquella cosa blanca esponjosa. Aquí debe de ser Navidad cada día, pensé.

Cuando entramos en la ciudad, era como si alguien hubiera encendido los muchos edificios altos que se disparaban hacia el cielo. Desde lejos, alguno de ellos parecía hecho con luces de colores. La ciudad resplandecía, y yo estaba tan abrumado que no sabía dònde mirar. Creìa haber visto edificios altos en Freetown, pero aquèllos eran màs que altos, parecían rozar el cielo. Había muchos coches en la calle y tocaban la bocina con impaciencia incluso con el semáforo en rojo. Y después vi a gente caminando por la calle. Me frotè los ojos para asegurarme de que realmente veìa personas en las calles de Nueva York. No era tan peligroso como yo había creído. Ni mucho menos. Las luces eran màs brillantes que las de mi país, y busqué con la mirada los postes de luz de donde colgaban los cables eléctricos, pero no vi ninguno.

Llegamos al hotel YMCA Vanderbilt de la calle Cuarente y siete y entramos en el vestíbulo arrastrando el equipaje. Seguimos al doctor Tamba hasta la recepción y nos dieron las llaves de la habitación. Por primera vez en mi vida tenía una habitación para mì solo. Ademàs, tenía un televisor, que estuve mirando toda la noche. En la habitación hacìa mucho calor, así que me quitè la ropa y me quedè sudando frente al televisor. Al cabo de dos días me enterè de que hacìa tanto calor porque el radiador estaba al máximo. No sabía ni lo que era aquello y mucho menos còmo bajar el calor o apagarlo. Recuerdo que pensé lo raro que era aquel país: hacìa un frìo espantoso fuera y un calor espantoso dentro.

La mañana siguiente a nuestra llegada, bajè a la cafeterìa, donde cincuenta y siete niños de veintitrés países esperaban para desayunar y empezar el Primer Parlamento Infantil Internacional de las Naciones Unidas. Había niños de Líbano, Camboya, Kosovo, Brasil, Noruega, Yemen, Mozambique, Palestina, Guatemala, Estados Unidos (Nueva York), Sudàfrica, Perù, Irlanda del Norte, India, Papúa

Nueva Guinea y Malawi, por nombrar algunos. Mientras buscaba a Bah y al doctor Tamba, una mujer blanca me llevó a un lado y se presentó.

-Me llamo Kristen. Soy noruega. –Me alargó la mano.

-Soy Ishmael, de Sierra Leona –dije.

Le estreché la mano y ella abrió un sobre con etiquetas de nombres y me pegó una en la camisa. Sonrió y me indicó que me pusiera a la cola del desayuno. Se alejó, buscando a más niños sin etiquetas. Seguí a dos niños que hablaban en una lengua desconocida. Sabían lo que querían, pero yo no tenía ni idea de qué coger ni sabía los nombres de los platos que estaban preparando los cocineros. Durante toda la estancia, estuve despistado con la comida. Me limitaba a pedir lo mismo o ponerme en el plato lo que había visto que se ponían los otros. A veces tenía suerte y me gustaba lo que iba a parar al plato. Pero no solía ser el caso. Pregunté al doctor Tamba si sabía dónde podía conseguir arroz y pescado cocido con aceite de palma, hojas de yuca o sopa de okra. Sonrió y dijo:

-Dondequiera que fueres, haz lo que vieres.

Mientras me tomaba mi zumo de naranja, pensé que debería haberme llevado comida de casa para aguantar hasta acostumbrarme a la de aquel país.

Después del desayuno caminamos dos travesías con aquel tiempo tan frío hasta el edificio donde se celebraban las reuniones. Fuera seguía nevando, y yo llevaba los pantalones de verano y una camisa de manga larga. Me dije a mí mismo que no iría a vivir a un país tan desagradablemente frío, donde siempre tendría que estar preocupándome por si se me caían la nariz, las orejas y la cara.

Aquella primera mañana en Nueva York, aprendimos cosas de la vida de los demás durante horas. Algunos niños habían arriesgado sus vidas para asistir a la conferencia. Otros habían caminado kilómetros hasta países vecinos para coger un avión. A los pocos minutos de hablar entre nosotros, sabíamos que la sala estaba llena de jóvenes que habían tenido una infancia muy difícil, y algunos volverían a esa vida después de la conferencia. Tras las presentaciones, nos sentamos en círculo para que los coordinadores nos hablaran de sí mismos.

Casi todos ellos trabajaban para alguna ONG, pero había una mujer blanca bajita, con los cabellos oscuros y largos y los ojos brillantes, que dijo:

-Yo soy cuentacuentos.



Eso me sorprendió y le dediqué toda mi atención. Utilizaba gestos muy elaborados y hablaba con mucha claridad, pronunciando bien las palabras. Dijo que se llamaba Laura Simms. Nos presentó a su compañera, Therese Plair, que tenía la piel clara, rasgos africanos y sostenía un tambor. Antes de que Laura terminara de hablar, yo ya había decidido asistir a su taller. Nos dijo que nos enseñaría a narrar las historias de forma más impactante. Sentía curiosidad por saber cómo aquella mujer, nacida en Nueva York, había llegado a ser una cuentacuentos.

Aquella misma mañana Laura estuvo mirándonos a Bah y a mí. Yo no sabía que se había fijado en que llevábamos camisas y pantalones africanos ligeros y nos manteníamos cerca de los radiadores, con las manos apretadas contra el cuerpo y temblando por el frío que se nos había metido en los huesos. Por la tarde, antes de almorzar, se acercó a nosotros.

-¿No tenéis chaquetas de invierno? –preguntó.

Negamos con la cabeza. Pareció preocupada y forzó su sonrisa. Aquella noche volvió con chaquetas, gorros y guantes de invierno para nosotros. Me sentía como si llevara un pesado traje verde que me hiciera parecer más grande de lo que era. Pero estaba contento porque podía arriesgarme a salir por la ciudad después de los talleres diarios. Años más tarde, Laura me ofreció una de sus chaquetas de invierno, me negué a aceptarla porque era de mujer. Ella bromeó diciendo que la primera vez que nos habíamos visto yo tenía tanto frío que no me importó llevar una.

Bah y yo nos hicimos bastante amigos de Laura y Therese durante la conferencia. A veces Laura hablaba con nosotros de historias que yo había oído de niño. A mí me llenaba de admiración que una mujer blanca del otro lado del Océano Atlántico, que nunca había estado en mi país, conociera historias de mi tribu y mi infancia. Cuando más tarde se convirtió en mi madre, nos preguntábamos si estaba predestinado o fue una coincidencia que yo procediera de una cultura orientada a narrar historias y acabara viviendo en Nueva York con una madre que era cuentacuentos.

Llamé a mi tío a Freetown durante mi segundo día. Aminata se puso al teléfono.

-Hola, soy Ishmael. ¿Podría hablar con mi tío? –pregunté.

-Iré a buscarlo. Llama dentro de dos minutos.

Aminata colgó el teléfono. Cuando volvió a llamar, lo cogió mi tío.

-Estoy en Nueva York –le conté.

-Bueno –dijo-, tendré que creerte, porque no te veo desde hace días. –Se rió.

Abrí la ventana del hotel para que oyera el ruido de Nueva York.

-Eso no parece Freetown –dijo, y se quedó un momento en silencio-: ¿Y qué tal es?

-Hace un frío espantoso –dije, y él se echó a reír.

-¡Ah! Tal vez sea tu iniciación al mundo del hombre blanco. Bueno, ya me lo contarás cuando vuelvas. No salgas si no es necesario.

Mientras hablaba, me imaginé el camino polvoriento que llevaba a su casa. Sentía el aroma de la sopa de cacahuets de mi tía.

Cada mañana caminábamos rápidamente por la nieve hacia la sala de conferencias, dos calles más abajo. Una vez allí, nos olvidábamos de nuestro sufrimiento y discutíamos inteligentemente soluciones a los problemas a que se enfrentaban los niños en los distintos países. Al final de estas largas discusiones, nuestras caras y ojos centelleaban con esperanza y promesa de felicidad. Parecía que transformáramos nuestro sufrimiento al hablar sobre la forma de resolver las causas y ponerlas en conocimiento del mundo.

La noche del segundo día, Madoka de Malawi y yo caminamos por la calle Cuarenta y siete sin darnos cuenta de que nos dirigíamos al Times Square. Estábamos distraídos mirando los edificios y la gente apresurada cuando de repente vimos luces por todas partes y pantallas enormes con imágenes. Nos miramos asombrados por lo absolutamente increíble que era aquel sitio y lo lleno de gente que estaba. Una de las pantallas mostraba a una mujer y un hombre en ropa interior; supuse que la estaban mostrando. Madoka señaló la pantalla y se rió. Otras tenían videos musicales o representaban escenas. Todo parpadeaba y cambiaba muy deprisa. Nos quedamos en la esquina un rato, absortos con la pantalla. Cuando fuimos capaces de apartar los ojos, caminamos por Broadway durante horas, mirando escaparates. No sentía el frío, porque la cantidad de gente, los edificios centelleantes y los sonidos de los coches me abrumaban y me intrigaban. Creía estar soñando. Cuando volvimos al hotel

aquella noche, contamos a los otros niños lo que habíamos visto. Después de aquello, todos íbamos cada noche a Times Square.

Madoka y yo habíamos paseado por otros lugares de la ciudad antes de los días programados para visitarla. Habíamos estado en Rockefeller Plaza, donde vimos un árbol de Navidad enorme, estatuas de ángeles y a gente patinando sobre hielo. No paraban de dar vueltas y más vueltas y Madoka y yo no entendíamos qué los divertía tanto. También habíamos ido al World Trade Center con el señor Wright, un canadiense que conocimos en el hotel. Una noche, cuando los cincuenta y siete entramos en el metro para ir a South Street Seaport, le pregunté a Madoka:

-¿Por qué están todos tan callados?

Èl echò un vistazo al tren y contestò:

-No es como el transporte público en casa.

Santa, la cámara de la noche, que después sería mi tía cuando fui a vivir a Nueva York, nos enfocò y Madoka y yo posamos para ella. En cada viaje tomaba nota mentalmente de lo que contaría a mi tío, mis primos y a Mohamed. No se creerían nada.

El último día de la conferencia, un niño de cada país habló brevemente en la cámara del Consejo Social y Económico de Naciones Unidas (ECOSOC) sobre su país y sus propias experiencias. Había diplomáticos y toda clase de gente influyente. Llevaban traje y corbata y nos escucharon con atención. Me senté orgulloso detrás de la placa con el nombre de Sierra Leona, escuchando y esperando mi turno para hablar. Tenía un discurso que me habían escrito en Freetown, pero decidí hablar con el corazón. Hablé brevemente de mi experiencia y mi esperanza de que la guerra terminara, porque era la única forma de que los adultos dejaran de reclutar niños. Empecé diciendo:

-Soy de Sierra Leona y el problema que nos afecta a los niños es la guerra que nos obliga a huir de nuestras casas, perder a nuestras familias y vagar sin rumbo por la selva. En consecuencia, nos vemos involucrados en los conflictos como soldados, portadores y en muchas otras tareas difíciles. Todo es culpa del hambre, la pérdida de nuestras familias y la necesidad de sentirnos seguros y formar parte de algo cuando todo lo demás se ha derrumbado. Me uní al ejército por culpa de haber perdido a mi familia y del hambre. Deseaba vengar

su muerte y necesitaba conseguir comida para sobrevivir, y la única forma de hacerlo era entrar en el ejército. No fue fácil ser soldado, pero teníamos que hacerlo. Ahora estoy rehabilitado, así que no tengáis miedo de mí. Ya no soy un soldado, soy un niño. Todos somos hermanos y hermanas. Lo que he aprendido por experiencia es que la venganza no sirve de nada. Me uní al ejército para vengar la muerte de mi familia y para sobrevivir, pero he aprendido que, si quiero vengarme, para hacerlo mataré a otra persona cuya familia deseará vengarse; así la venganza de la venganza de la venganza no acabará nunca...

Tras nuestra presentación, cantamos una canción que habíamos ensayado. Después cantamos otras; lloramos, reímos y bailamos. Fue una tarde excepcionalmente conmovedora. Estábamos tristes por tener que separarnos, porque habíamos descubierto que no volvíamos a lugares de paz. Madoka y yo nos abrazamos y saltamos al ritmo de la música. Bah bailaba con otro grupo de chicos. El doctor Tamba estaba sentado entre el público, sonriendo por primera vez desde que llegamos a Nueva York. Después de bailar, Larua me llevó a un lado y me dijo que mi discurso la había conmovido.

Aquella noche fuimos a cenar a un restaurante indio, y yo me alegré de que alguien en esa parte del mundo sirviera arroz. Comimos mucho, hablamos, intercambiamos direcciones y después fuimos a casa de Laura al East Village. No pude entender por qué llamaban pueblo a aquel barrio, porque no se parecía en nada a un pueblo, que yo supiera. Nuestros acompañantes no vinieron con nosotros, volvieron al hotel. No sabía que la casa de Laura sería mi futuro hogar. Tenía telas tradicionales de todas partes del mundo colgadas en las paredes; estatuas de animales colocadas en grandes estanterías que contenían libros de historia; sobre las mesas, jarras de arcilla con pájaros hermosos y exóticos, e instrumentos de bambú y otros más raros. La casa era lo bastante grande para que cupiéramos los cincuenta y siete. Primero nos sentamos en el salón y contamos historias; después bailamos toda la noche. Era nuestra última noche en Nueva York y el lugar perfecto para pasarla, porque la casa era tan interesante y estaba tan llena de historias como nuestro grupo. Todos se sentían cómodos y veían algo de su hogar. Estar en aquella casa era como haber salido de Nueva York y entrar en un mundo diferente.

La noche siguiente, Laura y Shantha nos acompañaron a Bah, al doctor Tamba y a mí al aeropuerto. El principio estuvimos en silencio en el coche, pero poco a poco todos, excepto el doctor Tamba, nos pusimos a llorar. En la terminal los sollozos se intensificaron al despedirnos y abrazarnos. Laura y Shantha nos dieron su dirección y el teléfono para que nos mantuviéramos en contacto. Salimos de Nueva York el 15 de noviembre de 1996. Al cabo de ocho días cumpliría dieciséis años, y durante el viaje de vuelta a casa me sentía todavía como si estuviera soñando, un sueño del que no quería despertar. Me entristecía marcharme, pero también me alegraba de haber conocido a gente de fuera de Sierra Leona. Porque, aunque al volver me mataran, un recuerdo de mi existencia seguiría vivo en alguna parte del mundo.

## 21.

Algunas noches contaba historias a mi familia (incluido Mohamed, que vivía con nosotros) sobre mi viaje. Les describía todo: la pista de aterrizaje, el aeropuerto, el avión, lo que sentía al ver las nubes desde la ventana del avión. Sentía un cosquilleo en el estómago al recordar cuando caminamos por la cinta transportadora en el aeropuerto de Amsterdam. Nunca había visto a tantos blancos, todos arrastrando las maletas apresuradamente, y corriendo en diferentes direcciones. Les hablé de las personas que conocía, de los altos edificios de Nueva York, las palabrotas de la gente por la calle; hice lo que pude por explicarles la nieve y lo temprano que se hacía de noche.

-Parece un viaje muy raro –observaba mi tío.

A mí me parecía algo que sólo había tenido lugar en mi mente.

Mohamed y yo volvimos juntos a la escuela de educación secundaria St. Edwards. Yo estaba muy emocionado. Recordaba los paseos matinales yendo a la escuela primaria; el sonido de las escobas barriendo las hojas de mango caídas durante la noche, asustando a los pájaros, que cantaban incluso más agudamente, como preguntándose unos a otros qué significaba aquel sonido áspero. Mi escuela consistía en un edificio pequeño de ladrillos y techo de

hojalata. No tenía puertas ni cemento en el suelo y era demasiado pequeña para que cupieran todos los alumnos. Casi todas mis clases se hacían al aire libre, bajo los árboles de los mangos que proporcionaban sombra.

Mohamed recordaba sobre todo la falta de material escolar en nuestras escuelas de primaria y secundaria, y que teníamos que ayudar a los maestros a recoger la cosecha de sus tierras o huertos. Era la única manera de que los maestros, que no cobraban desde hacía años, se ganaran la vida. Cuanto más hablábamos de ello, más cuenta me daba de que había olvidado lo que era ser estudiante, sentarse en clase, tomar apuntes, hacer los deberes, hacer amigos y pelearse con otros alumnos. Estaba deseoso de volver. Pero el primer día de clase en Freetown, todos los alumnos se sentaron lejos de nosotros, como si Mohamed y yo fuéramos a saltar en cualquier momento y matar a alguien. De alguna manera se habían enterado de que habíamos sido niños-soldado. No sólo habíamos perdido nuestra infancia en la guerra sino que nuestra vida estaba manchada por la misma experiencia que todavía nos causaba gran aflicción y tristeza.

Siempre íbamos a la escuela caminando lentamente. Me gustaba porque podía pensar en lo que iba a ser de mi vida. Confiaba en que nada podría ser peor de lo que había sido, y ese pensamiento me hacía sonreír. Aún me estaba acostumbrando a formar parte de una familia de nuevo. También empecé a decirle a la gente que Mohamed era mi hermano por no tener que dar más explicaciones. Nunca podría olvidar mi pasado, pero quería dejar de hablar de ello y vivir plenamente.

Como siempre, me había levantado temprano por la mañana y estaba sentado en la piedra plana de detrás de la casa esperando a que la ciudad se despertara. Era el 25 de mayo de 1997. Pero en lugar de los ruidos habituales que infundían vida a la ciudad, esa mañana se despertó con tiros que sonaban alrededor de la Casa Presidencial y el Parlamento. Los tiros nos despertaron a todos, y yo me uní a mi tío y a los vecinos en el porche. No sabíamos qué sucedía, pero veíamos soldados corriendo por Pademba Road y camiones del ejército pasando a toda velocidad arriba y abajo frente a la zona de la prisión.

Los tiros fueron aumentando a lo largo del día, extendiéndose a toda la ciudad. Los ciudadanos permanecían en los porches, tensos, temblando de

miedo. Mohamed y yo nos miramos: otra vez no... A primera hora de la tarde la prisión central se había abierto y los presos estaban libres. El nuevo gobierno les entregò armas a medida que salían. Algunos fueron directamente a casa de los jueces y abogados que los habían condenado, los mataron y mataron a sus familias y quemaron sus casas si las encontraban vacías. Otros se unieron a los soldados, que habían empezado a saquear las tiendas. El humo de las casas ardiendo llenò el ambiente, envolviendo la ciudad en niebla.

Alguien salió por la radio y se anunció como el nuevo presidente de Sierra Leona. Dijo que se llamaba Johnny Paul Koroma y era el líder del Consejo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (AFRC), que se había formado a partir de un grupo de oficiales del ejército de Sierra Leona (SLA) para derrocar al presidente democráticamente elegido Tejan Kabbah. El inglés de Koroma era tan malo como la razón que dio para el golpe. Recomendó a todos que fueran a trabajar, diciendo que todo estaba bajo control. En el transcurso de su discurso, los tiros y las voces de los soldados furiosos, maldiciendo y vitoreando, casi ahogaban su voz.

Màs tarde, aquella noche, dieron otro anuncio por la radio, declarando que los rebeldes (RUF) y el ejército habían colaborado para ahuyentar al gobierno civil “en beneficio de la nación”. Los rebeldes y los soldados en el frente empezaron a acudir a la ciudad. Toda la ciudad cayò en un estado de anarquía. No podía soportar ver lo que sucedía. No podía volver a mi vida anterior. Esta vez no creía que pudiera sobrevivir.

Los “Sobels” del AFRC/RUF, como los llamaban, se dedicaban a hacer volar las cajas acorazadas de los bancos utilizando granadas y otros explosivos y saqueando el dinero. A veces detenían a los transeúntes, los registraban y les quitaban todo lo que llevaban. Ocuparon las escuelas secundarias y los campus universitarios. No había nada que hacer en todo el día salvo sentarse en el porche. Mi tío decidió terminar de construir una casa en la que habíamos estado trabajando. Por la mañana íbamos a la parcela caminando y trabajábamos hasta primera hora de la tarde, cuando los tiros nos hacían volver corriendo a casa y escondernos bajo la cama. Pero cada día se hizo màs peligroso salir fuera, porque las balas perdidas mataban a mucha gente. Así que dejamos de trabajar en la parcela.

Hombres armados se habían apoderado por la fuerza de casi toda la comida de las tiendas y mercados de la ciudad, y habían retenido las remesas de alimentos procedentes de fuera del país y de las provincias. Lo poco que quedaba había que salir a buscarlo en pleno caos. Laura Simms me había estado mandando algo de dinero y yo había ahorrado algo, así que Mohamed y yo decidimos bajar a la ciudad y adquirir gari, latas de sardinas y arroz, lo que pudiéramos encontrar. Me arriesgaba a tropezar con mis antiguos amigos militares, que me matarían si les decía que ya no formaba parte de la guerra. Pero tampoco podía quedarme en casa. Tenía que encontrar comida.

Habíamos oído hablar de un mercado secreto en la ciudad, montado en un patio detrás de una casa abandonada, donde se vendían alimentos que no se encontraban en ninguna otra parte a los civiles. Se vendían al doble del precio normal, pero merecía la pena arriesgarse al viaje y hacer aquel gasto. Salimos muy temprano por la mañana, aterrados ante la posibilidad de encontrar a algún conocido. Mantuvimos la cabeza baja al pasar junto a unos jóvenes rebeldes y soldados. Llegamos cuando los vendedores acababan de colocar sus productos. Compramos arroz, aceite de palma, sal y pescado; cuando terminamos, el mercado se había llenado de gente que intentaba comprar a toda prisa aquello que podía permitirse.

Cuando estábamos a punto de irnos, llegó rugiendo un Land Rover abierto del que saltaron hombres armados antes de que se detuviera. Corrieron entre la multitud de civiles, disparando un tiro de advertencia. Por un megáfono, el comandante ordenó a todos que dejaran en el suelo las bolsas de comida, pusieran las manos detrás de la cabeza y se tumbaran en el suelo, boca abajo. Una mujer fue presa del pánico y decidió correr. Un hombre armado con una banda roja le disparó en la cabeza. Ella gritó y cayó, golpeando el suelo ruidosamente, lo que provocó más pánico, y todos se dispersaron en todas direcciones. Cogimos nuestras cosas y huimos agachados. Aquellos empezaba a sonarnos demasiado.

Mientras huíamos de la zona, llegó otro Land Rover lleno de hombres armados también, y empezaron a disparar y golpear a la gente en la cabeza con las culatas de las armas. Nos escondimos detrás de un muro que separaba el mercado de la calle principal, y después seguimos cautelosamente pero muy rápido por detrás de las casas alejándonos de la bahía. Casi al final de la bahía,



donde la marea golpeaba una barca hundida, nos metimos en la calle principal con las cosas bajo el brazo e iniciamos el trayecto final a casa. Nos acercábamos a Cotton Tree, en el centro de la ciudad, cuando vimos a un grupo de manifestantes con pancartas que decían: Parad la masacre, y cosas así. Llevaban camisetas blancas y trapos blancos anudados a la cabeza. Intentamos ignorarlos, pero al doblar la esquina hacia casa, un grupo de hombres armados, vestidos medio de civiles medio de militares, corrieron hacia nosotros disparando. No había forma de separarse de la gente, así que nos unimos a ellos. Los hombres armados echaron gas lacrimógeno. Los civiles empezaron a vomitar sobre la acera y a sangrar por la nariz. Todos se pusieron a correr hacia Kissy Street. Era imposible respirar. Me tapé la nariz con la mano, la sentía como si se me hubieran metido especias picantes. Agarré con fuerza las bolsas de comida y corrí con Mohamed, intentando no perderlo en la multitud. Las lágrimas me caían por las mejillas y los globos oculares y los párpados me pesaban. Me estaba poniendo furioso, pero intenté contenerme, porque no podía permitirme perder los estribos. La consecuencia sería la muerte, porque ahora era un civil.

Seguimos corriendo entre la multitud, buscando una salida en dirección a casa. Empezaba a dolerme la garganta. Mohamed tosía tanto que se le veían las venas de la garganta. Logramos escapar y él metió la cabeza bajo una fuente pública. De repente otro grupo de personas corrió hacia nosotros a toda la velocidad que podían. Unos soldados los perseguían, así que salimos corriendo, todavía cargados con la comida.

Caímos en medio de una manifestación de estudiantes en una calle de edificios altos. Un helicóptero que volaba en círculos empezó a descender hacia la multitud. Mohamed y yo sabíamos que iba a suceder. Corrimos a la cuneta más cercana y nos echamos dentro. El helicóptero voló a ras del suelo. En cuanto estuvo a unos veinticinco metros de los manifestantes, dio la vuelta y fue hacia ellos de lado. Un soldado sentado en la puerta abierta abrió fuego con una ametralladora, arrasando a la multitud. La gente corrió para salvar la vida. La calle, que hacía un momento estaba llena de pancartas y ruido, era una tumba silenciosa llena de almas inquietas luchando por aceptar su repentina muerte.

Mohamed y yo corrimos con la cabeza baja por los callejones. Llegamos a una verja que daba a una calle principal en la que había un bloqueo. Hombres

armados patrullaban la zona. Estuvimos seis horas tirados en la cuneta, esperando la caída de la noche. Las posibilidades de escapar a la muerte eran mayores de noche, porque el trayecto rojizo de las balas se veía mejor en la oscuridad. Había más gente con nosotros. Uno, un estudiante con camiseta azul, tenía la cara sudada, y cada pocos segundos se secaba la frente con la camiseta. Una mujer joven, de unos veintitantos años, estaba sentada con las manos en las rodillas, temblando y meciéndose. Contra la pared del canalón se sentaba un hombre barbudo con la camisa manchada de sangre ajena y la cabeza entre las manos. Me sentía mal con lo sucedido, pero no estaba tan asustado como aquella gente, que no había experimentado la guerra todavía. Era su primera vez, y era doloroso verlos. Esperaba que mi tío no se preocupara demasiado por nuestro paradero. Más disparos y una nube de gas lacrimógeno flotando por encima. Contuvimos la respiración hasta que el viento se lo llevó. La noche parecía tan lejos, era como esperar el día del Juicio Final. Pero como siempre, la noche acabó llegando, y nos fuimos a casa, agachándonos detrás de las casas y saltando verjas.

Mi tío estaba sentado en el porche, con los ojos llenos de lágrimas. Cuando lo saludé, saltó como si hubiera visto un fantasma. Nos abrazó un buen rato y nos dijo que no volviéramos más a la ciudad. Pero no teníamos más remedio. Tendríamos que volver para conseguir comida.

Los disparos no cesaron durante los siguientes cinco meses; se convirtieron en un nuevo sonido de la ciudad. Por la mañana, las familias se sentaban en los porches, con los hijos cerca, mirando las calles de la ciudad donde hombres armados deambulaban en grupo, saqueando, violando y matando a placer. Las madres abrazaban con brazos temblorosos a sus hijos cada vez que los tiros se intensificaban. La gente comía básicamente arroz hervido con azúcar o gari sólo con sal, y escuchaba la radio, esperando oír alguna buena noticia. Aquí y allá, durante todo el día, salían hilos de humo de las casas a las que los pistoleros habían prendido fuego. Los oíamos reír excitados con la visión de las llamas. Una noche, un vecino que vivía a pocas casas de distancia estaba escuchando la radio pirata que acusaba al nuevo gobierno de cometer crímenes contra la población civil. Unos minutos después, un camión lleno de soldados paró frente a la casa y lo sacaron a rastras, junto

con su mujer y sus dos hijos mayores, les dispararon y echaron a patadas sus cadáveres al canalón cercano. Mi tìo vomitò despuès de verlo.

Las primeras tres semanas todos estaban tan asustados que nadie se atrevìa a salir de casa. Pero pronto se acostumbraron todos a los disparos y al caos. La gente volviò a sus tareas cotidianas de buscar comida, exponiéndose a las balas perdidas. Los niños jugaban a las adivinanzas, diciendo si el disparo era de una AK-47, un G3, un RPG o una ametralladora. Mohamed y yo nos sentábamos en la piedra plana en silencio, pensando en el tiempo que habíamos estado lejos de la guerra, para volver a vernos atrapados en ella. Desde allí ya no se podía huir a ningún sitio.

Había perdido el contacto con Laura en Nueva York desde hacia màs de cinco meses. Nos habíamos estado escribiendo constantemente. Ella me contaba lo que hacia y me pedìa que me cuidara mucho. Sus cartas llegaban de cualquier parte del mundo, donde tenía proyectos de cuentacuentos. Últimamente habían intentado llamarla a cobro revertido sin ningún éxito. Los teléfonos de Sierra-tel, la compañía telefónica nacional, ya no funcionaban. Todos los días me sentaba en el porche con mi tìo y mis primos mirando la ciudad. Habíamos dejado de escuchar las cintas del narrador de historias, porque el toque de queda empezaba antes del anochecer. Mi tìo se reìa cada vez menos y suspiraba màs. Seguíamos esperando que las cosas cambiaran, pero sòlo empeoraban.

Mi tìo se puso enfermo. Una mañana estábamos sentados en el porche cuando se quejò de que no se encontraba bien. Por la noche tenía fiebre, y se quedó dentro, gimiendo. Allie y yo fuimos a una tienda cercana y compramos medicina, pero la fiebre del tìo empeoraba cada vez màs. La tìa Sallay lo obligaba a comer, pero èl lo vomitaba todo en cuanto ella terminaba de alimentarlo. Todos los hospitales y las farmacias estaban cerrados. Buscamos a médicos y enfermeras en la ciudad, pero nos que no se habían ido no querian salir de casa por miedo a no volver con sus familias. Una noche estaba sentado con mi tìo, secàndole la frente, cuando se cayò de la cama. Lo cogì entre los brazos y le apoyè la cabeza en mis rodillas. Le sobresalían los pómulos en la cara redonda. Me mirò y vi en sus ojos que había perdido la esperanza. Le supliqué que no nos dejara. Sus labios iban a pronunciar algo, pero dejaron de temblar y

falleció. Lo sostuve en mis brazos y pensé cómo iba a decírselo a su mujer, que estaba hirviendo agua para él en la cocina. Ella entró poco después y dejó caer el agua caliente, salpicándonos a ambos. Se negó a creer que su marido hubiera muerto. Yo seguí sujetando a mi tío, y las lágrimas me resbalaban por la cara. Tenía el cuerpo entumecido. No podía moverme de donde estaba. Entraron Mohamed y Allie y cogieron a mi tío y lo colocaron en la cama. Al cabo de un rato, fui capaz de levantarme. Fui detrás de la casa y pegué puñetazos contra un árbol de mango hasta que Mohamed me apartó. Siempre perdía todo lo que significaba algo para mí.

Mis primos lloraban y preguntaban: ¿Quién va a cuidar de nosotros? ¿Por qué nos pasa esto en un momento tan difícil?

Abajo, en la ciudad, los pistoleros disparaban sus armas.

Enterraron a mi tío a la mañana siguiente. Incluso en pleno caos, muchas personas fueron a su entierro. Caminé detrás del ataúd, y el sonido de mis pasos me traspasó el corazón. Caminé de la mano de mis primos y Mohamed. Mi tía había intentado ir al cementerio, pero se desmayó justo antes de salir de casa. En el cementerio el imán leyó unas pocas suras y bajaron a mi tío al hoyo y lo taparon con barro. La gente se dispersó rápidamente para seguir con su vida. Me quedé atrás con Mohamed. Me senté en el suelo junto a la tumba y hablé con mi tío. Le dije que sentía no haber encontrado ayuda para él, que esperaba que supiera que lo quería de verdad y me habría gustado que viviera para verme convertido en adulto. Cuando terminé, puse las manos sobre el montículo de tierra y lloré en silencio. No me di cuenta del rato que había pasado en el cementerio hasta que dejé de llorar. Era casi de noche y estaba a punto de empezar el toque de queda. Mohamed y yo corrimos lo que pudimos para llegar a casa antes de que los soldados empezaran a disparar.

Pocos días después de que enterraran a mi tío, por fin conseguí hacer una llamada a cobro revertido a Laura. Le pregunté si podía ir a vivir con ella si conseguía llegar a Nueva York. Me contestó que sí.

-No. Quiero que te lo pienses. Si consigo llegar a Nueva York, ¿puedo quedarme en tu casa? –volvì a preguntar.

-Sí –repitiò.

Y yo le dije que lo tendría en cuenta y la llamaría cuando estuviera en Conakry, la capital de Guinea, el país vecino que estaba en paz y era la única salida de Sierra Leona en aquella época. Tenía que irme porque si me quedaba en Freetown más tiempo acabaría siendo soldado otra vez o mis antiguos compañeros me matarían si me negaba. Algunos amigos que habían hecho la rehabilitación conmigo ya se habían reenganchado al ejército.

Salí de Freetown a primera hora de la mañana del séptimo día tras el fallecimiento de mi tío. No le dije a nadie que me marchaba excepto a Mohamed, que le comunicaría mi partida a mi tía cuando superara el luto. Se había recluso del mundo y de todos después de la muerte de mi tío. Me marché el 31 de octubre de 1997, cuando todavía era de noche. Seguía vigente el toque de queda, pero necesitaba salir de la ciudad antes de que saliera el sol. Era menos peligroso viajar a esas horas, porque la mayoría de los pistoleros estaban dormitando y la noche les haría más difícil verme desde lejos. Los disparos resonaban en la noche silenciosa, y la brisa matinal me refrescaba la cara. El ambiente olía a cadáveres putrefactos y a pólvora. Estreché la mano de Mohamed.

-Te haré saber dónde acabo –dije.

Me tocó el hombro y no dijo nada.

Sólo tenía una bolsita vieja con algo de ropa. Era arriesgado viajar con una bolsa grande o vistosa, porque podían pensar que llevabas algo en ella y dispararte fácilmente. Mientras me adentraba en los últimos retazos de noche, dejando a Mohamed en el porche, me entró miedo. Todo aquello me sonaba demasiado. Me paré junto a un poste de electricidad mientras respiraba hondo y pegué cuatro puñetazos furiosos a la nada. Debo intentar salir de aquí, pensé, y si no puedo, volveré al ejército. No me gustaba pensar así, y me apresuré, avanzando por los canalones y escondiéndome en cuanto oía que se acercaba un vehículo. Era el único civil de la calle, y a veces tenía que esquivar controles arrastrándome por la cuneta o agachándome detrás de las casas. Llegué sano y salvo a una antigua estación de autobuses que estaba en desuso, a las afueras de la ciudad. Estaba sudando y me temblaban los párpados mientras echaba un vistazo a la estación. Había muchos hombres - de unos treinta años, me pareció - , algunas mujeres y unas pocas familias con niños ya crecidos. Estaban todos en

fila contra la pared, algunos con fardos y otros cogiendo de la mano a sus hijos.

Me puse al final de la cola y me sentè en cuclillas para comprobar que todavía llevaba el dinero en el calcetín del pie derecho. Un hombre frente a mí no paraba de murmurar y de moverse adelante y atrás. Me ponìa màs nervioso de lo que ya estaba. Tras varios minutos de espera silenciosa, uno que estaba en la fila como todos los demás dijo que era el conductor del autobús y que lo siguiéramos. Entramos en la estación abandonada, saltando por encima de las paredes de cemento derruidas y llegando a un descampado donde nos subimos a un autobús pintado de negro hasta las llantas para pasar desapercibido de noche. El autobús salió de la estación con las luces apagadas y cogió una carretera secundaria para alejarse de la ciudad. Aquella carretera no se usaba desde hacía años, y parecía que el autobús avanzara entre la maleza, porque las ramas y las hojas lo golpeaban con fuerza en los costados. Lentamente avanzò trotando en la oscuridad hasta que el sol empezó a salir. En una ocasión, tuvimos que bajarnos y caminar detrás para ascender una cuesta. Estábamos todos callados, con las caras tensas de miedo, porque todavía no habíamos abandonado la zona urbana peligrosa. Volvimos a montarnos al autobús y una hora después nos dejó en un viejo puente.

Pagamos al conductor y cruzamos el oxidado puente de dos en dos. Después tuvimos que caminar todo el día hasta un cruce donde esperamos a otro autobús que llegarìa a la mañana siguiente. Era la única forma de salir de Freetown sin que te matara un hombre armado o los hombres del nuevo gobierno, que no podían soportar que nadie abandonara la ciudad.

Èramos màs de treinta en el cruce. Nos sentamos en el suelo cerca del bosque y esperamos toda la noche. Nadie hablò con nadie, conscientes de que todavía no estábamos a salvo de la locura. Los padres susurraban al oído de sus hijos, temerosos de que se oyeran sus voces. Algunos miraban al suelo y otros jugaban con piedras. La brisa traìa débilmente el sonido de los disparos. Me sentè en el borde del canalón y masticuè algo de arroz que llevaba en una bolsa de plástico. ¿Cuàndo dejarìa de huir de la guerra? ¿Y si el autobús no aparecía? Un vecino de Freetown me había hablado de esta forma de salir de la ciudad. Por ahora parecía segura, pero yo estaba preocupado, porque las cosas en estas circunstancias podrían empeorar rápidamente.

Volvià a guardar el arroz en mi bolsa y caminè por el sendero buscando un lugar donde pasar la noche. Había gente durmiendo bajo los matorrales cerca de la parada del autobús, por si llegaba durante la noche. Màs lejos, había otros despejando espacio bajo las ramas de un ciruelo que se habían enredado unas con otras. Amontonaban hojas secas y se fabricaban almohadas de hojas frescas. Uno de los hombres hizo una escoba con una rama de árbol, que utilizò para apartar a conciencia las hojas. Saltè al otro lado de la cuneta, me sentè contra un árbol y estuve toda la noche pensando en mi tìo, en mi padre, mi madre, mis hermanos y mis amigos. ¿Por què todos mueren excepto yo? Caminè de un lado a otro del sendero para no enfadarme màs.

Por la mañana todos se levantaron y se sacudieron el polvo. Algunos hombres se lavaron con el rocìo. Manotearon los matorrales y se frotaron la cara y la cabeza con el agua residual. Tras horas de impaciente espera, oimos el traqueteo de un moto por el camino. No estábamos seguros de que fuera el autobús, así que recogimos las bolsas y nos escondimos en el bosque, cerca de la carretera. El ruido del esforzado motor fue aumentando hasta que por fin vimos el autobús. Salimos del escondite e hicimos señales hasta que se parò. Subimos apresuradamente y nos marchamos. Con el autobús en marcha, el cobrador pasò. Yo paguè la mitad, porque tenía menos de dieciocho años, pero la mitad de aquella época era màs que el precio total si el país hubiera estado en paz. Mirè por la ventana y observà pasar los àrboles; después el autobús redujo la marcha y los àrboles fueron sustituidos por soldados con grandes armas, apuntando a la carretera y al autobús. Ordenaron que nos bajáramos; nos hicieron caminar por entre la barricada. Echè un vistazo alrededor y en el bosque vi que había màs hombres con ametralladoras y lanzagranadas. Estaba observando su formación y casi tropecé con un soldado que caminaba hacia el autobús. Me mirò con los ojos inyectados en sangre y una cara que decía: te matarè si quiero y no pasará nada. Su expresión me sonaba.

Registraron el autobús por razones incomprensibles. Tras unos minutos, volvimos a subir. Mientras nos movíamos, vi que la barricada desaparecía y recordè cuando solíamos atacarlas. Me deshice del pensamiento antes de que me arrastrara a aquella época. Había demasiadas barricadas y en cada una los soldados se comportaban de forma diferente. Algunos pedían dinero aunque los pasajeros llevaran su documentación. Si te negabas a pagar, te arriesgabas a

volver a la ciudad. Los que no llevaban dinero tenían que entregar relojes o joyas, o cualquier cosa de valor. Cada vez que nos acercábamos a algún control, me ponía a rezar en silencio con la esperanza de que me ayudara a cruzar sano y salvo.

Hacia las cuatro de la madrugada, el autobús llegó a una ciudad llamada Kambia, su destino. Por primera vez desde que salimos de la ciudad, vi por la cara que ponían algunos pasajeros que se relajaban un poco. Pero nos pusimos tensos de nuevo cuando los agentes de inmigración nos pidieron también dinero por dejarnos cruzar la frontera. Todos metieron la mano en los calcetines, los dobladillos de los pantalones o las faldas, para sacar el resto del dinero. Una mujer, con dos niños de siete años le suplicó al agente, diciéndole que necesitaba el dinero para dar de comer a sus hijos en Conakry. El hombre siguió con la mano extendida y le gritó a la mujer que se apartara. Me ponía enfermo ver a alguien de Sierra Leona pudiera pedir dinero a alguien que venía de la guerra. Se aprovechaban de personas que huían para salvar la vida. ¿Por qué tenemos que pagar para salir del país?, pensé, pero no podía discutir. Tenía que pagar. Los agentes de inmigración pedían trescientos leones, casi el sueldo de dos meses, por poner un sello de salida en el pasaporte. En cuanto me pusieron el mío, crucé la frontera con Guinea. Tenía un largo camino, casi ochenta kilómetros, para llegar a Conakry, la capital, así que caminé rápidamente para coger otro autobús que me llevara allí. No había pensado en que no sabía hablar ninguna de las dos lenguas de Guinea. Empecé a preocuparme, pero me aliviaba pensar que había salido del país con vida.

Los autobuses a Conakry esperaban al otro lado de un control que habían montado los soldados guineanos. Había hombres apostados fuera, vendiendo moneda guineana al cambio que les daba la gana. Creía que los soldados impedirían el mercado negro de divisas, pero no parecía importales. Cambié el dinero y me dirigí al control. La frontera estaba llena de soldados que no hablaban inglés o fingían no hablarlo. Tenían las armas a punto, como si esperaran que sucediera algo. Evité el contacto visual, temeroso de que vieran en mis ojos que había sido soldado en la guerra que ahora dejaba atrás.

Había una casa de madera marrón oscuro por la que tuve que pasar para llegar al autobús. Allí dentro, los soldados registraron las bolsas de todos antes



de salir y presentar la documentación a los agentes. Abrieron mi bolsa y tiraron todo su contenido al suelo. No tenía gran cosa, de modo que no me costó mucho hacerla de nuevo: dos camisas, dos camisetas y tres pantalones.

Salí de la casa de madera y sentí como si todos los soldados me estuvieran mirando. Debíamos presentar nuestros documentos, pero ¿a quièn? Había demasiadas mesas. No sabía en cuál presentarme. Los soldados estaban sentados a la sombra de los mangos, vestidos con uniforme de combate. Algunos tenían las armas colgadas de las sillas y otros sobre la mesa, con el morro apuntando a la casa de madera. Así ponían nerviosa a la gente antes de pedirles dinero.

Un soldado sentado en el extremo derecho de la hilera de mesas, con un cigarro en la boca, me indicó que me acercara. Alargó la mano para que le diera el pasaporte. Se lo di sin mirarlo a la cara. El soldado hablaba un idioma que yo no entendía. Se guardó el pasaporte en el bolsillo del pecho, se sacó el cigarro de la boca, colocó las manos sobre la mesa y me miró con severidad. Bajé la cabeza, pero el soldado me levantó la barbilla. Apartó el cigarrillo y examinó de nuevo mi pasaporte. Tenía los ojos rojos, pero una sonrisa en la cara. Dobló los brazos y se recostó en la silla, mirándome. Sonreí un poco, y el soldado se rió de mí. Dijo algo en su idioma y volvió a poner la mano sobre la mesa. Esta vez su sonrisa había desaparecido. Puse algo de dinero en su mano. Olió el dinero y se lo guardó en el bolsillo. Sacó el pasaporte del bolsillo y me indicó con un gesto que cruzara la verja.

Al otro lado había muchos autobuses. No tenía ni idea de cuál debía tomar para ir a Conakry. Ninguna de las personas a las que pregunté entendían lo que les decía. La única palabra que sabía en francés era bonjour, que no me servía de nada.

Estaba despistado, buscando un autobús que se dirigiera a la capital, cuando tropecé con un hombre.

-Mira por donde vas –gruñó el hombre en krio.

-Lo siento mucho –dije, y continué-. ¿Cómo está? –Estreché la mano del desconocido.

-Yo estoy bien, esperando, ¿es que no me has visto? –preguntó él.

Le dije que estaba buscando el autobús a Conakry. Me dijo que él también se dirigía allí. El bus estaba hasta los topes y tuve que ir de pie casi todo el

camino. En apenas ochenta kilómetros hasta la capital encontramos más de quince controles y los soldados eran despiadados. Todos los controles eran iguales. Había jeeps con ametralladoras montadas aparcados en la carretera y dos soldados junto a un poste de metal que cruzaba la carretera de cuneta a cuneta. A la derecha, otros soldados estaban sentados bajo un cobertizo tapado con una tela asfáltica. En el cobertizo había varios compartimientos, en donde los soldados registraban a la gente. Habían impuesto un precio fijo a los ciudadanos de Sierra Leona; a los que no podían pagar los echaban del autobús a patadas. Me pregunté si los mandarían al otro lado de la frontera. Bajo el amparo del hombre con el que había subido al autobús, conseguí cruzar algunos controles sin pagar. Muchos soldados creían que era su hijo, así que sólo revisaban sus documentos y no los míos, y le hacían pagar por los dos. No creo que se enterara; sólo deseaba llegar a Conakry, y el dinero no parecía ser un problema. En uno de los controles, los soldados me metieron en una habitación y me hicieron desnudar. Al principio, no quería quitarme la ropa, pero vi cómo daban patadas a un hombre en el suelo y le arrancaban la camisa y los pantalones. Uno de los soldados se quedó con mi cinturón de hebilla con la cabeza de león que era mi preferida. Me sujeté los pantalones con una mano, y volví corriendo al autobús. Apreté los dientes con fuerza y cerré el puño, conteniendo la ira.

En el último control un soldado me pidió que pusiera las manos sobre la cabeza para registrarme. Cuando levanté las manos, se me cayeron los pantalones y algunos pasajeros rieron. El soldado me levantó los pantalones y me los ató con un cordón de zapatos que tenía en el bolsillo. Cuando terminó, metió la mano en mi bolsillo y sacó mi pasaporte. Lo hojeé y me lo devolvió. Seguí detrás de la gente que esperaba en fila a que les pusieran los sellos de entrada. Yo temblaba de rabia, pero tenía que calmarme si quería llegar a Conakry. Oí que la gente decía que el coste de la tarifa de entrada era el equivalente a trescientos leones. Sólo me quedaban cien leones y los necesitaba para el resto del viaje. ¿Qué voy a hacer?, pensé. Ni siquiera podía permitirme regresar a Freetown aunque quisiera. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Estaba nervioso y no veía ninguna salida. Empezaba a angustiarme cuando un hombre, cuyo pasaporte acababan de sellar, dejó caer dos de las muchas bolsas que transportaba al dar la vuelta al control para subir al autobús. Dudé un poco

pero decidì arriesgarme. Salì de la fila, recogì sus bolsas y lo seguì al autobús. Me sentè detrás, acurrucado en mi asiento, y mirè a ver si los soldados reparaban en mì. Esperè a que todos los demás subieran al autobús; los soldados me dejaron en paz. El autobús saliò lentamente, y poco a poco cogió velocidad. Habían entrado ilegalmente en el país y eso me daría problemas.

En cuanto el autobús se acercò a Conakry, empecè a preocuparme, porque no tenía ni idea de què iba a hacer una vez allí. Habìa oído decir que el embajador de Sierra Leona dejaba dormir temporalmente a los refugiados en el recinto de la embajada, pero no tenía ni idea de dònde estaba ese edificio. Estaba sentado junto a un hombre fulani llamado Jalloh, que dijo que había vivido en Freetown. Hablamos de lo que le había hecho la guerra al país. Al final me dio su número de teléfono y me dijo que le llamara si necesitaba ayuda para desenvolverme por la ciudad. Querìa decirle que no tenía un lugar donde quedarme, pero bajò antes de que hiciera acopio de fuerzas para confiar en èl. Busquè en el autobús al hombre de Sierra Leona con el que había tropezado, pero no le encontrè. Unos minutos después, el autobús se detuvo en una estación enorme, su destino. Bajè y mirè còmo se alejaban todos. Suspirè y me llevè las manos a la cabeza; después busquè un banco y me sentè. Me tapè la cara con las manos.

-No puedo quedarme aquí toda la noche –murmuraba sin parar.

Había muchos taxis y todos los que llegaban a la estación los cogían. No querìa pasar por un extranjero perdido, así que también cogì uno. El taxista me dijo algo en francés. Sabìa que me preguntaba adònde querìa ir.

-Consulado... embajada de Sierra Leona –dije al taxista.

Mirè por la ventana los postes de electricidad y las descuidadas farolas; sus luces parecían màs brillantes que la luz de la luna. El taxi parò frente a la embajada y el chòfer me señaló la bandera verde, blanca y azul dándome a entender que habíamos llegado. Asentì y le paguè. Cuando bajè, los guardias de la puerta de la embajada, hablando en krio, me pidieron el pasaporte. Se lo enseñè y me dejaron entrar en el recinto.

Dentro había màs de cincuenta personas, probablemente en la misma situación que yo. La mayoría estaban echados sobre colchonetas al aire libre. Junto a ellas tenían sus bultos o bolsas. Otras sacaban esterillas del equipaje. Deduje que sòlo dormían allí de noche y de día salían. Encontrè un lugar en un

rincón, me sentè en el suelo y me apoyè en la pared, respirando con dificultad. La visión de toda aquella gente me recordó algunos pueblos por los que había pasado huyendo de la guerra. Estaba asustado y preocupado por los problemas que el día siguiente me podía deparar. De todos modos, estaba contento de haber conseguido salir de Freetown, de haber esquivado la posibilidad de volver a ser soldado. Aquello me consolò un poco. Saquè el resto del arroz de la bolsa y lo mastiquè. Había una mujer sentada con sus dos hijos, un niño y una niña de no màs de siete años, a pocos pasos de mì. Les contaba un cuento en susurros para no molestar a los demás. Observando los elaborados movimientos de sus manos, la marea de mis pensamientos me llevò a una narración que había oído muchas veces de niño.

Era de noche y estábamos sentados junto al fuego estirando los brazos hacia las llamas, escuchando historias y mirando la luna y las estrellas. El carbón rojizo de las brasas nos iluminaba la cara en la oscuridad e hilos de humo se alzaban continuamente hacia el cielo. Pa Sesay, abuelo de uno de mis amigos, nos había contado muchas historias aquella noche, pero antes de empezar la última, dijo varias veces:

-Èsta es una historia muy importante.

Se aclarò la garganta y empezó:

-Habìa un cazador que se internò en el bosque para matar un mono. Llevaba sòlo unos minutos buscando cuando vio un mono sentado cómodamente en la rama de un árbol bajo. El mono no le prestò atención, ni siquiera cuando sus pasos se oyeron sobre las hojas secas al acercarse. Cuando estuvo cerca y detrás del árbol donde podía ver claramente al mono, levantò el rifle y apuntò. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando el mono hablò:

-Si me matas, tu madre morirà, y si no, morirà tu padre.

El mono volvió a acomodarse, masticando su comida, y de vez en cuando se rascaba la cabeza o un lado del estòmago.

-¿Què haríais vosotros si fuèrais el cazador?

Èsta es la historia que se contaba en mi pueblo a los jóvenes una vez al año. El narrador, normalmente un anciano, planteaba aquella pregunta sin respuesta al final de la historia en presencia de los padres de los niños. Se pedía a todos los niños presentes que dieran una respuesta, pero ninguno contestaba,

porque ambos padres estaban presentes. El narrador tampoco ofrecía nunca una respuesta. En todas esas reuniones, cuando llegaba el momento de responder, yo siempre decía al narrador que tenía que pensarlo, lo que evidentemente no era una buena respuesta.

Tras esas reuniones, mis amigos y yo –todos los niños de seis a doce años– nos devanábamos los sesos buscando posibles respuestas que evitaran la muerte de uno de nuestros padres. No había respuesta correcta. Si matabas al mono, moriría uno, y si no lo matabas, moriría el otro.

Aquella noche, nos pusimos de acuerdo en una respuesta, pero nos la rechazaron inmediatamente. Dijimos a Pa Sesay que si alguno de nosotros fuera el cazador, no habríamos salido a cazar monos. Dijimos: hay otros animales que cazar, como ciervos.

-Èsa no es una respuesta aceptable –dijo-. Damos por sentado que como cazador ya has levantado el arma y has tomado una decisión.

Partió en dos la nuez y sonrió introduciéndose la mitad en la boca.

Cuando tuve siete años encontrè una respuesta con sentido. Nunca lo dije a nadie, sin embargo, por miedo a que se resintiera mi madre. Lleguè a la conclusión de que si yo fuera cazador, le pegaría un tiro al mono para que no tuviera la oportunidad de poner a otros cazadores en el mismo apuro.

## **CRONOLOGÌA**

Aunque no existe documentación escrita se cree que el pueblo bullom (sherbro) estaba presente en la costa de Sierra Leona antes del 1200, si no antes, con anterioridad a la llegada de los europeos. Al principio de la primera década del siglo SV, muchas tribus de otras partes de Àfrica habían emigrado y se habían instalado en lo que se conocería como Sierra Leona. Una de esas tribus eran los temne, quienes se establecieron en la costa norte de la actual Sierra Leona, y otra tribu importante eran los mende, que ocuparon el sur. Había quince tribus màs, extendidas por diferentes partes del país.

**1462:** La historia escrita de Sierra Leona empieza con el desembarco de los exploradores portugueses. Pusieron a las montañas el nombre de Sierra Lyoa (Sierra Leona) debido a su forma.

**1500-principios de 1700:** Los comerciantes europeos paraban regularmente en la península de Sierra Leona para intercambiar telas y objetos de metal por marfil, madera y un pequeño número de esclavos.

**1652:** Los primeros esclavos llegados a América del Norte procedían de Sierra Leona; fueron a parar a las Sea Islands, en la costa sur de Estados Unidos.

**1700-1800:** Prospera el comercio de esclavos entre Sierra Leona y las plantaciones de Carolina del Sur y Georgia, donde la mano de obra de esclavos en las plantaciones de algodón los hace especialmente valiosos.

**1787:** Los abolicionistas británicos ayudan a cuatrocientos esclavos liberados de Estados Unidos, Nueva Escocia y Bretaña a volver a África para establecerse en lo que llaman Province of Freedom, la Provincia de la Libertad. Los krio, como se los llamó, proceden de todas partes de África.

**1791:** Otros grupos de esclavos libres se instalan en el asentamiento de la "Provincia de Freedom", que pronto se conoce como Freetown, el nombre de la actual capital de Sierra Leona.

**1792:** Freetown se convierte en una de las primeras colonias británicas del África occidental.

**1800:** Esclavos libres de Jamaica llegan a Freetown.

**1808:** Sierra Leona se convierte en colonia de la corona británica. El gobierno británico utiliza Freetown como base naval para las patrullas antiesclavistas.

**1821-1874:** Freetown sirve de residencia al gobernador británico, que también dirige los asentamientos de la Gold Coast (hoy Ghana) y Gambia.

**1827:** Se crea el Fourah Bay College y rápidamente se convierte en un imán para africanos de habla inglesa de la costa occidental. Durante más de un siglo, es la única universidad europea en el África subsahariana occidental.

**1839:** Los esclavos a bordo del barco Amistad se rebelan por su libertad. Su cabecilla, Sengbe Pieh –o Joseph Cinque, como se le conoce en los Estados Unidos- es un joven mende de Sierra Leona.

**1898:** Gran Bretaña impone un impuesto por cabaña en Sierra Leona, por el cual los habitantes del nuevo protectorado pagan según el tamaño de su cabaña por el privilegio de estar bajo administración británica. Se desencadenan dos revoluciones en el interior de la tribu temne y de la tribu mende.

**1951:** Los británicos proclaman la Constitución, cediendo el poder a los habitantes, y sientan la base de la descolonización.

**1953:** Se crean administraciones locales y sir Milton Margai es nombrado chief minister (ministro en jefe).

**1960:** Sir Milton Margai es nombrado primer ministro tras finalizar con éxito las conversaciones constitucionales en Londres.

**27 de abril de 1961:** Sierra Leona proclama la independencia, con sir Milton Margai como primer ministro. El país opta por un sistema parlamentario dentro de la Commonwealth of Nations. Al año siguiente, el Partido del Pueblo de Sierra Leona (SLPP) de sir Milton Margai, que llevó al país a la independencia, gana las primeras elecciones generales por sufragio universal.

**1964:** Muere sir Milton Margai, y su hermanastro, sir Albert Margai, le sucede como primer ministro.

**Mayo de 1967:** En unas elecciones muy disputadas, el Congreso de Todos los Pueblos (PC) obtiene la victoria, y en consecuencia, el gobernador general (que representa a la monarquía británica) nombra a Siaka Stevens –líder del APC y

alcalde de Freetown- nuevo primer ministro. A las pocas horas, Stevens y Albert Margai son puestos en arresto domiciliario por el general de la brigada David Lansana, comandante de las Fuerzas Militares de la República de Sierra Leona (RSLMF), arguyendo que el establecimiento de los cargos debía esperar a la elección de los representantes tribales en el gobierno. Otro grupo de miembros del gobierno escenifica otro golpe, pero es derrocado por un tercer golpe, la “revuelta de los sargentos”.

**1968:** Con el retorno al gobierno civil, Siaka Stevens asume por fin el cargo de primer ministro. Sin embargo, la tranquilidad no se ha restaurado por completo. En noviembre se declara el estado de emergencia tras los disturbios en las provincias.

**1971:** El gobierno sobrevive a un golpe militar fallido. Se adopta una constitución republicana, y Siaka Stevens se proclama primer presidente de la República.

**1974:** Los estudiantes se manifiestan contra la corrupción del gobierno y la malversación de fondos.

**1978:** Se rectifica la Constitución y se prohíben todos los partidos políticos, excepto el APC en el gobierno. Sierra Leona se convierte en un estado con partido único.

**1985:** Siaka Stevens se retira y nombra al comandante general Joseph Saidu Momoh presidente de Sierra Leona. El gobierno del APC de Momoh está marcado por los abusos de poder, cada vez mayores.

**Marzo de 1991:** Un pequeño grupo de hombres que se autodenomina Frente Unido Revolucionario (RUF), bajo el mando de Foday Sankoh, un antiguo cabo, empieza a atacar pueblos en la parte oriental de Sierra Leona, en la frontera con Liberia. El grupo inicial está compuesto por Charles Taylor y algunos mercenarios de Burkina Faso. Su objetivo es librar al país del gobierno corrupto del APC. Los combates siguen durante meses. El RUF obtiene el control de las



minas de diamantes en el distrito de Kono y empuja al ejército de Sierra Leona hacia Freetown.

**Abril de 1992:** Un grupo de jóvenes oficiales, dirigidos por el capitán Valentine Strasser, lanza un golpe militar que manda a Momoh al exilio. Crean el Consejo de Gobierno Provisional Nacional (NPRC) como autoridad del gobierno de Sierra Leona. El NPRC demuestra ser tan poco eficaz como el gobierno de Momoh para repeler al RUF. Cada vez más áreas del país caen en manos de los combatientes del RUF.

**1995:** El RUF tiene a casi todo el país en su poder y está a las puertas de Freetown. Para controlar la situación, el NPRC contrata a varios cientos de mercenarios de compañías privadas. Al cabo de un mes, los combatientes del RUF han sido arrinconados en enclaves de la frontera de Sierra Leona.

**1996:** Valentine Strasser es expulsado y sustituido por el general de brigada Julius Maada Bio, su ministro de Defensa. Como resultado de la exigencia popular y la mayor presión internacional, el NPRC, al mando de Maado Bio, acepta ceder el poder a un gobierno civil mediante unas elecciones presidenciales y parlamentarias, que se celebran en marzo de 1996. Ahmad Tejan Kabbah, un diplomático que trabajó para las Naciones Unidas durante veinte años, gana las elecciones presidenciales bajo la bandera del SLPP.

**Mayo de 1997:** Kabbah es derrocado por el Consejo Revolucionario de las Fuerzas Armadas (AFRC), una junta militar dirigida por el teniente Johny Paul Koroma. La junta invita al RUF a participar en el nuevo gobierno.

**Marzo de 1998:** El AFRC es expulsado por los soldados del Grupo de Control ECOWAS, con dirección nigeriana, y el gobierno democráticamente elegido del presidente Kabbah es reinstaurado.

**Enero de 1999:** El RUF lanza otro intento de derrocar al gobierno. Los combates vuelven a alcanzar Freetown, dejando miles de muertos y heridos. Los soldados del ECOMOG repelen el ataque del RUF varias semanas después.

**Julio de 1999:** Se firma el acuerdo de Paz de Lomè entre el presidente Kabbah y Foday Sankoh del RUF. El acuerdo garantiza escaños a los rebeldes en el nuevo gobierno y a todos los soldados una amnistía general. Sin embargo, hace mucho que el gobierno no funciona con eficacia y al menos la mitad de su territorio permanece bajo control de los rebeldes. En octubre, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas crea la Misión de Naciones Unidas en Sierra Leona (UNAMSIL) para ayudar a implantar el acuerdo de paz.

**Abril/mayo de 2000:** Vuelve la violencia y la actividad de los rebeldes, sobre todo cuando los soldados del RUF retienen a centenares de miembros del UNAMSIL como rehenes y se apoderan de sus armas y municiones. En mayo, miembros del RUF disparan y matan a veinte personas que se manifestaban en Freetown frente a la casa de Sankoh contra las violaciones del RUF. Esto viola el acuerdo de paz, y como consecuencia Sankoh y otros miembros de alto rango del RUF son arrestados y se despoja al grupo de su posición en el gobierno. A primeros de mayo, se firma un nuevo acuerdo de alto el fuego, en Abuja. Sin embargo, la desmovilización, el desarme y la reintegración (DDR) no se retoman y los combates continúan.

**Mayo de 2000:** La situación en el país se ha deteriorado hasta tal punto que las tropas británicas son desplegadas en la Operación Palliser para evacuar a los ciudadanos. La intervención estabiliza la situación y se convertirá en el catalizador de un alto el fuego y del final de la guerra civil.

**2001:** Se firma un segundo acuerdo de paz de Abuja para recuperar la DDR a gran escala. Esto significa una reducción significativa de las hostilidades. A medida que el desarme progresa, el gobierno empieza a reafirmar su autoridad en zonas previamente en manos de los rebeldes.

**Enero de 2002:** El presidente Kabbah declara oficialmente terminada la guerra civil.

**Mayo de 2002:** El presidente Kabbah y su partido, el SLPP, obtienen una victoria arrolladora en las elecciones presidenciales y legislativas. Kabbah es reelegido por cinco años.

**28 de julio de 2002:** Los británicos retiran un contingente militar de 200 hombres que permanecían en el país desde el verano de 2000, dejando atrás un equipo de 105 hombres para entrenar al ejército de Sierra Leona.

**Verano de 2002:** Tanto la Comisión de Reconciliación y Verdad (TRC) como el Tribunal Especial se ponen en funcionamiento. El Acuerdo de Lomé insta a la creación de una Comisión de Reconciliación y Verdad que ofrezca un foro a las víctimas y a los violadores de los derechos humanos donde contar su historia y facilitar una auténtica reconciliación. En consecuencia, el gobierno de Sierra Leona solicita a Naciones Unidas que ayude a crear un Tribunal Especial para Sierra Leona, que juzgue a los que “ostenten mayor responsabilidad de haber cometido crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra y graves violaciones de la ley humanitaria internacional, así como crímenes bajo la ley relevante de Sierra Leona dentro del territorio de Sierra Leona desde el 30 de noviembre de 1996”.

**Noviembre de 2002:** El UNAMSIL empieza una reducción gradual de personas, hasta los 17.500 integrantes.

**Octubre de 2004:** La Comisión de Reconciliación y Verdad entrega su informe final al gobierno, aunque la distribución pública se retrasa hasta agosto de 2005 debido a problemas de edición e impresión. El gobierno entrega un papel en blanco en junio de 2005, aceptando algunas recomendaciones y rechazando o ignorando otras. Los grupos de sociedad civil rechazan esta respuesta por vaga y siguen criticando al gobierno por ser incapaz de seguir las recomendaciones del informe.

**Diciembre de 2005:** Termina formalmente la misión de paz del UNAMSIL y se restablece la Oficina Integrada de Naciones Unidas en Sierra Leona (UNIOSIL) que asume el mandato de construir la paz.

**25 de marzo de 2006:** Tras discusiones con la recién elegida presidenta de Liberia, Ellen Johnson-Sirleaf, el presidente Olusegun Obasanjo de Nigeria dice que Liberia es libre de llevarse a Charles Taylor, quien ha estado viviendo en el exilio en Nigeria, bajo custodia. Dos días después, Taylor intenta huir de Nigeria, pero es arrestado y se le traslada a Freetown bajo custodia de las Naciones Unidas la noche del 29 de marzo. Actualmente está encarcelado en una prisión de Naciones Unidas, esperando el juicio del Tribunal Especial de Sierra Leona (SCSL), con once cargos por crímenes de guerra.

### **AGRADECIMIENTOS**

Nunca pensé que viviría hasta hoy, y mucho menos que escribiría un libro. Durante la segunda parte de mi vida, muchas personas notables han dado significado a mi existencia, me han abierto su corazón y su casa, me han apoyado y han creído en mis proyectos. Sin su presencia, este libro no habría sido posible. Mi inmensa gratitud a mi familia: mi madre, Laura Simms, por su incansable trabajo hasta llegar aquí, por su amor y sus consejos, por ofrecerme un hogar cuando no tenía ninguno, y por permitirme descansar y disfrutar de los últimos momentos de mi niñez; a mis tías, Heather Greer, Fran Silverberg y Shantha Bloemen, por haberme escuchado, por vuestra bondad, generosidad, amor, apoyo emocional, todos los momentos significativos y por todo; a mi hermana, Erica Henegen, por tu confianza, sinceridad y amor, y por todas esas noches hablando del sentido de nuestra existencia, y a Bernard Matambo, mi hermano, por su esfuerzo incansable por disfrutar de todos los momentos de nuestra vida y por hacer de esas largas noches en la biblioteca algo significativo e inolvidable. Gracias, Chale. A mi prima, Aminata, y a mi amigo de la infancia, Mohamed, fui tan feliz de recobrarlos... y estoy en deuda con vosotros por traerme los felices recuerdos del pasado que compartíamos.

Estoy en deuda con Marge Scheuer y toda la familia Scheuer por su incesante apoyo económico, que me ha permitido acabar mis estudios y realizar proyectos que no hubiera podido ni soñar. Muchísimas gracias. Mi gratitud a todos los de Blue Ridge y Four Oaks Foundation, a Joseph Cotton y Tracey por

cuidarme como a un hermano menor y hacerme ir por el buen camino, a Mary Sobel por supervisarme y asegurarse de que todo iba bien, y a Lisa, por todo.

Estoy muy agradecido a muchos profesores del Oberlin College. El profesor Laurie McMillin me dio la seguridad en mí mismo que necesitaba para escribir en serio. Estoy en deuda con el profesor Dan Chaon por su paciencia, tutela, seguridad, sinceridad, amistad y apoyo para hacer realidad este libro. Gracias, Dan, me enseñaste bien y te aseguraste de que lo acabara. Mi agradecimiento a la profesora Sylvia Watanabe por todo su apoyo, amistad, y buenos consejos, y por su insistencia en hacer mi vida más creativa, y a los profesores Yakubu Saaka y a Ben Schiff por sus buenos consejos.

A mis queridos amigos Paul Fogel e Yvette Chalom: gracias por vuestros constantes cuidados y atenciones, por vuestros consejos, por abrirme vuestra casa durante la redacción de este libro, y por ser dos de mis primeros lectores; vuestros comentarios me han ayudado muchísimo a darle forma al libro. Os agradezco mucho todo. Gracias también a Priscilla Hayner, Jo Becker y Pam Bruns por vuestro ánimo, amistad e ideas sobre los primeros borradores.

He tenido mucha suerte de tener a Ira Silverberg como agente. Gracias por tus consejos, tu amistad y tu paciencia explicándome el funcionamiento del mundo editorial. Sin ti me habría frustrado enseguida. A mi editora, Sarah Crichton, muchas gracias por su duro trabajo. Te agradezco tu sinceridad, tu trato atento y generoso de este material tan personal y tan repleto de emoción, y por las charlas antes y después de las reuniones para airear el ambiente. Me gusta trabajar contigo y he aprendido mucho haciéndolo. Gracias a Rose Lichter-Marck por vuestro seguimiento y por procurar que no me desanimara, y mi agradecimiento a todos los de Farrar, Streus y Giroux por vuestro trabajo y amistad.

A mis amigos Melvin Jiménez, Matt Moore, Lauren Hyman y Marielle Ramsay, gracias por vuestra amistad, por no perder el contacto y por comprender que necesitaba alejarme de todos un tiempo para terminar el libro. A todos los que me han abierto su corazón y su casa, muchísimas gracias.

Por último, estoy muy agradecido a Danièle Fogel por su apoyo: su amor, paciencia y comprensión durante la redacción de este libro. Sin su amistad y su cariño, habría sido más difícil embarcarme en este viaje, especialmente mientras estaba en el Oberlin College.